



Vicente Blasco
Ibáñez





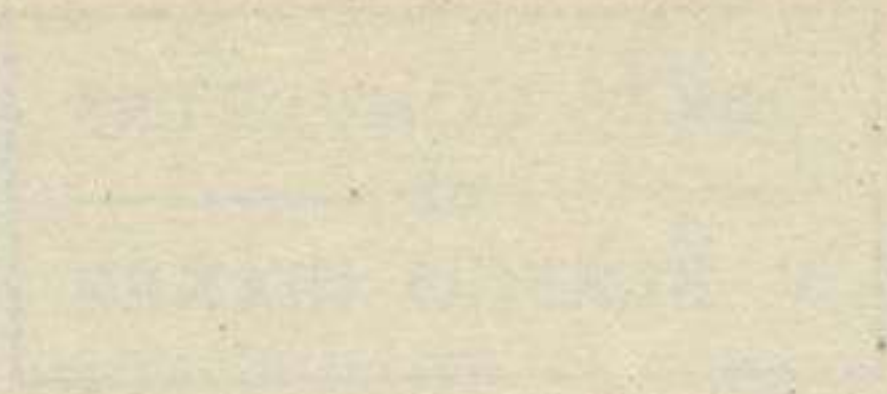
MB-V

2(2)

LOS ARGONAUTAS

OBRAS COMPLETAS
— DE —
V. BLASCO IBAÑEZ

LOS ARGONAUTAS



FOR ARGENTINA

R. 10793

OBRAS COMPLETAS DE VICENTE BLASCO IBAÑEZ



LOS
ARGONAUTAS

(NOVELA)

TOMO SEGUNDO



PROMETEO

Germanías, 33.—VALENCIA

(Published in Spain)

1875

OPUS COMPLETUM DE VICTOR HUGO



LOS

ARGONAUTAS

(NOVELA)

TOMO SEGUNDO



PROMETEO

Gerónimo de Valdivia

Lima, Perú

LOS ARGONAUTAS

VII

—Sí; dice usted bien. El poder demoniaco de la música, que influye en nuestra suerte, como en otros tiempos influían los astros... El Maestro habla de él al recordar en sus Memorias los años de iniciación... Afina nuestra sensibilidad, para que suframos más intensamente las heridas de la existencia.

Mina Eichelberger, la mujer del director de orquesta, murmuraba estas palabras con el mentón apoyado en el pecho y la mirada fija en Fernando, de pie junto á ella.

Hablaban en la cubierta de los botes, bajo la sombra movediza de un toldo de lona que dejaba avanzar una faja de sol ó la repelía, siguiendo el balanceo del buque, largo, suave, apenas perceptible.

Era en la tarde, después del almuerzo, cuando desaparecían muchos pasajeros, adormecidos y abrumados por el calor, buscando continuar la siesta en el camarote bajo el soplo de los ventiladores. Otros, temiendo encerrarse entre los tabiques de acero, permanecían tendidos en los sillones de las cubiertas, bajo la azulada sombra de las lonas, esperando los leves é intermitentes soplos de la

brisa sobre el pescuezo sudoroso, en torno del cual se arrugaba el cuello de la camisa como un trapo mojado. Sonaban penosos ronquidos, respiraciones jadeantes, cortando con su estertor animal el augusto silencio de la tarde.

Parecía recogerse el mar, adormecido igualmente, sin otro rumor que el del roce de sus espumas en los flancos del navio. Un crujir de pasos sobre la madera hacía entreabrir algunos ojos, que tornaban á cerrarse apenas se alejaba el paseante importuno. Los gritos de los niños en la cubierta alta, jugando insensibles al sol y al calor, sonaban con extraordinario eco, recordando el vocerío de la chiquillería en la plaza blanca de un pueblo meridional á la hora de la siesta.

Todos los habitantes del buque sentían después del almuerzo una tendencia al sueño, abrumados por el caliginoso ambiente, entorpecidos por una elaboración pesada, anonadados y felices al mismo tiempo por las voluptuosas contracciones del tubo digestivo en plena tarea asimilatoria. Era el momento—según Maltrana—de la gran pureza. Los que en otras horas del día rondaban por cerca de las faldas, con miradas invitadoras y palabras insinuantes, permanecían tendidos en las cubiertas. Los que á la caída de la tarde parecían reanimarse con la brisa y se estiraban impulsivamente, lo mismo que fieras carnívoras que despiertan, quedábanse ahora hundidos en los sillones del fumadero con la inconsciencia de la boa enrollada, siguiendo vagamente las espirales de humo del cigarro.

Parejas amigas, de cuyas intimidades se ocupaban con deleite los murmuradores, permanecían en los asientos de la cubierta, sin verse, sin conocerse, volviéndose la espalda, faltos de fuerzas para cambiar una palabra, deseando tranquilidad y olvido. El bienestar animal de la digestión y la atmósfera

ardiente rechazaban el amor á segundo término durante unas horas, como algo molesto é intolerable. Las pasiones anteriores enmudecían. Nadie osaba insinuar una petición por miedo á verla aceptada, teniendo que descender á la asfixiante penumbra del camarote removida por el aleteo del ventilador.

Y fué en esta hora cuando Ojeda entabló su cuarta conversación con Mina Eichelberger. Habían cruzado la palabra por vez primera en la tarde anterior, al avistar el buque las islas de Cabo Verde. Aún no hacía veinticuatro horas que se conocían, y Fernando la hablaba con absoluta confianza, libre de los retrocesos que inspirá la timidez, como si un largo trato de años hubiese desgastado entre ellos todas las angulosidades de la prudencia y el miedo. La vida sobre el Océano en una jaula flotante de algunos centenares de metros, donde era imposible moverse sin tropezarse, hacía marchar las amistades vivamente.

Cuando el buque estuvo frente á las islas y los pasajeros contemplaron las montañas, tras las cuales se ocultaba el sol ensangrentando el horizonte, los dos se hablaban ya con rápida confianza y sus manos sentían un estremecimiento simpático al encontrarse entre las hojas de las partituras. Veíanse solos en el salón, olvidados de la gente, que había afluido á los costados del buque. Mina cantaba á media voz, súbitamente ruborosa al pensar que Fernando estaba de pie detrás de ella, dejando caer su mirada sobre su nuca y sus espaldas. Se avergonzaba tal vez, con súbita coquetería, al verse mal trajeada y sin ningún adorno de tocador. Cuando sus manos permanecían inertes sobre el piano y cesaba de cantar, hablaban entonces de la música, de los célebres maestros, del gran mago, del nigromante—nombres que Ojeda daba á Wágner—, in-

sistiendo en estos tópicos que habían servido de pretexto para iniciar su conocimiento.

Las primeras palabras habían sido en inglés, luego en francés, y al fin, como si buscase ella mayor desahogo para su expresión, habló en italiano, un italiano lento, titubeante, recuerdo de una época cercana en la cronología de su existencia, pero remota, muy remota, en sus recuerdos. Era la época de su gloria, durante la cual había cantado fuera de la tierra germánica las obras del más famoso de los maestros alemanes.

El pequeño Karl, niño de gravedad hombruna, al ver á su madre en conversación con este desconocido, había olvidado el libro de estampas, marchando hacia ella para colocarse entre sus rodillas. Abria sus ojos, asombrado por el lenguaje incomprendible que se cruzaba entre los dos, y de vez en cuando, con la tenacidad vanidosa de los pequeños que no toleran verse olvidados, hablaba á su madre en alemán formulando una petición, ó se frotaba contra sus rodillas para hacer visible su presencia.

Jugueteaban las manos de Mina en sus cabellos lacios, de un rubio blancuzco, pero distraídamente, con un descuido de madre preocupada, sin que sus ojos descendiesen hasta él. Miraba á Fernando con una franqueza varonil, cual si fuese un camarada, sonriendo á todas sus palabras sin saber por qué. Fijábanse sus pupilas en las pupilas de él resueltamente, como si quisiera sondearlas con su flúido visual. Pero de pronto arrepentíase de esta confianza, sentía miedo y vergüenza, y giraba la cabeza para escucharle con los ojos perdidos en los pentagramas del libro de música.

El hablaba mientras tanto, más atento á sus pensamientos mudos é internos que á lo que decía con su boca. La examinaba audazmente, detallando con los ojos toda su persona, sin obtener al final un

juicio exacto. ¿Era fea?... ¿Era hermosa, con una belleza exangüe de flor marchita?... Ojeda recordaba ciertos muebles antiguos, de dorados borrosos y nácares opacos, que al abrir sus cajones esparcen un perfume sutil de alma olvidada. Pensaba también en los salones viejos y polvorientos, que guardan entre las grietas de sus muros jirones de ricas tapicerías reveladores de suntuosidades que fueron; en las voces débiles, quejumbrosas por la enfermedad, que de pronto se arrastran con roce aterciopelado ó se elevan con la vibración de una perla sobre el cristal, denunciando un pasado de gloria...

Veía su cuello esbelto, de líneas armoniosas y gráciles cuando permanecía en reposo, pero que á la menor contracción marcaba la tirante madeja de sus tendones. Se fijaba en la cortante arista de las clavículas bajo la epidermis mate, de una blancura verdosa que absorbía la luz sin reflejarla. La más leve sonrisa abría en sus mejillas dos tristes oquedades oscuras, que tal vez habían sido antes graciosos hoyuelos. Una consunción interna había devorado las morbideces que suavizan con armonioso almohadillado el cuerpo femenino; pero esta consunción era irregular, fragmentaria, ensañándose en unas partes del organismo y olvidando otras, dejando incólume, con incomprensible respeto, lo más prominente: los pechos todavía frescos y victoriosos sobre el torso enflaquecido, semejante á un doble blasón de mármol en una fachada ruinoso; las caderas de robustez germánica firmes é inmovibles, como si en ellas fuese más el hueso del armazón que la carne del revestimiento.

La piel, tersa en unos lugares del cuerpo, se aflojaba en otros, dejando dolorosos vacíos entre ella y el óseo andamiaje. Pero la mirada era indudablemente igual que en los tiempos de su gloria.

Los extremos de la boca, los ángulos externos de los ojos, remontábanse á un tiempo con la sonrisa, una sonrisa interior, dulce y enigmática como las que pintaba Leonardo. La decadencia física se había detenido piadosa ante la bella expresión de sus labios, encorvados hacia arriba como una luna en creciente. Sus párpados, algo marchitos, filtraban al encontrarse una luz transfiguradora semejante á la del sol sobre las ruinas, que dora el moho de las piedras negruzcas y da alegrías de jardín á las plantas parásitas de los escombros. Un tenue olor de carne perfumada y enferma llegaba hasta Ojeda, pero tan leve, tan vagoroso, que no sabía ciertamente si era su olfato quien lo percibía ó su imaginación. Y otra vez pensaba en el ambiente dormido de los antiguos muebles de secreto, que huelen á cartas de amor, polvo, ramilletes secos, cintas olvidadas y polillas.

Por la noche había vuelto á hablar con ella largamente. En las inmediaciones del fumadero, Mina lo presentó á su esposo, aprovechando una rápida salida de éste, que iba á su camarote en busca de tabaco, abandonando á los compañeros y las altas columnas de redondeles de fieltro que denunciaban los *bocks* consumidos.

El músico se mostró cortés y respetuoso. Era un honor para él estrechar la mano de tan gran poeta. No había leído un solo verso de Fernando, pero en las averiguaciones y curiosidades de los primeros días de navegación, cuando todos desean saber quién es el vecino, Maltrana había hablado del talento poético de su compañero, y esto bastó para que lo designasen por antonomasia con el título de «el poeta». Algunos alemanes, dispuestos á reconocer y acatar todas las diferencias y jerarquías sociales, por una irresistible tendencia á la admiración, le llamaban «el gran poeta»... «un poeta kolo-

sal», con méritos tanto más grandes cuanto que vivían perdidos en el misterio de una lengua desconocida.

Ojeda experimentó al examinar al maestro Eichelberger la misma sensación que ante su esposa. Vió algo que había sido, y al no ser, guardaba en su ruina los muertos esplendores del pasado. Los gestos, las palabras, todo en su persona era de un hombre superior al medio en que vivía actualmente. Rebuscaba sus palabras, se atusaba el bigote, un bigote de antiguo germano, con los extremos caídos; se echaba atrás, con aire de inspirado, la luenga cabellera rubia, en la que apuntaban las canas. Pero sus ojos macilentos, de córneas ligeramente inflamadas, los manchurroneos rojizos y mal sanos de su rostro, cierta timidez al verse en presencia de alguien que por su superioridad le hacía recordar el pasado como un remordimiento, revelaban los vicios tenaces de su vida fracasada. De pronto, para no delatarse en los azares de una larga conversación, se apresuró á despedirse del poeta. Fernando creyó igualmente que el músico huía de mostrarse ante su mujer en esta forma cortés tan contraria á la realidad, temiendo sin duda la muda ironía de sus pensamientos.

Quedaron solos hasta cerca de media noche en un rincón de la cubierta, teniendo entre los dos al pequeño Karl, que empezaba á familiarizarse con Ojeda. Cuando se cansaba de apoyar la cabeza en las rodillas de la madre, iba en busca del nuevo amigo, acogiendo como un gatito manso la caricia de sus manos en la flácida cabellera. El sueño acabó por rendirle, y Mina lo llevó á su camarote, despidiéndose de Fernando con visible contrariedad. Pero á los pocos minutos volvió á subir, como si tirase de ella algo superior á sus preocupaciones de madre, y tuvo una mirada de gratitud para Ojeda

al verlo inmóvil en el mismo asiento, cual si prolongase mudamente la entrevista anterior.

Volvieron á hablarse, pero completamente solos, en creciente intimidad, sin prestar atención á la orquesta, que ejecutaba su concierto nocturno de valeses, sin fijarse en las miradas curiosas de algunos paseantes que parecían tomar nota del repentino acercamiento de dos personas que hasta entonces nadie había visto juntas. Una tos seca y persistente hizo volver la vista á Fernando. Era mistress Power con la pareja de compatriotas suyos que pasaba por delante de él fingiendo no verle.

A la mañana siguiente se habían encontrado de nuevo. Mina subió á la cubierta en las primeras horas, mucho antes que los otros días, llevando de la mano á Karl. El pequeñuelo, apenas vió á Fernando, corrió hacia él, dejando flotar sus rubias guedejas sobre el cuello azul de su blusa marinera. Este vínculo de aproximación hizo que los dos se abordasen sonrientes, con la mano tendida, continuando la conversación de la noche anterior. Y una vez terminado el almuerzo, Karl se había encaramado por una de las escaleras que conducían á la última cubierta, atraído por la gritería de los niños en pleno juego. Su madre le siguió, mirando antes en torno para ver si Ojeda estaba cerca. Y éste fué tras ella peldaños arriba, como si le atrajese su pálida sonrisa.

«Aún no hace veinticuatro horas que nos conocemos—pensaba Fernando—. ¡Los milagros del encierro común! En tierra, hubiese necesitado meses para llegar á esta intimidad.»

Se habían aislado los dos en medio del rebullicio que agitaba al pasaje con motivo de las próximas fiestas del paso del Ecuador. Fernando seguía á la alemana en la vida de modesto apartamiento que hasta entonces había llevado, tímida y orgullosa á

la vez. La noche anterior se había acercado Isidro á él cuando estaba hablando con Mina. Debía recordarle que era uno de los presidentes del comité organizador de las fiestas, y los señores de la comisión reclamaban su presencia antes de terminar el programa. Pero Ojeda repelió con mal humor el inoportuno llamamiento. Maltrana podía representarle: delegaba en él toda la majestad de su importante cargo.

A la mañana siguiente le buscaron los señores de la comisión. Solicitaban su concurso para la velada literaria y musical, una fiesta en la que todos los pasajeros poseedores de alguna habilidad artística iban á mostrarla, para el gozo estético de sus compañeros de viaje. Sonaba el piano incesantemente en el gran salón bajo los dedos entorpecidos de las señoritas que preparaban su «número». Otros pianos no menos balbuceantes y expuestos á error contestaban desde los extremos de la cubierta, en la sala de los niños y en los camarotes de gran lujo. Voces aflautadas y tímidas vocalizaban romanzas sentimentales, canciones napolitanas, y se interrumpían para decir: «¡Viniendo artistas á bordo! ¡qué atrevimiento!...» Algunas jóvenes, bajo la crítica severa de un tribunal de padres y de tías, recitaban versos en francés, tapándose con un abanico los ojazos ardientes de criolla ó la boca carmesí, en la que empezaba á diseñarse la seda de un leve bozo, contorsionando con reverencias de dama versallesca sus caderas en capullo de futuras procreadoras.

Ojeda repelió con terquedad estas invitaciones al «gran poeta» para que recitase algunas de sus obras. El no gustaba de tales fiestas: no sabía decir bien dos versos seguidos; además, una gran parte de los oyentes no entendían su idioma. Podían dirigirse al conferencista italiano ó al abate de las bar-

bas, que hacían el viaje para divertir al público. El se había embarcado con otros propósitos... Por cortesía, los invitantes se dirigieron también á Mina, recordando que la habían visto sentada al piano. Podía «llenar un número». Pero ella se negó ruborizada, alegando que no era artista, sino la simple esposa del director de orquesta, y su intervención podía molestar á las «estrellas» de opereta que venían en el buque. Y los invitantes no creyeron necesario insistir más cerca de una mujer pobremente vestida y que se apartaba de todos con huraña modestia.

Su trato con Fernando infundía una nueva animación á su existencia. Parecía resquebrajarse después de cada entrevista el aislamiento en que había vivido hasta entonces, como en un caparazón erizado de púas. Y en este resurgimiento contemplábala Ojeda cada día con mayor interés. Iba revelando su pasado fragmentariamente, con titubeos de modestia, cual si temiese fatigar la curiosidad de su amigo. Ruborizábase con la evocación de ciertos infortunios que había deseado olvidar, para mantenerse de este modo en la paz de una vida monótona, sin esperanzas ni recuerdos.

¡Su brillante entrada en la vida, mucho antes de conocer al maestro Eichelberger, cuando la aplaudían en los teatros de Alemania y aprendiendo luego el italiano interpretaba las obras de Wágner en las escenas de Europa y América!... Diez y nueve años; su voz no era portentosa: justa y precisa nada más; la necesaria para cantar su parte sin ahogos. Pero los entusiastas del gran mago la apreciaban porque sabía entrar «en la piel de los personajes». Wágner poeta, creador de héroes épicos, intérprete de conflictos humanos, le inspiraba tanta adoración como Wágner músico. Durante mucho tiempo, por un fenómeno de artística adaptación, había creído ser

Brunilda. Su verdadera personalidad era la de la hija de Wotan. Sólo vivía de noche, á la luz de las baterías escénicas, acompañada en sus pasos y lamentos por la música misteriosa que surgía del abismo orquestal. El pecho encerrado en los mamilares de la coraza de escamas, el metálico casquete rematado por dos alas blancas, la lanza vibradora en una mano, el manto purpúreo siguiendo con una flotación de bandera su paso vigoroso de virgen fuerte: todo esto había sido la realidad. La vida en los hoteles, los viajes por mar y por tierra, las miserables rivalidades de profesión, eran un ensueño incierto é incoloro, un limbo del que sólo guardaba pálidos recuerdos.

El poder demoniaco de la música la había poseído por entero, transportándola á las regiones de una vida superior. La grosera realidad, cortina engañadora que oculta á nuestros ojos la suprema belleza para que nos resignemos á la penumbra de una existencia práctica y vivamos como bestias mirando al suelo, rasgábase para ella todas las noches así que pisaba las tablas.

Sentía su alma bañada en divina tristeza cuando el padre-dios, iracundo y bondadoso á un tiempo, la castigaba por su desobediencia, aletargándola sobre el peñasco que había de rodear el fuego con un muro rojo de ondeantes almenas. Cantaba con la alegría de un pájaro que saluda al día y al amor cuando la despertaba Sigfrido, el gran niño sin miedo y sin prudencia, y al despojarla de su armadura le arrebatava la virginidad. ¡Adiós, grandeza fría de los dioses! Ella quería ser mujer, con todos los dolores y las pobres alegrías de los humanos.

Estremeciase aún al recordar el final de la gran epopeya, ante la pira fúnebre rematada por el cadáver del héroe, cuando, tremolando la antorcha vengadora que convierte en cenizas el reino de los

dioses, expresaba su pena y su sabiduría. Era su tristeza la de la mujer superior que ha amado á un ser ligero, valeroso é inconstante, y en la hora suprema lo plañe y disculpa sus faltas. La gran verdad, resumen de todas las experiencias de la vida, la verdad que buscamos á tientas y desecharnos muchas veces al encontrarla; la que sólo reconocemos en el último momento, cuando ya es imposible recomenzar y los errores no tienen remedio, salía de su boca llorosa: «Renuncio á mi divina ciencia y se la doy al mundo. Sepan los hombres que la felicidad no es la riqueza, ni el oro, ni el poder de los dioses. No es tampoco la pompa del rango supremo, ni los lazos mentirosos de las convenciones sociales, ni las rigurosas reglas de una hipócrita ley. En la alegría como en la tristeza, sólo existe para el hombre una fuente de felicidad: ¡el amor!»

Y la pasión que ponía Mina en su voz comunicábase á los que la escuchaban. En sus peregrinaciones de teatro en teatro, acompañada por su madre—viuda de un militar bávaro muerto en la campaña de Francia—, la joven se había visto diversas veces solicitada en matrimonio. Un millonario de la América del Norte quiso casarse con esta alemana de la que hablaban los periódicos y cuyos retratos gozaban el honor de ser exhibidos al lado de los presidentes de la gran República y los más famosos boxeadores.

Cantantes de porvenir le ofrecieron la asociación matrimonial para hacer ahorros en común, amasando una gran fortuna. Pero ella llegó á los veinticinco años sin prestar oído á estas proposiciones que atentaban contra su gloria, hasta que conoció el amor en la persona del maestro Eichelberger. Tal vez no fué amor: tal vez fué lástima. Las mujeres sienten desarrollarse en su pecho el senti-

miento de la maternidad mucho antes de ser madres, y lo aplican á todo hombre que les inspira un interés de conmiseración, confundiendo el amor con la piedad. Se había engañado voluntariamente, interesada por los defectos del músico.

—Fué en Dresde donde nos conocimos—dijo Mina—. El, á pesar de su juventud, tenía cierto renombre de compositor. Todos le creían destinado para algo más grande que dirigir una orquesta. Algunas de sus romanzas empezaban á ser populares en Alemania; una sinfonia suya había sido aplaudida en los conciertos de Berlín. Trabajaba poco, su vida era borrascosa, y yo pensé que le faltaba, como á todos los hombres superiores en la primera época de su vida, un cariño que lo guiase, el amor de una compañera inteligente que lo sostuviera en el buen camino.

Se acordaba de la juventud del gran mago, de su primera mujer, Mina Planer, hacendosa y burguesa, que seguía la carrera de cantante como un oficio, pero que supo facilitar la producción creadora de su esposo defendiéndolo de los acreedores, organizando un hogar modesto que sin ella no habría tenido jamás el gran músico.

—Creía encontrar en la semejanza de nuestros nombres una identidad de destinos. Yo podía ser la Mina de este nuevo Wágner que empezaba á surgir de la obscuridad. Y así se inició lo que no fué nunca amor, sino un gran sacrificio por la gloria... ¡Ay! ¡Cómo nos envenena el arte cuando lo hacemos consejero de nuestra pobre existencia!

Se buscaron, con una simpatía intelectual, entre los demás artistas, vulgares jornaleros de la música. Mina le había recibido frecuentemente contra la voluntad de su madre, señora de rígidos principios que no podía transigir con los desórdenes del maestro. Hablaban juntos de El, del demiurgo, del

nigromante; se extasiaban ante el piano, con los nervios estremecidos por el poder demoniaco de su música. Un día, Eichelberger llegaba borracho á estas entrevistas, completamente borracho. ¡Esta semejanza más!... También Wágner, á los veinte años, cuando era simple director de orquesta en Magdeburgo y no tenía otras obras que *Las hadas* y la sinfonia de *Cristóbal Colón*, había llegado beodo una noche á la habitación de Mina Planer. Y la consecuencia de esta embriaguez de Wágner fué su matrimonio con una mujer que no creía mucho en su talento, pero supo cuidar de su cocina y salir adelante de los apuros pecuniarios con el sentido práctico de una antigua obrera habituada á la miseria. La suerte marcaba su camino á la otra Mina. Esta, más inteligente, sabría «redimir» al joven maestro, que sólo necesitaba el apoyo del amor para revelarse como un genio. Y después que Eichelberger, beodo, pasó la noche en su cuarto, el matrimonio fué cosa decidida y la madre tuvo que resignarse.

Entristeciase Mina al recordar este suceso: el gran error de su existencia, el cambio fatal de rumbo. Se llevaba una mano á la frente, como si quisiera arrancarse un recuerdo tenaz para arrojarlo al Océano... ¡Los crueles engaños del arte! ¡Las intermitencias del talento, que en unos apunta como flor seductora con los días contados y en otros tiene la inmovilidad grandiosa de la montaña!...

—Usted habrá visto arrastrando una existencia de miseria artistas de hermosa voz, que sin embargo cantan en los cafés como mendigos. La gente se indigna contra esta injusticia de la suerte. Hay que ayudarlos, hay que llevarles á la ópera. Y cuando van á ella, el fracaso más desolador acompaña su intento. Saben cantar bien una romanza, pero no pueden con una ópera entera. Al final del

primer acto se enronquecen; al segundo, han perdido la voz; antes del final, tienen que huir... Y lo mismo se encuentran talentos frágiles en todas las artes: talentos en capullo que no se abren nunca, que carecen de vigor para abrirse y se marchitan y mueren.

Ojeda asintió con movimientos de cabeza. Pensaba en los pintores de bocetos «geniales» que nunca llegan á terminar un cuadro; en los que hacen concebir optimistas ilusiones con fragmentos poéticos ó cortos relatos y jamás pueden escribir un libro. Mina decía bien: no bastaba cantar la dulce romancita, breve como un suspiro; había que cantar la ópera entera, sin ronqueras ni desfallecimientos. El arte exigía paciencia, y sobre todo, fuerza, mucha fuerza. La voluntad era una inspiración.

—Mi marido—continuó ella con desaliento—no pasó de las obras de su juventud. Dió con éstas «todo lo que tenía de artista». ¡Y yo que le creía un genio!...

Le había visto agitarse como un emparedado, pugnando por levantar la enorme losa caída sobre él, interpuesta entre los ojos de su espíritu y la luz ansiada. Y Mina no tenía siquiera el consuelo de la ignorancia, no podía engañarse como otras mujeres que creen ciegamente hasta el último instante en el talento de sus maridos y atribuyen su desgracia á injusticias de la suerte. Dábase cuenta de la debilidad artística de Eichelberger, seguía con mirada dolorosa su descenso, reconocía la razón de aquella indiferencia creciente que rodeaba su nombre.

Por desesperación ó por ansia de consuelo, él se entregaba cada vez con mayor tenacidad á su vicio predilecto. Bebía sin recato, olvidado ya de los miramientos que había tenido con ella en los primeros meses de matrimonio. Acompañábale la embriaguez

hasta en las funciones más difíciles de su profesión. Ocupaba muchas veces estando ebrio el atril de director. Los teatros empezaban á rehusar sus ofrecimientos. Su nombre no inspiraba confianza: antes bien, era acogido con risas ultrajantes. Quejábanse los artistas de sus cambios de humor, de sus cóleras alcohólicas, que perturbaban los ensayos con un estrépito de batalla. Su desprestigio comenzó á influir en el renombre artístico de la esposa. A fuerza de comentar los incidentes de su existencia matrimonial, el público la encontraba menos interesante.

Ojeda creyó adivinar en la faz triste de Mina un sinnúmero de miserias inconfesables. Se imaginaba la vuelta del teatro de estos dos seres que ya no podían entenderse: ella resignada, con mudos gestos de desesperación; él embrutecido por la amargura del fracaso. Tal vez sus disputas habían terminado con golpes; tal vez al entrar en la casa, titubeante y oliendo á alcohol, este falso Wágner, con una pesadez brutal, había puesto su puño en la cara de Mina, la criatura de ensueño que intentaba «regenerarlo».

Habló ella lacónicamente al hacer memoria de esta parte de su vida, como si quisiera salir cuanto antes de los dolorosos recuerdos.

—Mi madre murió... y yo tuve á Karl, para mayor desgracia. Quedé enferma, creo que para siempre: enferma por ser madre; enferma por haber sido esposa... ¡Ah, ese hombre!... Y sin embargo, no es un malvado: es un niño grande inconsciente; un niño que se ha vuelto cruel al convencerse de su fracaso; un egoísta que se refugia en la bebida y sólo á ratos se da cuenta del daño que me ha hecho... Yo perdí la voz, me marchité siendo aún joven, y tuve valor para huir del teatro antes de alegrar á las compañeras con una ruina total. El... ya lo ve

usted: al frente de una compañía de opereta, marcando con la batuta vales vieneses. ¡Un hombre que ha dirigido *Tristán y Los maestros cantores!*... Sólo para un viaje por América ha podido encontrar quien lo contrate. El empresario le riñe como si fuese un corista, y se propone vigilarlo en tierra para que no beba antes de las representaciones.

El público había olvidado á Mina completamente. Su nombre no era mas que un vago recuerdo para los entusiastas que guardaban memoria de los intérpretes wagnerianos. Las glorias escénicas mueren pronto...

—Hace poco he encontrado mi nombre en una revista. Hablaba de mí como de una joven de grandes esperanzas que se perdió prematuramente. Muchos me creen muerta; el articulista se lamentaba de mi triste fin... Y á mí no se me ocurrió decir una palabra que desvaneciese el error. La Schamale (mi nombre de teatro) está bien muerta: muerta para el público que tanto la aplaudió, muerta para ella misma, que no quiere acordarse de nada... Ahora sólo falta que *Frau Eichelberger*, la mujer fea y enferma de un director de opereta, muera también, pero de verdad, para olvidar de una vez los grandes errores de su vida.

Y aquella tarde, al lado de Fernando, en la última cubierta del buque, mirando el Océano, repitió con desesperación:

—El poder demoniaco de la música, que influye en nuestra suerte como antiguamente influían los astros... A él debo mi desgracia, y sin embargo, lo amo.

El mar luminoso, azul, estaba cortado por una ancha faja de reflejos de sol, camino de fuego triangular que descansaba su vértice en el horizonte y su base incierta y temblona en un costado del buque. Las cumbres de las pequeñas ondulaciones

palpitaban erizadas de fulgores como fragmentos de espejo. Los ojos se contraían, fatigados por el excesivo resplandor del cielo y del Océano, que parecía abrasar la retina.

Mina y Fernando, para evitarse la molesta refracción, apartaban sus ojos del horizonte, mirando debajo de ellos mientras hablaban. Extendíase á sus pies un tercio del buque, toda la sección de proa, el hocico férreo que iba arando con tenacidad infatigable los campos oceánicos, verdes y luminosos de día, oscuros y abullonados de noche, con una arista fosforescente en cada pliegue como el lomo de una sirena.

Al mirar abajo, experimentaban la sensación del viajero que contempla á un pueblo desde la plataforma de una torre.

Las diversas cubiertas del trasatlántico descendían como peldaños, para volver á remontarse en el extremo opuesto, donde formaban el castillo de proa. A una regular profundidad, veían el principio de la cubierta del comedor: un entarimado húmedo, en el que descansaban los brazos de dos grúas con sus articulaciones de ruedas dentadas, y del que surgían varios trombones de ventilador pintados de blanco con la garganta escarlata. Más adelante, la gran plaza del combés estaba oculta bajo un toldo de lona, y de esta tienda surgía el palo trinquete, un gran mástil de acero amarillo y hueco, semejante á un alminar, en torno del cual se alineaban los brazos de descarga, cirios gigantescos atados en haz alrededor de la cofa. Y de esta cofa á las bordas, se tendían en ángulo los cordajes de acero, las escalas para la marinería, todas las lianas férrreas que la construcción naval hace crecer en torno de los mástiles para asegurar su estabilidad y facilitar su acceso. En último término, el castillo de proa, espacio triangular que tenía en su vértice un

pequeño mástil para la bandera de la Compañía cuando el buque entraba en los puertos. Y en este triángulo, ocupado por los cabrestantes á vapor que elevaban ó descendían las anclas, también abrían los ventiladores sus tentáculos respiratorios, sus bocas de serpentón ávido de oxígeno.

Las invisibles palpitaciones del mar en la tarde serena hacían que el triángulo de la proa se elevase y descendiese, como una cabra saltadora y juguetona, al partir las aguas con su filo. Este movimiento parecía circunscrito á aquella parte del buque, pues sus vibraciones se amortiguaban al extenderse por los flancos y apenas eran sensibles en el resto de la gigantesca construcción. Las espumas, luego de elevarse junto á la proa formando dos surtidores de leche pulverizada, resbalaban por los costados en grandes redondeles semejantes á los anillos de luz sideral. Corrían de proa á popa las aguas removidas, dos ríos verdes, agitados, tumultuosos, abiertos en la inmovilidad azul del Océano. Los peces voladores saltaban por enjambres, se abrían en grandes abanicos de plata y rosa, volando lejos, muy lejos, en vistoso chisporroteo, arando la superficie con el arañazo de sus colas, hasta que, fatigados, volvían á sumirse en la profundidad.

Cuando la proa quedaba dormida por algunos minutos, el buque parecía inmóvil, clavado en el mismo sitio. La velocidad de su marcha hacía ver con un engaño óptico que era el Océano el que venía corriendo á su encuentro en gigantescos repliegues que se empujaban unos á otros. Los ojos abarcaban un anfiteatro azul, inmenso, monótono, que borraba la noción de volúmenes y distancias. Luego parpadeaban con una sensación de extrañeza al replegarse en esta cáscara férrea perdida en el infinito, con su hervidero de hormigas sobre el lomo.

A espaldas de Mina y su compañero sonaban los discos de madera resbalando sobre la cubierta, empujados por las palas de los jugadores. Cada vez que uno de aquéllos venía á colocarse sobre un buen número del cuadro trazado en el suelo, estallaba el grupo infantil en palmoteos y gritos, que hacían revolverse en sus sillones á los pasajeros dormitantes.

Karl, con aire pensativo y un dedo en la boca, contemplaba de cerca el juego de estos niños mayores que él. De pronto, como si experimentase la necesidad de ser protegido, huía y se pegaba á las faldas de su madre, que, atenta á la conversación, no hacía caso de sus llamamientos insistentes. Cansado de pasar inadvertido, atraíale otra vez la gritería de los muchachos, volviendo lentamente hacia ellos.

Hablaba Mina con tristeza del mundo viejo que dejaban á sus espaldas. ¡Ah, Berlin!... Este nombre hacía revivir los recuerdos más tristes de su vida, años de pobreza desesperada, de humillaciones crueles, de vergonzosa decadencia. Marchaba hacia las tierras nuevas con la ilusión de algo mejor.

Ojeda, al oír esto, sonrió imperceptiblemente. También la esperanza guiaba el viaje de la infortunada walkyria. El Nuevo Mundo era el único remedio para la gran equivocación que había trastornado su existencia. Mina se lanzaba á esta aventura por su hijo, por el porvenir del pequeño Karl, único vínculo que la unía á la existencia. ¿Qué podía desear?... Más allá de sus esperanzas de madre, no había para ella ninguna ilusión. Todo había terminado: ni hermosura, ni gloria, ni siquiera salud le guardaba el porvenir.

—Soy vieja á la edad en que otras mujeres empiezan el verano de su vida. Los años han caído sobre mí de golpe: llevo el peso de los míos y los de

las otras que son felices... Las desgraciadas cargamos con nuestra edad y las edades de las que siendo dichosas prolongan su juventud. Yo creo á veces que tengo mil años... ¡Y enferma! ¡Arrastrando para siempre las consecuencias de haber sido madre!...

Deteníase al decir esto con prudente rubor, no osando confesar las internas tribulaciones que agitaban su organismo. Sus ojos iban hacia Karl con la expresión amorosa y triste de una artista que contempla su obra, fruto de penalidades, jirón doloroso de su propia existencia. Había salido de sus entrañas, pero era también el hijo de su marido.

Fernando creyó adivinar los pensamientos de la madre en la fijeza con que miraba la cabeza voluminosa de Karl. El niño tenía un aspecto demasiado grave para sus pocos años, un aire de vejez prematura.

—¡Cómo temo por su destino!—dijo Mina—. Paso las horas mirándolo en silencio. ¿Qué será? ¿qué saldrá de él?... A veces creo que puede ser un grande hombre, un genio, ¡quién sabe! Las madres nos creemos todas predestinadas á dar prodigios al mundo. Dice cosas superiores á su edad. ¡Y ese gesto grave, como si le bullesen en la cabeza pensamientos que no acierta á formular!... Otras veces me asusto. Es muy débil; la enfermedad le asalta en toda clase de formas. Le dan ataques cuando lo contrarían... Es el hijo de él: un hijo de padre degenerado.

Las lágrimas asomaban á sus párpados, pero una resolución enérgica sucedía á este desaliento. ¿Quién podía adivinar qué rehabilitaciones morales la esperaban á ella en una vida nueva al otro lado del Océano? Tal vez hasta el mismo Eichelberger se regenerase con el trabajo. Y si este trasplante de un hemisferio á otro no producía efecto en el músico,

seguramente influiría en el hijo, que estaba en edad para sentir la impresión del cambio de medio.

Pensaba quedarse en el nuevo continente: la vida de Europa le infundía horror. Cuando terminasen los compromisos con el empresario, se establecerían en Buenos Aires ó en otra ciudad. Ella y su marido darían lecciones de canto. Karl podía emprender una de las muchas carreras prácticas que enriquecen á los ciudadanos de los países jóvenes. Todo menos volver al país de origen, tierra de lágrimas que le hacía recordar las noches frías junto al fuego mortecino, con el hijo en los brazos, esperando hasta altas horas el paso titubeante del maestro y sus balbuceos de beodo; los embargos afrentosos; las groserías de los acreedores; las tristes reflexiones ante una mesa que á veces se cubría de abundantes alimentos con los inesperados altibajos de la existencia bohemia y se manchaba con la espuma del champaña, pero en la que casi siempre el pan y las patatas eran lo único. Y á impulsos de la esperanza, que pone la dicha más allá de la realidad del momento, en la incertidumbre de lo ignoto, veía Mina la salud, la paz y el olvido en aquel país de misterio hacia el cual la llevaba el buque, tierra maravillosa de la que no conocía ni el idioma.

El pequeño, agarrado á una mano de su madre, tiraba de ella con melopea quejumbrosa. Había sonado la hora del té; los muchachos, abandonando su juego, estaban abajo en el comedor. Mina se despidió de su amigo, y los extremos de sus ojos y su boca se contrajeron hacia arriba con una sonrisa pálida que parecía iluminar el rostro: «sonrisa de luna», según Ojeda.

—Hemos hablado mucho tiempo. Siempre estamos juntos. ¿Qué van á decir de nosotros las señoras que usted trata?... ¿Qué dirá esa norteameri-

cana tan hermosa y tan elegante al ver que le robo su conversación?... Pero conmigo no hay celos posibles. Soy fea, soy pobre; en todo el buque no se encuentra una mujer que vaya peor vestida que yo.

Y á pesar de la tristeza con que dijo estas palabras, algo de su antigua coquetería de artista festejada y admirada por la muchedumbre se mostró á través de su sonrisa, rejuveneciéndola con llamada fugaz.

«¡Qué gran mujer debe haber sido!—pensó Fernando—. ¡Y qué desgracia la suya!»

Mientras se alejaba, llevando de la mano á su hijo, él la siguió con ojos de conmiseración.

Al descender á la cubierta de paseo encontró Fernando al doctor Zurita, que hablaba con Maltrana, apoyados los dos en la baranda, frente al mar. La soledad del Atlántico traía á su memoria el recuerdo de los argonautas de España, que habían sido los primeros en violar el secreto de los desiertos azules.

—Venga acá, doctor—dijo Zurita á Ojeda, aplicándole el título universitario—. Estábamos conversando de cosas de su país, de los primeros navegantes que se lanzaron por estos mares. ¡Qué hombres corajudos! ¡Cosa bárbara!... Yo siento orgullo al hablar de ellos. Al fin, todos somos de la misma sangre. Mi abuelo era gallego. Es decir, gallego no; pero ya sabe usted que en mi tierra nos queda la fea costumbre de llamar «gallegos» á todos los españoles. Era de cerca de Burgos, y yo he hecho en dos automóviles, con toda mi familia, el viaje de París á Madrid sólo por ver el pueblo de donde procedemos. Y les dije á los míos: «Miren, niños, y aprendan; de aquí salieron los abuelos de ustedes.» Me conmoví un poco al ver la pobreza de donde venimos. Pero mi muchachada (gente alegre y de poco seso) se reía y lo encontraba todo muy feo y

miserable... Parece mentira que de esas poblaciones de color de yesca, en las que apenas se encuentra agua para lavarse, saliesen hace siglos los hombres sin miedo que se lanzaron por estos pagos.

Se generalizó la conversación, y al fin fué Ojeda el único que habló, recordando con entusiásticas palabras las hazañas de los argonautas oceánicos. Después del primer viaje de Colón, los puertos españoles habían sido como palomares abiertos, de cuyas bocas se escapaban con las alas tendidas las frágiles y audaces carabelas. Los espejismos del oro y el espíritu de aventura desarrollado por siete siglos de guerra con el sarraceno empujaban á los audaces. Salían á descubrir pequeñas flotas autorizadas por los reyes, pero eran más las expediciones clandestinas, muchas de las cuales quedaron en el misterio. Estas expediciones secretas, costeadas por los mercaderes de Sevilla y Cádiz, iban dirigidas por compañeros del Almirante concedores de la ruta de las Indias ó por marinos improvisados. «Hasta los sastres—según un autor de la época—sentían la ambición de meterse á descubridores.»

Duros hidalgos que jamás habían visto el mar lanzábanse en el ignoto Océano con una confianza asombrosa. Tomaban el mando de la carabela ó de la nao, sin otro auxilio y consejo que el de algunos navegantes costeros, con la misma tranquilidad que los paladines tantas veces admirados en los libros de caballerías se metían en el primer barco misterioso que encontraban en una costa desierta. Escritanos de Andalucía abandonaban sus protocolos para transformarse en descubridores; mercaderes amagados de ruina huían de la lonja para comprar un barco con el resto de su fortuna y lanzarse á lo desconocido. ¡Qué de catástrofes ignoradas en esta lucha con el misterio geográfico, sin más guías que

la fe y la santa ignorancia! ¡Qué de buques descendidos á las simas oceánicas cuando regresaban con noticias de tierras nuevas que había que volver á descubrir años después!...

La ansiada riqueza se dejaba entrever un momento y huía medrosa ante las proas de los nautas. Los indígenas de las costas hablaban de enormes riquezas y de monarcas poderosos, señalando siempre al interior, más allá de las montañas que parecían tocar el cielo, y de las ciénagas temblorosas, inmensos mares de hierbajos acuáticos. Pero de los rescates con estas gentes cobrizas, pródigas en relatos portentosos y miserables en realidades, sólo traían los navegantes algunas perlas deformes mal perforadas ó vistosos *guanines*, joyeles de oro bajo labrados en sutiles hojas.

Al volver al puerto español con mágicas noticias y pobre cargamento, los acreedores asaltaban al descubridor y embargaban el bajel dándose por engañados. Muchos habían preparado sus viajes tomando viveres, armas y buques á los usureros con un 80 por 100 de interés. Descubridores de pueblos que luego fueron célebres por sus riquezas se veían al regreso amenazados de pasar de la carabela á la cárcel. Los reyes tenían que intervenir con piadosas cédulas para amansar á los prestamistas, proponiendo arreglos. Nautas oscuros, huyendo de los rumbos del Almirante, ponían decididos la proa al Sur, sin miedo á las pavorosas noticias que circulaban sobre el fuego del Ecuador. Un Pinzón llegaba á las costas del Brasil mucho antes de que esta tierra fuese descubierta casualmente por una expedición portuguesa que navegaba hacia las Indias asiáticas.

En este revuelo de alas blancas que la primera noticia del descubrimiento lanzó á las soledades oceánicas, la marcha audaz siempre adelante, por

mar y por tierra, á través de tempestades, montañas, estrechos y lagunas, fué la consigna general. ¡Llegar ó morir! Nadie regresaba al puerto de partida sin haber visto algo extraordinario y traer muestras maravillosas. Y los que no volvían estaban en el fondo del Atlántico encerrados en el ataúd de su carabela, que se petrificaba lentamente cubriéndose de moluscos, mientras en sus rotos mástiles ondeaban como verdes gallardetes las algas de la profundidad. Otros no eran ya mas que esqueletos en una playa desierta, descarnados por los pájaros de presa, mondados hasta el tuétano por los infinitos enjambres de la selva tórrida, donde todo se mueve y hierve con vida devoradora, blanqueados y secados por el fuego del sol hasta convertirse en frágil cal.

Y entre estos aventureros de la primera hora del descubrimiento, la hora de los navegantes, de los argonautas, de los héroes de carabela, pobres y tristes, que no sacaron el menor provecho de sus empresas y abrieron el camino á los conquistadores férreos de á caballo que llegaron poco después, se distinguían dos como hombres entre los hombres: Alonso de Ojeda y Diego Méndez.

Fernando repetía con entusiasmo su propio apellido al hablar de aquel varón fuerte, al que consideraba su ascendiente glorioso.

—Ojeda es en el Nuevo Mundo lo mismo que Aquiles en la *Iliada* ó el Cid en el *Romancero*. ¡Qué hermosa muestra de hombre!...

Los cronistas de la época lo pintaban pequeño de cuerpo, agraciado de rostro, con una agilidad y una fuerza sorprendentes. Gran amigo de pendenencias, salía siempre de ellas «haciendo sangre á sus contrarios, sin que jamás se la hiciesen á él». Siendo paje de la corte, cuando los reyes estaban en Sevilla, apoyaba un pie en la base de la torre de

la iglesia Mayor—la famosa Giralda—, y arrojando una naranja á lo alto, la hacía llegar hasta las campanas. En otra ocasión, siguiendo á la reina Isabel en una visita al último piso de la misma torre, vió un madero que avanzaba horizontalmente en el vacío como unos veinte pies. De un salto se puso sobre él, corrió hasta su extremo con ligereza y seguridad, «como si caminase por una sala», dió la vuelta y regresó por el mismo camino, riendo del susto de la buena reina y los gritos de sus damas.

Era protegido del obispo Fonseca, encargado por los monarcas de la preparación de expediciones y proveeduría de las nuevas tierras: algo así como ministro de Marina y de Colonias todo á la vez. El Almirante, que conocía las hazañas de este mozo y sus méritos de hombre de espada, se lo llevó en el segundo viaje para las peleas de tierra adentro, pues él sólo era hombre de mar. Otros capitanes iban en la expedición, veteranos de las guerras con el sarraceno; pero el inquieto Ojeda, mozo de veinte años, se sobrepuso á todos ellos.

Colón, que deseaba aprisionar en Santo Domingo al cacique Caonabo, organizador de la resistencia indígena, vió fracasadas todas las malicias y felonías que con arreglo á la mala fe de la época fué aconsejando á Mosén Pedro Margarit y sus tenientes. Sólo consiguió su propósito al encargar á Ojeda esta captura. El paje de Cuenca, el pendenciero de Sevilla, avanzaba tierra adentro con unos pocos hombres, hasta llegar al campo del cacique. Allí seducía al salvaje con buenas palabras, le engañaba, sacándolo de entre los suyos, y le ponía por sorpresa unas esposas en las manos. Luego montaba en el arzón de su caballo al indio gigantesco, como un galán que roba á su dama, y en un galope de leguas y leguas llevábalo hasta el campo espa-

ñol. Tan maravillosamente audaz resultaba este rapto, que el mismo Caonabo, en su nobleza de guerrero primitivo, despreciaba al Almirante por haber ordenado tal vileza sin atreverse á realizarla personalmente, y sólo quería conversar y comer con Ojeda, admirando su atrevimiento al arrebatarle de entre sus súbditos. En los combates con los indios cargaba el primero, sin mirar si le seguía su gente. Junto á su caballo, lleno de cascabeles, saltaba el fiel compañero de todas sus empresas, un perro de pastor, llamado *Leoncico*, combatiente feroz, que en las distribuciones de víveres gozaba por sus hazañas ración de arcabucero.

Pronto se movió Ojeda por cuenta propia en las inmensidades del mundo nuevo mientras Colón realizaba sus últimos viajes. Vuelto á España, empezó la serie de sus descubrimientos, apoyado pecuniariamente por los mercaderes de Sevilla, que hacían crédito á su valor. Uno de los Pinzones, Juan de la Cosa, el más experto de los pilotos, Américo Vesputio y otros navegantes de fama, dirigieron sus buques. Los marinos gustaban de ir con este capitán, el más valeroso y audaz de la primera época de la conquista.

Corrió las costas de Venezuela en busca de perlas, y acabó por establecerse en lo que después fué América Central, y que los conquistadores llamaban entonces «Castilla del Oro». Una india le acompañaba como amante, guía é intérprete. Los aventureros jóvenes encontraban casi siempre entre las mancebas cobrizas ofrecidas por los azares de su existencia alguna que se apoderaba de su corazón y vivía compartiendo sus peligros. El hidalgo cristiano, al unirse con ella, había creído necesario purificarla con el bautismo—el mejor regalo, según las ideas de la época—, dándole el nombre de Isabel, en recuerdo de la buena reina.

La vida de Ojeda en la gobernación de Urabá, sin otros recursos que los que él podía agenciarse, lejos de sus compatriotas establecidos en Santo Domingo, y olvidado de España, fué un continuo batallar. Su ciudad de San Sebastián, mísera ranchería de paja y barro con un fuerte de maderos, era la primera que con carácter permanente fundaban los conquistadores en la tierra firme.

Tribus de hábiles arqueros la sitiaban á todas horas, lanzando flechas empapadas en incurables venenos. Eran las temidas «flechas de hierba», que hinchaban el cuerpo del herido con negruzca y mortal tumefacción. Los víveres del país—el pan de cazabe, los frutos de la selva, la carne de los roedores—había de conquistarlos diariamente á punta de espada. Los combates y las enfermedades diezaban á los habitantes.

Juan de la Cosa, el sabio piloto autor del primer mapa de las Indias, había muerto atado á un poste por los naturales, erizado de «flechas de hierba», que convirtieron su cuerpo á las pocas horas en una masa de negra putrefacción. En los míseros bohíos del pueblo gemían los conquistadores mal heridos, hambrientos, temblando de calentura. Ojeda, al frente de unos cuantos, salía diariamente á combatir por la comida.

Encuentro hubo del que surgió llevando en su rodela, según los cronistas, las señales de más de trescientos flechazos. Otras veces era tanto el peso de los enemigos arremolinados sobre él, que se doblaba y seguía combatiendo de rodillas, cubriéndose con el escudo. La pequeñez de su cuerpo ágil y escurridizo le servía tanto como la fuerza de sus brazos, y de todas las peleas salía incólume, «sin que le sacasen sangre». Los indígenas creíanle poseedor de maravillosos amuletos. Ojeda también se consideraba protegido por el cielo gracias á un cua-

drito antiguo de la Virgen, regalo de Fonseca, que llevaba pendiente del cinturón de la espada.

Cuatro indios arqueros se apostaron para herir á traición al capitán blanco que salía indemne de los combates, y un día que Ojeda avanzaba por la selva, extrañando la ausencia de enemigos, recibió un flechazo en un muslo. Por primera vez su cuerpo manaba sangre. La herida, que era «de hierba», ennegrecióse rápidamente por la acción del tósigo. Entonces se mostró con bárbara grandeza el coraje de aquel hombre. Hizo que calentasen en una hoguera el peto y el espaldar de una coraza, y cuando las dos planchas de acero estuvieron al rojo blanco, ordenó que se las aplicasen al muslo herido con unas tenazas. Negábase el cirujano á esta horrible curación, pero él le amenazó con la horca para que obedeciese. Chirriaron las carnes bajo el bárbaro cauterio, esparciendo un hedor de sacrificio humano. Para no desmayarse, hizo Ojeda que le envolviesen con sábanas empapadas en vinagre. Una pipa entera se consumió en este remedio; y el caudillo, gracias al espeluznante tormento, sufrido sin una queja, pudo salvarse.

La pequeña ciudad, falta de subsistencias, estaba próxima á perecer. En esto se presentaron inesperadamente unos piratas españoles, mandados por un tal Bernardino Talavera, audaz facineroso. Montaban un buque que habían robado á un mercader genovés y se ofrecían para vender víveres á los sitiados. Ojeda, convaleciente de su herida, se embarcó con ellos para solicitar auxilios del gobernador de Santo Domingo. Pero antes de abandonar á su misera gente quiso darla un capitán, y fijó su elección en un mozo extremeño llegado poco antes á las Indias, en el éxodo de gente de espada que siguió al de los navegantes: éxodo que llamaba Fernando «la segunda hornada de conquistadores». Este

soldado, que había hecho el aprendizaje de la guerra indiana al lado de Ojeda, llamábase Francisco Pizarro.

La accidentada navegación con los piratas fué la última y más penosa aventura de don Alonso. Autoritario y duro, quiso tomar el mando apenas se vió sobre la cubierta del buque, imponiendo su disciplina á Talavera y sus bandidos. Pero éstos se sublevaron contra él y lo metieron en la cala cargado de cadenas. A pesar de esto, el prisionero no cesó en su brava actitud, asegurando que había de ahorcarlos á todos apenas llegasen á tierra. Y tanto era su prestigio, que no se atrevieron á hacer nada contra él. Muchas veces le pedían consejo, por la experiencia que había adquirido en las cosas de la navegación, y le sacaban de su encierro para que dirigiese la nave. Acabaron por abandonar ésta en las costas de Cuba, y marcharon después meses y meses por la isla todavía inexplorada, deseosos de aproximarse á Santo Domingo, pero sin saber ciertamente adónde iban, sumiéndose en ciénagas, combatiendo á los indígenas ó transigiendo con ellos, atormentados por el hambre, que mataba á muchos. En esta marcha desesperada, el cautivo Ojeda se veía elevado por sus guardianes al rango de jefe cada vez que había que combatir á un grupo indígena, tratar con un cacique benévolo ú orientarse en el desierto de barrizales temblorosos que se tragaban á los hombres. El solo valía tanto como los otros. Luego, pasado el peligro, don Alonso volvía á ser prisionero de estos desalmados, que lo aborrecían por ser superior á ellos, y así marchaban juntos, condenados á tolerarse por la comunidad del infortunio. «Nunca—dice un cronista—se vió á gente pasar tantos trabajos para venir á parar en la horca.»

Cuando después de grandes tribulaciones por

mar y por tierra llegaron á países sometidos á las autoridades castellanas, Talavera y sus hombres fueron ahorcados y don Alonso se vió envuelto en procesos que amargaron sus últimos tiempos. La gobernación de Urabá, que le había dado el rey, ya no existía. La mayor parte de sus soldados habían dejado en ella los huesos; otros habían perecido en el mar; sólo Pizarro y unos cuantos predestinados como él consiguieron volver á Santo Domingo.

El antiguo paje de doña Isabel arrastró en la ciudad colonial la mísera existencia de los conquistadores sin éxito. Fué un veterano malhumorado y pronto á reñir entre la bohemia juvenil de capa y espada que llegaba de la Península soñando con la conquista de tesoros y reinos. Se organizaban nuevas expediciones. Pizarro poníase á sueldo de diversos capitanes. Por las calles de Santo Domingo paseaba su garbo otro extremeño, enamorado, espadachín y algo letrado, que se apellidaba Cortés.

El capitán del primer Almirante, el socio de Vicente Pinzón, el compañero de Juan de la Cosa, el jefe de Américo Vespucio, veíase cada vez más olvidado. Era un desconocido para aquellos mozos que llegaban de España, pasando junto á él sin reconocer sus canas y sus méritos. Desde la isla metrópoli tomaban vuelo, lanzándose lo mismo que pájaros de presa sobre distintas partes de las Indias misteriosas con mayor éxito que don Alonso, desgraciado como todo precursor. Los únicos que se acordaban de él eran los acreedores, para sus pleitos y procesos, y los muchos enemigos, á los que había ofendido con altiveces y pependencias. Más de una noche, el pobre conquistador, al volver á su tugurio, hubo de tirar de espada contra gentes que le esperaban para matarlo.

—Así acabó, obscuramente—dijo Ojeda—, el pri-

mero y más infortunado de los héroes de la conquista. Su muerte quedó en el misterio. Unos dicen que se metió á fraile en los últimos años y pidió al morir que lo enterrasen en la puerta del convento, para que todos hollasen su tumba, castigando de este modo su soberbia y demás pecados. Otros niegan que fuese fraile, y dicen que la pobreza le hizo refugiarse en el monasterio de Santo Domingo, como un parásito, viviendo de la sopa de la comunidad... El hambre fué el único miedo del héroe. Le habían predicho que moriría de inanición, y en sus expediciones cuidaba siempre de llevar alimentos en los bolsillos. La profecía no se realizó al correr por selvas y desiertos ó al navegar en buques de escasos víveres. Pero casi fué un hecho cuando el viejo conquistador tuvo que buscar el amparo en un monasterio en aquella ciudad colonial donde nadie le hacía caso.

—¿Y el otro?—interrumpió el doctor Zurita con viva curiosidad—. Ese Méndez del que habló usted antes.

—Diego Méndez—continuó Ojeda—fué un héroe de distinta clase; un «superhombre del mar», como diría el amigo Maltrana. Su aventura portentosa asombra aun en los tiempos presentes. Era un mozo sevillano que acompañó á Colón en sus últimos viajes, cuando, viejo, enfermo y sin poder encontrar los tesoros portentosos que había prometido, sentía crecer la indiferencia en torno de su persona. Méndez fué el discípulo fiel que acompaña siempre á los grandes hombres en su agonía. Las últimas cartas del Almirante lo elogian y lo recomiendan á la gratitud de sus descendientes, que jamás hicieron nada en su favor. Cuando, en el último viaje, el más desgraciado de todos, el descubridor se veía en un apuro, sus ojos lacrimosos de viejo buscaban á Méndez. «¡Hijo! ¡hijo!», le decía. Y el «hijo» encontraba

en su coraje ó en su vivo ingenio de andaluz un recurso para salir del mal paso.

Al explorar el Almirante las costas de la América Central, que él tomaba por las de Asia, quedábase en sus naves, y era Diego Méndez el que bajaba á tierra para adquirir noticias y acopiar víveres. Completamente solo, metíase entre las tribus de Veragua, que se estaban juntando para caer de improviso sobre los navíos, inmovilizados en una bahía cerrada por las arenas.

Méndez era recibido por el más temible de los caciques en una choza que tenía por adorno trescientas cabezas de enemigos, y lo asombraba cortándose en su presencia con unas tijeras pelos y barbas, operación mágica para los indígenas. Sus curaciones de llagas y otras enfermedades le valían el respeto de un brujo, y gracias á esto pudo vivir entre los indios, avisando á Colón de sus proyectos. El fundó el primer pueblo del continente, anterior en algunos años al de Ojeda; pero esta población á orillas del río Belén ó Yebra, que gobernaba con el título de Factor, tenía que defenderse día y noche de los ataques de los indios. Con veinte hombres armados de espadas y rodelas y dos pequeños cañones de los que llamaban «de fruslera»—metal procedente de las roeduras de piezas de azófar—, hizo frente durante mucho tiempo á los naturales, que, según decía Méndez en su testamento, «flechaban y garrochaban desde lejos como quien agarrocha toro, y eran las flechas y tiraderas tantas como granizo; e algunos dellos se desmandaban para vernirnos á dar con las machadsnas ó macanas—mazas ó porras—, pero ninguno dellos volvía, porque quedaban allí cortados brazos y piernas y muertos á espada...»

Al fin, tan inaguantable era esta hostilidad, que el Almirante reembarcó á Méndez con su

gente é hizo velas sin haber puesto el pie en tierra firme.

Luego sobrevenia la más penosa y difícil de las aventuras de Colón. La «broma», temida calamidad de los mares tropicales, consumía la madera de los navíos. Las chusmas, extenuadas por el manejo continuo de bombas y calderos, sentíanse impotentes ante el Océano, que invadía en lenta marea ascendente la concavidad de los agrietados cascarones. Así navegaron treinta y cinco días, creyendo ir hacia Castilla cuando estaban más lejos de ella que al salir de Veragua. Hubo que abandonar un navío, que, «abujereado y comido de gusanos, no podía sostenerse sobre el agua», y los otros dos, al llegar con grandes trabajos á las playas de Jamaica, fueron zabordados á tierra, convirtiéndose en casas ó fortines de tablas corroídas.

Del castillo de popa, con sus torneados balconajes, á la proa, rematada por el esculpido mascarón, se tendieron techos pajizos iguales á los de las chozas indianas. Al tocar tierra, Diego Méndez, contador de la flota, había repartido el último racionamiento de bizcocho y de vino. Nada quedaba en las despanzurradas bodegas. Una población famélica y desesperada de doscientos setenta cristianos movíase en torno de los cascos en seco.

Ocultábanse los naturales del país, y el hambre, atraída por la soledad, se aproximaba á todo correr. No podían esperar auxilio alguno. Santo Domingo estaba á muchas leguas de distancia y no les quedaba ni un batel para intentar esta travesía audaz. El Almirante, enfermo, debilitado por la vejez, affigido por la presencia de su pequeño Fernando, no sabía qué hacer. «¡Hijo! ¡hijo!», exclamaba, implorando el consejo de Méndez. Y el mozo, sin miedo y sin pereza, tirando de la espada, metíase tierra adentro con sólo tres hombres, yendo de tribu en

tribu á la compra de víveres, que pagaba con cuentas azules, peines, cuchillos, cascabeles y anzuelos. Sus acompañantes volvieron á las naves con la comida, y él siguió adelante por las costas de la isla, completamente solo, hasta que pudo comprar á un cacique una canoa, dándole por ella una bacineta de latón que guardaba en la manga, el sayo y una camisa, de dos que tenía.

En este tronco hueco, ocupado por seis indios remeros y dirigido por él, regresó siguiendo la costa, después de muchos días de ausencia, al lugar donde estaban encallados los navíos, recibéndolo el Almirante con besos y grandes transportes de alegría. Sólo los dos se daban cuenta de la peligrosa situación. Los indios, que cazaban y pescaban por sus tratos con Méndez, traían víveres al campamento, pero su presencia era cada vez menos regular, y todo hacía temer que desapareciesen para volver luego como enemigos. Colón temía que pusieran fuego una noche á los secos y resquebrajados cascos.

No había otra esperanza que avisar á Santo Domingo para que un buque viniese por ellos. Pero ¿cómo ir allá?... «Señor, yo iré», dijo Méndez. En la canoa comprada por él arrostraría los peligros de un golfo impetuoso de cuarenta leguas entre dos islas donde tantas naos de descubridores se habían perdido, teniendo que luchar además con la furia de las corrientes. El Almirante le besó en los carrillos. «Bien sabía yo que sólo vos osaríaís tomar esta empresa. Dios nuestro Señor os sacará de ella con victoria como de las otras.»

Puso Méndez su canoa á monte, le echó una quilla postiza, la dió de brea y sebo, clavó en la proa y la popa algunas tablas para que no se entrase el mar, como lo haría siendo rasa, montó un mástil con su vela y metió los mantenimientos ne-

cesarios para él, otro cristiano y seis indios, pues la canoa sólo podía cargar ocho personas. Despidióse de Su Señoría y empezó á seguir la costa de Jamaica hasta el extremo oriental, ó sea el más próximo á Santo Domingo, realizando una navegación de treinta y cinco leguas.

En el camino le hicieron prisionero ciertos indios salteadores del mar, y se libró de ellos milagrosamente. Luego, cuando estaba acampado en el extremo de la isla, esperando que el Océano se amansase para emprender la travesía audaz, cayeron sobre él otros indios, que determinaron matarlo. Pero mientras jugaban su vida á la pelota pudo escaparse, y volvió otra vez al campamento, tras una ausencia de quince días, cuando Colón le creía muerto ó en Santo Domingo. Persistiendo en su propósito, pidió una escolta que le acompañase al cabo de la isla, para poder esperar con seguridad una ocasión de tiempo bonancible, y el Almirante le dió setenta hombres al mando de su hermano el Adelantado don Bartolomé. De esta manera volvió al extremo oriental de Jamaica, y allí estuvo cuatro días, hasta que, viendo que el mar se amansaba, se despidió de todos, encomendándose á Nuestra Señora de la Antigua.

Navegó en alta mar durante cinco días y cuatro noches, sin soltar un instante el remo que le servía de gobernalle, sin poder moverse en aquella embarcación que al más leve movimiento desordenado podía zozobrar. Así llegaron á la isla Española, abordando al cabo Tiburón cuando hacía dos días que él y sus compañeros no comían ni bebían, por haberse perdido las provisiones con los golpes de mar. Todavía navegó ciento treinta leguas por las costas de la Española en la frágil embarcación, hasta dar con el Comendador Ovando, que era el gobernador, y presentarle las peticiones de auxilio

del Almirante. Después hubo de esperar varios meses en Santo Domingo á que volviesen naves de España, pues en más de un año no se había acercado buque alguno. Al fin llegaron tres naos de la Península; Méndez compró una, y cargándola de pan y vino, cerdos, carneros y frutas de la isla, la envió á Jamaica, donde llevaba Colón siete meses de abandono, animado en su infortunio por celestes visiones. Un eclipse de luna, anunciado por él con aires de brujo, había servido para que los naturales atendiesen á la manutención de sus hombres.

—Méndez se volvió á España—dijo Ojeda—y acompañó al Almirante en sus últimos y tristes años. Colón lo recomendó á su familia, y la familia no hizo nada por él. El hijo de Colón, segundo virrey de las Indias, le había ofrecido el cargo de alguacil mayor de Santo Domingo, pero se lo dió á un pariente suyo. El valeroso hidalgo vivió muchos años, muchos; llegó á alcanzar el gobierno de don Luis, el nieto de Colón, y su madre la virreina gobernadora... A la hora de la muerte, al redactar en Valladolid su heroico testamento, declaraba con amargo orgullo que, pudiendo ser por sus trabajos el más rico hombre de la isla si los descendientes del Almirante hubiesen cumplido sus promesas, era el más pobre de ella, pues no tenía ni una casa en que vivir sin pagar alquiler.

La gloria de sus hazañas, algo olvidadas, le preocupó en los últimos instantes al disponer su sepultura. Quería que lo enterrasen bajo una piedra grande, la mejor que encontraran sus herederos, y que sobre ella hiciesen grabar: «Aquí yace el honrado caballero Diego Méndez, que sirvió mucho á la Corona Real de España en el descubrimiento y conquista de las Indias...» Y con la gravedad de un gran señor que dispone los cuarteles y demás adornos heráldicos de su tumba, describió el escudo que

debía encabezar la inscripción: «Item: En medio de la dicha piedra se haga una canoa, que es un madero cavado en que los indios navegan, porque en otra tal navegué yo trescientas leguas, y encima pongan unas letras que digan: *Canoa.*»

Una disposición extravagante, mezcla de hidalgo orgullo y amarga ironía, cerraba el testamento del argonauta. Colón, antes de morir, había instituído un mayorazgo con los grandes bienes que poseía en las Indias. El pobre Méndez, sin una casa «donde morar sin alquiler», no quiso ser menos que su antiguo jefe, é instituyó también un mayorazgo con todos sus bienes. Estos bienes eran un mortero de mármol, que estaba en poder de un hijo de Colón, y siete libros, que constituían toda su fortuna.

—El testamento cita los libros—añadió Ojeda—. Un tratado en verso sobre la venganza de la muerte de Agamenón, otro tratado de las Querellas de la Paz, la filosofía moral de Aristóteles y las obras de Erasmo, el autor de moda en aquel entonces... Esto prueba que los conquistadores no fueron brutos heroicos, incapaces de escribir su nombre, como se ha creído después, equiparándolos á todos con el duro é iletrado Pizarro.

—¡Qué hombres!... ¡qué hombres!—murmuró con admiración el doctor Zurita.

Maltrana, seducido por el entusiasmo de sus compañeros, habló también de los conquistadores. Después de la lucha de siete siglos con los moros, la empresa de las Indias había sido la más popular, la más española. Las guerras en Italia, Flandes y Francia, todas las empresas de Europa, eran negocios de reyes, pleitos hereditarios en los que tomaba parte la nación por obediencia, sin iniciativa alguna, acompañada muchas veces de otros pueblos. El tercio castellano era, como la legión romana, un núcleo de combate rodeado de enjambres de

tropas auxiliares. En torno de los arcabuceros y piqueros españoles de amarillo colete, marchaban los espadachines italianos de capa negra y los lansquenets alemanes con acuchilladas calzas y pesadas alabardas. Las victorias españolas iban suscritas muchas veces por generales extranjeros.

—En las Indias no—dijo Maltrana—. En las Indias todo es nuestro: el soldado, el caudillo y el navegante. Hasta el dinero de las empresas de descubierta fué dinero popular. Los reyes sólo dieron subsidios para los primeros viajes. Luego, la iniciativa privada se lanzó á los descubrimientos por mar y por tierra, y en menos de un siglo dejó contorneado y explorado medio mundo.

Las modernas sociedades comerciales, las empresas por acciones, habían hecho su primera aparición en aquella España apenas salida del caos medioeval. Un capitán con vagas noticias de una tierra nueva encontraba siempre un cura poseedor de ahorros, un escribano ávido, un hidalgo capaz de vender sus terruños, que se asociaban con él para la aventurera empresa, facilitando capitales con los que se adquirían barcos, armas y víveres. El rey sólo daba su licencia, reservándose á cambio de ésta el quinto de las ganancias.

Marchaban los soldados á la conquista sin paga alguna. Eran socios industriales con una participación variable, según si iban á pie ó mantenían caballo, si poseían arcabuz ó disponían únicamente de espada y rodela. Unas veces, al partir la expedición de un gran puerto, se consignaban las condiciones de la empresa en solemnes capitulaciones notariales; otras, los héroes que no sabían firmar hacían decir una misa, y en el momento de la consagración tiraban de sus espadas, y con la otra mano sobre la hostia, juraban mantenerse fieles á sus pactos y compromisos. Esto no impedía que al lle-

gar la hora del triunfo los juramentados se degollasen sacrílegamente por el reparto de unos señorios tan grandes como la Península, con montañas que años después habían de vomitar metales preciosos por las gargantas de sus bocaminas.

Algunas expediciones partían apresuradamente, antes de completar sus preparativos, por miedo al arrepentimiento de los capitalistas ó las exigencias de los acreedores. Hernán Cortés, en su viaje para la conquista de Méjico, había tenido que hacerse á la vela apresuradamente, antes de completar la provisión de víveres, por miedo á un embargo de los prestamistas.

Los formulismos legales acompañaban á los aventureros en sus lejanas empresas. El escribano era un personaje importante en toda expedición. Los Reyes Católicos habían recomendado, al iniciarse los descubrimientos, que se procediese con dulzura en el trato de los indígenas. Por esto los primeros navegantes, cada vez que al abordar á una isla ó una costa de tierra firme eran recibidos por los indios con flechazos y pedradas, antes de tomar la ofensiva llamaban al escribano real, le pedían testimonio de cómo habían sido acogidos en son de guerra, viéndose en la imperiosa necesidad de defenderse; y una vez cumplida esta formalidad papalesca, disparaban las lombardas y arremetían espada en mano.

Los tres hombres, contemplando el Océano desde la borda de aquel trasatlántico provisto de las mismas comodidades de un gran hotel, recordaban las pobres embarcaciones montadas por los héroes del descubrimiento. Las carabelas, buques ligeros de rápido andar y escaso calado, que no tenían espacio para la carga ni el pasaje, sólo habían servido en las primeras navegaciones de exploración. Al poco tiempo de ser descubiertas las Indias, era la

nao la que cruzaba el Atlántico, el pesado galeón, redondo de casco y de velamen, alto de popa, cuyo vientre podía transportar las gentes, bestias y herramientas necesarias para las nuevas tierras.

La monotonía abrumadora de estas navegaciones de meses y meses sólo era alterada por los peligros del Océano y por los que provocaban la imprevisión y la ignorancia propias de la época. Perdíanse muchos buques. Las primeras naos del descubrimiento iban montadas sólo por hombres. Luego, los galeones de la colonización llevaban mujeres y niños, familias en masa que se trasladaban al Nuevo Mundo, y cuando creían ver sus costas eran tragadas por la tormenta, bajando para siempre á las profundidades del mar. Los marinos expertos, amestrados en anteriores viajes, no eran suficientes en número para las expediciones, cada vez más numerosas, á las tierras colonizadas.

Buenos pilotos de los mares de Europa avanzaban á ciegas por el Atlántico, siguiendo inciertos derroteros en los portulanos recién dibujados. Cuando se consideraban todavía lejos del punto de llegada, surgía de pronto la costa ante el morro chato del galeón. Otras veces creían hallarse junto á las Indias, y una estima más exacta de las leguas corridas les hacía ver con terror que estaban aún en mitad del camino, con las provisiones agotadas, y lo que era más horrible, con sólo unos barriles de agua. Los hombres querían matar, enloquecidos por la sed; las mujeres, de rodillas, enseñaban á sus pequeñuelos, pidiendo por caridad unas gotas de líquido.

¡Los dramas ignorados que había presenciado aquel testigo azul mudo é inmenso! ¡Los naufragios que no habían dejado como rastro ni una tabla!...

Avanzaba la nao bajo la dirección y la autoridad despótica del piloto, una especie de brujo que hablaba con los vientos y las olas. El capitán era el

jefe del combate, el hombre de espada, el primero de todos en presencia de una nave hostil ó de una costa abordable; pero en pleno mar obedecía, lo mismo que los demás, al grave piloto, agorero personaje que examinaba el color de las aguas, el vuelo de las gaviotas, la intensidad de los vientos, los tintes del alba y las nubes sangrientas de la puesta del sol.

Ocupaba un lugar en lo más alto de la popa, llamado «el tabernáculo»; sentábase en un sillón de brazos semejante al de los antiguos barberos, y desde él gritaba sus órdenes á los proeles, mozos, grumetes y pajes, marinería despechugada, medio desnuda y famélica, en antigua relación con toda clase de parásitos. Al cerrar la noche se apagaban en el buque fuegos y luces, por miedo al incendio. Quedaban fríos hasta la mañana siguiente los hornillos de la cocina. No había más resplandor que el de la lumbre de la bitácora; y al encenderla, el paje de guardia decía, según costumbre: «Amén y Dios nos dé buenas noches; buen viaje, buen pasaje haga la nao, señor capitán y maestro y buena compañía.»

Quedaban dos pajes cerca de la bitácora velando la ampolleta, un reloj de arena que molía—dejaba pasar—su contenido en media hora. Así medían el tiempo en la obscuridad de la noche. Y siguiendo una tradición, decían los pajes al entrar de guardia:

Bendita la hora en que Dios nació,
Santa María que lo parió,
San Juan que lo bautizó.
La guarda es tomada;
la ampolleta muele,
buen viaje haremos, si Dios quiere.

Cuando acababa de pasar la arena de la ampo-

lleta, ó sea cada media hora, uno de los pajes debía gritar, para que lo oyesen los marineros:

Buena es la que va,
mejor es la que viene;
una es pasada y en dos muele,
más molerá si Dios quiere.
Cuenta y pasa que buen viaje faza.
¡Ah de proa; alerta, buena guardia!

Y los marineros de proa contestaban con un grito ó un gruñido para dar á entender que no dormían.

Tripulantes y pasajeros formaban corrillos en la obscuridad, hablando de los misterios y leyendas del mar, dando nombres y propiedades mágicas á los astros que brillaban entre el cordaje y las velas negras. A media noche, cuando todos sentían cerrarse sus ojos é iban en busca de las hamacas y petates, verificábase el relevo de la guardia, entrando de cuarto los que habían de velar hasta que rompiese el día, y los pajes gritaban otra vez:

—Al cuarto, al cuarto, señores marineros de buena parte. Al cuarto, al cuarto en buena hora de la guardia del señor piloto, que ya es hora. Leva, leva, leva.

El sábado, á la caída de la tarde, era la gran fiesta en el navío. Rezábase la salve «y otras prosas», como decía Colón en su diario. Se improvisaba un altar con imágenes y velas encendidas, reuniéndose ante él tripulantes y pasajeros.

—¿Somos aquí todos?—preguntaba el maestro.

—Dios sea con nosotros—respondía á coro la gente.

Quitábase la caperuza el maestro antes de replicar.

Salve digamos,
que buen viaje hagamos.
Salve diremos,
que buen viaje haremos.



Y todos los del buque, proeles, grumetes, lombarderos, soldados, hidalgos, damas, sirvientes y niños, entonaban la salve en la tarde moribunda, mientras el sol teñía de anaranjado las velas y el mar levantaba con sus choques la pesada cáscara del galeón.

Con la salve y la letania no terminaban los rezos. Un paje que hacía funciones de monacillo al lado del maestro recomendaba después con su voz infantil:

Digamos una Ave María
por el navío y la compañía.

—Sea bien venida—contestaba la multitud.

Y cuando se finalizaba este rezo, el maestro saludaba á todos con grave compostura.

—Amén, señores, y que Dios nos dé buenas noches.

No todos los navegantes eran piadosos y confiaban su suerte al cielo. En el primer siglo del descubrimiento, esparciase entre la gente marinera la leyenda del piloto Carreño, un argonauta osado y blasfemador, enemigo de Dios y de los santos. A pesar del ambiente diabólico que rodeaba su nombre, las tripulaciones lo recordaban con envidia en las grandes calmas, cuando el galeón permanecía inmóvil semanas enteras en un mar como un espejo, sin el más leve soplo de brisa.

Este maldito del Océano, que hacía recordar al «Holandés errante» y á otros pilotos en pecado mortal, había realizado un viaje desde las Indias á Cádiz en sólo tres días. Pero hay que advertir que la nave iba tripulada por una legión de demonios disfrazados de marineros, que le habían ofrecido sus servicios. La travesía se efectuó en un continuo huracán. Pasajeros y soldados no podían tenerse de pie sobre el buque, tembloroso por la velocidad y

próximo á romperse. El piloto Carreño, sentado en el tabernáculo, tenía que agarrarse á su cadera de mando para que el loco movimiento de la nave no lo arrojase al mar.

Los demonios, espíritus traviesos, ejecutaban las maniobras al revés de las voces náuticas que daba Carreño. Cuando éste ordenaba á la tripulación, ágil y maligna como una tropa de monos, «Larga escota», los demonios juguetones aferraban las velas del trinquete y la de mesana. Y cuando mandaba «Iza», ellos amainaban. Pero los diablos resultan inocentes siempre que tienen que vérselas con la malicia del hombre: su destino es ser engañados á la larga por el pecador. El hábil Carreño, al darse cuenta de la bellaquería de sus revoltosos marineros, ordenó en adelante todo lo contrario de lo que en realidad quería que ejecutasen. Así se salvó la nao, y Carreño, en tres días, engañando al demonio, pudo pasar de un mundo á otro.

La sed era el tormento de los largos viajes interrumpidos por las calmas. Corrempiase el agua, y los alimentos, salados en demasia, excitaban en todos el ansia de beber. Las familias emigradoras se sustentaban con las provisiones que habían hecho antes de embarcar. El fogón de la nave era llamado «la isla de las ollas» por su gran número, pues cada grupo cuidaba de la suya. Y cuando llegaba la hora de la comida, los mismos pajes que acababan de tender para los marineros un mantel en el suelo, con platos de madera, daban á gritos la señal.

—Tabla, tabla, señor capitán, piloto, maestro y buena compañía. Tabla puesta, vianda presta. Agua usada para el señor capitán y maestro y buena compañía. ¡Viva, viva el rey de Castilla por mar y por tierra! Y quien le diere guerra, que le corten la cabeza. Y quien no dijera amén, que no le den de

beber. Tabla en buena hora, quien no viniere que no coma.

Y comían los tripulantes al principio de la navegación carne salada de vaca; luego, huesos sin tuétano vestidos sólo de algunos nervios; los viernes y vigiliás, habas guisadas con agua y sal; y en las fiestas recias, abadejo, que era plato de gran lujo. Quedaban los más con hambre, pero dábanse por contentos siempre que el paje encargado de la gaveta del vino pasase con frecuencia ante ellos taza en mano.

Olvidaban los pasajeros todos los martirios y miserias de la navegación á la vista de las Indias. Abrían las cajas para sacar camisas blancas y vestidos nuevos; limpiábanse de los menudos compañeros de viaje repugnantes y molestos, que volvían á refugiarse en las rendijas de las naos; se ceñían la espada. En cuanto á las pobres damas, macilentas por el mareo y las privaciones, transfigurábanse al llegar á las nuevas tierras. Deshacían los cadejos de sus greñas abandonadas, animábanse el rostro con blanco solimán y roja cochinilla, «saliendo de bajo de cubierta—según un viajero de entonces—tan bien tocadas, rizadas, engrifadas y repulgadas, que parecían nietas de las que eran en alta mar».

La gloria, la riqueza y hasta el gobierno de pueblos estaban al alcance de todos al otro lado de los mares. Siguiendo los pífanos y atambores de los tercios y el flamear de las banderas con águilas de doble cabeza, el pobre hidalgo iba al encuentro de la gloria, pero también de la miseria. Después de largas campañas en Flandes ó en Italia, tenía asegurada una espera no menos luenga en las antesalas de los palacios, con el memorial en las rodillas, solicitando una recompensa de criado por los pelotazos de hierro y los acuchillamientos recibidos en las batallas contra el turco y el herético. Los altos

puestos los acaparaban los cortesanos de nobleza tradicional, los descendientes de los que habían peleado en la Península contra el sarraceno.

Embarcándose para las Indias todo era posible. Bastaba fundar un pueblo para ennoblecerse por este hecho, colocando ante su nombre el honorífico *Don*. Mozos de vida airada, acostumbrados á peleas nocturnas con las rondas de alguaciles y á largas estancias en la cárcel por deudas, convertíanse al otro lado del Océano en magníficos señores que destronaban emperadores, colocaban otros en su lugar, ó concluían por sentarse en el trono. Algunos, á la hora en que sus madres, vistiendo zagalejos de roja bayeta, daban de comer á las gallinas en sus corrales de Extremadura y Andalucía, se casaban, lo mismo que los caballeros andantes, con grandes princesas de tez pálida y ojos oblicuos, criaturas de enigma y ensueño que llevaban sobre la frente la borla multicolor de la autoridad y en el pecho áureas placas con sagrados jeroglíficos.

Y todos los días, durante un siglo, chirriaban al amanecer las puertas del caserío vasco, del tapial pardo de Castilla, del casuchín morisco enjalbegado y oprimido en la calleja andaluza, de la corralada extremeña envuelta en olor de estiércol cerduno, y los mozos emprendían la marcha, ligeros de ropa y ágiles de piernas, cantando como los mancebos que encontraba Don Quijote en sus correrías, con una vieja espada al hombro á guisa de bordón de peregrino y pendiente de ella el hato de ropa con toda su fortuna: unas calzas nuevas, los gregüescos, dos camisas, un rosario, unos naipes gastados, lo más preciso para llegar á virrey ó á marqués de título sonoro y exótico al otro lado del mar. Y de todos los extremos de la Península, siguiendo rutas convergentes como las varillas de un abanico, estos alegres romeros de la aventura y la ilusión venían

á unirse con una firme amistad, tal vez por toda la existencia, al pie de las carabelas y galeones que se balanceaban pesadamente en la desembocadura del Guadalquivir esperando el lombardazo de partida.

Eran «la segunda hornada» de exploradores, los que habían de contornear el mundo recién descubierto, á través del naufragio y la muerte. Embarcábanse años después los de «la tercera hornada», los conquistadores de reinos y fundadores de ciudades, que, mal avenidos con la paz del triunfo, acababan por pelearse entre ellos sañudamente en una guerra de banderías estúpida y feroz.

Los reyes vivían vueltos de espaldas á estas tierras de misterio, cuyas riquezas tan decantadas sólo fueron una realidad algunos años más tarde. Preocupados con sus guerras y negocios de Europa, miraban indiferentes este éxodo y abrían la mano liberalmente á toda demanda de nuevas conquistas y permisos de navegación.

—Un autor de aquella época—dijo Maltrana—escribió un libro titulado «*Los seis aventureros de España, y cómo el uno va á las Indias, y el otro á Italia, y el otro á Flandes, y el otro está preso, y el otro anda entre pleitos, y el otro entra en religión. Y cómo en España no hay más gente destas seis personas sobredichas...*» Así era: no había más. Este era el estado á que podían aspirar los que tenían voluntad y coraje. Las Indias representaban, según Cervantes, «el refugio y el amparo de todos los desesperados de España»; y como la desesperación era el estado natural de los españoles de entonces, de aquí que el libro debió tener una segunda parte, verídica y lógica, relatando cómo el aventurero de Indias se quedaba allá para siempre; y los aventureros de Italia y Flandes, aburridos de un heroísmo pobre y sin gloria, acababan por irse al Nuevo Mundo; y el

preso hacía lo mismo al salir de la cárcel; y el pleiteante seguía idéntico camino, viéndose sin otra subsistencia que la sopa boba; y hasta el fraile acababa sus días en un monasterio colonial adoc-trinando virgenes cobrizas y cuidando los naranjos recién traídos de la Península...

—En esta fuga hacia las tierras nuevas—dijo Ojeda—, ¿quién podrá conocer jamás la cifra exacta de los que salieron y no llegaron? ¡Cuántas catástrofes ignoradas!... Algunos autores extranjeros afirman que en tres siglos le costó á España treinta millones de hombres la colonización del Nuevo Mundo. Seguramente exageran; pero hay que pensar que esa magna colonización desde la mitad de los actuales Estados Unidos al paso de Magallanes la acometió ella sola con sus propios recursos. Hoy, el americano ha cambiado mucho de su tipo original. ¡La mezcla que esto supone! ¡El enorme envío de virilidad que fué necesario para aclarar la sangre india de su cobre nativo!...

Durante el primer siglo de la conquista, embarcábanse los aventureros en los primeros buques que encontraban disponibles, vasos antiguos apenas recompuestos y guiados por cualquier piloto costero que se prestaba á dirigir la expedición. Las administraciones de entonces no conocían la estadística. Además, eran frecuentes los viajes clandestinos, sin papeles. Nadie se preocupaba de la seguridad de los viajes ajenos: cada uno que velase por sí mismo. Se confiaba en Dios y no se tenía miedo á nada.

Una expedición al mando de un viejo capitán de Indias salía de Cádiz para la isla de las Perlas, en las costas de Venezuela. El día era bonancible, el mar liso y tranquilo; pero el galeón estaba tan desencuadernado y podrido, que apenas navegó una hora se fué á pique instantáneamente á la

vista de la ciudad, ahogándose todos sus tripulantes.

—Esta catástrofe—dijo Maltrana—metió algún ruido, porque entre los aventureros iba el hijo único de Lope de Vega, mozo poeta deseoso de seguir una de las seis carreras de los hidalgos de entonces. Pero ocurrían con mucha frecuencia estos naufragios por imprevisión ó por audacia, sin que de ellos quedase noticia alguna... ¡Si este mar pudiese contarnos todos los dramas ignorados del descubrimiento!

El doctor Zurita asintió gravemente. Mucho le había costado á España su gran empresa de Ultramar. Tal vez su decadencia provenía de esto.

—Así es—contestó Ojeda—. Unos atribuyen esa decadencia á las guerras europeas; pero las naciones que peleaban con nosotros experimentaron iguales pérdidas, y no por esto decayeron... Otros echan la culpa al exceso de religiosidad, que nos metió en empresas absurdas. Tal vez sea esto cierto, pero en parte nada más. Naciones hubo entonces tan fanáticas como la nuestra, y sin embargo no se vieron en peligro de muerte... La causa principal de nuestra decadencia, ó más bien dicho, de nuestra anemia, debe buscarse en la colonización de las Indias. Un organismo sana de las heridas que recibe, por tremendas que sean. Lo peligroso, lo mortal, es un desangre que dura años, que dura siglos: un flujo inatajable con el que se escapa la vida...

Fernando describió á la vieja España como una de esas madres prolíficas en exceso que marchan sobre sus piernas un tanto vacilantes, entre sus hijos, grandotes, robustos, sonrientes, con la confianza de la salud. Sufren todas las enfermedades y no tienen ninguna: su única dolencia cierta es la debilidad, la anemia, la escasez de una vida que

han ido repartiendo y malgastando generosamente. Cada hijo se ha llevado un jirón de su existencia.

—Y figúrense ustedes—continuó Ojeda—lo que representa para España haber dado á luz cerca de una veintena de cachorros que están al otro lado del mar viviendo por cuenta propia, unos adelantados y cultos, otros impulsivos y montaraces, pero todos de su sangre y su apellido y con las ilusiones de la juventud.

Maltrana asintió á estas palabras, pero añadiendo una opinión suya. El mal de España había sido no descansar hasta la vejez.

—Nuestro país es por su historia algo semejante á una olla que hierve siglos y siglos sin que nadie la aparte del fuego para que se enfríe su contenido. Los grandes pueblos de Europa, después del hervor fundente durante el cual se mezclaron sus razas y se borraron sus antagonismos, pudieron descansar en la paz. Este reposo les ha servido para solidificarse, engrandecerse y adquirir nuevas fuerzas. España no; España no conoció el descanso. Durante siete siglos hierve con el burbujeo de las luchas de raza y los antagonismos religiosos. Al fin se verifica de cualquier modo la fusión de los diversos ingredientes. Ya está hecha la mixtura nacional, tal vez de mala manera, pero ya está hecha. Hay que retirar la vasija del fuego para que se cristalice el contenido y sea algo más que líquido y vapores.

Pero en este momento crítico, España descubría las Indias y por alianzas monárquicas se encontraba dueña de media Europa. Y en vez de descansar, volvía á hervir con un fuego mayor, se hinchara con un burbujeo loco, absurdo, el más extraordinario, atrevido é insolente que consigna la Historia. Una nación relativamente pequeña, mal situada en un extremo del mundo viejo, y que además pretendía unificarse expulsando á los españo-

les hebreos y musulmanes por ser de distinta religión, emprendía al mismo tiempo la empresa de colonizar medio globo y de mantener bajo su autoridad lejanas naciones europeas que no eran de su idioma ni de su raza.

Y el líquido, hinchado por el fuego, adquiría fantásticas proporciones, pareciendo mucho más grande de lo que realmente fué; esparciase en oleadas fuera de la vasija, para perderse sin utilidad alguna, hasta que acabó por apagar la lumbre. Y cuando la olla descansaba al fin, enfriándose, sólo tenía en su interior leves residuos. Lo mejor se había escapado en vapores gloriosos ó quedaba esparcido por el mundo en manchas, en pequeños terrones, sin formar una masa homogénea.

—¡Ay, si hubiésemos descansado á tiempo, como otros pueblos!—dijo Maltrana—. ¡Si hubiese transcurrido un siglo ó dos entre la constitución nacional y nuestras grandes empresas!... Pero estiramos la pierna más allá de la sábana, que era corta. Nunca se ha visto un despilfarro de vida y de energías más glorioso é inútil.

El doctor Zurita protestó de esto último.

—Inútil no. En lo que se refiere á las empresas de Europa, indudablemente... Pero queda la América, todas las repúblicas que hablan español, y que más allá de sus diferencias de constitución nacional son iguales por su alma y sus costumbres.

Ojeda asintió. El loco despilfarro de la energía española únicamente había sido reproductivo en las Indias. Viajando por diversas repúblicas del Nuevo Mundo en sus tiempos de diplomático, había apreciado la grandeza histórica de España mejor que con la lectura de los libros apologéticos.

En un país americano de clima frío, donde crecían lo mismo que en Europa el pino y el abeto y las montañas estaban coronadas de nieve, salía al

encuentro del viajero el idioma castellano, y con él las viejas casas de escudos coloniales en el portón y los entonados señores de solemnes maneras semejantes á los hidalgos antiguos. Hasta el presidente de la República llevaba un apellido rancio y sonoro, igual al de los galanes de capa y espada de las comedias de Calderón. Luego, al saltar á otro país de cocoteros y bosques enmarañados, con ríos como mares, llanuras de infernal ardor, volcanes de cima humeante y lagos suspendidos entre cordilleras vecinas á las nubes, volvía á encontrar vestido de blanco, con el sombrero de paja en la mano, el mismo hidalgo cortés y ceremonioso; la dama de breve pie y ojos andaluces, discreta, juguetona y devota como una tapada de Lope; el antiguo convento colonial con sus torres encaperuzadas de azulejos que desgranaban el campaneo de las horas en las tardes ardorosas ó las noches lunares sobre calles de rejas ventradas impregnadas de perfume de naranjo y de jazmín. Y otro presidente le recibía en audiencia, ostentando un apellido de vieja cepa, y era idéntico á los demás en su porte caballeresco y sus hazañas de caudillo voluntarioso y corajudo.

Desde las fronteras de Texas á los hielos de Magallanes, vivía España y viviría luengos siglos en el doctor sentencioso, descendiente trasatlántico de Salamanca y Alcalá; en la dama graciosa y devota que imita las últimas novedades de la elegancia exterior, pero guarda el alma de sus abuelas; en el caudillo aventurero que renueva al otro lado del Océano los romances medioevales de la Península; en la irresistible admiración por el valor y la audacia que sienten hasta los más ilustrados, colocando el coraje por encima de todas las virtudes humanas.

Podía un cataclismo continental hundir la Península ibérica bajo las aguas; y si con esto des-

aparecía la España nación, no por ello iba á morir la España pueblo, la España verbo, el alma española. Al otro lado del mar, en las costas del Atlántico y el Pacífico, ó acopladas en las laderas de los Andes como los nidos de los cóndores, existían miles de ciudades unificadas por el idioma, las costumbres y un concepto peculiar del honor. Ochenta millones de seres hablaban el castellano y pensaban en él. El catolicismo, firme y dominador en unas naciones de América, débil y transigente en otras, era también una fuerza tradicional que mantenía viviente el pasado, común á todas ellas.

Los europeos aprendían el español para entenderse con los pueblos jóvenes de América. El castellano era el tercer idioma mundial gracias á su difusión en el Nuevo Mundo. España renacía en el verdor y belleza de sus hijas.

—Y esto es algo—dijo Ojeda—. Nuestro loco despilfarro de otros tiempos no se ha perdido del todo gracias á América.

Sus amigos asintieron. No, no se había perdido.

—Sólo un país como la Península—continuó Ojeda—, de clima africano y al mismo tiempo con metetas de frío glacial, podía dar una raza preparada para la colonización de un mundo tan grande y diverso. Así se comprende únicamente que unos mismos hombres llegasen á fundar ciudades que están á más de dos mil metros de altura, en las que se respira con dificultad, y ciudades al nivel del mar, bajo el Ecuador, en un ambiente de infierno. Sólo un pueblo sobrio y de vida dura como el español podía acometer la empresa de poblar un mundo en el que la gente aún era más sobria y había poco que comer ó no había nada absolutamente. El peligro para el conquistador no fué la flecha del indio; fueron la soledad y las inmensas distancias, y sobre todo, fué el hambre.

Zurita intervino, con la precipitación del que oye hablar de algo que conoce mejor que sus interlocutores.

—De eso puedo decir mucho. Yo he colonizado, ¿sabe, amigo?... Yo he vivido en el desierto, y allí conocí lo que habían sido los antiguos españoles y lo mucho que les debemos... Nosotros hemos sido injustos con ellos. Nos educan mal por patriotismo: nos inculcan mentiras desde la niñez. Cuando yo iba á la escuela estaban más vivos que ahora los odios de la lucha por la Independencia, y eso que había pasado más de medio siglo. España era una madrastra cruel y los españoles unos «gallegos» brutos, que sólo habían sabido esclavizarnos y explotarnos... Y esto nos lo enseñaban en idioma español, y además, el maestro y los discípulos llevábamos todos apellidos españoles. Hablábamos de los «gallegos» como de un pueblo bárbaro que hubiese conquistado nuestro país cuando ya estaba constituido y en plena civilización, retrasando su progreso, por lo cual lo habíamos expulsado gloriosamente después de tres siglos de tiranía... De hombre continué en la misma ignorancia. Los que nacemos en una ciudad ya hecha no nos preguntamos cómo se formó y quiénes pusieron sus cimientos. Cuando deseamos salir de ella, es para irnos á Europa y rabiar de emulación viendo que hay cosas mejores que las nuestras. Nunca miramos atrás ni nos preocupan nuestros orígenes.

Hizo una pausa el doctor, como si le molestase un mal recuerdo.

—Yo mismo—añadió—siento cierto remordimiento al pensar en mi abuelo. ¡Pobre señor! Cuando de niño me enfadaba con él, le llamaba «gallego» y recordaba los grandes hechos de la Independencia, que habían servido, según mis ideas, para echar á patadas del país á una banda de ex-

tranjeros explotadores... Al viajar por el interior de mi tierra, vi claro; me di cuenta de los sufrimientos y trabajos de aquellos hombres que fueron extendiendo por el desierto la civilización de su época. Sólo los que viven en las ciudades y no salen al campo (al campo inculto que aún no conoce la mano del hombre) pueden hablar con desprecio de nuestros remotos ascendientes.

El doctor recordaba su vida de joven, cuando había colonizado tierras vírgenes recientemente abandonadas por el indio.

—Tuve que sufrir toda clase de privaciones: hasta pasé hambre muchas veces. Y eso que tenía cerca el ferrocarril, y los ríos podía remontarlos en buques de vapor en vez de ir á remo, y el trasatlántico me traía en menos de un mes los encargos de Europa... Entonces me di cuenta de lo que hicieron los primeros españoles, sin otros medios de comunicación que la recua ó la carreta, teniendo que echar seis ú ocho meses para recorrer distancias que hoy salva el ferrocarril en dos ó tres días. Cuando querían remontar el Paraná, yendo de Buenos Aires á la Asunción á remo y á vela por las revueltas del río, les costaba este viaje tres veces más tiempo que para ir á España. Naves de la Península llegaban muy de tarde en tarde, si es que no naufragaban. Y á pesar de tantos obstáculos, nuestros ascendientes fundaron los núcleos de las ciudades que ahora tenemos, crearon las primeras ganaderías, adaptaron á nuestro suelo los productos del viejo mundo, lo prepararon todo para que los europeos que llegasen después no se murieran de hambre... El español colocó la mesa en América, fabricó los asientos y puso el pan. Esta es una imagen que se me ocurre. Después, otros pueblos más adelantados han traído las salsas refinadas de civilización, los hermosos adornos de mesa; pero

sin el primero, que preparó lo más necesario, no habría banquete.

—Así es—dijo Maltrana—. Pero el que produce en la vida lo preciso y vulgar no alcanza nunca la fama del que fabrica lo superfino y agradable. Nadie sabe quién inventó el pan y quién tejió la primera tela. Ningún pueblo les ha levantado estatuas. Y crean ustedes que los inventores del pan, del paño y de la cocción de los alimentos fueron más grandes y dignos de gloria que los autores de todas las maquinarias de nuestra época.

—En la formación de los países americanos—institió Zurita—ocurre lo que en los grandes edificios que ahora se construyen. Muy pocos ven el andamiaje interior de acero; ninguno desea conocer el nombre de los que trabajaron en los profundos cimientos. La admiración es toda para los adornos y «firuletes» de la fachada... Y quien asentó nuestros cimientos y levantó la parte sólida de nuestro palacio, fué España. Los otros pueblos han llegado mucho después, á la hora de los adornos y balconajes, para dar lo cómodo y lo lindo. Lo más duro, el trabajo ingrato y peligroso de albañilería, lo hizo «la vieja».

—Y cuanto más quieran ustedes elevar su edificio—dijo Ojeda—, cuanto más grandioso y solemne lo deseen, más tendrán que bajar en busca de los cimientos para reforzarlos, so pena de venirse abajo.

—Hay que haber vivido en el desierto—continuó el doctor—para darse cuenta de lo que trajeron con ellos los conquistadores y los servicios que prestaron á la civilización. Yo sufrí mucho al crear mis estancias, y sin embargo, pensaba: «Este caballo que me lleva de un lado á otro lo trajeron los españoles. Antes de venir ellos, no existía. Estas vacas y estas ovejas que puedo matar y comer las traje-

ron ellos también. La galleta que me llevo á la boca procede del trigo que ellos sembraron los primeros.» Y no podía moverme en mi pobreza sin encontrar que las pocas comodidades que me rodeaban las debía á los atrevidos españoles que avanzaron y murieron en el desierto para que un día pudiese yo avanzar á mi vez. Y me preguntaba: «Pero ¿qué había aquí antes de que ellos llegasen? ¿Qué comía la gente?...» La gente era escasa, y para comer sólo había maíz, mandioca y carne del huanaco. Esto á juzgar por lo que yo he visto en mi tierra. Dicen que en el Perú y en Méjico había mayores medios, porque era más numerosa la gente. Así debió ser, pero me temo que en los relatos haya mucha exageración de los hombres de pluma, cuentos maravillosos... lo que ustedes llaman «literatura».

Ojeda, que escuchaba pensativo, habló á su vez.

—Y hay que pensar, doctor, en los esfuerzos que costaría llevar al Nuevo Mundo cada uno de esos productos destinados á la aclimatación, en pequeños buques, con la gente hacinada.

Tripulantes y soldados dormían sobre las tablas. Los capitanes y personajes tenían por toda comodidad una colchoneta arrollada en el castillo de popa. Las provisiones eran saladas ó avinagradas, para resistir los cambios de temperatura. Las grandes calmas del Océano hacían escasear con su larga inmovilidad la provisión de agua. Muchos vendían una á una sus prendas de ropa á cambio de algunos vasos de líquido terroso y recalentado, y llegaban desnudos al término del viaje. Y en medio de esta sed rabiosa, había que economizar líquido para dar de beber al caballo, al toro procreador, á la vaca de vientre, al naranjo en maceta, al olivo de plantel, á todas las novedades animales y vegetales que llevaban allá como tesoros, estimados en más que la vida de los hombres... Y como si no bastasen tan-

tas tribulaciones, habían de abrirse paso á cañonazos entre los buques enemigos, ingleses, holandeses ó franceses, que, según las variaciones de la política española, les salían al encuentro para impedir sus viajes.

—España—terminó Ojeda—dió á América todo lo que tenía, lo bueno y lo malo.

—Y no dió más porque no tenía más—dijo Zurita—. Los otros países no creo yo que tuviesen más que dar en aquellos tiempos... Pero nosotros, legítimos descendientes de los españoles, hemos heredado de ellos la mala lengua, la tendencia á hablar contra España y hacerla responsable de todo.

—Ahí tenemos al amigo Pérez—dijo riendo Maltrana—, ese buen mozo subido de color que admira á Inglaterra hasta en sueños. Ese hace responsable á la madre patria de todo lo de América: de la sequedad ó del exceso de lluvias, de la pereza de los indios, hasta de la escasez de ferrocarriles.

—La mala lengua heredada, es cierto—dijo Ojeda—. El individualismo orgulloso del español, que se cree defraudado por ser de su país y habla contra él á todas horas, convencido de que al nacer en otra tierra hubiese sido mucho más grande.

—Una injusticia—dijo Zurita—es también hablar tanto de la crueldad de los españoles con el indio. ¿Cómo civilizar una tierra sin barrer antes la gente que la ocupa si es que se opone á esa civilización?... En la antigua América española, los pueblos más adelantados son ahora aquellos que tienen menos indios. En los Estados Unidos quedan tan pocos, que los enseñan en los circos como una curiosidad. En mi país sólo se encuentran en las fronteras del Norte, y cada vez son menos. Chile ya no guarda mas que una muestra de los antiguos araucanos.

—Es curioso—dijo Maltrana volviendo á sonreír—. Casi todas las repúblicas americanas, en su

odio á España, han cantado al indio primitivo, que hizo frente á los conquistadores, pintándolo como un héroe poseedor de todas las virtudes. Pero muchas de esas repúblicas, después de su independencia, se han dedicado á matar al indio, á suprimirlo con una crueldad más fría y razonada que la de los virreyes y gobernadores, á organizar el exterminio metódico y el reparto de los niños, para que no quedase ni simiente... Nietos de gallegos y vascongados han cantado los intentos de rebelión de los indios contra la metrópoli, viendo en ellos los primeros vagidos de la Independencia, cuando no fueron mas que revueltas de razas, sublevaciones de color. En el caso de triunfar los indios, lo primero que hubieran hecho es dar muerte á los criollos blancos, abuelos ó padres de los caudillos de la emancipación americana.

—Yo no soy de esos—protestó el doctor—. Yo creo que el principal defecto de la colonización española fué su empeño en transformar al indio, en hacerlo cristiano: empresa difícil y de escasos resultados. Vean el ejemplo de las grandes naciones modernas: cuando estorba su paso un pueblo refractario, lo suprimen... Inglaterra, con su virtud protestante y su lagrimeo bíblico, ha borrado del planeta razas enteras. España no pudo hacerlo. Tenía que poblar un hemisferio, le faltaba gente para tanta extensión, y hubo de transigir con los naturales. Además, hay que tener en cuenta el espíritu devoto y la pernicioso-a facilidad del español para engancharse con la primera india que le salía al paso y constituir con ella santa familia cargada de hijos. Los pueblos modernos, cuando conquistan un país, envían remesas de mujeres blancas para que los colonizadores no malgasten la semilla nacional en mestizamientos. Y si á pesar de esto surge el mestizo, no lo reconocen.

—El conquistador—dijo Maltrana—, aconsejado por el sacerdote, creyó vivir en pecado mortal si no se casaba con la madre de sus hijos, y á veces la manceba india, por obra de las hazañas de su marido, llegaba á ser doña Inés, doña Luz ó doña Violante, con escudo nobiliario y gobernación de tierras.

—En los Estados Unidos—dijo Ojeda—, la gente europea se mantuvo en su pureza blanca, y por eso llegó adonde ha llegado. Cada uno, al emigrar, se llevaba su mujer, y los casamientos se hacían siempre dentro de la raza. Pero aquella tierra está, como quien dice, á las puertas de su antigua metrópoli, los viajes eran más rápidos, más frecuentes, y mayor el trasplante de personas. Además, vivieron mucho tiempo concentrados en las costas, dejando el resto del país á los salvajes, avanzando lentamente, con paso seguro, hasta que, casi en nuestra época, de un solo golpe se desbordaron por la enorme extensión, decididos á acabar con el indio, refractario á la cultura; y el indio acabó... España, desde el primer momento, quiso verlo todo, explorarlo todo. Sus primeros descubridores estuvieron en sitios á los que luego no ha vuelto ninguna persona civilizada. Y este esparcimiento loco de fuerzas disgregadas y curiosas tuvo como consecuencia, en muchos lugares, que en vez de hacerse el indio español, fué el español el que se hizo indio, sumándose por el amor y las relaciones de familia á la raza que intentaba dominar.

—Así les va á los pueblos de tal origen—dijo sonriendo el doctor—. Yo, mis amigos, tengo opiniones muy personales en lo que se refiere á los países de América. Soy americano, pero no indio. Cuando veo una nación donde la gente es blanca en su mayoría, me digo: «Estos trabajarán en paz, y seguramente irán lejos.» Cuando veo por todas partes

caras cobrizas y pelos de cerda, tuerzo el gesto: «Mal; éstos sólo pueden dar de sí enredos, politiqueros, una vanidad ridícula, revoluciones para ocupar el Poder, bailes, músicas y versos... muchos versos...»

Los dos amigos rieron al oír las últimas palabras del doctor.

—Yo he trabajado en el campo—continuó éste—, y sé por experiencia que sólo puede emprenderse un negocio con trabajadores de raza blanca ó con emigrantes de Europa, que conocen el valor del dinero, ahorran y tienen un concepto exacto de los deberes de la vida. ¡Lo que me han hecho sufrir indios y mestizos!... Trabajan de un modo loco cuando les acosa el hambre, pero apenas cobran una semana, desaparecen para ir á emborracharse y le dejan á usted plantado. ¡Cómo llevar adelante una empresa con tales auxiliares!... Más de una vez he envidiado á los conquistadores, que, con arreglo á las costumbres de su época, podían dirigir palo en mano á unas gentes incapaces de un trabajo serio y continuo. Sólo el que ha colonizado puede comprender la conducta de aquellos españoles. Tu vieron que implantar la civilización de su época sin otra ayuda que la de unos niños grandes que únicamente se mueven á impulsos del temor. Los doctores, que viven en las ciudades y todo lo han encontrado hecho (sin saber ciertamente cómo se hizo), pueden permitirse sensiblerías y declamaciones.

Hablaron después de esto de los «grandes crímenes» de los conquistadores.

—Eran gente dura, violenta—dijo Ojeda—, y hasta entre ellos mismos dirimían con sangre sus cuestiones. Pero no eran mejores ni peores que los hombres de espada que en los mismos años hacían la guerra en Europa. ¡Es curiosa la injusticia del

mundo con los conquistadores de América!... Algunos los describen como monstruos excepcionales de maldad, algo de que no hay ejemplo en la Historia; y un siglo después que ellos realizasen su conquista, se desarrollaban en el corazón de Europa la guerra de los Treinta Años y otras guerras de religión, con degüellos en masa de pacíficos campesinos y quemas de pueblos enteros con todos sus habitantes...

—Igualmente son ridículas—dijo Maltrana—las lamentaciones por el trabajo de los indios en las minas. Cualquiera creerá que sólo trabajaban ellos. El indio servía para el arrastre de los minerales, como hoy mismo sirven los hombres libres en las minas que carecen de maquinaria. Pero con el indio trabajaban obreros españoles, mineros enviados de la Península, que sufrían tanto ó más que ellos... Siempre tendrá la humanidad que realizar, para vivir, pesados trabajos, abrumadoras funciones. Hoy, después de tanta civilización, centenares de miles de blancos sufren igualmente en las minas, y es injusta esa sensiblería que se calla cuando la víctima es uno de su raza y sólo se enternece cuando el que pena es de otro color... Como España estuvo gravitando sobre Europa durante siglo y medio y dejó resentidos por su dominio á muchos pueblos, no ha habido mentira ni exageración que la venganza haya dejado de lanzar después contra ella.

—Gran cantidad de las patrañas que circulan sobre nuestras colonias—dijo Ojeda—son obra de un editor. Los libreros tuvieron gran influencia en la historia de América. Su mismo título (con menosprecio de Colón) se lo dió un librero de la frontera francesa, el editor de las cartas de Américo Vesputio. Y muchas de las mentiras que circulan con un carácter tradicional contra los españoles coloniales las inventó un librero flamenco.

Era Teodoro de Bry, impresor de Lieja, que de 1570 á 1602 estuvo publicando libros y estampas para alimentar en Europa la curiosidad por los sucesos de las Indias y el odio á España, dominadora del viejo mundo en aquel entonces. El buen flamenco hizo obra patriótica desacreditando por todos los medios á los españoles que gobernaban su país. Pero esta obra apasionada fué indigna de la credulidad que le dispensó la ignorancia general. Las afirmaciones del editor Bry, que jamás estuvo en las Indias, que imprimió todo cuanto le ofrecían siempre que fuese contra España, y vivió un siglo después del descubrimiento, se aceptaron con el mismo respeto que si fuesen documentos de testigos presenciales. Inventó retratos de Colón, é inventó igualmente ridículas historias sobre la vida del Almirante y la injusticia y crueldad de los españoles.

—El librero Bry—continuó Ojeda—fué el autor de ese cuento soso é imbécil sobre «el huevo de Colón»... ¡La suerte de ciertas tonterías! Muy pocos conocen lo que fué el descubrimiento ni tienen una idea aproximada de Colón; pero todos saben la perogrullada del huevo, fábula insulsa digna de un ingenio flamenco.

—Cierto es—dijo Maltrana—que una buena parte de lo que se ha propalado contra los españoles de América se inventó en Europa por gentes que nunca estuvieron allá. Algunos autores americanos del siglo XVIII protestaron de la exageración de esas invenciones, pero su voz no tuvo eco. Luego, al iniciarse la Independencia, los revolucionarios americanos adoptaron como suyas muchas de las afirmaciones europeas, aceptándolas á ojos cerrados con el apasionamiento de la lucha, y aún coleán los tales embustes en la enseñanza que se da en las escuelas del Nuevo Mundo.

—Al empezar la decadencia de nuestra patria —añadió Fernando—, de Italia, de Flandes, de Holanda, de Alemania, de Inglaterra y de Francia, países que tenían mucho que vengar, pues durante siglo y medio los había molestado enormemente la preponderancia española, llovieron volúmenes hablando de las grandes crueldades sufridas por los indios. Rousseau puso de moda el hombre primitivo, libre en plena Naturaleza, y los indígenas americanos fueron el tipo perfecto de la víctima aprisionada y desfigurada por la civilización. Abates foliularios, para halagar al público, lloraban sobre la desgracia de unos pobres indios que sólo habían visto pintados en estampas lo mismo que mascarones de Carnaval.

—El barón de Humboldt—interrumpió Maltrana—, el único extranjero de capacidad que vió de cerca la América de entonces, viajando por casi toda ella, decía que los indios gobernados por la autoridad colonial, torpe y formulista, pero á la vez tolerante y floja, bien podían ser envidiados por los campesinos de Europa, que vivían con mayor miseria, y especialmente por los campesinos de Francia antes de la Revolución... Muchos de los crímenes coloniales, que fueron á la misma hora crímenes de todo el resto del mundo... ¡literatura, pura literatura!

—No lo tome usted á broma—dijo Ojeda—. La literatura entró por mucho en eso. Cuando se inició en América el movimiento de emancipación, Chateaubriand reinaba sobre el mundo y *Atala* era el libro sublime. «¡Triste Chactas!», cantaban con voz llorosa acompañadas de arpa ó de guitarra todas las damas de ambos hemisferios. Y el indio de moda, interesante, gallardo y filosofador, era para los revolucionarios un argumento más contra la tiranía española.

—Y lo gracioso fué—dijo Maltrana—que el indio,

en casi todos los países de América, en vez de irse con la revolución, que lo compadecía y ensalzaba, se mantuvo aparte de ella ó defendió hasta el último momento al rey, formando en los ejércitos monárquicos, donde por cada soldado peninsular había cuarenta ó cincuenta de color. Y terminada la revolución, al verse vencedores los enemigos de la tiranía, se dieron buena prisa en acabar con el «triste Chactas», pasándolo á cuchillo en muchos países de nuestra América, quemando sus tolderías, repartiéndose á sus hijos, ó mezclándolo en las luchas civiles para que fuese carne de cañón.

Otra vez volvieron á hablar de los primeros conquistadores. Al iniciarse su éxodo, el pueblo español estaba en el apogeo de su vigor. Siete siglos de pelea continua con el moro habían virilizado sus costumbres. Hombres de guerra jugaban á detener una muela de molino en plena rotación. Otro, con una cortesía de gigante, arrancaba en una iglesia la pila de agua bendita para que mojase con más comodidad sus dedos una dama de baja estatura. Todo español era soldado. Las continuas algaradas, cabalgadas y rebatos en los límites de los reinos musulmanes y cristianos obligaban al labriego á arar la tierra con las armas prontas. Una operación agrícola costaba muchas veces una batalla. El árabe le enseñó á cabalgar en corceles indómitos; la tradición del país, que databa de los auxiliares de Aníbal, hacía de él un peón infatigable. La lucha de guerrillas, sorpresas y emboscadas, armado á la ligera, le preparó para buscar en las selvas de América al enemigo escurridizo, invisible y de golpe certero.

Semejantes á los legionarios romanos, que lo mismo peleaban en tierra que en el mar, los aventureros de la conquista fueron á la vez navegantes, jinetes incansables en las pampas inmensas y duros

andarines de las selvas vírgenes, sufriendo los rasguños de la espinosa vegetación, el acecho de los indios, la acometida de las fieras, los tormentos del hambre y de la sed. Algunos que desembarcaron en Méjico acababan por establecerse en los confines de la Patagonia. Otros, abandonando la vida regalada á orillas del Pacífico, lanzáronse á través de bosques y desiertos, siguiendo el curso de ríos como mares, para salir al Atlántico por las bocas del Amazonas. El pie incansable valía tanto en ellos como la mano férrea y el ojo de pájaro de presa.

El hambre, un hambre que sólo podía sufrir el español, habituado á las sobriedades de su raza, le acompañó en sus exploraciones por las peladas altiplanicies de los Andes y las llanuras pantanosas sin término. Aventurábase en desiertos de los que parecía haber huído toda vida animal. El cielo de triste azul relampagueaba y temblaba cargado de electricidad, sin soltar una lágrima de lluvia; el suelo de bronce no permitía que la más leve brizna de hierba adornase sus peñascales; el llama y la vicuña torcían su carrera de trote femenino para no internarse en esta desolación, glacial unas veces, tórrida otras. Ni una planta ni una bestia se encontraban en las soledades de leguas y leguas... Y por allí pasó el hombre, por allí caminó sin guía el aventurero español, á impulsos de su heroica ignorancia, que le hacía marchar en línea recta, siguiendo el revoloteo ilusorio de la Quimera, siempre en busca de las montañas de oro.

Unos eran estudiantes mal avenidos con las bayetas escolásticas ó mozos de labranza que, deslumbrados por el mágico esplendor de las Indias, se improvisaban guerreros en las tierras nuevas. Los más eran combatientes de las guerras de Europa, segundones de ilustres casas, hidalgos pobres que habían hecho su aprendizaje en los tercios de Italia

y de Flandes y asistido al sacco de Roma: soldados orgullosos de sus hazañas y un tanto indisciplinados, que consideraban á sus jefes como iguales. Cada uno de ellos era capaz de tomar el mando, y en momentos difíciles, obrando por cuenta propia, remediaba las faltas de su caudillo y obtenía la victoria. Su orgullo estaba acostumbrado al respeto y al miedo del capitán. Cuando éste no podía ahorrarlo, lo halagaba cortesantemente. Los generales llamaban en España á sus gentes «señores soldados». El duque de Alba, acostumbrado á tratar con fiereza á reyes y papas, apellidaba á los guerreros de sus tercios «Muy altos y poderosos hijos», ponderando «el gran amor y afición que les tenía».

Y de estos hombres de guerra altivos, crueles y caballerescos, que paseaban su arcabuz como un cetro, su casco abollado como una corona, sus harapos como una gloria, surgían Ercilla, Cervantes, Calderón y tantos otros ingenios. En pacto eterno con el hambre y la pobreza, condenados desde mozos á ver sus hazañas mal recompensadas y sin otro porvenir que una vejez de mendicidad, podía sin embargo el más humilde de ellos, si le ayudaba la suerte en las Indias, convertirse en señor de luegas tierras y virrey de un Imperio.

—La literatura—dijo Ojeda—influyó mucho más de lo que creen en la empresa de la conquista. Los años que siguieron al descubrimiento fueron de gran difusión para las lecturas heroicas, difusión que duró un siglo, hasta que Cervantes escribió su famosa obra.

En 1492 se imprimían por primera vez los libros de caballerías; Nebrija publicaba la primera gramática castellana; se representaban en corrales y atrios de conventos las primeras farsas; caía Granada y se embarcaba Colón. Todo en un mismo año: el descubrimiento de un mundo nuevo, la unidad

nacional, el nacimiento del teatro, la formación y reglamentación definitivas del lenguaje y la popularidad, por medio de la imprenta, de los libros de caballerías, que en costosos infolios caligráficos sólo habían servido hasta entonces de recreo á opulentos magnates como don Alvaro de Luna... El hidalgo pobre, el mozo camorrista, el viandante aventurero, conocieron por sus propios ojos las sergas del caballeresco Amadís y gritaron de entusiasmo con las hazañas de Palmerín y Tirante el Blanco.

—Las almas sensibles y creyentes—continuó Fernando—paladearon las gestas del místico guerrero Perceval y los amores del caballero Tristán de Leonis con la infortunada reina Iseo, historias de amor y de muerte de los trovadores medioevales, que en nuestros días ha remozado Wágner como argumentos de sus poemas... Las veladas en ventas y mesones discurrían ligeras en torno del candilón, que trazaba un círculo rojo sobre las páginas de la maravillosa historia impresa. Un estudiante de clérigo ó un bachiller leía en alta voz, rodeado de un círculo de caras cetrinas, con el ceño fruncido y la boca palpitante de emoción... Uno de los venteros del *Don Quijote* declara como la mejor joya de su casa los viejos libros de caballerías olvidados por un caminante.

Estas historias disparatadas y heroicas agrandaban los ánimos, quitando toda significación á la palabra «imposible». Los más de los lectores y auditores llevaban espada al cinto, y al enterarse de las desaforadas batallas con gigantes partidos por mitad, dragones despanzurrados, fugas de inmensos ejércitos de malandrines, endriagos y salvajes, vencimiento de terribles encantadores y liberación de princesas cautivas, pensaban con emulación y envidia: «Lo mismo haría yo si se presentase la ocasión. Pero... ¿adónde ir?... ¿Cómo empezar?»

Los caballeros aventureros con existencia real conocidos de las gentes, el valiente Juan de Merlo, rompedor de lanzas en la corte de Borgoña, ó los peleadores del «paso honroso» con Suero de Quiñones, habían vagado de corte en corte sin mayores hazañas que los torneos. ¿A qué parte del mundo caían las ínsulas y tierras de encantamiento para los hombres ansiosos de maravillosas aventuras?...

Y mientras toda una generación soñaba con los ojos puestos en el libro y una mano en la cruz de la tizona, íbase agrandando el radio de los argonautas al otro lado del Océano. Detrás de las islas de recientes desengaños extendía la inmensa tierra firme un mundo de misterios. Los que volvían de allá, adornado el casco con raros plumajes, hablaban de ejércitos de hombres cobrizos y fieros que sacaban el corazón á los enemigos para ofrecerlo á sus dioses; de esbeltas y ligeras amazonas con sólo un pecho, para tirar mejor del arco; de tritones mostachudos en los ríos, sirenas en las desembocaduras, perlas en los golfos y grandes bloques de oro nativo, del que enseñaban fragmentos... ¡Las ricas ínsulas no eran ficciones de los libros! ¡Había tierras en las que un paladín podía crearse un reino á golpes de espada!... Y la juventud corrió á llenar con sus armas y sus ilusiones las naos de Sevilla y Cádiz; y una vez en el otro mundo, empezaban la epopeya de los «navegantes de tierra firme», más dolorosa y más heroica que la de los navegantes del mar.

En las selvas de América, nunca exploradas, vieron hipogrifos, licornios y grifos iguales á los de los amados libros; las mordeduras de serpiente no eran mortales si se les aplicaba una amatista; la piedra bezoar sanaba todas las dolencias, y el mismo Carlos V pedía para las suyas este remedio encantado de los conquistadores. Arboles misteriosos

daban la muerte á todo el que descansaba á su sombra, y otros sugerían dulces sueños de embriaguez. Grupos de hombres armados, sin más guía que el indio mentiroso y fantaseador ó el eco de una tradición confusa, iban de la Florida á la Patagonia, del Callao á la desembocadura del Orinoco, en busca del valle de Jauja, lugar paradisiaco de delicias y harturas, del Imperio de las Amazonas, de la «Ciudad de los Césares», áurea metrópoli que nadie vió jamás, ó de la Fontana de Juventud, suprema esperanza de los conquistadores de barba canosa que sentían decaído su vigor. Pedro de Alvarado tenía que luchar contra los conjuros de una india gorda, temible hechicera igual á las encantadoras de los poemas antiguos. En un combate mataba de una lanzada á un águila verde que pretendía sacarle los ojos, y al caer, el ave de presa tomaba la forma de un indio muerto. Era un cacique que, merced á los encantamientos de la bruja, se había convertido en águila para cegar al conquistador.

Hombres razonables y equilibrados no hubieran seguido adelante. Una visión ordinaria de la realidad les habría impulsado á retroceder ó á tenderse en el suelo, desalentados. Pero la ilusión, sirena encantadora, coleaba en el aire junto á estos locos heroicos en sus horas de desfallecimiento.

Cuando en las altiplanicies estériles marchaban casi arrastrándose, las entrañas roídas por el hambre y las piernas petrificadas por el frío, la esperanza, como un relámpago, reanimaba su vigor. Tal vez al trasponer la próxima altura verían entre las nieves un valle frondoso con palacios chapados de oro. ¿Por qué no?... Visiones más portentosas habían salido al encuentro de los paladines en tierras de misterio. Y tirando del cinturón para correr la hebilla unos cuantos puntos, acallaban de este modo el estómago hambriento y seguían adelante con el

mosquete al hombro, el talle gentil y la ilusión aleutando ante sus ojos.

El oro, que huía de ellos en las cumbres, los aguardaba sin duda en los profundos valles de asfixiadora torridez, como rayos de sol petrificados por el suelo ardiente. Y en busca del gran rey que todas las mañanas, luego de bañarse en el lago sagrado, se revolvía en montones de polvo de oro, cubriéndose de pies á cabeza con esta costra deslumbrante, avanzaban los aventureros por pantanos infinitos, hundiéndose en el légamo con la pesadez de sus armaduras, chapoteando como hipopótamos de acero en un fango de siglos.

Marchaban días, semanas, meses, por la llanura casi líquida. Dormían sobre troncos caídos, teniendo que espantar en mitad del sueño la vecindad de los caimanes. Guisaban su alimento sobre un trípode de ramas, devorando con fango hasta el pecho el ave acuática ó el lagarto mal chamuscados. Un paso en falso les bastaba para desaparecer. La mala alimentación y las calenturas hacían de ellos feroces espectros enfundados en mortajas de hierro.

La desgracia y el ansia de vivir los convertían en seres crueles, sin misericordia. La muerte iba con ellos y para ellos. No sólo habían de defenderse de la hondonada invisible, de la mandíbula del saurio y el colmillo del reptil: el guía, el indio que marchaba á su lado, era un enigma inquietante. Imposible adivinar la verdad en la mueca servil de su mascarón cobrizo. Muchas veces, cuando más descuidado caminaba el hombre invencible, el hombre de acero con el trueno al hombro, los indígenas caían sobre él, lo enlazaban entre las lianas de sus brazos, y juntos chapuzábanse en la laguna como racimo de miembros palpitantes, contentos de perecer á cambio de ahogar al blanco.

Los que por benevolencia de la muerte desafia-

ban impávidos el clima, el hambre, los hombres y las fieras continuaban su avance, viendo en tanta miseria una preparación necesaria para obtener la gloria y la riqueza. Les aguardaba al otro lado del pantano ó de la selva la ciudad de encantamiento, con sus techos deslumbrantes y un monarca poseedor de montañas de esmeraldas, que acabaría por darles su hija más hermosa y con ella todos sus tesoros. Tal vez en el último momento les cortase el paso algún dragón de siete cabezas vomitando llamas; pero ellos se encargaban de rajarlo con la buena espada de Toledo y la ayuda de su patrón el señor Santiago.

—Tal era la influencia del libro de caballerías —continuó Ojeda—, que el emperador Carlos V dió un decreto prohibiendo la importación y lectura de tales obras en las Indias. Los aventureros de espíritu caballeresco, afligidos por los abusos de los gobernadores, ejercían la justicia por su mano, lo mismo que el hidalgo manchego. Tomando ejemplos en los libros, formábanse en las nacientes ciudades de las Indias corporaciones caballerescas, cuyos individuos, con el título de «conjurados», se comprometían á defender con la espada los derechos de la viuda y el huérfano y á combatir las injusticias del poderoso.

El conquistador se adaptó á la nueva tierra y á las costumbres del indígena con asombrosa prontitud. El individualismo español encontraba un encanto irresistible en la vida errabunda del indio, con pocas leyes, ninguna autoridad, escaso trabajo, continuo viaje y un solo afecto: la familia.

—Así fué—dijo Maltrana—. En todas las historias de la conquista se habla de expediciones de españoles que descubrieron compatriotas procedentes de una expedición anterior, los cuales llevaban varios años viviendo entre los indios. Un naufragio,

un retraso en la marcha, un combate desgraciado, les hacía caer prisioneros, y si libraban la piel en el primer momento, acababan por hacerse de la tribu y constituir familia. Los españoles encontraban con asombro al mozo de Sanlúcar, de Triana ó de un pueblecillo de Extremadura con el pecho pintarrajeado, corona de plumas y un anillo en la nariz, apoyado fieramente en su arco y barboteando trabajosamente un castellano que casi había olvidado. Lloraba al recordar la Virgen de su tierra, pero cuando los compatriotas le incitaban á seguirles, sus lágrimas eran de desesperación. «¡Ay, no! ¿Y la familia?...» Y presentaba á la respetable compañera cobriza, con ojos de diablo y mejillas cubiertas de chafarrinones, y tras ella, la nidada de mesticillos, ágiles como gamos, con panzas ávidas de sepultar todo lo viviente.

Con igual facilidad se adaptó el soldado español á la guerra indígena. Los pasos de los ríos, las lagunas infinitas, las lluvias torrenciales, la dificultad de conservar la pólvora, hicieron cada vez más escasas las armas de fuego. La lanza, la espada y la rodela acompañaron al conquistador en sus expediciones de tierra adentro. El combate, para los viejos soldados que habían conocido las batallas más famosas de Europa, fué en adelante la «guazabara». La táctica, contenida en la *Milicia Indiana*, de Vargas Machuca, consistió en dar la «trasnochada» y dar el «albazo», ó sea sorprender al enemigo astuto y escurridizo en plena noche ó al romper el día. El aventurero sustituyó las botas guerreras por la alpargata ó la abarca de piel de potro; la coraza por el peto acolchado de algodón, que le servía de almohada durante la noche; el casco por el morrión de cuero; la capa por el poncho indiano.

—El indio vino al fin á él—interrumpió Zurita sonriendo—, pero él hizo la mitad del camino yendo

hacia la hembra india. Y el resultado de este encuentro fué una raza nueva, todo un mundo: la América que hoy conocemos.

Ojeda había quedado absorto desde mucho antes, sin oír lo que decían Isidro y el doctor. Resucitaba en su memoria la conversación que había tenido con Mina aquella misma tarde, y el recuerdo de la artista evocaba el de Wágner y sus héroes. ¿Por qué pensaba en esto?... «Tal vez—se dijo mentalmente—porque esos conquistadores fueron héroes de epopeya, héroes en plena Naturaleza, como los del poema nibelúngico...»

Su vaguedad imaginativa fué contrayéndose, hasta dar forma á figuras precisas. Vió á Wotan, el dios majestuoso y débil, forzado á castigar con momentánea cólera á la hija desobediente. «Padre—implora sollozando la walkyria—, ya que me has excluido de la raza de los dioses y como débil mujer he de dormir sobre esa roca hasta que el primero que pase se apodere de mi virginidad, ¡que no sea yo la esposa de un débil mortal, de un cobarde!... Evítame esa afrenta... Si en los brazos de un hombre he de caer esclava, haz que la llama surja en torno de mí al eco de tu palabra; rodéame de un baluarte de fuego, para que sólo un héroe de corazón firme y fuerte, valiente como un dios, pueda despertarme y hacerme suya.

Igual á Brunilda, la virgen morena había dormido, no años, sino siglos, guardada en su letargo por la azul extensión de los océanos, más insalvable que las barreras de llamas. Sólo un héroe de corazón fuerte podía despertarla... Y al oír los pasos férreos del conquistador, los ojos de la india virgen parpadearon, extendió los brazos, y sus pechos vinieron á aplastarse sobre el peto de una armadura.

Era el héroe prometido; el amor que despierta

bajo la caricia del guantelete metálico; el abrazo fecundador acompañado en sus temblores por un intineo de armas.

Y para llegar hasta ella, el héroe no había tenido que combatir el obstáculo del fuego, que se salva con sólo un impulso del coraje... Su firmeza y su paciencia habían sido tan grandes como su valor ante los océanos que desalientan por su inmensidad; las montañas que crecen y se repiten así como se va avanzando por sus rugosidades; los bosques oscuros y laberínticos, en los que se pierden la luz del sol y las huellas de los pasos; las llanuras desoladas que no terminan nunca.



VIII

La víspera del paso del Ecuador, al penetrar la luz del alba en las entrañas del buque, fué esparciéndose con ella una melodía suave de metales discretos, una música con sordina que sólo aspiraba á despertar levemente á los pasajeros, para que reanudasen el sueño con mayor placer.

Avanzaban los músicos quedamente á lo largo de los corredores todavía iluminados por la luz eléctrica, y deteniéndose en un cruce, embocaban sus instrumentos, repitiendo la solemne alborada.

Los durmientes se agitaban en sus lechos. Todos sabían lo que significaba esta música oída entre sueños. El *Coral* de Lutero. Era domingo, y el buque protestante lo anunciaba á sus gentes con este salmo instrumental, que recordaba á muchos una ópera de Meyerbeer.

Se apagó al fin la música, sin otra consecuencia que haber turbado durante algunos minutos los ronquidos de los pasajeros, llamados inútilmente á la meditación y la plegaria. Pero transcurridas cuatro horas, un espectáculo extraordinario hizo salir á muchos de sus camarotes antes que de costumbre.

Las señoras sudamericanas, vestidas de negro, con sombreros del mismo color y un velo ante los

ojos, subían la escalinata de caoba con dirección á los salones, pasando entre los camareros agachados y en mangas de camisa que fregoteaban peldaños y balaustres. Todas marchaban con los ojos bajos y cierto encogimiento, como si acabase de ocurrir en el buque algo extraordinario y triste que entenebrece el esplendor de la mañana tropical. Entre las manos enguantadas de negro llevaban pequeños libros encuadernados en oro y nácar. Tras ellas venían los hombres de la familia con aire de burgueses endomingados que asisten á una ceremonia fatigosa é ineludible. Los trajes blancos, los cuellos flojos, las gorras de viaje, los zapatos de lona, permanecían ocultos esta mañana.

Isidro se encontró en un rellano de la escalera con el doctor Zurita. Marchaba como un pastor majestuoso, respetado y jamás obedecido, tras el rebaño femenino de su familia: señora, cuñadas, suegra é hijas. Un cuello recto y esplendoroso remontábase en él desde la corbata negra á las orejas. Batían sus piernas los faldones de un chaqué, prenda incómoda en la región ecuatorial, que gravitaba sobre sus espaldas con la pesadumbre de una coraza, moteando sus sienes y bigote de perlas de sudor. Al ver á Maltrana le dirigió una sonrisa de resignación, señalando al mismo tiempo con los ojos el término de la escalera, los salones, hacia los cuales marchaba siguiendo el fru-fru majestuoso de las faldas.

Algunos pasajeros alemanes, vestidos de blanco con descuido matinal, subían á la cubierta de paseo y miraban un instante por las ventanas de los salones. Luego se dirigían hacia la popa discretamente en busca de las tertulias que empezaban á juntarse en el fumadero, como hombres que sorprenden una reunión de familia y no quieren molestarla con su presencia.

El mayordomo permanecía junto á la escalinata,

recomendando silencio en las tareas de limpieza, evitando el choque de los cubos, las ruidosas frotaciones, haciendo hablar á los camareros en voz baja, lo mismo que si estuviesen en la habitación de un enfermo.

Un repiqueteo de campanilla surgió del último salón, amortiguado por las cerradas vidrieras. Isidro, que había subido al paseo, miró por una ventana. «Lo mejor del buque» estaba allí, oprimido, amontonado ante la plataforma de los músicos. Las señoras, en primer término, ocupaban las sillas, y detrás de ellas los hombres, de pie, codo con codo, llevándose el pañuelo á la frente sudorosa. Giraban los ventiladores, y sobre las negras filas de pechos femeninos mariposeaban los abanicos con incesante aleteo.

Maltrana fijó su mirada entre las dos columnas de la plataforma, allí donde ordinariamente había una especie de mostrador encristalado lleno de tarjetas postales y «recuerdos de viaje» que vendía el mozo del salón encargado de la biblioteca. El tal mostrador había desaparecido bajo un mantel lleno de puntillas. Dos candelabros con cirios crepitaban en la mañana esplendorosa sus luces incoloras y sin fuego; un crucifijo de porcelana ocupaba el centro.

Ante el altar improvisado erguía el obispo, cubierto con una casulla de oro y albas vestiduras que aún guardaban los pliegues del encierro en la maleta. Arrodillado á sus pies estaba el abate, con las barbas fluviales tendidas sobre el negro delantero de su sotana. Todos los ojos iban hacia él: sólo la familia de La Boca seguía con mirada amorosa los movimientos de Monseñor al decir la misa.

El conferencista, á pesar de su modesta situación de ayudante, era admirado por muchos, como esos grandes actores que, aun permaneciendo mu-

dos en un extremo de la escena, consiguen mayor atención que los que hablan y gesticulan en primer término. Cuando su voz abaritonada respondía á las palabras del obispo, había en ella tal encanto y tanta autoridad, que las buenas señoras se lamentaban de que estas contestaciones fuesen breves. Y él, convencido de su éxito, se empequeñecía, se humillaba ante el oficiante, como un simple acólito, mirando algunas veces al público con el rabillo del ojo para que no perdiese ni el más pequeño detalle de su religiosa abnegación. No había querido dar la conferencia, pero ofrecía algo más interesante: el espectáculo de un grande hombre, cuyos retratos figuraban en los periódicos, ayudando la misa de aquel obispo obscuro, que parecía aturdido por tal honor.

Abandonaba á veces el abate su actitud encogida, para dirigir al oficiante como un maestro. Todos los objetos del culto eran suyos: el sagrado mantel, la casulla, el cáliz de piezas enroscadas y las divinas Formas. Este hombre extraordinario, aleccionado por la experiencia, no olvidaba nada en sus viajes. En una maleta, los periódicos ilustrados con sus biografías, los libros que había escrito y los retratos que debía regalar con dedicatorias; en otra, los artículos de la misa, guardados en estuches con forros de terciopelo, bien cuidados, desmontables y limpios, como útiles profesionales.

Una cabeza avanzó junto á la de Maltrana, pegándose al vidrio, al mismo tiempo que un codo tocaba el suyo. Era Ojeda.

—¿Está usted oyendo misa?...

—No, Fernando. Pensaba en los caprichos de la suerte histórica; en cómo la casualidad puede llevar á las gentes por los caminos más diversos... Mire usted con qué devoción siguen esas damas el curso de la misa. Algunas hasta tienen húmedos los ojos.

Una misa en pleno Océano, ¡imagínese usted!... Y pensar que si América la descubren los ingleses, ó el gran Carlos V se deja convencer en Worms por el frailecillo Martín, toda esa gente estaría á estas horas con una Biblia en la mano cantando salmos con acompañamiento de armónium.

En otras ventanas apretábanse contra los vidrios las cabezas rubias de varios niños. Con la boca abierta y un pliegue vertical entre las cejas, contemplaban ansiosos las genuflexiones y manejos del hombre dorado y los gestos del hombre negro que le seguía en todas sus evoluciones. Eran pequeños alemanes que por primera vez veían una misa.

Maltrana examinó el público amasado en el salón.

—Gran concurrencia—dijo—. Ninguna fiesta de á bordo ha reunido á tanta mujer. Hasta veo tres coristas que se han vestido de negro con ropas prestadas por las amigas. Son polacas... Y más allá, mire usted á doña Zobeida envuelta en su manto americano, y á nuestra amiga Conchita con mantilla española... En el centro está Névida, una Névida que parece otra, humildita al lado de su madre, con la cabeza baja, sin nada llamativo, húmedos los hermosos ojazos. ¡Pobrecilla! En ella las impresiones son tan fugaces como intensas. Está emocionada por el espectáculo. Un poco más, y rompe á llorar... Pero vámonos de aquí: estamos molestando. Don Carmelo, el de la comisaría, que está al lado del abate para ayudarle, nos ha mirado varias veces. Las respetables matronas levantan la cabeza, y yo debo velar por mi reputación. No quiero que digan que Maltranita es un impío. Esa fama sirve á veces en Europa, pero en América da muy poco.

Se apartaron de la ventana para emprender un paseo por la cubierta, solitaria en aquellos momentos.

—Ahí verá usted—dijo Isidro á los pocos pasos, continuando de viva voz el curso de sus reflexiones—la gran diferencia de lo imaginado á lo real. ¡Cuántas veces he leído yo la descripción de una misa en alta mar! Usted mismo, poeta, si se propusiese hacer unos versos sobre esto, ¡qué de cosas bonitas diría!... El augusto silencio; el Océano recogién dose para presenciar mejor la divina ceremonia; la mañana esplendorosa, las gentes llorando, un hálito celeste descendiendo sobre el buque cual música angélica... Y fíjese en la realidad: no hay más música que la de los ventiladores y abanicos; los hombres chorrean sudor y miran á las puertas deseando huir; abajo suenan los platos y los tenedores de los herejes, que toman su primer almuerzo; en la proa y en la popa gritan, juran y cantan los emigrantes; los camareros suben y bajan las escaleras con sus útiles de limpieza... No; decididamente, no hay poesía religiosa en estos buques modernos.

—Procure no repetir tales cosas en presencia de sus amigas—dijo Ojeda con el mismo tono zumbón—. Como usted afirmaba antes, la impiedad da muy poco en América, y el catolicismo es algo que dejó muy arraigado en las mujeres la educación española. Los hombres son indiferentes, son incrédulos, pero jamás se atreven á ser impíos. Para eso hay que pensar, y su pensamiento lo ocupan por entero los negocios.

Otra vez, como en la tarde anterior, surgió en su conversación el recuerdo de los conquistadores, pero por breves momentos. El hombre de presa, el navegante de espada, había sido en muchas ocasiones un místico. Al sentirse fatigado de aventuras y glorias, desceñíase la tizona, abandonaba el coselete y se cubría con el hábito de fraile. Otras veces, en plena juventud, bastaba un revés de fortuna, un

desengaño de amor, para que el capitán fastuoso y cruel se convirtiese en ermitaño del desierto, alimentándose de raíces frente á una calavera y una cruz de palo.

Estos místicos á la española, de un misticismo orgulloso y dominador, en vez de elevar los ojos al cielo para dejarse absorber por su grandeza, tiraban del cielo y lo hacían bajar hasta ellos, viendo en cada acto de su energía individual una chispa de la voluntad de Dios encarnada en sus personas. Eran místicos de acción, como el antiguo soldado Loyola, como la andariega Teresa de Jesús, especie de Don Quijote con tocas siempre á caballo por los campos de Castilla; y este misticismo vigoroso y militante, que salvó á la Iglesia católica cortando el paso á la Reforma, se había esparcido por el Nuevo Mundo con los conquistadores, predispuestos al milagro. Siempre que se veían en un aprieto al pelear contra los indios, se les aparecía el apóstol Santiago en su corcel blanco y luminoso, hendiendo las apretadas huestes cobrizas, lo mismo que en España había desbaratado á los infieles musulmanes.

—La devoción de aquellos hombres—dijo Ojeda—ha llenado América de imágenes prodigiosas, tantas ó más que en la Península. No hay allá ciudad con tres siglos de existencia que no tenga su santo de indiscutibles milagros... Los imagineros de Valencia y de Sevilla enviaban remesas de vírgenes y cristos á los conventos de las Indias y á los hidalgos retirados de aventuras en sus buenas encomiendas. Pero estas imágenes de encargo, al tocar el suelo americano, se agigantaban y hacían milagros, lo mismo que los desesperados y hambrientos que al llegar allá se convertían en héroes.

Viéronse crucifijos remontando los ríos contra su corriente; vírgenes que inmovilizaban la carreta que las conducía para manifestar su voluntad de

no pasar adelante y que allí mismo las erigiesen un templo; imágenes que, ocultas en el suelo, se anunciaban con músicas y luces misteriosas. Todos los prodigios divinos de la metrópoli se repitieron en las Indias, como la copia repite el original. Las vírgenes negras de España, inexplicables para la devoción peninsular, se reprodujeron en América, con gran entusiasmo de la gente de color.

—Y todo este pasado vive ennoblecido é indiscutible bajo una pátina de siglos que lo hace cada vez más venerable... Créame, Maltrana. Al llegar allá, enfunde su burla y procure no hablar de religión, si es que busca apoyo en las damas. Deje eso para los comisionistas de comercio extranjeros. La impiedad no puede ser para nosotros artículo de exportación. Las creencias tradicionales resultan obra de «nuestra vieja», y si las atacamos, hágase cuenta que estamos dando con un pico en la casa materna.

Después de permanecer sentados algún tiempo en la terraza del fumadero, continuaron su marcha, llegando por segunda vez á las ventanas del salón. El público era el mismo, nadie se había movido de su lugar, pero el oficiante era otro. Monseñor estaba abajo, tomando su almuerzo, rodeado de la familia admiradora, que le incitaba á restaurar sus fuerzas después de las fatigas recientes. Ahora era el abate francés el que, revistiéndose á la vista de los fieles con los mismos ornamentos, decía la segunda misa.

En vano desplegaba una majestuosa solemnidad en palabras y gestos: su público seguía admirándole, pero estaba fatigado. Corría el sudor por el rostro de las damas, arrastrando en sus tortuosos raudales el negro de las ojeras, el rojo de las mejillas y el barro blanquecino de los polvos de arroz. La conciencia de estas devastaciones del calor las hacía moverse nerviosas en sus asientos con el aba-

nico sobre el rostro. Los cuellos almidonados de los hombres perdían la acorazada tersura de su planchado; se ondulaban como muros de porcelana próximos á resquebrajarse. De las orejas velludas colgaban perlas de sudor.

Acostumbrado el sacerdote á adivinar el estado de ánimo de los públicos, aceleraba sus gestos, llevaba la ceremonia á todo galope mascullando frenéticamente sus latines, reanudándolos antes de que terminase sus respuestas el ayudante con sotana negra. Este ayudante era don José, el cura español, encogido, humilde, para ganarse las simpatías de las señoras que admiraban al abate.

Los dos amigos, acodados en la borda, sintieron de pronto á sus espaldas un estrépito de sillas removidas, puertas abiertas de golpe, precipitadas carreras, suspiros de pechos comprimidos, algo semejante á la fuga pavorosa del público en un local que se incendia. La misa había terminado y las señoras corrían á sus camarotes para cambiar de ropas y reparar el desorden de sus rostros. Los hombres respiraban unos momentos en la cubierta y encendían un cigarro antes de ir á despojarse de las prendas negras.

Sonó de nuevo el repiqueteo de la campanilla y corrió Isidro á mirar por las ventanas. ¡Otra más!... Era su amigo don José, que, cubriéndose con las vestiduras sudorosas de sus antecesores, iba á decir la tercera misa ayudado por don Carmelo. El sacerdote se preparaba á officiar sin más pueblo devoto que las sillas esparcidas en el salón con el desorden de la fuga. Sólo algunas domésticas, enviadas por sus señoras, entraron apresuradamente para no quedarse sin misa. Doña Zobeida y Conchita habían avanzado hacia los asientos de primera fila, consolando al oficiante con su presencia de esta retirada general.

—¡Mi pobre don Pepe!—exclamó Isidro—. ¡El que contaba con esta misa para hacerse visible ante el señorío del buque y adquirir buenas amistades!... ¡Y me lo dejan solo, como un artista sin cartel! Eso no está bien. Hay que hacer algo por el paisano, ¿no le parece, Fernando?... ¡Si nos lanzásemos! ¡Hace tantos años que no hemos visto eso de cerca!...

Y los dos entraron en el salón, colocándose en primera fila. El ambiente, cerrado aún y caldeado por tantas respiraciones, era de una densidad asfixiante. Conchita los saludó con un gesto de cansancio. Doña Zobeida, al reparar en ellos, tuvo miradas de ternura. Muchas gracias, en nombre del buen padrecito. Para ella, esta misa era de mayores méritos que las anteriores.

Don José, al volverse de cara á los fieles, no pudo reprimir un parpadeo de sorpresa viendo la inmovilidad devota de sus dos amigos. Y el miedo á esta presencia, así como lo avanzado de la hora, le hizo despachar su misa rápidamente.

Al terminar la ceremonia, don Carmelo fué el primero en huir, llevándose las manos al rostro, que chorreaba sudor.

—¡Mardita sea mi arma! Serca de dos horas en este horno... Er comandante, porque soy español, me da siempre estos encargos. ¡Con lo que tengo que escribí en la comisaría!...

Y salió apresuradamente, cruzándose con el abate, que volvía en busca de sus ornamentos para colocarlos uno por uno, bien contados y limpios, en los estuches de viaje.

La banda de música tocaba su concierto matinal. Todos los sillones del paseo estaban ocupados. Las damas, vestidas de blanco, gozaban el bienestar de una leve frescura después de las angustias sufridas en el salón. Circulaba impreso el programa

de las fiestas con las que se solemnizaba el paso de la línea: cuatro días de banquetes, conciertos y juegos atléticos. Muchos reían de los chistes con que el mayordomo había salpicado el programa, gracias inocentes, de una pesadez abrumadora, que parecían guardadas en el almacén del buque con las flores de trapo, las banderas y los escudos de cartón, para resurgir á fecha fija en todos los viajes.

Ojeda, al salir á la cubierta, se vió detenido por la sonrisa de Mrs. Power y abandonó á su compañero, acodándose al lado de ella en la baranda.

«¡Demonio de mujer!—pensó Maltrana—. Parece como que huele á Fernando. Cualquiera diría que tiene ojos en la nuca para verle. Está de cara al mar, y apenas nos aproximamos, vuelve la cabeza sonriendo de antemano, segura de que es él quien se acerca.»

Un coro de vociferaciones, grandes risas y aplausos sonó en la terraza del fumadero, y Maltrana, ansioso por conocer todo lo que ocurría en el buque, corrió hacia este sitio.

Era Nélide, rodeada de sus admiradores y otras gentes que habían sido atraídas por el nuevo aspecto que presentaban algunos de aquéllos. El barón belga, su rival el alemán y otros más que tenían bigotes, aparecían ahora con el labio superior recientemente afeitado, y esta novedad provocaba la ovación irónica de los amigos.

Nélide sonreía, bajando los ojos con modestia. Había manifestado el día anterior que nunca podría amar á un hombre con bigotes; ella estaba por el varón á estilo norteamericano, con la cara limpia de pelos lo mismo que los luchadores helénicos. Y esto había bastado para que aquellos hombres, roídos por sorda rivalidad, corrieran á ponerse en comunicación con el barbero, presentándose desfigurados ante la veleidosa joven, que los abarcaba

á todos en un afecto común, sin distinguir á ninguno.

—Esta chica va á volvernos locos—dijo Maltrana á Ojeda, que había corrido también para enterarse del motivo del estrépito—. Ahora parece que su gusto consiste en que los hombres se afeiten. Yo estoy libre de eso: yo he seguido siempre la moda de ahora. Pero usted, Fernando, líbrese de que esa chiquilla le eche el ojo. Veo en peligro sus hermosos bigotes.

—¡A mí!...—exclamó Fernando levantando los hombros despectivamente y mirando á Nélica, que por casualidad fijaba al mismo tiempo sus ojos en él—. No hay peligro, Maltrana... Me vuelvo con la yanqui.

Cuando los dos amigos se reunieron en la mesa, á la hora del almuerzo, notaron la ausencia del doctor Rubau.

—El pobre señor está muy triste—dijo Munster—. Me comunicó anoche que pasaría encerrado todo el día en su camarote. Hoy es el sexto aniversario de la muerte de su señora, y todos los años, esté donde esté, hace lo mismo. Se aísla, piensa en ella, no come; llora con toda libertad.

Maltrana admiró irónicamente la conducta del doctor. ¿Quién podría sospechar esta desesperación romántica en aquel viejo médico, con sus setenta años, sus patillas teñidas y sus dientes montados en oro?... Y en vida de la llorada señora tal vez se habrían peleado los dos frecuentemente y él llevaría sobre su conciencia más de una infidelidad...

—¡La ilusión, Ojeda! La caprichosa ilusión, que agranda las cosas cuando las perdemos y nos las hace amar con nuevos amores, borrando los recuerdos ingratos.

Después del almuerzo, Maltrana desapareció con aire misterioso. Había hablado á su amigo de cierta

expedición á la parte más interesante del buque una visita que muy pocos conseguían hacer. Pero él tenía amigos, gozaba de grandes influencias, y acompañando á don Carmelo, el de la comisaría, iba á realizar su capricho.

No quiso decir más, y se fué escalera abajo, dejando á Ojeda tendido en un sillón de la cubierta.

Un calor pegajoso humedecía las frentes y las espaldas. Los dormitantes cambiaban de postura para separarse de la epidermis las ropas adheridas por el sudor. Una tenue nubecilla, algo así como una leve pincelada blanca, destacábase en el azul del horizonte ante la proa del trasatlántico. Era un velero, todavía lejano, que navegaba con el mismo rumbo del *Goethe*. Pronto lo alcanzaría éste; el viento era escaso; de vez en cuando una ráfaga; luego la calma ecuatorial, densa, anonadadora, que parecía gravitar sobre el Océano, conmovido apenas por ligeros estremecimientos.

Marcábase de pronto sobre este mar luminoso un gran redondel negro. Surgía del horizonte una barra de sombra que iba rodando vertiginosamente hacia el navio, como una pieza de tela que se desenrolla, obscureciendo al mismo tiempo el cielo y el agua. En esta zona de sombra el mar aparecía erizado de pequeñas puntas, como la superficie de un cepillo.

El avance sólo duraba unos minutos. Pasaba el buque, con una rapidez igual á la de las mutaciones escénicas, del sol ardoroso á una penumbra lívida de tempestad. La lluvia lo envolvía con un trágico acompañamiento de relámpagos y truenos estentóreos; truenos como sólo se oyen en la soledad del Océano. Esta lluvia no era á raudales, sino en grandes masas, cual si se desfondase un lago allá en lo alto y todo su volumen cayera de golpe. Entraba en forma de cuchillos por los intersticios

de las lonas, inundando la cubierta por el lado del viento; deslizábase en riachuelos ondulosos al pie de las barandas; aglomerábase en las canales de desagüe, que borbolleaban, atragantadas por tanto líquido. Los toldos y las planchas quejábanse como apaleados.

Y á los cinco minutos, cuando las gentes, asustadas, recogían libros y almohadones en las cubiertas para librarlos de la inundación, refugiándose con ellos en los salones, surgía de pronto el sol; el buque, chorreante, brillaba cual si fuese de oro, y la mancha de sombra iba corriéndose en el mar luminoso, cada vez más reducida, más estrecha, hasta perderse en el infinito, como si la fuese arrollando una mano invisible.

Al poco rato el calor ecuatorial había devorado hasta la más recóndita mancha de humedad. Cuando aún se deslizaban en las canales algunas gotas retrasadas, las tablas de las cubiertas, ardientes por el sol, crujían de nuevo bajo los pasos. Un cuarto de hora después del tempestuoso chaparrón no quedaban vestigios de él. Se le recordaba como algo absurdo é irreal, en el calor asfixiante de la tarde, bajo un cielo de crudo azul, sobre un mar que hervía con los reflejos del sol y daba á la retina la impresión de un lago infinito de tibias aguas.

Formábase en el avante de la cubierta un grupo de niños y criadas que señalaban al horizonte. Acudían los pasajeros, apuntando sus gemelos en la misma dirección. Ojeda abandonó su asiento para unirse al grupo, y los dormitantes que estaban cerca se incorporaron igualmente, corriendo con la infantil curiosidad que inspiraba el menor suceso en la monótona existencia de á bordo...

El velero estaba á corta distancia del trasatlántico, moviéndose ante su proa como una montaña de blancos lienzos cuadrangulares ligeramente ro-

sados por el sol. Una maniobra del *Goethe* lo dejó á un lado, y entonces apareció visible de proa á popa, con su casco férreo pintado de verde, agudo y veloz, y el velamen de sus cinco mástiles, amplio, enorme: un bosque de hojas de lona con nervios de acero, que recogía la menor brisa, vibrando y encabritándose bajo su soplo.

Algunos pasajeros que bajaban del puente transmitían las noticias del telegrafista. Era un velero de Brema y no iba á América. Se aproximaba á las costas del Brasil para tomar los vientos, ganando después el cabo de Buena Esperanza. Iba á la China á cargar arroz.

El *Goethe* saludó con un bramido el pabellón enarbolado por el velero. Dos docenas de hombrecillos, achicados por la lejanía, agolpábanse en la borda, con el torso desnudo, moviendo en alto sus casquetes blancos iguales á los de los cocineros. Se adivinaban sus gritos, absorbidos por el silencio del Océano, de los que no llegaba el más leve eco hasta el vapor. Dos perros enormes, hirsutos, fieros, puestos de patas en la borda lo mismo que personas, saludaban igualmente con ladridos contorsionantes que convertía la distancia en gestos mudos.

Fué quedándose atrás el buque de vela. Se mantuvo un instante paralelo á la proa; luego, para seguirle, tuvo el gentío que correrse por las cubiertas. Finalmente, sólo lo vieron los emigrantes amontonados en la popa, destacándose la bandera del *Goethe* sobre la pirámide blanca de su velamen. Parecía inmóvil, á pesar de que dos cuchillos de espuma rebullían á lo largo de su proa. «¡Adiós! ¡Buen viaje!», gritaba en varios idiomas la muchedumbre agrupada en las bordas... Y el velero fué empequeñeciéndose, como si marchase hacia atrás, saludando con violentos cabeceos las arrugas espumosas que enviaba á su encuentro el invisible

volteo de las hélices. Al fin pareció quedar inmóvil, sumiéndose en los lejanos términos del horizonte solitario, en la llanura sin límites, donde le harían dormitar con las velas desmayadas las ardientes calmas diurnas; donde avanzaría de noche igual á un fantasma, rodeado de espumas fosforescentes, balanceándose la luna enorme y amarillenta entre el bosque de su arboladura.

Ojeda extrañó no ver á su amigo en la cubierta. Algo de mucho interés debía preocuparle para que dejase pasar inadvertido este encuentro, que equivalía á un gran suceso en la vida monótona de á bordo.

Al deshacerse los grupos, volviendo unos á sus sillones y otros al interior del café, Fernando encontró á Conchita que paseaba con gracioso contoneo, sacando los codos, montada en altos y ruidosos tacones. Las señoras sudamericanas, al verla pasar, la llamaban «la española donosita».

Sus ojillos negros y agudos se clavaron en Fernando.

—¡Vaya usted con Dios, mala persona! Usted no quiere nada con las paisanas: le parecen poca cosa. Todo para las señoras que hablan en extranjero y ni Dios las entiende... No, hijo: ¡si no quiero nada con usted! Paseo mejor solita... Ahí tiene á su *yanka* mirando al mar con medio ojo y con el otro medio buscándolo á usted. Acérquese, que le espera.

Y Conchita se alejó con ruidoso taconeo, al mismo tiempo que Fernando, atraído por los ojos claros de Mrs. Power y su sonrisa entre amable é irónica, iba hacia ella, acodándose en la baranda para entablar el segundo galanteo del día. Imposible hacer otra cosa en este encierro flotante, donde era inútil huir, pues al dar la vuelta al lado opuesto de la cubierta encontrábase el fugitivo con las mismas personas.

Las conversaciones con la norteamericana empezaban á fatigar á Ojeda. Estos *flirts* sin resultado parecíanle monótonos, dulzones é interminables, como los salmos de una capilla evangélica.

Siempre lo mismo: ojeadas sentimentales, palabras melancólicas alternadas con burlas frías y mordientes para los que pasaban junto á ellos. Si él manifestaba deseos de alejarse, una mirada maliciosa que equivalía á una promesa y ciertas palabras de doble sentido le mantenían inmóvil. Cuando, súbitamente entusiasmado, intentaba avanzar ella sonreía con una inocencia maliciosa: «No comprendo... no comprendo.» Y si al fin confesaba su comprensión, era frunciendo el ceño y protestando con frío rubor: «*Shocking.*»

Algunas veces se retiraba medio ofendida por las audacias verbales de Fernando, y éste respiraba, satisfecho y contrariado al mismo tiempo. «¡Anda con Dios y no vuelvas nunca!—se decía con rabia—. La verdad es que no sé por qué pierdo el tiempo con esta mujer.»

Pero no transcurrían muchas horas sin que se reanudasen las relaciones de buena amistad. Manole salía al encuentro fingiéndose distraída; le esperaba al paso, apoyada en la borda, contemplando el mar en la actitud de una actriz que se ve expiada por la máquina fotográfica, y era bastante una sonrisa, un movimiento de ojos, una leve tos, para que Fernando volviese á juntarse con ella.

«Me está toreando—protestaba él mentalmente—. Se está divirtiendo conmigo... ¡Ay, si estuviésemos en tierra y pudiera dejar de verte! ¡Qué patada te ibas á llevar, hija mía!»

Pero estaban en el Océano, encerrados en un espacio de unos centenares de metros. Una cadena irrompible los sujetaba á los dos, y cuando el uno se alejaba, el otro forzosamente iba detrás. Había



que resignarse á un galanteo penoso y contradictorio, á un tira y afloja que parecía muy del gusto de aquella mujer y le hacía abrir unos ojos de sonriente crueldad, de espasmo sádico, cada vez que él, con los sentidos excitados por misteriosas alusiones ó miradas prometedoras, se contraía furioso de deseo.

Su única preocupación al salir de estos suplicios era que Isidro no se enterase de la verdad. ¡Cómo se burlaría de él al conocer la conducta de Maud!... Y á impulsos de su orgullo varonil, de esa vanidad jactanciosa del macho, pronto á transigir con la mentira para conservar su prestigio, aceptaba las felicitaciones y la envidia de Maltrana, que se lo imaginaba triunfador.

De tarde en tarde, el remordimiento y el miedo se apoderaban de él. ¡Ay, si la otra contemplase desde lejos lo que le estaba ocurriendo en el buque! ¡Si Teri pudiera verle como se ve por el ojo de una cerradura!...

La vergüenza le hacía permanecer inmóvil en su sillón, leyendo un libro, indiferente á cuanto le rodeaba. Otras veces, con el deseo de aislarse más aún, trasladaba su asiento á la última cubierta y se ocultaba detrás de un bote, gozando el deleite de su voluntad triunfadora, de su enérgica resolución al decidirse á ser fiel. Pero la estrechez del encierro conspiraba contra su virtud. Imposible mantenerse aislado. Las necesidades de la vida, los toques de llamada al comedor, los juntaban á todos. Además, aquella mujer parecía dotada de un sentido diabólico para adivinar su presencia. Le descubría en sus escondrijos, por apartados que fuesen; pasaba ante él orgullosa y atrayente á la vez, lo mismo que una reina convencida de su majestad, con un flúido en torno de su persona que desarticulaba y abatía los santos propósitos mejor contruídos.

Reconocía Fernando, aparte de esto, que el enemigo más temible estaba dentro de él. Era la bestia adormilada en la soledad, que se encabritaba al husmear el perfume de Maud; la pureza forzosa por falta de ocasión, que se retorcia fieramente ante la curva tentadora, el largo contacto de las manos ó las blancas succulencias enfundadas en seda negra ó seda gris exhibiéndose tentadoras entre las faldas recogidas al remontar una escalera con voluntario descuido.

Ojeda dejábase vencer de nuevo con cualquiera de estos incidentes. Al llegar á tierra sería otro hombre, recobraría su fidelidad; pero aquí estaban en pleno Atlántico, y ¡quién sabría nunca lo que ocurriese!... Había que entregarse á su destino; seguir las sugerencias irresistibles del «gran impuro». Y Maud la dominadora le veía otra vez sujeto á su encanto atormentador. Se agitaba en torno de ella sumiso y suplicante, con alternativas de cólera y huídas de despecho que sólo duraban breve tiempo.

Se había creído por un instante libertado de tal servidumbre al conocer á Mina. Esta mujercita triste y enferma no era un peligro. Podía estar junto á ella sin que se alterase el equilibrio de su tranquilidad. Mina, con su dulzura sentimental, parecía hermohear la existencia monótona de á bordo. Era un socorro para terminar sin remordimientos la travesía.

Pero Maud, como si adivinase sus pensamientos y temiese una concurrencia, había atacado desde el primer momento á la alemana. Felicitaba á Ojeda con una ironía cruel por su magnífica conquista: ¡Qué suerte! La mujer más fea y pobremente vestida del buque... Una especie de institutriz casada con un musiquillo borracho, del que se reían todos, hasta la turba de cómicos que iba bajo su dirección.

En su burla despiadada no perdonó ni al niño: un gordinflón con pelo de cáñamo, el más sucio de toda la chiquillería del buque. Ella esperaba ver á Fernando llevándolo en brazos mientras hacía el amor á la mamá. Apostaba algo á que por la noche lo dormía en sus rodillas con acompañamiento de canciones y se preocupaba de cambiarle las ropas interiores.

Con la irritante injusticia de que sólo es capaz el despecho femenino, burlábase también de Mina como cantante. Se había tapado los oídos una tarde que cautelosamente se acercó á las ventanas del salón, cuando ella estaba en el piano y él de pie mirándola lo mismo que un tenor... ¡Y decían que esta infeliz, igual á una doncella de servicio, había sido una mujer hermosa y una grande artista!... ¡Y todos los éxitos de Ojeda en el buque consistían en haber inspirado tal pasión!... Debía felicitarlo por su buena suerte. Y para más ironía, Maud hablaba en francés con acento nasal: «*Mes compliments, mon cher; tous mes compliments.*»

¡Pobre Mina!... Algunas veces, mientras hablaba Fernando con Mrs. Power, la había visto pasar cerca de ellos llevando de la mano á Karl. Fingía no conocerlos, torcía los ojos, pero se adivinaba en su gesto la amargura de la decepción. Y cuando Ojeda quedaba solo, ella parecía ocultarse, huyendo de reanudar sus conversaciones. Si en sus paseos por la cubierta se encontraban frente á frente, después de breves palabras Mina pretextaba una ocupación inmediata ú obedecía el más leve tirón de Karl para seguir adelante.

A los ojos escrutadores de Maud no escapaba cierto hermosteamiento de la antigua artista, un mayor cuidado en el adorno de su persona.

—Fíjese, señor: su amada hace grandes gastos. Hoy va de blanco de pies á cabeza; un traje de pi-

qué, planchado y almidonado; una verdadera coraza. Está elegante como una institutriz de su tierra... Tiene la cara menos verde, y deja un reguero de olor barato: habrá comprado polvos y perfumes en la peluquería del buque... Y todo por usted, grandísimo conquistador... Hasta lleva zapatos nuevos. No le veo los tacones gastados de antes.

Y Fernando, en el egoísmo de su deseo, acogía estas burlas con una satisfacción cobarde. Eran celos nacientes, que iban á servir para que Maud se mostrase al fin menos esquiva.

Aquella tarde, el humor de ella parecía menos irónico. La voz, algo velada, sonaba con lentitud melancólica; sus ojos estaban húmedos: le brillaban las córneas con una acuosidad excesiva, como si fuesen á derramar lágrimas. De vez en cuando estremeciase con violentos sobresaltos, lo mismo que si una mano invisible le cosquillease en la nuca. Cogida á la baranda, echaba el busto atrás, y luego se aproximaba á ella hasta tocarla con el pecho. Con esta gimnasia nerviosa acompañaba su charla y disimulaba un deseo de extender los brazos y desperezarse. Interesábase mucho por el curso del tiempo, que hasta entonces no la había preocupado. Preguntaba con ansiedad cuántos días faltaban para llegar á Río Janeiro, como si hubiese permanecido durmiendo y al despertar surgiese en su recuerdo la imagen de alguien que la estaba esperando.

—¡Faltan más de seis días!—exclamó con desaliento al oír las explicaciones de Ojeda—. Hoy es domingo, y no llegaremos hasta el sábado próximo. ¡Qué largo!... Casi una semana para ver á mi John...

Y con cierto sobresalto notó Fernando en sus palabras una gran sinceridad amorosa, un deseo

vehemente de recién casada que vuelve al lado de su marido después de la primera ausencia.

En las grandes ciudades de los Estados Unidos, los negocios habían ocupado su pensamiento de mujer práctica y calculadora. Después, en París, se había aturcido con la alegre vida de sus compañeras. Mas ahora, en el buque, llevando una existencia de inercia, sin preocupaciones, sin amistades, con largos encierros en el camarote para evitarse el trato de las gentes, la imagen del esposo resurgía en ella con una irresistible novedad, acompañada de estremecimientos largo tiempo olvidados. Además... ¡el calor ecuatorial! ¡la asfixia que se apoderaba de ella á ciertas horas de la noche, oprimiendo su pecho, haciendo zumbir sus oídos, desarrollando ante sus ojos cerrados una cinta de visiones inconfesables, interrumpidas al fin por el sueño!... ¡Ah, John! ¡Pobre grandote! ¡cómo deseaba verlo!...

Torció el gesto Fernando al escucharla decir esto con la mirada perdida en el Océano y una voz monótona de sonámbula. ¡Bonito papel el suyo!... Y saludando irónicamente, anunció que iba á retirarse para que pensase á solas en la próxima entrevista con su esposo.

—No; quédese—ordenó ella—. Tiempo tengo de acordarme de John... Hablemos... Dígame esas palabras bonitas que usted sabe decir y que parecen de comedia: exageraciones, mentiras, cosas de hidalgo que habla de morir si no lo aman.

Después de esto, Ojeda creyó tener á su lado otra mujer, como si se hubiese roto la coraza de hielo tras la cual se había mantenido hasta entonces, irónica y hostil, y de los fragmentos de la destrozada defensa acabase de surgir algo cálido y vibrante que iba hacia él con la humildad de la hembra que anhela ser vencida.

Pasó por cerca de ellos la alemana con su niño

de la mano. No los miró, pero la mirada de Maud fué á ella: una mirada agresiva, de cólera mortal, que pareció clavarse en su espalda. Fernando recordó que así miraba la otra; así eran los ojos de Teri cuando en sus viajes le inspiraba celos una compañera de hotel.

Los ojos de Mrs. Power, cuando dejaron de ver á Mina, volviéronse hacia Fernando con una avidez de posesión. Sonrió escuchando las palabras de su acompañante, su angustiosa súplica, como si pidiese algo imprescindible para la continuación de la existencia.

—Tal vez mañana... tal vez nunca—dijo ella sonriendo con su coquetería cruel, que á Ojeda le pareció forzada esta vez, adivinando más allá de las frías palabras un principio de emoción.

Luego, como si temiese perder la serenidad y decir demasiado, se apresuró á separarse de Fernando. No se podía hablar con él: siempre pidiendo lo mismo. Se retiraba al camarote. Era demasiado atrevido en sus palabras, y había que cortar la conversación.

—A la noche hablaremos, si es usted más juicioso... Por allí viene su amigo; ya tiene compañía... No ponga usted esa cara tan triste. Tenga confianza en la suerte... ¡Quién sabe!...

Y se alejó riendo, burlona y tentadora á la vez, mientras se aproximaba Maltrana llevando sobre el traje de hilo una capa impermeable. Se detuvo en un espacio de la cubierta bañado por el sol, y allí quedó inmóvil, tembloroso y pálido, gozando con visible deleite del ardor ecuatorial.

—De aquí no paso—dijo—. Si quiere usted algo, acérquese.

Ojeda le obedeció, extrañando el bizarro aspecto que ofrecía con aquella capa sobre el traje ligero, tembloroso de frío y buscando el calor del sol cuan-

do todos en el buque sentíanse angustiados por la temperatura asfixiante.

—¿De dónde viene usted?...

—Del Polo—contestó Maltrana.

Tendía sus manos al sol, volvía el rostro para sentir el calor en ambos lados, y al fin se despojó del impermeable y lo abandonó en la baranda, prefiriendo á la tibieza de su envoltura los rayos directos del astro.

—Deje que me caliente un poco. No me mire así. A usted le extrañará verme con este aspecto de gato friolero, buscando el sol cuando todos sudan... Pero ¡cuando le digo que vengo del Polo!...

Poco á poco fué Maltrana explicando su misteriosa expedición. Venía de lo más hondo del buque, de los frigoríficos, donde eran guardados los víveres. Esto únicamente podía verlo él, que gozaba de buenas amistades. Para conservar la baja temperatura de dichos almacenes, sólo los abrían muy de tarde en tarde, y él había aprovechado la oportunidad de la extracción de comestibles destinados á la fiesta del día siguiente, bajando á visitarlos con sus amigos de la comisaría.

—¡Lo que viene con nosotros, Ojeda!... ¡Y yo, infeliz, que en otros tiempos admiraba las tiendas de la calle Mayor en vísperas de Navidad!... ¡Lo que comemos y bebemos durante el viaje! ¿Sabe usted cuánta cerveza llevamos con nosotros? Mil doscientos toneles. Eso se dice con facilidad, pero hay que verlo... ¿Sabe cuánto vino? Doce mil botellas. También se dice esta cifra con facilidad...

—Pero hay que ver las botellas—interrumpió Ojeda burlonamente.

—Eso es: hay que verlas juntas con los toneles; una enorme bodega; lo necesario para emborrachar á todo un pueblo... Y resbalando sobre el Océano vienen con nosotros toneladas y más toneladas de

harina, montañas de cajas de conservas y de extractos; aves, pescados, bueyes, ¡qué se yo!... Todas las reservas de una ciudad sitiada.

Describía el viaje por las entrañas lóbregas del buque, su descenso al infierno... de nieve, llevando como virgiliano guía á su amigo don Carmelo. Escaleras mojadas y resbaladizas; paredes que lagrimeaban; luces eléctricas veladas y mortecinas bajo el halo irisado de la humedad; gruesos caños conductores del frío á lo largo de los muros. Primero habían entrado en almacenes donde la frescura todavía resultaba tolerable. Isidro había sentido allí una satisfacción egoísta y maligna pensando en los buenos amigos que sudaban y jadeaban en la cubierta de paseo.

Metiase el frío cosquilleante y travieso por todas las aberturas de las ropas, despertando agradables estremecimientos. Los de la comisaría llevaban gruesos abrigo y capas impermeables. El reía petulantemente, orgulloso de afrontar con su trajecito blanco estas temperaturas.

Subían y bajaban escaleras; serpenteaban por intrincados corredores bajos de techo, angostos, con muros de acero, semejantes á los pasadizos de un acorazado. En un departamento las verduras y las flores; en otro las frutas: pirámides de manzanas y naranjas, racimos de plátanos, regimientos de piñas alineadas en los estantes como soldados barrigudos acorazados de cobre y con penachos verdes. Un perfume de gran mercado surgía á bocanadas por las puertas: perfume de flores que agonizan lentamente, de frutas y verduras detenidas en su fermentación por la catalepsia del frío, de vinos y cervezas agitados en sus encierros por la continua inestabilidad del buque.

—Llegamos al fin á los frigoríficos—continuó Maltrana—. Unas puertas que tienen de grueso casi

tanto como de alto, unos dados de acero que giran ligerísimos sobre sus goznes y se abren y cierran lo mismo que las culatas de los cañones... *Crac*: una vuelta de muñeca y todo queda justo, acoplado, sin la menor rendija. Al ser abiertas, entra el aire exterior y se condensa instantáneamente, formando un humo blanco junto á las lamparillas eléctricas: algo así como si lloviese sal ó hielo molido. Un espectáculo fantástico, Ojeda... Al principio sólo se siente frío en los pies; luego sube y sube el maldito entre el pantalón y la pierna, y á los pocos momentos cree uno que va calzado con polainas de hielo... ¡Y qué «paisajes» se ven en esas profundidades!

Evocaba Isidro el recuerdo de los enormes cuartos de buey rojos y amarillos, con la grasa congelada de su goteo formando estalactitas. Tenían estas carnes la densidad de las cosas inanimadas: una dureza de piedra. Daban la sensación á la vista y al tacto de enormes mazas prehistóricas, con las cuales se podía hendir el cráneo de un elefante.

—La sala del pescado es un paisaje polar. Rocas de hielo amontonadas, y en el interior de estas masas de cristal turbio están los peces de mil formas. Parecen harapos petrificados, tan adheridos á su encierro, que hay que extraerlos á puro hachazo... Las aves, puestas en estantes, las creería usted de cartón piedra, como las que se exhiben en las cenas de los teatros. Da uno con los nudillos en la pechuga de un pavo, y suena lo mismo que un tambor ó un cráneo hueco... Y toda esta piedra, este cartón, cuando sale de su encierro se convierte en algo apreciable. Porque usted reconocerá, Ojeda, que aquí no comemos del todo mal.

El, que deseaba con tanto ahinco visitar esta sección del buque, se había apresurado á huir, tiritando bajo un impermeable facilitado por la piedad de don Carmelo. Sentía recrudecerse su frío al re-

cordar los tortuosos corredores con baldosas rayadas que chorreaban líquida humedad por todas sus ranuras; las puertas de quicio profundo, iguales á ventanas, por las que había que pasar agachando la cabeza y levantando mucho los pies; las enormes cañerías blancas conductoras del frío cubiertas con un forro de hielo, erizadas de agujas de congelación, que brillaban lo mismo que diamantes bajo las luces difusas.

—Mejor se está aquí, Fernando... ¡Bendito sea el calor!... Pero hay que reconocer la importancia de esa invención, que pone el frío al servicio del hombre y permite morir congelado lo mismo que en el Polo estando en pleno Ecuador. Abajo me acordaba de los argonautas españoles que en estos mares vendían los calzones por un vaso de agua tibia... ¡Y nosotros que bebemos fresco á todas horas!... Venga más hacia aquí, Ojeda; yo necesito calor y huyo de la sombra.

Le molestaba un bote de la última cubierta suspendido sobre sus cabezas, que repelia el sol ó le dejaba paso, siguiendo el lento vaivén del buque.

Se acodaron los dos amigos en el balcón de la terraza del fumadero, viendo á sus pies los emigrantes septentrionales que llenaban la explanada de popa. Maltrana había estado entre ellos un buen rato antes de bajar á los frigoríficos.

—Crea usted que se necesita valor para permanecer entre esas gentes. A pesar de la temperatura, conservan sobre el cuerpo los gabanes de pieles de carnero, los gorros de astrakán. Todas estas pelambrerías, así como las barbas, parecen hervir bajo el sol. Y añada usted los desperdicios de la comida que fermentan; los cuerpos que humean... Dos veces al día, los marineros inundan la cubierta; pero á pesar del manguero, al poco rato esa parte del buque huele á demonios.

Un ardor belicoso se había despertado en los emigrantes de popa, impulsando á unos contra otros. Los rusos jóvenes, de barbas de oro y camisas rojas, boxeaban con los alemanes de brazos nudosos y blancos. Se veían narices quebradas exhibiendo los remiendos de unas tirillas puestas en la farmacia. Los más forzudos exhibían con orgullo sus bíceps adornados con tatuajes azules. Un gigante paseaba entre los grupos, devorando con mordiscos de fiera un mendrugo cubierto de carne sanguinolenta y cruda, alimento excelente, según él, para conservar la fuerza.

Todas las tardes bajaba á la enfermería algún luchador con el rostro entumecido y desfigurado. Ahora, los marineros exentos de servicio acudían á la explanada de popa, atraídos por el brutal interés de estas peleas. Ya no gustaban de la sociedad de los «latinos» acampados en la proa. Encontrábanse desorientados entre los españoles, italianos y árabes, demasiado gritadores é ininteligibles para ellos. Preferían los héroes silenciosos, las mujeres pelirrojas, con faldas cortas de bailarina, botines altos y un pañuelo escarlata en forma de tejadillo sobre los ojos pobres de cejas.

Maltrana abandonó á su amigo. Sentía la necesidad de relatar el interesante descenso á los frigoríficos «á sus muchas amistades», ó sea á todos los pasajeros que podían entenderle.

El toque para la comida, que se daba en plena noche al principio del viaje, con los focos de luz inflamados, sonaba ahora cuando el sol estaba todavía en el horizonte.

Los que esperaban el mágico espectáculo de su puesta reunidos en la última toldilla, tenían que renunciar á la diurna apoteosis, corriendo á los camarotes para vestirse apresuradamente y no llegar con retraso al comedor.

Ojeda, al sentarse á su mesa, vió que estaba sin ocupar la inmediata, que era la de Mrs. Power.

—Hoy no come aquí—dijo Maltrana con su autoridad de hombre bien enterado de todo lo que ocurría en el buque—. La han invitado sus compatriotas, esa yanqui fea que canta, y su marido, el de la chaqueta de *clown*... Aquí se invitan unos á otros como si la comida fuese distinta. Una botella extraordinaria de champaña es todo el obsequio... Levántese un poco y la verá.

Incorporándose, columbró Fernando por entre las cabezas de la mesa inmediata la cabellera rubia cenicienta de Maud.

Isidro preguntó á Munster por el doctor Rubau. Nadie le había visto. Continuaba metido en su camarote, para solemnizar con este encierro el doloroso aniversario.

La música sonaba, como todos los días, á las puertas del comedor; la lista de platos era la ordinaria; el salón no tenía adornos, y sin embargo las gentes se miraban con aire interrogante. Flotaba en el ambiente una promesa misteriosa: seguramente iba á ocurrir algo. Y la presunción de un suceso desconocido alegraba las miradas y provocaba las sonrisas. Hombres y mujeres parecían haber retrocedido á la infancia en esta vida de aislamiento y monotonía azul.

A los postres, las damas saltaron nerviosamente en sus sillas, ahogando un grito de susto; muchos hombres se estremecieron, con la nerviosidad que despierta un estrépito inesperado. Sonó junto á una ventana del comedor un rugido de fiera rabiosa, un baladro amplificado por el tubo de una bocina. A continuación, el tableteo de varios rayos imitados con choques de latas y las sinuosidades de un trueno repiqueteado sobre el parche del bombo.

Todos los ojos se volvieron hacia la entrada del

comedor. Alguien iba á llegar. Y en el marco de una puerta apareció un espantable y grotesco personaje, un mascarón negro y rojo. Su avance entre las mesas fué acompañado de grandes risotadas y movimientos de repulsión de las señoras, que evitaban su contacto.

Vestía una túnica negra, una especie de sotana con ancha faja de algas verdes, de la que pendían numerosos pescados crudos y sanguinolentos, procedentes de la cocina. Otro círculo de algas coronaba su peluca bermeja, y entre esta peluca y las barbas de inflamado color ensanchábase el rostro rubicundo, carrilludo, granujiento, una cara de borracho perseverante y bondadoso como las que se ven en las muestras de las cervecerías. Apoyábase al andar en un tridente que tenía varias sardinas ensartadas. Colgaban sobre su pecho dos botellas de vino unidas en forma de gemelos, y al detenerse entre mesa y mesa, echaba mano á este grotesco instrumento, y con los ojos puestos en los golletes exploraba el comedor, como si buscase á alguien.

—¡Capitán!... ¿Dónde está el capitán?—preguntaba con voz ronca.

Despojábase de los pescados de su cintura para repartirlos en las mesas, y las mujeres chillaban al sentir en sus manos la frialdad blanducha y viscosa de estos presentes.

Así avanzó por todo el comedor, seguido de la risa inacabable de los buenos germanos, que encontraban este espectáculo de una gracia irresistible. Y su hilaridad ganó á los demás, dispuestos de antemano á alegrarse con todo lo que alterase la vida uniforme de á bordo.

En fuerza de pasar entre las mesas y mirar con su aparato óptico, encontró la que ocupaba el comandante del buque, y apoyándose en el tridente,

empezó un discurso en alemán, con voz ruda y autoritaria:

—Yo soy Tritón, y me envía mi señor Neptuno...

Los alemanes acogieron con estallidos de regocijo las palabras del mascarón, repitiéndolas traducidas á los vecinos que no podían entenderlas.

Neptuno, al ver desde sus profundidades que un buque iba á pasar la línea ecuatorial, entrando en el otro hemisferio, enviaba á su emisario Tritón para que los pasajeros que efectuaban por primera vez la travesía le rindiesen pleito homenaje sometiéndose á la ceremonia del bautizo. El discurso iba acompañado de alusiones al mareo de los viajeros, al tributo que sus estómagos trastornados rendían al inmenso azul, para mejor alimento de los peces; y cada chiste que el marinero disfrazado iba soltando, como una lección aprendida de memoria, lo saludaba el público con carcajadas iguales á las de una escuela en libertad.

El capitán debía entregar la lista de todos los pasajeros que no habían sido bautizados. Al día siguiente subiría Neptuno con su corte para la gran ceremonia, y mientras tanto, dos representantes de la fuerza armada del dios iban á quedar en el buque para que ninguno de los neófitos pudiese huir.

Se llevó el emisario una mano al pecho en busca de un pito marinero, lo hizo sonar, é inmediatamente entraron en el comedor dos gendarmes alemanes de ridícula traza, con el casco abollado y pequeño para sus cabezas enormes, levitas angostas, pantalones cortos y un sable herrumbroso batiéndoles el flanco. La gente, al verles aparecer, rió con más espontaneidad que en la entrada de Tritón. Sus caretas de corto perfil y bigotes de cepillo les daban aspecto de dogos enfurruñados y una lejana semejanza con Bismarck.

Entregó el capitán á Tritón un sobre sellado que contenía la lista de los candidatos al bautizo, bebieron juntos una copa de champaña, y luego, seguido de los gendarmes, se retiró el enviado neptunesco, otra vez con acompañamiento de temblor de latas y estrépitos de bombo.

Muchos pasajeros abandonaron el comedor apresuradamente. Había que ver la partida del emisario, su vuelta á los dominios oceánicos para dar cuenta al dios de la comisión realizada.

Amontonóse la gente en las bordas del paseo. El Océano estaba iluminado con fantásticos reflejos: era blanco, después verde, y al final rojo. De la cubierta de los botes goteaba sobre el mar el ígneo azufre de las luces de bengala. Las ondulaciones atlánticas tomaban bajo este resplandor de incendio que rodeaba al buque el aspecto denso del metal en ebullición. Más allá de esta zona de luz temblorosa, que coloreaba grotescamente los rostros y hacía palpar los ojos con desordenadas vibraciones, extendíase la noche tropical, solemne, tranquila, con sus aguas oscuras pobladas de caracoleantes fosforescencias y su cielo límpido, en el que asomaban sonrientes un gran número de astros nuevos rodando en el misterio.

Sonó en el mar el ruido de un chapuzón, y una luz balanceante comenzó á apartarse del buque. Era Tritón que se marchaba. Un berrido á proa y á popa de los emigrantes, que sólo de lejos participaban de la fiesta, saludó la fingida retirada del personaje submarino. «¡Adiós, borracho! ¡Expresiones á Neptuno!...» La boya, con su farol, salió del espacio iluminado por las bengalas. Su luz se hizo cada vez más diminuta, absorbida por el misterio negruzco del Océano. Parecía huir á impulsos de oculto motor; escondíase en las largas curvas de las olas y brillaba luego en las cimas, como una estrella caída,

para resbalar de nuevo hasta el fondo de otro valle. La gente se cansó de seguirla con los ojos, y fué esparciéndose por el paseo y el jardín de invierno, donde aguardaba el café humeando en las tazas.

Ojeda entabló conversación con mister Lowe antes de volver á su mesa, ocupada ya por Maltrana. El atlético mocetón, al despojarse por la noche de las chaquetas rayadas y gloriosas, no podía menos de adornar la solapa de su *smoking* con botones y banderitas de los clubs deportivos. Al ver á Fernando, rió con expresión maliciosa, mostrando su aguda dentadura, abundante en áureos rellenos.

—¡Qué señora Mrs. Power!... Hoy la hemos tenido á nuestra mesa; y ¿sabe lo que ha dicho?... Está enferma la pobre: el calor, la soledad, los nervios... Le ha preguntado á mi señora si podría prestarle su marido por un rato. Un favor entre amigas... Parece que no puede esperar más.

Revelaba con su risa la orgullosa satisfacción que le causaba solamente la posibilidad de que una dama como Mrs. Power pudiese ver en su persona un remedio.

—Es una broma nada más—continuó—. Esa señora es muy graciosa y nada hipócrita... Pero yo creo, señor, que á quien ella desea es á usted... Aprovéchese... Hágale ese favor.

Lowe, que no ocultaba el miedo que le infundía su mujer con los fruncimientos dominadores de su rostro acaballado, tomaba, al verse solo con Fernando, el gesto malicioso de un hombre para el cual no guarda el mundo sorpresa alguna. Daba la buena noticia por compañerismo. Los hombres se deben entre sí estos informes. Tenía la obligación Ojeda de atender á una dama... Y hablaba del amor como de un servicio higiénico indispensable en la vida, y para el cual pueden reclamarse las ayudas de la amistad.

Aquella noche no había nada extraordinario que alterase la vida de á bordo. El concierto atraía únicamente á los niños y criadas, que antes de acostarse formaban grupos en torno del círculo de atriles.

Los pasajeros, esparcidos por el paseo, comentaban las fiestas del día siguiente. Una repentina fraternidad los aproximaba á todos. Veníanse abajo las últimas diferencias sociales y patrióticas que los habían mantenido apartados en fracciones indiferentes ú hostiles. Se notaba el deseo de comunicación y mezclanza que remueve á todo un pueblo en vísperas de un acontecimiento nacional. Los majestuosos «pingüinos» ya no formaban grupo aparte y se confundían con «las potencias», que á su vez habían roto el círculo de su aislamiento hostil.

¡El baile del paso de la línea!... Las niñas hablaban de sus disfraces traídos previsoramente en los baúles ó anunciaban improvisaciones originales. Las mamás, que hasta entonces se habían saludado con ceremonia, recordaban enternecidas á las amigas comunes que vivían en París y creían vagamente haberse visto en un té del Hotel Ritz ó en una recepción-tango en los Campos Elíseos. Una matrona imponente detenía á Conchita con súbita amabilidad.

—¿Y usted no se disfraza, hija mía?...

¡Con unos ojos tan lindos! ¡Con su aire donoso de españolita!... Y á impulsos de su repentina ternura, ofrecióse á prestarle una rica mantilla antigua comprada en Madrid.

Señoras de gesto malhumorado, que se lamentaban de la inmoralidad de sus compañeros de viaje, deteníanse curiosas ante las ventanas del fumadero. Aquel era el antro del vicio, el lugar donde las mujeronas de la opereta fumaban y bebían entre los hombres con los pies en un asiento ó sobre el borde

de la mesa... Y bastaba una ligera invitación de los amigos ó parientes entregados á interminables partidas de *poker*, para que todas ellas se decidiesen entrar con el mismo aire de encogimiento ruboroso y audacia pecaminosa que las había acompañado en sus visitas disimuladas á los *cabarets* y bailes de Montmartre. ¡Bueno es verlo todo!... Además, estaban de fiesta, la gran fiesta del viaje.

Ninguna noche se había visto tan lleno el fumadero. Los sirvientes corrían azorados, no sabiendo adónde acudir entre tantos y tan contradictorios llamamientos. Sonaban frecuentemente estallidos de taponés. El champaña desbordaba de las copas corriendo sobre las mesas en raudales espumosos. Sonreían las señoras reconociendo los encantos de este lugar vedado, y hasta encontraban cierta distinción exótica á algunas de aquellas rubias que sólo habían visto de lejos en la cubierta y ahora ocupaban las mesas inmediatas. Esta proximidad parecía añadir un nuevo placer á su audaz entrada en el fumadero. «El mar es el mar...» Cuando llegasen á tierra ni se acordarían de tal promiscuidad.

Ojeda ocupaba una mesa con Mrs. Power y el matrimonio Lowe. No sabía con certeza si era él su amigo el yanqui el autor de la invitación, pero ésta había interpretado los deseos de Maud, que pareció transformarse al tomar asiento en un diván del café.

Bebieron fuerte los tres compañeros de Ojeda. Mistress Power tenía los ojos levemente lacrimosos. De pronto se agrandaban, como si los dilatase el asombro de una visión interna, al mismo tiempo que unas tortuosidades de rubor veteaban sus mejillas. Dilatábase su boca buscando aire, á pesar de que todas las ventanas estaban abiertas y los ventiladores giraban vertiginosamente. «¡Qué calor!...» El ansia de frescura la hacía vaciar la copa que

tenía delante, ligeramente empañada por el vino helado. Sonreía mirando á Fernando con unos ojos acariciadores, que éste creía ver por vez primera.

—Deme osté una sigarreta.

El matrimonio Lowe acogió con risas admirativas esta muestra de español de Mrs. Power. Y envuelta en el humo del cigarrillo que le dió Ojeda, siguió mirándolo con una fijeza audaz, como si concentrase toda su voluntad en esta contemplación, sin importarle los comentarios de las personas cercanas.

Maltrana, que iba de una mesa á otra para charlar con sus «queridos amigos», aceptando una copa aquí y bebiendo media botella más allá, se fijó en los ojos de Maud.

—Pero ¡cómo mira esa señora!... ¡Ni que se lo fuese á comer!...

Desde una mesa cercana los espíó con cierta envidia. Cerca de media noche abandonaron sus asientos. Lowe se levantaba al amanecer, para ir al gimnasio, tomar la ducha y seguir otras prescripciones del atletismo. Su esposa necesitaba cuidar la voz. Salieron los cuatro, y tras ellos Maltrana.

Junto á una escalera se despidieron, marchando el matrimonio hacia su camarote. Quedaron solos Ojeda y Maud, mirándose frente á frente. El sentía cierta indecisión, miedo al «buenas noches» glacial y despectivo con que ella había cortado otras veces sus palabras ardorosas.

No tuvo necesidad de hablar. Fué ella la que habló, pero sin mover los labios, con un parpadeo malicioso que transfiguraba su rostro, dándole el rictus de una hembra prehistórica agitada por la pasión. De sus labios salió un leve silbido que equivalía á una orden imperiosa; al mismo tiempo agitó el índice de su diestra como si le llamase.

Maltrana fué tras ellos escalera abajo, avan-

zando cautelosamente para no ser visto... Pero necesitó de grandes precauciones. Los dos caminaban sin darse cuenta de lo que les rodeaba, sin saber ciertamente adónde iban, empujada ella por el instinto hacia su vivienda.

Oyó Isidro, oculto en un ángulo del corredor el ruido de una puerta abierta rudamente. Avanzó y antes de que se cerrase aquélla con un golpe de pie, pudo ver en su fondo luminoso cómo se entrelazaban unos brazos con la furia concentrada de los luchadores que ansían derribarse, cómo se juntaban dos cabezas lo mismo que si pretendieran morderse.

El crujido de un cerrojo y la soledad del corredor despertaron de pronto la cólera de Maltrana. Él quería mucho á Ojeda... pero ¡unos tanto y otros tan poco! Sintió el tormento de esa rivalidad masculina que respeta en el amigo los triunfos de la inteligencia y de la riqueza, los admira y los desea aún mayores, pero se conmueve con sorda envidia cuando las victorias son de amor.

Al volver Maltrana al fumadero se sintió inquieto en su ambiente ruidoso. Todavía no era su hora: aún quedaban algunas mesas ocupadas por gentes respetables. Los amigos jóvenes le habían anunciado que la verdadera fiesta sería después de media noche. Esta vez se habían comprometido seriamente algunas damas de la opereta á ser de la partida. Isidro sentía en él una resolución feroz al pensar en Fernando. Con las de la opereta ó con otras; era lo mismo. Él no podía quedar aplastado por la buena suerte de su compañero. Necesitaba á toda costa olvidar su humillación, aunque para ello fuese necesario atentar contra el reposo nocturno de las camareras del buque ó las muchachas del taller de planchado.

Huyó del café, como si odiase á las gentes y

tuviese necesidad de tinieblas y silencio. En la cubierta de los botes ocupó un sillón, mojado por la humedad.

Este aislamiento lóbrego aplacó sus nervios... Nadie. Los pasajeros estaban ya en sus camarotes ó se mantenían en el paseo dando vueltas por las inmediaciones del café, como pájaros nocturnos atraídos por un faro. El silencio era absoluto en esta cima de la montaña flotante. De tarde en tarde, un toque de campana en el puente, un rugido del serviola, que contestaba desde el púlpito del trinquete, pasos tenues de marineros descalzos que se deslizaban lo mismo que espectros entre los botes y ventiladores de la última cubierta. Sobre el cielo obscuro moteado de clavitos de luz marcábanse los mástiles y la chimenea como dibujados con tinta china.

Pasaban las estrellas de un lado á otro de los palos, cual un chisporroteo de insectos juguetones saltando entre el cordaje. Algunas, empañadas por el temblor del humo de la chimenea, redoblaban sus titilaciones. Eran como lentejuelas medio desprendidas de un manto y próximas á caer. En la obscuridad del horizonte marcábanse unos fulgores lejanos, tres pinceladas rojas sobre una línea de puntitos de luz apenas perceptibles: los fuegos de un trasatlántico que se cruzaba con el *Goethe* marchando en opuesta dirección.

Maltrana, con su cabeza en el respaldo del asiento y la mirada en alto, contemplaba la enorme masa de la chimenea, que cubría una parte del cielo. Sintió aflojarse la tirantez de sus nervios en el silencio y la soledad. Le parecía ridículo su orgullo masculino; se avergonzaba de su envidia. ¡Lo que le importaban á aquella bestia negra que los mantenía sobre sus lomos de acero todas las miserias y picardías de que la hacían cómplice... ¡Lo

que podían interesar al Océano obscuro replegado en su misterio, y á los alfilerazos de luz que brillaban á la vez en las alturas del cielo y en los repliegues del agua, aquellos apetitos y necesidades del hormiguero instalado en la cáscara flotante!...

Vino á su memoria el recuerdo de los primeros argonautas, compañeros de Jasón, y con ellos el poema de Apolonio de Rodas, cantor de la fabulosa aventura del vellocino de oro. El mástil del navío helénico era una encina colocada por Minerva, y este mástil encantado, alma del buque, hablaba, dando oráculos salvadores en los momentos de peligro. ¿Por qué no podía hablar también aquella chimenea gigantesca, que entre los palos completamente inútiles de la navegación moderna era la representación del movimiento y la vida, la gran propulsora, como lo había sido el mástil antiguo sostenedor del velamen?...

Este animal oceánico de férrea caparazón tenía un alma que se escapaba normalmente por aquella torre con una respiración acompasada, ó mugía con la furia del instinto en las noches de peligro ante el escollo cercano ó la densa niebla. Sus compartimientos interiores parecían sensibles á la influencia del ambiente, como las mucosas de un organismo animal. Maltrana creía verle con diverso aspecto en las varias horas del día: soñoliento y torpe al amanecer; alegre y risueño después de las abluciones matinales; pesado y cabeceador luego de mediodía, al adormecerse el Océano bajo el incendio solar; melancólico y rumoroso como un jardín antiguo á la caída de la tarde, cuando las cubiertas se teñían de un rojo naranja, prolongándose las sombras de las personas con la esbeltez de los cipreses; ruidoso y frívolo al cerrar la noche, con una alegría semejante al hervor del champaña, á la son-

risa de unos labios pintados, á la languidez de unos ojos engrandecidos por el kohol.

Su amigo de la comisaria hablaba del buque como si éste fuese un organismo viviente y nervioso, sujeto á las influencias exteriores. Cambiaba de carácter en todos los viajes, según las gentes que llevaba en sus entrañas. Unas veces eran comisiones diplomáticas ó personajes políticos que iban á gobernar repúblicas, y entonces parecía navegar con calmosa majestad, entrando solemnemente en los puertos embanderados, entre cañonazos y vítores. Las gentes se hablaban con frío comedimiento, mensurando las palabras, no atreviéndose á alzar la voz. Hasta los grumetes tenían un estiramiento protocolario. Bastaba que Su Excelencia se apartase á leer en un rincón de la cubierta, para que al momento este rincón quedase aislado con atadijos de maromas, y junto á ellas un marinero de guardia con la consigna de que nadie viniese á turbar un estudio del que dependía tal vez la suerte de varios pueblos. Y lo que leía Su Excelencia era una novela de folletín.

En ciertos viajes predominaban los comerciantes, y la cubierta de paseo era durante veinte días igual á un salón de Bolsa. Rodaban millones de la mañana á la noche, y el buque se movía con el aplomo insolente de un banquero bien forrado que no teme al destino. Las enormes cantidades, compuestas puramente de palabras, parecían gravitar realmente en sus entrañas con peso abrumador. Otras veces abundaban las damas elegantes: ocupaba el *bridge* todas las mesas; el aire marino perdía sus sales bajo una oleada de perfumes caros, y el buque se rejuvenecía con los trajes vistosos que se arremolinaban en sus cubiertas, las guirnaldas tendidas en los salones y los polvos de arroz que se llevaba el viento. Al cabecear sobre el Océano, pa-

recía tomar el gesto trémulo de un viejo galanteador que habla con sus amigas de trapos y escándalos mundanos.

Introducíanse en algunas travesías entre el rebaño viajero mujeres hermosas y liberales, pródigas en sus gracias, y la paz monótona del Atlántico desaparecía instantáneamente. Los hombres corrían ansiosos tras la carnal limosna; surgían conflictos y peleas, todos se agitaban como locos, y el trasatlántico, fosco y de mal humor, navegaba con el funcionamiento de su vida trastornado, los servicios internos en desorden, deseoso de llegar cuanto antes al final del viaje para sanar de esta enfermedad.

El buque tenía un alma—Maltrana, soñoliento en un sillón, estaba seguro de ello—; un alma que hablaba por su chimenea, como la nave *Argos* hablaba por el mástil; una conciencia que percibía el motivo de sus acciones, la finalidad de este continuo ir y venir por el Atlántico, arándolo con su quilla de acero.

No estaba solo en la oceánica inmensidad. Otros iguales á él avanzaban detrás de su estela con intervalos de centenares de millas, ó marchaban delante con el mismo rumbo. Y desde el opuesto hemisferio, una fila semejante emprendía el regreso, moviéndose todos como un rosario de diligentes hormigas en la infinita llanura atlántica.

Despegábanse diariamente de la tierra europea algunos de estos monstruos, arañando la profundidad con las invisibles zarpas de sus hélices, repleto el vientre de carne humana estremecida por los espejismos de la esperanza. Partían de los muelles escarchados y brumosos del Báltico; de los puertos ingleses negros de hulla, en cuyo ambiente grasoso flota un perfume de té y tabaco con opio; de las costas de la Francia oceánica, que oponen sus

bancos vivos de mariscos y los pinares de sus landas á los asaltos del fiero golfo de Gascuña; de las bahías de España, copas de tranquilo azul, en las que trenzan sus aleteos las gaviotas asustadas por el chirrido de una grúa ó el mugido de una sirena; de las escalas del Mediterráneo, adormecidas bajo el sol: ciudades blancas con la alba crudeza de la cal ó la suavidad aristocrática del mármol; ciudades que huelen en sus embarcaderos á hortalizas marchitas y frutos sazonados, y envían hasta los buques, con el viento de tierra, la respiración nupcial del naranjo, el incienso del almendro, rasgueos briosos de guitarra ibérica, gozoso repiqueteo de tamboril provenzal, arpegios lánguidos de mandolina italiana.

Inmóviles en los canales flamencos de aguas negras y burbujeantes, había descendido hasta sus dormidas cubiertas la melodía cristalina del carillón perdido en el misterio de la noche. Grandes puentes giratorios se habían abierto ante ellos, repeliendo las masas de gentío y de carretones, para darles paso en los ríos navegables de Holanda.

Al verse en alta mar, sus proas, como hocicos inteligentes, husmeaban el horizonte, adivinando el sendero á través del infinito. En torno de sus grupas rebullían en jabonosas espumas las olas grises ó negras de los mares septentrionales, las azules ondulaciones atlánticas, el inmenso líquido durmiente bajo la pesadez ecuatorial, el Océano verde con escamas de oro de las costas brasileñas, las aguas casi dulces de las costas del Sur, teñidas de rojo por las avenidas de los ríos.

Una voz hablaba á Maltrana, una voz sin vibración, que repercutía en su cerebro sin haber pasado antes por su oído:

—Y así marchamos á través del misterio azul, en busca de una lejana tierra de ensueño para nues-

tro cargamento de miserias y ambiciones. Hace años, seguíamos todos el mismo rumbo con la tenacidad de un rebaño que no conoce otro camino. Ibamos al Norte de América, tragadero insaciable de hombres, olla hirviente de razas, tierra de prodigios absurdos y opulencias insolentes... Pero ahora, el camino se ha bifurcado: conocemos nuevos mundos. El rebaño de acero y humo se reparte, y mientras unos siguen la antigua senda, nosotros ponemos la proa al Sur, llevando sobre nuestro lomo la aventura y la ilusión, en busca de pueblos nuevos, pueblos de esperanza, pueblos de aurora, cuyos nombres suenan con el retintín del oro.

IX

El primer acto de la fiesta ecuatorial fué el paseo de la música á las nueve de la mañana por todas las cubiertas, deslizándose luego en los pasadizos y recovecos de los camarotes.

Muchos pasajeros estaban aún en la cama, y al apagarse el eco de los instrumentos, volvieron á reanudar su sueño. Se habían acostado tarde. En la noche anterior, las luces del café permanecieron encendidas hasta que el amanecer fué empañando su brillo. La marinería, al limpiar las cubiertas, había salpicado con su mangueo algunos escaarpines de charol que marchaban titubeantes sin encontrar su camino y *smokings* cuya negrura estaba constelada de manchas de ceniza y de vino.

La gente menuda del pasaje fué la única que corrió bulliciosa al escuchar este primer anuncio de la fiesta. Niños y criadas marchaban al frente de la banda, admirando los disfraces con que se habían cubierto los músicos en honor de la grotesca solemnidad; sus caras con chafarrinones de almagre y sus narices de cartón. Un camarero vestido de pielroja, con gran abundancia de plumas, iba ante la música haciendo molinetes con una cachiporra de tambor mayor.

Saludábanse los pasajeros matinales en el paseo

con grandes elogios al día. El agua era gris, el cielo estaba encapotado; el Océano ecuatorial ofrecía el aspecto de un mar del Septentrión. La brisa fresca que venía de proa ahuyentaba el temido calor. Magnífico día para el paso de la línea.

A las once circuló una noticia que hizo salir de sus camarotes á los perezosos y llenó en poco tiempo las cubiertas. Se veía tierra... Y todos corrieron al lado de babor con vehemente curiosidad, como si desearan saciar sus ojos en un fenómeno inaudito. ¡Tierra!... Esta palabra evocaba algo lejano que había existido en otros tiempos, y que la gente, acostumbrada á la soledad oceánica, consideraba ya como irreal.

Buscaban muchos esta tierra en la extensión gris con la simple mirada, y sólo después de largos titubeos llegaban á distinguir un pequeño borrón negro, una línea ondulosa y corta que parecía flotar sobre las aguas como un montón de basura. Era la Roca de San Pablo, aglomeración de piedras basálticas en mitad de la línea equinoccial; pedazo de tierra diminuto olvidado por las convulsiones volcánicas y que seguía emergiendo audazmente entre Africa y América, sin fauna, sin flora, yermo y maldito en las soledades del Océano, lejos de todo país habitado.

—El único lugar de la tierra que no tiene dueño —dijo el doctor Zurita en un grupo—. La única isla que no ha tentado la codicia de nadie... Cómo será, que ni á los ingleses se les ha ocurrido plantar en ella su bandera.

Apuntábanse las filas de gemelos á lo largo de la borda, y en el redondel de sus oculares aparecía un amontonamiento de rocas flanqueado por otras sueltas en forma de islotes; pedruscos negros, rugosos, que recordaban la piel de los paquidermos, y en torno de los cuales levantaba la resaca enormes

rociadas de espuma. El mar tranquilo alterábase al tropezar con este obstáculo inesperado. Se adivinaba la existencia de cavernas submarinas, gargantas y canalizos invisibles, en los cuales se retorció furioso el Océano al perder su calma soñolienta, encabritándose con espumarajos de rabia, desplo-mándose sus cataratas gigantescas sobre los negros abismos.

Ni una persona, ni una brizna de hierba, ni un pájaro en la roca pelada, que á las horas de sol debía arder y reverberar como un paisaje infernal.

—Ahí sólo hay tiburones—dijo un pasajero, como si hubiese vivido en la isla—. Procrean en sus cuevas, y luego van á buscarse la comida por los mares calientes, hasta las costas del Brasil ó las Antillas.

El recuerdo de estos mastines del Océano hacía estremecer á las mujeres. Se los imaginaban pululando lo mismo que bancos de sardinas en las cavernas y escollos de aquel islote; los veían con el pensamiento pasando y repasando por debajo del vientre del navío, traidores, cautelosos, con su cabeza más voluminosa que el resto del cuerpo, aguardando que alguien cayese para triturarlo entre su triple fila de dientes.

Los hombres evocaban las tragedias feroces de la profundidad, cuando el escualo hambriento, no encontrando en la superficie mas que bandas de peces voladores, desciende y desciende miles de metros en busca de los calamares enormes que agitan en la sombra la vegetación de sus tentáculos. El tiburón, agobiado por la asfixia de la profundidad, necesita efectuar su cacería con rapidez. Batalla el diente con la ventosa, el coletazo demoledor con el tentáculo que ahoga, la boca que desgarrá con la boca que sorbe. Y en estas batallas invisibles que se desarrollan abajo, á varios kilómetros de distan-

cia vertical, en la penumbra de unas aguas oscuras, entenebrecidas aún más por las nubes de tinta que exuda el pulpo, unas veces queda el tiburón prisionero de la red viscosa y ávida; otras sube vencedor, con el coriáceo pellejo hinchado por la succión de las ventosas, y á la luz de las estrellas, dejándose flotar en las ondulaciones de la superficie, devora los restos de la presa arrancada del abismo.

Esta evocación hacía recordar á muchos el lugar donde estaban. Aquel hotel lujoso, con su música, sus tropas de sirvientes y sus salones, no era mas que una caja flotante y bien acondicionada, debajo de la cual seguía latiendo la vida feroz y ciega, ignorante de la justicia y de la misericordia, lo mismo que en los primeros días del planeta. Avanzaban los humanos comiendo, bailando, requebrándose de amor por lugares del globo donde aún subsistían las formas crueles y ciegas de la bestialidad prehistórica. Vivían lo mismo que en tierra, sin acordarse de que marchaban sobre una columna acuática y movable de seis mil metros de altura, de la cual era el buque á modo de un capitel.

La Roca de San Pablo fué quedando á la popa del trasatlántico. El islote estéril recibió el título de antipático de boca de las señoras, que dejaron de mirarlo, falto ya de interés. Visto sin los gemelos, parecía algo repugnante que flotaba sobre las aguas: los residuos digestivos de un leviatán; un montón de deyecciones del fabuloso pájaro Roc.

Deshiciéronse los grupos para esparcirse por el paseo, y en este desbande general, Ojeda y Maltrana se encontraron frente á frente.

Isidro fijó sus ojos con maliciosa expresión en la cara de su amigo.

—¿Qué tal la noche?...

Fernando hizo un gesto de indiferencia. Muy bien.

—Le veo á usted pálido—añadió Maltrana—, algo ojeroso. Cualquiera diría que ha tenido usted malos sueños... ó que ha estado la noche entera sin dormir.

—¡Cuando le digo que la he pasado muy bien!... Y el bohemio, ante el tono de impaciencia de su amigo, no quiso insistir más.

—Su aspecto no es mejor que el mío—dijo Ojeda sonriendo—. De seguro que se acostó tarde... ¿A ver esa cara? Muy bien: no tiene usted señal de golpe. Esta fiesta le ha resultado mejor que la otra.

Maltrana se indignó. ¿Creía acaso que sus amigos eran unos bárbaros?... La pelea general del otro día había sido algo inesperado. Las gentes iban conociéndose mejor; el trato amansa á las fieras. Eran ya como hermanos y se perdonaban las injurias. Un insulto se olvidaba ante una nueva botella.

Y como Fernando, ganoso de que la conversación no recayese sobre él, insistió por conocer los detalles de la fiesta, Maltrana fué hablando con cierta reserva.

—Nada; una reunión culta, muy decente. Hasta tuvimos nuestras damas, lo más distinguido, lo más *chic*. Esta vez, las señoras de la opereta, solemnemente invitadas por mí en nombre de los amigos, se dignaron venir... Uno tiene su prestigio y sus éxitos, amigo Fernando; no todo ha de ser para los demás.

Deseando que no insistiese en esto último, le preguntó Ojeda si el mayordomo había tenido que intervenir, como la otra vez, para restablecer el orden.

—No—dijo Maltrana después de alguna vacilación—. Las cosas se desarrollaron en el fumadero en santa paz. Muchas botellas destapadas, mucho canto. Las damas encontraron duros los asientos,

y al final fumaban con la cabeza apoyada en un señor y los pies en otro... ¡Orden completo! El mayordomo se asomaba á la puerta para sonreír como un maestro satisfecho de sus chicos. Uno que hacía suertes de gimnasia con un sillón lo dejó caer sobre la cabeza de un compañero. Le limpiamos la sangre y luego se dieron la mano los dos. Total, nada. No había sido con mala intención... Las damas, que no entendían palabra y sólo sabían beber y sonreír, se dignaban tomar el brazo de un amigo para dar un paseo misterioso y poético por la última cubierta ó por los pasillos de los camarotes, volviendo algo después para aceptar nuevas invitaciones... Le digo que fué una fiesta honrada y distinguida.

Ojeda sonrió incrédulamente. Había oído hablar algo de muebles rotos y peleas con el mayordomo.

—Una insignificancia. Una humorada de mis amigos los norteamericanos... Pero el conflicto quedó arreglado inmediatamente.

Habían salido todos del fumadero atraídos por la luna, una luna enorme que cubría de plata viva el Atlántico y hacía correr por los costados del buque arroyos de leche luminosa. La honorable sociedad contemplaba el espectáculo con un sentimentalismo alcohólico que agolpó lágrimas en los ojos. Las damas apoyaban con desmayo poético sus cabezas rubias en el hombro más próximo. Una rompió á llorar con estertores histéricos. «La luna... la luna», murmuraba cada uno en su idioma. Y así estuvieron inmóviles largo tiempo, como si no la hubiesen visto nunca, hipnotizados por aquella cara de mofletes luminosos suspendida en el horizonte.

Un norteamericano arrojó una botella con dirección al astro. Había que dar de beber á la gran señora. E inmediatamente, como si esta locura fuese

contagiosa, una lluvia de botellas vacías ó sin destapar fué cayendo en el Océano. Pasaban ante el luminoso redondel como una nube de proyectiles negros. Al agotarse la provisión, los comisionistas musculosos y los pastores de las praderas cogieron las sillas y las mesas de la cubierta, y todo comenzó á pasar sobre la borda, cayendo en el agua con ruidoso chapoteo.

Palmoteaban unos, retorciéndose de risa por lo inesperado del espectáculo; gritaban otros, entusiasmados por el vigor y la rapidez con que saltaban los objetos del buque al mar; corrieron los camareros para dar aviso de estos desmanes, y apareció el mayordomo lanzando gritos y poniéndose con los brazos en cruz entre la borda y los tiradores.

Hubo que hacer esfuerzos para apaciguar á los *cow-boys*, que encontraban el juego muy de su gusto. Ellos estaban prontos á pagar todos estos desperfectos y los que pudieran hacer los respetables *gentlemen* que estaban en su compañía. «Y un *gentleman* que paga, puede hacer lo que quiera.» Sacaban los billetes á puñados de los bolsillos de sus pantalones, indignándose de que por unos *dollars* vinieran á perturbar sus placeres, y únicamente se apaciguaron al verse de nuevo en el fumadero con toda la honorable sociedad, ante unas botellas que un amigo había guardado ocultas debajo de una mesa.

—Y no hubo más—dijo Maltrana.

Pero Ojeda insistió. Cerca del amanecer habían despertado muchos pasajeros que vivían en las inmediaciones del camarote de Isidro. Gritos, golpes á la puerta, llamamientos desesperados de timbre, llegada del mayordomo con su ronda de criados. ¿Qué había sido aquello?

—Fué obra mía—contestó Maltrana bajando los ojos con modestia—. Me ocurrió lo de la otra noche.

Apenas bebo un poco, me asalta el recuerdo de mi vecino el hombre lúgubre y quiero averiguar el misterio que guarda en el camarote inmediato.

Había hablado á sus compañeros de esta novelesca vecindad, dando por real é indiscutible todo lo que él llevaba en su imaginación. Una gran señora, princesa rusa ó archiduquesa austriaca—en esto dudaba Maltrana—, venía prisionera en el buque. Nadie la había visto, pero su hermosura era extraordinaria. Y su raptor y guardián era aquel hombre antipático, siempre de negro, con cara adusta...

Le escucharon todos con gran interés: unos, conmovidos egoístamente por la hermosura de la dama; otros, noblemente indignados de que junto á ellos pudiese un hombre realizar este secuestro. El *cow-boy* más viejo abrió los ojos con asombro infantil. «¡Y la *mistress* vivía encerrada contra su voluntad! ¡Y esto era posible!...»

A los pocos minutos veíase Maltrana avanzando cautelosamente por el pasillo que conducía á su camarote, seguido de varios compañeros que marchaban en fila, conteniendo el aliento como si fuesen á sorprender á un enemigo dormido. Golpearon la puerta del hombre misterioso. «Señor: abra usted buenamente.» Le convenía evitar el escándalo y que su crimen quedase en el misterio. Era Maltrana el que se lo aconsejaba por su bien. Debía entregarles la llave del camarote inmediato y seguir durmiendo, si tal era su gusto... Inútil resistir, pues llegaba al frente de un ejército de héroes... ¿Se hacía el sordo? ¡A la una!... ¡á las dos!...

Y los héroes cayeron con todo el empuje de sus cuerpos sobre la puerta del camarote vecino, para echarla abajo y libertar á la dama. «No tema usted, princesa: no grite. Somos amigos.» La recomendación de Maltrana fué inútil, pues la princesa no

gritó ni se aproximó á la puerta. Cada golpazo del *cow-boy* viejo conmovía toda la fila de camarotes. Sonó un estallido de gritos y maldiciones de gentes súbitamente despertadas. Vibró furiosamente á lo lejos el sonido de un timbre. Era el hombre misterioso que pedía auxilio.

—Cuando, al presentarse el mayordomo, vió que intentábamos forzar la puerta de la princesa, se puso enfurecido como jamás le he visto: con una cólera de cordero rabioso. Nos faltó al respeto, amenazándonos con llamar al comandante para que nos metiese en la barra. A mí me prometió cambiarme de camarote hoy mismo, para que no repita mis intentos. Y todo esto me afirma aún más en la creencia de que hay un secreto, un gran secreto, en ese camarote cerrado. Había que ver la indignación del mayordomo cuando nos pilló en vias de descubrirlo... Y no se descubrirá, hay que perder la esperanza.

Ojeda pareció interrogarle con sus ojos al oír esto.

—No se descubrirá—continuó Isidro—, porque acabo de dar al mayordomo mi palabra de honor de no ocuparme más de mi vecino ni curiosear en el camarote inmediato. Sólo así me deja en el mío y no me obliga á pasar á otro menos cómodo... El hombre misterioso triunfa. ¡Cómo ha de ser!... Acabo de verlo, y para castigarle, no le he saludado... Y le negaré siempre el saludo, aunque él finge que no le importa. Eso le enseñará á callarse y á ser persona decente.

Y como si le doliese tener que abandonar la empresa, dijo á Ojeda:

—Usted podía dedicarse á este negocio. Si quiere, le presto mi camarote para espiar desde él. Fijese bien... se trata de una princesa. Y seguramente que si es usted el que la busca, ella se dejará ver.

Usted es de mejor presencia que yo: más guapo, más elegante.

Fernando hizo un gesto de indiferencia y despego que pareció ofender á Maltrana, como si fuese dirigido contra una persona de su familia. ¡Pobre princesa! ¡Verla abandonada así!...

—Lo comprendo. Usted tiene por el momento cosas que considera mejores... Pero tal vez se engaña. ¡Quién sabe!... ¡quién sabe!

Siguió escuchando Ojeda á su amigo, pero con cierta distracción, volviendo la cabeza siempre que notaba el paso de alguien por detrás de él. La cubierta estaba totalmente ocupada por los pasajeros: unos, en grupos movibles; otros, sentados á la redonda en los sillones, obstruyendo el paso. Todos estaban arriba... menos ella.

Ansiaba verla Fernando y tenía miedo al mismo tiempo. Sentía la zozobra de la primera entrevista luego de la posesión, cuando se reflexiona fríamente, desvanecidos ya los arrebatos cegadores, y se calculan las consecuencias del gesto. ¿Qué expresión sería la suya al encontrarse como amigos, obligados al fingimiento después de una oculta intimidad?...

Sonó el rugido de la chimenea, que indicaba la hora de mediodía. ¡A almorzar!... Abajo, en el comedor, Fernando sintió crecer su inquietud al ver que se llenaban todas las mesas y la de Maud seguía desocupada. Sucedianse los platos; el almuerzo tocaba á su fin, y ella sin aparecer.

Maltrana, apiadándose de su impaciencia, preguntó á un camarero por la señora norteamericana. ¿Estaba enferma?... Y el doméstico volvió al poco rato con noticias. Había pedido que la sirviesen el almuerzo en su camarote. Tal vez estaba indispuesta.

Esto hizo que Ojeda comiese de prisa, con un

visible deseo de escapar cuanto antes... ¡Maud enferma! Avanzó por el pasadizo que conducía á los departamentos de lujo en el mismo piso del comedor. Marchó con seguridad sobre la mullida alfombra hasta las proximidades de su propio camarote; pero al torcer con dirección al de Maud, fué adelantando cautelosamente, como el que acude á una cita amorosa y teme ser visto. Al final de un breve corredor, junto á un tragaluz, estaba la puerta de Mrs. Power, con una tarjeta que ostentaba su nombre. La puerta permanecía entreabierta é inmóvil, fija en esta posición por un gancho interior para que dejase entrar el fresco del pasillo.

Fernando miró por el espacio abierto, sin ver otra cosa que la mitad de una mesa ocupada por artículos de tocador. Entre los cepillos, botes de perfume y pulverizadores parecía reinar la fotografía de un hombre encerrada en un marco de níquel. Era un buen mozo, de mandíbula enérgica, bigote recortado, ojos imperiosos y una gran flor en el ojal de la solapa. Indudablemente mister Power... Recordó Ojeda que en la noche anterior Maud se había arrancado de sus brazos en el primer momento, corriendo á aquella mesa con el ansia de reparar un olvido. Sin duda fué para ocultar al simpático *mister*, que otra vez ocupaba el sitio de honor, transcurridas las horas de ingratitud y de pecado.

Tocó con los nudillos en la puerta timidamente, y una voz interrogante, la de Maud, contestó con afabilidad: «¿Quién?...» Pero al dar Fernando su nombre, hubo cierto movimiento de sorpresa y revoltijo al otro lado de la puerta, como si Mrs. Power se incorporase sorprendida é irritada. «¡Ah, no! ¡imprudencias, no!...» Su voz temblaba, colérica, enronquecida; una voz despojada de pronto de su sedosa feminidad. Y como si temiese que el hombre

audaz llevara su atrevimiento hasta levantar el gancho que fijaba la puerta, fué ella la que se adelantó á su acción, cerrándola con rudo empuje, que puso en peligro una mano de aquél.

Permaneció Fernando confuso ante la hermética hoja de madera. Balbuceaba excusas. Había venido para saber de la salud de la señora: temía que estuviese enferma. Pero ella cortó estas palabras humildes que imploraban perdón con otras breves y rudas como órdenes. Podía retirarse. No se venía sin permiso al camarote de una dama. Era una imprudencia comprometedora, indigna de un *gentleman*.

Sintió más estupefacción que vergüenza al retirarse humillado. Pero ¿era Maud la que hablaba así?... ¿Sería un sueño lo de la noche anterior?...

Repasaba en su memoria incidentes y palabras con la ansiedad de encontrar algo que hubiese podido ofenderla. Porque él estaba seguro de que sólo una ofensa involuntaria de su parte podía ser la causa de esta conducta. ¡Son tan susceptibles las mujeres!...

No podía achacar este cambio de humor á una decepción sufrida por Maud. No; eso no. Lo afirmaba él, orgulloso de su poderío varonil. Recordaba satisfecho los suspirantes agradecimientos de la norteamericana, sus balbucientes elogios á la incansable vehemencia de una raza que, en ciertos extremos, consideraba muy superior á la suya, metódica y prudente; la humildad con que al amanecer había pedido misericordia, vencida por la fatiga y el sueño.

«Esto pasará—se dijo Fernando—. Un capricho... tal vez cierto rubor; miedo de verme otra vez. A la tarde ó á la noche hablaremos, y como si no hubiese ocurrido nada.»

Arriba, en la cubierta de paseo, vió á la gente

agolpada sobre una borda de estribor, mirando al mar. Una tromba: una tromba de agua en el horizonte. Miró como los otros, pero sin ver nada extraordinario. El cielo se había despejado con la mutable rapidez de la atmósfera ecuatorial. En su límpido azul sólo quedaba flotante una nube negra cerca de la línea del horizonte.

Esta nube, que contemplaban todos, parecía una flor de pétalos vaporosos, con un largo vástago que descendía en busca del agua. Pero este vástago perdía de pronto su rigidez, tomando la forma de una sanguijuela que se estiraba sin llegar con su boca al Océano. Un espacio de color violeta quedaba entre la superficie atlántica y el extremo de la manga; y sin embargo, no por esto dejaba de verificarse la colosal succión. El mar levantábase debajo de la nube en forma de canastillo, y este redondel acuático coronado de espumas cambiaba de sitio así como el cono nebuloso iba corriéndose por el cielo.

Se deshizo al fin la tromba, restableciéndose la uniforme tersura del horizonte. Los pasajeros, terminado el espectáculo, volvieron á formar corros en la cubierta ó se ocultaron en el fumadero y el jardín de invierno. Bromeaban acerca de la ceremonia que iba á verificarse aquella misma tarde. Asomábanse al balconaje de proa para ver abajo la gran pila del bautizo, improvisada en el combés con maderos y lonas impermeables: una piscina de natación que recibía agua continua del mar por una manga y derramaba parte de su contenido con el balanceo del buque.

Los sesteantes abandonaron sus camarotes á las cuatro de la tarde y subieron á las cubiertas, parpadeando deslumbrados por el ardor del sol. La música, acompañada de gritos y gran batahola infantil, recorría el buque. Neptuno acababa de subir

á bordo. Nadie habia visto por dónde, pero la presencia del dios con su bizarro cortejo era indiscutible.

Alineábase la gente en el paseo para ver desfilan el cortejo carnavalesco. Primero, la banda, precedida del pasaje menudo: niñeras empujando los cochecillos infantiles; muchachos inquietos que saltaban y se empujaban, coreando á todo gañote la marcha que tocaban los músicos. Después, un pielroja con grandes penachos y una hacha enorme, cubiertas sus desnudeces con sudoroso almazarrón, y dos negros casi en cueros, sin otras superfluidades que unos taparrabos de crin, huecos como faldellines de bailarina, y una lanza al hombro. Estos negros falsificados, con el cuerpo reluciente de betún, enseñaban por debajo de la peluca ensortijada sus ojos azules. A continuación, cuatro gendarmes de cascos abollados y sables herrumbrosos; y tras esta escolta de honor, Neptuno, el de las blancas barbas, con diadema de latón y cara de borracho; un astrónomo y su ayudante, con luengos fracs de percalina y sombreros de copa alta pintarrajeados de estrellas; un escribano con toga y birrete, seguido de su ayudante, que llevaba los libros; y el barbero del dios, favorito y bufón á un tiempo, lo mismo que ciertos rapabarbas históricos consejeros de los antiguos reyes.

Luego de recorrer todos los pisos del castillo central, descendió la procesión al combés, instalándose junto á la piscina. Los emigrantes, acorralados en la proa tras una valla de cuerdas, contemplaban en silencio la grotesca ceremonia. Los balconajes del castillo central llenábanse de gentío. Desde la explanada de proa abarcábase en conjunto su enorme fachada blanca, semejante á la de un palacio en construcción, cortada por galerías de un extremo á otro y rematada por un kiosco que

era el puente. Sobre las filas de curiosos asomados á los diversos balconajes aparecían otros subidos en bancos y sillas, avanzando las cabezas para ver mejor la fiesta. El puente de derrota también estaba invadido por los pasajeros, y entre las gorras blancas de los oficiales que allá en lo alto escrutaban el mar y vigilaban la marcha del buque brillaba el tono rubio de algunas cabezas femeniles y ondeaban velos de colores.

El astrónomo carnavalesco y su ayudante tomaron la altura con ridículos instrumentos de náutica, y al hacer la declaración de que estaban exactamente en la línea, Neptuno, con un golpe de tridente, dió principio á la ceremonia. El escribano leyó en un libro sostenido por su amanuense. Las palabras alemanas, al surgir rudas y sonoras por entre sus barbas de cáñamo rojo, provocaban en los balconajes una explosión de carcajadas y rubores femeniles. Era la risa gruesa que acompaña á los chistes equívocos. «¿Qué dice? ¿qué dice?», preguntaban los más, al no entender estas agudezas germánicas. Y aunque no obtuviesen contestación, reían igualmente.

Ojeda y Maltrana, que estaban en el combés, cerca de los grotescos personajes, avanzaban la cabeza como si pretendiesen entender algo de este relato.

—¿Qué dice, Fernando?... Las palabras tienen cierto runrún, como si fuesen versos.

—Son aleluyas. No entiendo bien, pero me parecen bobadas para hacer reír á esta buena gente.

Terminó la lectura con un sonoro trompeteo de los músicos, y los dos negros, abandonando sus azagayas, se lanzaron de cabeza en la piscina, haciendo varias suertes de natación y quedando largo rato con los pies en alto y la cabeza sumergida, flotando sobre la superficie el faldellín de crines.

Gritaban las señoras con risueño escándalo; volvían la cabeza algunas madres en busca de sus niñas, para recomendarles que no mirasen. Pero pronto se restablecieron la calma y la confianza, por tratarse de negros civilizados, negros protestantes, que usaban púdicos disimulos debajo del taparrabos.

Sus gracias natatorias quedaron casi olvidadas por los preparativos grotescos que hacía el barbero. Sacaba á luz sus aparatos, y cada uno de ellos era saludado con grandes risas: una navaja de afeitar del tamaño de un hombre; unas tenazas no menos grandes, que servían para arrancar muelas, todo de madera pintada; una brocha que era una escoba, con la que revolvía el líquido de un tanque, echando puñados de yeso que figuraban ser polvos de jabón. Afiló la navaja en una gran pieza de tela que sostenían dos grumetes; probó las tenazas intentando cazar con ellas la cabeza de uno de los negros, que las esquivó sumergiéndose en la piscina; apreció la densidad de la pasta blanca del cubo salpicando con un asperges de la escoba á los más vecinos; y las buenas gentes celebraban con gran regocijo todas sus travesuras.

Empezó el desfile de neófitos. El escribano leía nombres, y avanzaban entre dos gendarmes los que debían recibir el bautizo, descalzos, sin más traje que las ropas interiores ó un simple pijama. Eran pasajeros de primera clase que accedían á tomar parte en la ceremonia, y cuya presencia saludaba el público con gritos y aclamaciones. Reían las mujeres con maliciosa delectación al contemplar en tal facha á los mismos señores que se pavoneaban en el paseo ó el comedor con estiramiento ceremonioso.

Sólo desfilaban los alemanes que hacían su primer viaje al otro hemisferio, amigos de las tradi-

ciones, que se hubiesen creído defraudados en sus intereses y disminuídos en su prestigio al proponerles alguien que se ahorrasen esta ceremonia grotesca y penosa.

Era costumbre antigua sufrir el bautizo de la línea, y ellos no renunciaban á lo que de derecho les correspondía. Además, era un honor y una satisfacción contribuir al regocijo de los compañeros de viaje á costa de la propia persona. Al surgir en la lista de los destinados al bautizo un nombre que no era alemán, el escribano se abstenía de repetirlo y pasaba á otro. Sabían los del buque, por varias experiencias, que sólo el buen humor germánico se prestaba con gusto á tales juegos. Las gentes morenas, susceptibles en extremo y con gran miedo al ridículo, tomaban como ofensas estas bromas inocentes.

Ponían los gendarmes al neófito en manos del barbero, y éste lo hacía sentar sobre una escalerilla al borde de la piscina. Los dos negros se agitaban detrás de él mojándole las espaldas con furiosas rociadas que le hacían estremecer, mientras el rapabarbas procedía á su tocado. Le embadurnaba con la pasta blanca, pugnando por sostener al paciente, que pretendía librar los ojos y la boca del tormento de la escoba. Fingía afeitarse con el horripilante navajón; intentaba introducir entre sus labios las enormes tenazas para extraerle una muela, y mientras tanto, el escribano pronunciaba la fórmula del bautizo: «Por la gracia de nuestro dios Neptuno te llamarás en adelante...» Y le daba un nombre: tiburón, cangrejo, bacalao, ballena, según el aspecto caricaturesco de su persona, apodos que encontraban eco en la fácil hilaridad del público.

Soltaba un rugido la trompetería al terminar su fórmula el escribano; apoyaba sus puños el barbero en el pecho del neófito, tiraban de él los negros, y

caía de espaldas en la piscina con un chapoteo que salpicaba á larga distancia. Desaparecía en el líquido turbio cubierto de vedijas de yeso. Los negros pesaban sobre él para mantener su inmersión lo más posible, y al fin resurgían los tres hechos un racimo, luchando con furiosas zarpadas que provocaban risas. Y el bautizado salía chorreando, sin otra preocupación que mantener las manos cruzadas sobre el vientre para evitar indecorosas transparencias, llevando en sus ropas las huellas oscuras de las manos de los negros, mientras éstos ostentaban en sus brazos desteñidos las manos blancas marcadas por el neófito durante la lucha.

Iba lanzando nombres el escribano, y algunos, al no obtener respuesta, provocaban la intervención de la fuerza pública. Obedeciendo á una seña del mayordomo, salían los ridículos gendarmes en busca del fugitivo por todo el buque. Era alguno que deseaba aumentar la alegría pública con este incidente de su invención. Y cuando al fin se dejaba coger, aparecía, lo mismo que una tortuga en su caparazón, bajo las vueltas del cable con que le habían sujetado sus aprehensores. El barbero se ensañaba con él, prolongando las bárbaras operaciones de aseo, y los negros libraban un verdadero pugilato para no dejarle salir de la piscina.

—*Herr Maltrrrana.*

Apenas dijo esto el escribano, una alegría loca se esparció por el combés, ganando los balconajes del castillo central. Hasta los emigrantes de la proa salieron de su inmovilidad. Todos los que hasta entonces habían permanecido indiferentes ante unos nombres faltos de significación, rompieron de pronto á gritar, se agitaron lo mismo que una turba que invade una escena. «¡Maltrana! ¡Que salga Maltrana!» Las nobles matronas volvían á él sus ojos desde las alturas y agitaban las manos para que obede-

ciese sus deseos. El doctor Zurita y otros argentinos abandonaron la tranquilidad zumbona con que habían presenciado hasta entonces las «pavadas de los gringos», para hacer señas á Isidro, incitándole á que diese gusto á las familias. «¡Ah, gaucho valiente!... ¡A ver si hacía una de las suyas!» Hasta los niños palmoteaban con entusiasmo. «¡Don Isidro!... ¡Que salga don Isidro!»

El héroe se levantó, saludando con ironía y orgullo al mismo tiempo.

—¡Qué ovación!... ¡Gracias, amado pueblo!

Pero al volver á encogerse en uno de los mástiles horizontales de carga que servía de asiento á él y á Fernando, ocultándose con modestia detrás de su amigo, redoblaron furiosas las peticiones del público. Dos gendarmes iniciaron un avance hacia él.

—Va usted á ver, Ojeda, como esto termina mal —dijo con rabia—. Yo no vengo aquí para hacer reir... Al primer tío de esos que me toque, le suelto un mamporro.

El mayordomo, discreto, adivinando los pensamientos de Maltrana, hizo una seña; los gendarmes volvieron sobre sus pasos y el escribano se apresuró á dar otro nombre:

—*Herr Doktor Muller.*

Un estallido de alegría germánica borró los últimos murmullos de la decepción causada por Isidro. La risa fué general al ver entre los gendarmes al «doktor»—el mismo del que hablaba Maltrana en Tenerife—, enorme de cuerpo, grave de rostro, con sus barbas de un rojo entrecano y gruesos cristales de miope. Acogió con una risa infantil la ovación burlesca del público y fué á sentarse en la escalera de la piscina como en lo alto de una cátedra. «El deber es el deber—parecía decir con frías miradas en torno suyo—. La disciplina es la base de

la sociedad; y hay que amoldarse á lo que pidan los más.»

Se quitó los zapatos, colocándolos meticulosamente, sin que uno sobrepasase al otro un milimetro; se despojó de las gafas, entregándoselas á un grumete, como si fuesen un objeto de laboratorio, y sin perder su noble calma, mirando á todos con ojos vagos desmesuradamente abiertos, comenzó á despojarse de las ropas, hasta que los gritos femeniles y las risas de los hombres le avisaron que no debía seguir adelante.

Ojeda contemplaba al «doktor» con cierto asombro. Iba á América contratado por un gobierno para dar lecciones de química en la Universidad del país. Gozaba de algún renombre en los laboratorios de su patria... Y estaba allí aguantando las enjabonaduras y payasadas del barbero, estremeciéndose bajo las rociadas de los negros, sin conocer lo grotesco de una situación que hubiese irritado á otros, satisfecho tal vez de contribuir al regocijo de esta muchedumbre fatigada por la monotonía del Océano. Sonó el trompetazo del bautizo, y el «doktor» chapoteó en la piscina, defendiéndose de las manotadas de los negros, ridículo en su aturdimiento de miope, majestuoso por la importancia que concedía al acto y la seriedad con que se alejó, chorreando agua sucia por ropas y barbas, luego de recobrar sus anteojos.

Continuó la fiesta con visible decaimiento de la curiosidad. Desfilaron gentes del buque: grumetes que hacían su primer viaje, fogoneros de larga navegación por los mares septentrionales que no habían estado en el hemisferio Sur. Y los encargados del bautizo extremaban sus bromas con una brutalidad confianzuda en las cabezas rapadas y los torsos desnudos de éstos que eran sus compañeros.

Ojeda, durante la larga ceremonia, había mirado

muchas veces á los balconajes del castillo central, esperando ver á Maud entre las señoras asomadas á ellos. Pero la norteamericana permanecía invisible. Al fin, cuando no quedaban ya neófitos y los grotescos personajes iban á retirarse, precedidos por la música, la vió en un extremo del mirador de la cubierta de paseo, oculta detrás de la señora Lowe, asomando sobre un hombro de ésta la frente y los ojos, lo necesario para ver. Fernando pensó que tal vez hacía horas le miraba Maud, sin que él se percatase de ello, y esto le produjo cierta irritación.

Se separó de su amigo para dirigirse corriendo á los pisos altos del buque, y antes de llegar á ellos oyó que la música rompía á tocar una marcha. El cortejo neptunesco avanzaba hacia la terraza del fumadero, donde iban á ser bautizadas las señoras. La gente abandonaba los balconajes para correr á este último sitio.

Cerca del jardín de invierno encontróse con Maud, que marchaba entre los esposos Lowe. Cruzaron un saludo, y Ojeda experimentó instantáneamente una sensación de extrañeza. Mrs. Power parecía otra mujer. Casi sintió deseos de pedirla perdón, como el que se equivoca confundiendo á un extraño con una persona amiga. Había inclinado su cabeza con una sonrisa insignificante: le saludaba como á cualquier otro pasajero. Sus ojos se fijaron en los suyos tranquilamente, sin el más leve asomo de turbación, cual si no existiesen entre ambos otras relaciones que las ordinarias en la vida común de á bordo.

Hablaron los cuatro del bautizo, y el hercúleo Lowe comentó los incidentes. Mister Maltrana no había querido dejarse bautizar. ¿Por qué?... El había pasado la línea varias veces, prestándose siempre á esta ceremonia. En el *Goethe* también se habría

ofrecido, á no oponerse la señora. Una fiesta divertida. Pero mister Maltrana tenía miedo... ¡Oh! ¡oh! ¡oh! Y reía, mostrando la luenga dentadura incrustada de oro.

Caminaron todos hacia la terraza del café para presenciar la ceremonia del bautismo femenino. Mistress Lowe, con el instinto de solidaridad que hace adivinar á toda mujer el instante oportuno de ayudar á una amiga, permaneció agarrada de un brazo de Maud, interponiéndose entre ella y Fernando.

Este buscó en vano una sonrisa leve, una ojeada de inteligencia. Necesitado de consuelo, alababa interiormente la discreción de Maud, la facilidad de su raza para dominarse, ocultando sus impresiones. «¡Qué bien finge!... Nadie adivinaría lo que hay entre nosotros...» Pero tornaba á su memoria el recuerdo de la penosa escena frente á la puerta de su camarote. Temblaba en sus oídos el eco de aquella voz casi masculina enronquecida por la cólera... Y con triste humildad pretendía buscar en su conducta algo que explicase esta desgracia. «Pero ¿qué he hecho yo, Señor? ¿En qué he podido ofenderla?...»

Neptuno, en mitad de la terraza con todo su séquito, procedió al bautizo de las pasajeras. Ocupaban éstas varias filas de bancos, como en un colegio, y cada vez que se levantaba una para recibir el agua lustral, los músicos lanzaban por sus largos tubos de cobre un rugido de bélica trompetería semejante al de las escenas wagnerianas.

El dios había suprimido galantemente las inmersiones en agua del mar. Tenía en una mano un gran pulverizador lleno de perfume, y rociaba con él las cabezas reverentes: unas, rubias y despeluchadas por el viento; otras, negras y lustrosas, consteladas por el brillo de las peinetas. Todo el

regocijo de la ceremonia estribaba en los nombres que iba imponiendo la divinidad á sus catecúmenas con murmullos aprobadores ó carcajadas generales.

La imaginación del mayordomo y de los camareros de algunas letras había dado de sí todo su jugo para halagar á las pasajeras con los nombres de estrella marina, rosa del Océano, céfiro del Ecuador, etc. Las señoras mayores eran ondina, ninfa atlántica, náyade, lo que las hacía volver á sus asientos ruborizadas, con el doble mentón tembloroso, entre los murmullos aprobadores y un tanto irónicos de la concurrencia. Con sus compatriotas se permitían los buenos alemanes inocentes bromas para regocijo del público. Una flaca quedaba en su bautismo con la designación de «sardina»; otra obesa recibía el nombre de «tritona».

Maud pareció cansarse de esta ceremonia. Miraba á todos lados, pero evitando que sus ojos se encontrasen con los de Fernando. Un pasajero se acercó á las dos señoras con la gorra en la mano y el aire galante, lo mismo que si se ofreciese para una danza.

—Cuando ustedes quieran... La mesa está preparada en el salón.

Era Munster invitándolas á una partida de *bridge*. Al fin triunfaba su tenacidad. Había encontrado compañeros de juego en aquellos tres norteamericanos, convenciéndolos una hora antes, mientras presenciaban la ceremonia del bautizo. Maud acogió la invitación alegremente, como si el *bridge* fuese un buen pretexto para aislarse de importunas presencias.

Se alejó con sus amigos después de un saludo indiferente á Fernando, y éste la vió caminar sin que volviese la cabeza, sin un indicio de vacilación y de arrepentimiento. Otra vez se sintió afligido por

una falta suya que no sabía cuál fuese, pero que justificaba esta conducta inexplicable. «¿Qué le he hecho yo, Señor?... ¿Qué le he hecho?...»

Con la vil humildad de todo enamorado en desgracia, fué al poco rato tras de ella, á pesar de las sugerencias de una falsa energía que le aconsejaba mostrarse altivo é indiferente.

Sus piernas le llevaron con irresistible impulso á las cercanías del salón, y contempló á Maud con los naipes en la mano, el entrecejo fruncido y la mirada dura ante sus compañeros de juego.

Al levantar ella sus ojos, vió á Fernando encuadrado por la ventana, contemplándola fijamente, y tuvo un gesto de enfado, lo mismo que si se encontrase con algo que estremecía sus nervios y quebrantaba su paciencia. Fernando huyó, sufriendo la misma sensación que si acabase de recibir un golpe en la espalda... Dudaba de la realidad de los hechos y aun de su misma persona. ¿Estaría soñando?... ¿Serían invención suya los recuerdos de la noche anterior?...

Vagó por el buque, de una cubierta á otra, hasta encontrar á Isidro en la terraza del café. No quedaba en ella ningún rastro de la fiesta del bautizo: los pasajeros se habían esparcido. Maltrana parecía furioso por los excesos y molestias de su popularidad. No podía circular por el buque sin que sus numerosos y queridos amigos le saliesen al paso con aires de protesta. Las señoras parecían inconsolables. ¿Por qué no se había dejado bautizar? ¡Tan interesante que hubiese sido el espectáculo!...

—Como si yo fuese un mono, amigo Ojeda... como si me hubiese embarcado para hacer reír... Crea usted que siento la tristeza de un grande hombre convencido de la ingratitud de su pueblo.

Y tras esta afirmación, acompañada de un gesto



cómico, Isidro volvió á acodarse en la barandilla, mirando á los emigrantes septentrionales amontonados abajo, en la explanada de popa.

—Hace rato que estoy aquí recordando á los marinos de otros siglos y sus opiniones sobre las virtudes de la línea equinoccial. ¿No se acuerda usted?...

Los primeros navegantes que habían pasado al otro hemisferio daban por seguro que en la línea morían todos los parásitos que se albergaban en los cuerpos de los marineros y en las rendijas de las naves. Y esta creencia no era solamente de los descubridores españoles; franceses é ingleses la adoptaban igualmente, llegando á ser durante muchos años una verdad universal.

—Pasadas las Azores—dijo Maltrana—, empezaban á despoblarse de sanguinarias bestias las cabezas y barbas de los tripulantes, y al llegar á la línea no quedaba una para recuerdo. Esta clase de huéspedes incómodos no era entonces propiedad exclusiva de un pueblo ó de otro. Todos los de Europa la poseían por igual, y hasta los reyes gozaban el placer del rascuñón y el entretenimiento de la cacería á tientas. Figúrese lo que serían aquellos buques pequeños con las tripulaciones amontonadas y la madera corroída por toda clase de bichos repugnantes... Como al llegar á la línea el calor hacía que los marineros anduviesen medio desnudos y aprovecharan las largas calmas dándose baños, esta higiene momentánea exterminaba los temibles compañeros, justificando la creencia de que morían por falta de aclimatación al pasar de un hemisferio á otro.

El sanguinario tigre de las selvas capilares, la bestia carnívora saltadora en las cumbres y hondonadas de los pliegues de ropa, había figurado durante siglos como personaje interesante en muchas

obras literarias. Cervantes reía de él y de su fingida muerte en el límite de los dos hemisferios al relatar «la aventura del barco encantado», cuando Don Quijote y su escudero flotaban sobre el Ebro en un bote sin remos... El iluso paladín creía estar á los pocos minutos de navegación cerca de la línea equinoccial; y para convencerse, recomendaba á Sancho que buscara en sus ropas para ver si encontraba «algo»... «Algo y aun algos», contestaba el escudero socarrón hurgándose el pecho.

—Pensaba yo en esto, amigo Ojeda, mirando á los respetables patriarcas que van abajo con sus hopalandas de pieles á pesar del calor. «Algo y aun algos». Para esos, la línea ha perdido su antigua virtud... Mírelos: ¡rasca que rasca!...

Y señalaba á algunos emigrantes que contemplaban el Océano con aire pensativo, como figuras sacerdotales de hierática majestad, envueltos en luengas vestiduras, mientras sus dedos ganchudos se paseaban por las barbas, se hundían bajo el gorro de piel ó avanzaban entre los pliegues y repliegues del pecho.

—Vámonos de aquí—dijo Ojeda nerviosamente, como si no le inspirase confianza la altura que los separaba de estos personajes.

Notaron al pasear por la cubierta la escasez de señoras. Algunas que se mostraban por breves momentos parecían preocupadas con la busca de algo importante. Luego desaparecían, como si se les ocurriese una idea nueva ó hubieran adquirido un dato que modificaba su mal humor.

—Se están preparando para la fiesta de esta noche—dijo Maltrana—. Gran baile de disfraces, y durante la comida más mojigangas como la del bautizo.

El día se prolongó con una monotonía abrumadora. Brillaban aún en el horizonte los últimos

fuegos solares, cuando las trompetas anunciaron el banquete.

Las banderas, las guirnaldas de rosas, todos los adornos multicolores de las grandes fiestas, engalanaban el comedor. Empezó el servicio sin que estuviesen ocupadas muchas de las mesas. Numerosos pasajeros permanecían en el antecomedor para gozar antes que los otros de las anunciadas novedades.

Retardaban su entrada las señoras, con el deseo de que sus disfraces alcanzasen mayor éxito. Esperaban, lo mismo que las actrices, á que la sala tuviese buen público, y sus doncellas ó los hombres de la familia iban del camarote al comedor para echar un vistazo y volver con noticias. Cada familia quería que las otras fuesen por delante, y así dejaban pasar el tiempo sin decidirse.

Estaban los pasajeros en el tercer plato, cuando empezaron á presentarse las disfrazadas, todas de golpe. Acogían ruborosas los aplausos y gritos de entusiasmo, y así iban hasta sus asientos escoltadas por la familia. Pasaban entre las mesas damas rusas de alta diadema y vestiduras rígidas; niponas de menudo andar; polonesas con dolmanes ribeteados de pieles blancas; marineritos tentadores que enfundaban sus juveniles prominencias en un traje blanco cedido por un grumete.

—¡Ollé! ¡Ollé!... ¡Carmén!

Era Conchita, con mantilla blanca, falda corta y grandes movimientos de abanico, que entraba, protegida por doña Zobeida, sonriente y maternal ante este triunfo.

Los hombres también figuraban en la mascarada. Muchos no tenían otro disfraz que una nariz de cartón ó unos bigotes de crepé, conservándolos á pesar de que estorbaban su comida. Algunos aparecían con grandes chambergos, poncho en los hom-

bros y espuelas, que hacían resonar belicosamente. Eran comisionistas ansiosos de color local, que declaraban ir vestidos de gauchos de las Pampas ó de rotos chilenos.

—¡Ah, gaucho lindo! ¡Tigre!—exclamaban con burlón entusiasmo los muchachos sudamericanos—. ¡Ah, rotito!... ¡Huaso gracioso!...

Y los mascarones, apoyando la diestra en el machete viejo ó el cuchillo de cocina que llevaban al cinto para «estar más en carácter», sonreían agradecidos.

—*Ich danke...* Mochas gracias.

Algunos comían entre sudores de angustias, disfrazados de derviches con mantas de cama. Un grave alemán se había puesto el chaleco salvavidas que guardaba todo camarote por precaución reglamentaria. Encerrado como un crustáceo en este caparazón de corcho, manteníase lejos de la mesa á causa del volumen de su envoltura, teniendo que realizar todo un viaje cada vez que sus manos iban de los platos á la boca. Un asombro burlesco le había saludado con ruidosa ovación, y satisfecho de tal triunfo, aguantaba el martirio, siendo el primero en admirar su prodigiosa inventiva.

Las doncellas de los camarotes de lujo iban de mesa en mesa, disfrazadas de campesinas del Tirol, regalando flores. Otros criados, vestidos de buhoneros alemanes, ofrecían las chucherías que llevaban en un cajón sobre el pecho. Un grumete pintado de negro descolgábase con ayuda de una cuerda por la claraboya que comunicaba el salón de música con el comedor, y pregonaba, á estilo de los vendedores de diarios, el *Aequator Zeitung*, periodiquito impreso á bordo en la prensa que servía para el tiraje de los *menus* y las listas de pasajeros. La minúscula hoja repetía en todos los viajes los mismos chistes y versos dedicados al paso de la

línea. El mayordomo, de pie en la entrada del comedor, puesto de frac con botones dorados, parecía presidir el banquete, sonriendo modestamente, como si agradeciese las mudas felicitaciones del público por el buen arreglo de la fiesta.

Sobre las mesas elevábanse pirámides multicolores de cucuruchos con sorpresas. Tiraban de sus extremos los comensales, produciéndose un estallido fulminante, y de las envolturas surgían menudos objetos de adorno, mariposas y flores de gasa, minúsculas banderas, gorros de papel. Se ornaban los pechos de las señoras con estas chucherías brillantes; la solapa de todo *smoking* lucía como una condecoración la banderita nacional del portador. Tocábanse las cabezas con los gorros de papel de seda, crestas de aves, mitras asiáticas, sombreros de *clown*, que contrastaban grotescamente con el gesto ávido de los comilonos.

Después del asado desaparecieron los camareros, y todas las luces se apagaron de golpe. Esta obscuridad absoluta provocó, luego de un silencio de sorpresa, gritos y silbidos. Los malintencionados imitaban en las tinieblas chasquidos de besos; otros lanzaron bramidos de animales. Pero el estruendo fué de corta duración.

Sonó á lo lejos la música y brillaron en el antecomedor luces rojas y verdes, una línea de faroles llevados en alto por los camareros. Este resplandor, amortiguado por los vidrios de colores, iluminaba discretamente con luz suave. Era la «marcha de las antorchas» de toda fiesta alemana. Los pasajeros, atraídos por el ritmo de la música, empezaron á golpear á compás con sus cuchillos los platos y los vasos. Y entre este tintineo general, que casi ahogaba los sonidos de los instrumentos, desfiló la comitiva: el tambor mayor al frente de la banda; toda la servidumbre portadora de faroles;

las camareras disfrazadas de floristas, y un gran número de animales, osos, perros y leones, mozos de buena fe, que sudaban bajo los forros de pieles y movían de un lado á otro sus cabezas de cartón, rugiendo ó ladrando. Dos hombres apoyados uno en otro marchaban invisibles bajo un caparazón que imitaba el pellejo coriáceo de un elefante, moviendo entre las mesas la trompa serpentina del monstruo y sus orejas de abanico. Otros camareros venían después, sosteniendo platos luminosos, grandes bandejas, en cuyo interior elevábanse los helados en forma de castillos, aves ó *chalets*, todos bajo campanas de cristal de diversos colores y con una bujía en el centro.

Cerraban la marcha varias señoritas de gran sombrero y rubia cabellera suelta, que sonreían impudicamente á los hombres enviándoles besos. Eran la escolta de honor de tres matronas de hermosos brazos y majestuoso andar, con túnicas blancas y el purpúreo gorro frigio sobre las negras y onduladas crenchas. Se las reconocía por el color y los adornos heráldicos de sus mantos: la República del Brasil, la República del Uruguay y la República Argentina.

Esta aparición hizo circular entre los pasajeros un movimiento de sorpresa, de ansiedad, como si todos sintiesen á la vez el latigazo del deseo. ¿Dónde habían estado ocultas hasta entonces aquellas buenas mozas?...

Munster requirió sus lentes para apreciar mejor la novedad. Isidro, que afirmaba conocer á todos los del buque, se incorporó asombrado... ¿De dónde salían estas muchachas?... Eran superiores en su esbeltez fresca y dura á todas las camareras flácidas y de talle cuadrado que servían en el buque.

Pero la ojeada atrevida de una de aquellas beldades que danzaban ante las tres repúblicas y el

beso que le envió con la punta de los dedos hicieron que Maltrana reconociese de pronto su rostro oculto tras los rizos ondulados y la capa de colorete y polvos de arroz.

—¡Cristo! ¡Si es el *steward* de mi camarote!...

Admiró á la luz algo difusa de los faroles las formas y contoneos de estos efebos rubios de carnes blancas y depiladas, así como su facilidad para transformarse.

—Cualquiera reconoce á los mismos que por la mañana limpian los camarotes, sacuden las camas y manejan los cacharros de aguas sucias... Fíjese, Ojeda: ¿quién no se equivoca?... Ahora comprendo ciertas... cosas de Alemania.

La afeminada comparsa avanzó entre las mesas, seguida del asombro de las señoras y los atrevimientos burlescos de los hombres. Algunos de éstos saltaban del requiebro á la acción, pellizcando al paso á las revoltosas señoritas, que contestaban con chillidos de miedo y pudorosos respingos.

Se inflamaron de pronto las luces del techo, huyeron máscaras y animales, como un aquelarre sorprendido por la salida del sol, y únicamente quedaron en el comedor los camareros con sus bandejas de helados, comenzando el reparto.

Ojeda había mirado varias veces á la mesa cercana, donde comía sola Mrs. Power. Estaba vestida con gran elegancia y sobre la carne pálida de su escote centelleaban varios brillantes.

—Parece preocupada—había dicho Isidro al principio de la comida—. Está sin duda de mal humor. No le mira á usted, Ojeda, como otras veces. ¿Es que ya no son amigos?...

Transcurrió la comida sin que Fernando consiguiese encontrar sus ojos con los de la norteamericana. Miraba ella á todos lados fingiendo distracción y evitando poner sus ojos en la mesa cercana.

Al terminar el desfile, cuando la alegría general hacía conversar á unos grupos con otros, las obsequiosidades de Munster le hicieron volver el rostro hacia sus vecinos. El joyero, con una cortesía melosa, elevaba su copa de champaña en honor de la señora. Maud le contestó con una inclinación de cabeza, elevando también su copa; y para no parecer desatenta, repitió el movimiento mirando á Isidro y luego á Ojeda. Ni la menor emoción en sus ojos claros y fríos. Un gesto de cortesía y nada más.

Munster, orgulloso de la amistad que le unía á aquella señora con motivo del *bridge*, la invitó á reanudar el juego. Antes del baile podían hacer una nueva partida en el salón de música: los esposos Lowe estaban dispuestos... Y ella movió la cabeza con expresión de cansancio. No sabía qué decir... Tal vez más tarde se decidiese á aceptar... Estaba fatigada.

Fernando miró con odio á su compañero de mesa. ¿Pero este viejo teñido por qué se interponía entre él y Maud con su maldito *bridge*?... Creyó ver en él cierta expresión de petulancia, el orgullo de su amistad naciente con aquella señora que hasta entonces sólo se había fijado en Ojeda... No habría *bridge*: lo juraba Fernando en su interior. Maud se había vestido elegantemente para asistir al baile, y no terminaría la noche sin que los dos tuviesen una explicación. Necesitaba conocer el motivo de su conducta inexplicable.

Después de la comida la vió en el jardín de invierno tomando el café con los Lowe. El señor Munster fué á su mesa para repetir la invitación, y Maud le contestó con movimientos negativos.

Experimentó Ojeda con esto la primera satisfacción de toda la noche. ¡Muy bien! Así aprendería el viejo importuno á no creerse en plena intimidad. Además se imaginó, con un optimismo in-

explicable, que esta negativa era á causa de él. Tal vez Maud deseaba igualmente una entrevista, al desvanecerse su enfado inexplicable. ¡Quién sabe!...

Transcurrió una hora sin que ocurriese en el buque nada extraordinario. Abajo en el comedor retiraban los sirvientes las mesas, preparando el salón para el baile. Las máscaras paseaban por la cubierta. Sus dos calles parecían las de una ciudad en Carnaval. El señor disfrazado con el salvavidas tomaba su café tranquilamente, sin abandonar el caparazón de corcho. Maltrana predicaba sobriedad y buenas costumbres en un grupo de jóvenes. Después de las locuras de la noche anterior, había que acostarse temprano: así que terminase la fiesta. No debían abusar del pobre cuerpo.

Sonaron varios trompetazos anunciando el baile, y poco después la orquesta rompió á tocar un vals en el comedor, todavía desierto.

Corrieron las niñas, impacientes; levantáronse las madres con lentitud, como si les costase abandonar su incrustación en los almohadones; sonó un fru-fru general de faldas con lentejuelas y adornos metálicos de los disfraces.

Mrs. Power se despidió de los Lowe, pasando ante Ojeda sin dirigirle una mirada. Esta indiferencia la aceptó él como un signo favorable: era disimulo. Abandonaba á sus amigos para facilitarle la ocasión de una entrevista á solas. Sin duda iba á esperarle abajo, en el salón de baile.

Tardó algunos minutos en seguirla, queriendo imitar esta prudencia, y al fin, después de mirar á un lado y á otro, abandonó la mesa, deslizándose por la escalera cautelosamente, cual si quisiera pasar inadvertido.

En el salón daban vueltas las primeras parejas y se instalaban las familias, con gran ruido de sillas desordenadas. Fernando miró á todos lados,

sin alcanzar á ver la cabellera rubia de Maud. Luego examinó los grupos estacionados en el antecomedor. Nada...

Comenzaba á sentir la tristeza del desaliento, cuando de pronto hizo un gesto de satisfacción. ¡No habérsele ocurrido antes!... Ella le esperaba en su camarote; no había duda posible. Luego de mirar otra vez en torno de él para convencerse de que nadie podía espiarle, avanzó por el corredor con fingida indiferencia.

A los pocos pasos temblaba interiormente con las vacilaciones del miedo. ¡Si iría á repetirse la escena de la mañana!... Pero no; el recuerdo de la noche anterior le daba confianza. Aún no habían transcurrido veinticuatro horas, y noches como aquella no se olvidan fácilmente. Su orgullo varonil le infundió valor. Seguramente ella se había retirado para esperarle.

La puerta del camarote estaba cerrada, y otra vez la rozó con tímido llamamiento. Veíase luz por el ojo de la cerradura y la pequeña claraboya abierta sobre el marco. A la voz interrogante que sonó al otro lado de la madera, Fernando repuso, para hacerse conocer, con una leve tos y un murmullo discreto. Era él... Hubo en el interior cierto rebullicio que indicaba cólera y sorpresa; muebles removidos, palabras masculladas en sordina, y hasta creyó percibir Ojeda un principio de juramento. «¿Cuándo iba á cesar de molestarla con sus incorrecciones?... Esta conducta no era propia de un *gentleman*... No lo era...»

Y elevando su tono la irritada voz, dijo junto á la puerta, con acento imperativo:

—Váyase... Voy á llamar.

Sonó á lo lejos un timbre eléctrico, y él tuvo que huir, temeroso de que le sorprendiesen en su ridícula inmovilidad ante la puerta cerrada. En el

pasillo se cruzó con una de las doncellas, que acudía al llamamiento disfrazada aún de florista tiroleña.

Marchando con la cabeza baja, sin saber adónde iba, se vió de pronto en la cubierta de paseo. Apretaba los puños, murmurando palabras iracundas. ¡Cómo se había burlado de él aquella mujer! ¡Qué vergüenza!...

Cansado de pasear por la cubierta solitaria, sentóse en un banco lejos de la luz, contemplando el Océano por encima de la borda. La negra calma de la noche serenó y puso en orden sus atropellados pensamientos.

Vió de pronto claramente la conducta de mistress Power, que le había parecido hasta entonces inexplicable... No mentía al alabar la frialdad de su carácter, que ella llamaba «práctico», dando á tal palabra la misma solemnidad que si fuese un título de nobleza. No engañaba á nadie al repetir con sonrisa de orgullo que nada tenía de *poetical*. Era un hombre, un verdadero hombre de negocios, de los que sólo conceden á los impulsos del afecto unos minutos de su existencia; de los que tratan las necesidades de la carne como vulgares y rápidas operaciones de higiene y únicamente se acuerdan del amor cuando la abstención los martiriza, dedicándole media hora entre dos asuntos financieros, sin recuerdos y sin nostalgias. ¿Por qué había venido hasta él aquella mujer, turbando su calma?... Era indudable que Maud amaba á su manera á mister Power, como se ama á un ser inferior y hermoso, con el doble orgullo de ser admirada y ejercer el dominio de la superioridad.

La monótona existencia de á bordo, favorecedora de la tentación, las abstenciones de un largo viaje dedicado por entero á los negocios, la influencia del ambiente cálido, el hálito afrodisíaco del

Océano, habían quebrantado y reblandecido la glacial serenidad de aquella mujer. Llevaba la cuenta angustiosamente de los días que aún le quedaban de navegación, como se cuentan en una plaza sitiada y sin víveres las horas que faltan para que llegue el ansiado socorro. Y al flaquear su voluntad por las influencias de un ambiente más poderoso que su energía, había puesto los ojos en Fernando, porque era el más inmediato, el más «distinguido», el hombre que entre todos los del buque tenía cierta semejanza con la lejana y seductora imagen de su esposo.

Esta dama varonil lo había tomado á él lo mismo que toman los hombres en momento de premura á una mujer de la calle. Y pasada la embriaguez, lo repelía furiosa por sus asiduidades, extrañada de su insistencia, igual á un señor que se viese perseguido por una compañera de media hora, como si el encuentro fortuito y mercenario pudiese conferir derechos. ¡Ah, miserable! ¡Con qué risa cruel y dolorosa reiría Teri si pudiese conocer esta aventura grotesca! ¡El hombre en el que creían ver sus ojos de amorosa todas las perfecciones, tratado lo mismo que un objeto que se alquila!... Y le dolió más la posibilidad de esta burla desesperada que el imaginarse á Teri entre lamentos y lágrimas.

Con una reacción enérgica de su orgullo, salió Fernando de este desaliento. Había que ser hombre y aceptar los sucesos, sin exagerar su importancia. Una simple aventura de viaje, que iba á quedar ignorada. Maud procuraría que lo ocurrido no saliese del misterio. La había prestado un buen servicio—Ojeda reía amargamente al pensar en esto—, habían sido felices por unas horas, y luego se separaban como extraños, sin recuerdos y sin melancolías: lo mismo que si se hubiesen conocido á la caída de la tarde en un bulevar de París para pasar me-

dia hora juntos en un hotel y no volver á encontrarse nunca.

El despego de ella era sin duda á causa de un tardo remordimiento que había sobrevenido con la saciedad... Remordimiento, no: simple prudencia; deseo de conservarse aislada en los días que faltaban para llegar al próximo puerto. Su marido subiría al buque, y ella quería salir á su encuentro sin miedo á las maliciosas sonrisas de los pasajeros. El había sido el escogido para el remedio en momentos de turbación y de prisa... ¿y qué derechos le daba esto? Lo mismo podía haber sido el agraciado mister Lowe ó Isidro Maltrana. Ojeda, por su parte, tenía igualmente un gran amor, y le convenía olvidar lo mismo que Maud... Algo le dolía en su orgullo de hombre verse tratado así, pero era el dolor de la operación quirúrgica que extirpa el mal... ¡A vivir!

Se levantó del banco, aproximándose á las ventanas de los salones. En las barandas de una galería que comunicaba el salón de música con el comedor se habían agrupado algunas mujeres, contemplando las parejas que danzaban abajo. Eran señoras que no habían querido vestirse para la fiesta; doncellas de servicio de las pasajeras ricas; simples criadas de á bordo que aprovechaban la ausencia del mayordomo para echar un vistazo.

Ojeda vió despegarse de este grupo y atravesar el jardín de invierno, saliendo á la cubierta, una mujer vestida de obscuro, sencillamente. «¡Ah, señora Eichelberger!...»

Fernando celebraba su encuentro con Mina, como si ésta le trajese la felicidad. Estrechó entre sus dos manos la diestra que le tendía la alemana, y ella, con cierta emoción por las efusivas palabras, volvía sus ojos á todos lados, extrañándose de verle solo, creyendo que iba á aparecer repentinamente

la esbelta silueta y el cigarrillo encendido de la norteamericana.

Balbuceó, como si al darse cuenta de su turbación sintiese cierta vergüenza. Daba excusas por su aspecto sencillo, cuando todas las mujeres del buque habían sacado aquella noche sus mejores trajes. Ella no había de bailar, y tampoco gustaba de permanecer sola en el salón mientras su marido jugaba en el fumadero. Por curiosidad y por aburrimiento, luego de acostar á Karl, se había asomado á aquella galería para ver el baile. ¡Vivía tan aislada!... Y con una contracción de su mano, oculta entre las de Fernando, agradeció la bondad de éste al ocuparse de ella.

Luego, su rostro fué animándose con una sonrisa pálida que pretendía ser maliciosa. Se asombraba otra vez de verle solo. Casi se había decidido á renunciar á su amistad. Pero Fernando la interrumpió:

—Todo ha terminado: se lo juro... ¡Terminado para siempre! Yo no tengo en el buque otra amiga que usted.

Y lo decía de todo corazón, contento de estar al lado de Mina, satisfecho de la ternura con que ella le contemplaba.

¡Excelente compañera!... Fernando, que creía necesario el trato con una mujer, lamentábase de no haber permanecido al lado de Mina desde el primer momento de su amistad. Esta no le molestaba haciendo la apología de su marido; era dulce y parecía admirarle. Muy al contrario de la otra, que hasta en los momentos de mayor efusión guardaba el empaque de una dama altiva que descende á hablar con su criado.

Además, pensaba en Teri, en su firme propósito de no envilecer la nobleza de los recuerdos con otro «crimen», pues de tal calificaba con vehemente

apreciación su aventura reciente. Con Mina no arrostraba peligro alguno: la pobre estaba desengañada. El fracaso de su existencia la hacía huir de toda complicación pasional, prefiriendo una vida vegetativa y humilde. Además, parecía enferma... Era la compañera deseada para las monotonías del mar: una amistad femenil de todo reposo; y al separarse se dirían ¡adiós! llevándose cada uno el recuerdo melancólico de algo desinteresado y puro.

Habían ido á apoyarse en la borda de babor, contemplando la luna.

—Cada noche sale más pronto y es más grande —dijo Mina—. ¡Qué enorme y qué blanca!... En Europa nunca la vemos así.

Asomando á ras del Océano, era el astro una cúpula inverosímil por su amplitud. Hacía recordar el huevo fabuloso del pájaro Roc de los cuentos orientales, grandioso como un palacio. Su luz galoneaba de plata el contorno de las nubes y tendía sobre el mar un camino anchísimo é inquieto, un camino en triángulo desde el horizonte hasta los costados del buque, haciendo hervir las aguas con una ebullición pálida que repelía toda idea de calor.

Mina contempló la inquietud de este camino irreal cortando la obscuridad atlántica, cada vez más ancho, más luminoso, así como ascendía el astro en el horizonte.

—Se sienten deseos de marchar por él—dijo en voz baja, emocionada por la majestad de la noche—. Quisiera saltar fuera del buque y correr... correr por esa calle de plata hasta no sé dónde.

—¿Sola?—preguntó Fernando con tono de reproche.

—No; usted vendría conmigo... Con usted mejor.

Le miró un momento, y luego sus ojos volvieron hacia el mar. Estaban húmedos, como si esta contemplación agolpase las lágrimas en sus cór-

neas. Brillaban con una luz nacarada semejante a la de la luna. De pronto, sus labios empezaron a murmurar algo como un rezo. Eran versos, versos alemanes de extremado sentimentalismo, que Ojeda entendió vagamente, adivinando el misterio de unas estrofas por el sentido de otras mejor comprendidas. La poesía ingenua del *lieder* pasaba por la boca de Mina con la dulzura del arroyo humilde, que parece temblar, medroso de que sus murmullos sean demasiado altos y sus estremecimientos despierten la inmóvil vegetación que lo encubre.

Se habían unido los dos, hombro con hombro, como intimidados por el ambiente religioso de la noche y el aleteo de la poesía que se agitaba en torno de ellos... Experimentó Ojeda una sensación de descanso al lado de esta mujer infeliz; una impresión de paz y dulce anonadamiento igual a la que buscaban los antiguos libertinos, huyendo de los desengaños de la vida para reposarse como eremitas entre las gentes humildes.

—Y usted... usted que es poeta...—dijo ella interrumpiendo su recitado—. Dígame algo suyo... Debe ser muy hermoso.

Fernando se excusó. Sus versos eran en español, y ella no podía entenderlos... Pero como si experimentase la necesidad de esparcir en la noche algo que latía en su cerebro, fundiendo el misterio interior con el misterio del ambiente, comenzó a recitar versos franceses con una lentitud sacerdotal, seguido por la mirada ávida de Mina, que hacía esfuerzos para no perder la significación de una sola palabra. A veces deteníase el recitante, adivinando las incomprensiones de ella, y repetía los versos, explicándolos.

La antigua artista suspiraba con arrobamientos de admiración. La hacía estremecer esta música, en la que entraban por igual el encanto de los

versos y la voz que los recitaba con rítmica me-lopea.

—Victor Hugo es mi dios...—dijo de pronto Ojeda interrumpiendo su murmullo poético, como si no pudiese contener más tiempo esta declaración—. Y Beethoven también lo es.

Ella le miró con ojos suplicantes, implorando una palabra que podía unirlos con un nuevo afecto. ¿Y Wágner?... Fernando vaciló. No tenía la serenidad olímpica, la majestad simple de los divinos. Más bien parecía un taumaturgo de alma atormentada, un mágico prodigioso; pero en él se confundían la poesía del uno y la música del otro. Era el arcángel rebelde, hermoso como el fuego, que viniendo de abajo reconquistaba su divinidad.

—Sí; también es mi dios—dijo tras breve pausa.

Y reanudó el poético murmullo, mirando la inquieta llanura de plata, sintiendo en un hombro la suave pesadez de Mina, que parecía ansiosa de un apoyo.

La cubierta estaba solitaria. Todos los pasajeros permanecían en el salón de fiestas ó en el fumadero. De tarde en tarde, risas, gritos y correteos en las puertas y escaleras. Eran parejas que abandonaban el baile por un momento para respirar aire libre. Los jóvenes se abanicaban con un papel la faz congestionada, despegándose de la carne el cuello de la camisa, reblandecido por el sudor. Ellas respiraban con ansiedad, llevándose las manos al escote, pero inmediatamente huían de esta frescura para correr al horno del salón, atraídas por un nuevo vals.

Vueltos de espaldas á la luz, Mina y Fernando se sumían en la contemplación de la noche, sin que sus miradas se buscasen, satisfechos del contacto de sus hombros, que parecían unificar en una sola vibración sus pensamientos y deseos.

Llegaba hasta sus oídos la música del baile; una música divina: vulgares danzas de moda, *two-steps*, ó tangos, que, por la influencia del ambiente, sonaban en aquella hora de ilusiones como sinfonías de infinito idealismo. Sentían la dulce turbación de la embriaguez: una embriaguez de luz de luna, de noche serena, de poesía sentimental.

Ojeda, más frío que su compañera, percibió en su interior un cosquilleo irónico, un deseo de reírse de sí mismo, de este enternecimiento sin causa definida que se apoderaba de él. ¡Mirar la luna y decir versos como un estudiante al lado de una pobre mujer que era madre y oyendo una musiquilla vulgar á cuyos sonos danzaban los seres más frívolos de aquella Arca de Noé!... ¡Cómo reiría él si con un prodigioso desdoble pudiera contemplarse á sí mismo desde lejos!... Pero la emoción inexplicable era más fuerte que su rebeldía burlona, y le obligó á permanecer inmóvil, en silencio, sin huir de aquel cuerpo que vibraba con su contacto. ¿Por qué reírse de este instante, si era de felicidad y le proporcionaba un dulce olvido?...

Al volver sus ojos hacia Mina, creyó encontrar una mujer nueva. Tal vez la poesía la había embellecido al tocarla con el ala de sus rimas; tal vez era la noche la que la transformaba, agrandando sus ojos con un brillo lunar, rellenando de nácar las angulosidades de su rostro descarnado, sustituyendo su color verdoso y enfermizo con una palidez luminosa. ¡Los ojos de animal humilde, agradecido á la caricia, que fijó ella en sus ojos al sentirse contemplada!... ¡La ruborosa confusión con que volvía la cabeza, temiendo insistir en una mirada que podía traicionarla!... Se convenció de que él no había visto hasta entonces á esta mujer, no la había comprendido, limitándose en sus conversaciones á sentir lástima de sus infortunios, como si

su vida estuviera agotada y fuese igual á un árbol caído, incapaz de florecimiento...

De pronto, se vieron paseando cogidos del brazo, sin hablar, sin mirarse, pero sabiendo por mutua adivinación que la persona del uno ocupaba por entero el pensamiento del otro... Nadie en la cubierta. Sus pasos lentos resonaban lo mismo que en un claustro abandonado. Al dar la vuelta de proa, entre el salón y el balconaje de avante, donde era menos viva la luz y nadie podía verles de lejos, Fernando la atrajo á él, abandonó su brazo para envolverle el talle con rudo tirón, y la besó impulsivamente, al azar, en una mejilla, en la nariz, allí donde pudieron posarse sus labios.

La alemana gimió de sorpresa, de asombro, casi de miedo, como el que ve realizarse de pronto algo inverosímil con lo que ha soñado muchas veces sin esperanza alguna. Se mantuvo rígida en el brazo de él, no intentó la menor resistencia, y con un suspiro de niña que se desmaya, dejó caer la cabeza en su hombro.

Lloraba. Fernando vió los estertores de su pecho y sintió en su cuello el contacto de una lágrima. Comenzaba á arrepentirse de su brutalidad. ¡Pobre Mina!... Pero ella, protestando de esta conmisericordia, giró la cabeza sobre su hombro hasta apoyar la nuca, y en tal postura, con los ojos llenos de lágrimas y sonriendo al mismo tiempo, se elevó en busca de su boca, devolviéndole las caricias con un beso largo, interminable.

No era el beso frente á frente que él había saboreado en otras mujeres, y que llamaba «beso latino». No era tampoco la caricia arrogante de arriba á abajo que habia conocido en el camarote de Maud, beso de domadora, egoísta y avasallador, oprimiéndole la cabeza entre las manos crispadas para mantenerle en amorosa sumisión. Era el beso-suspiro

de la germánica sentimental paseando entre los tilos, á la caída de la tarde, apoyada en el brazo de un estudiante y con un ramo de florecillas azules sobre el pecho; un beso de abajo á arriba, caricia suplicante de hembra dulzona en la que el amor se presenta acompañado de la humildad y que antes de besar desploma su cabeza como signo de servidumbre en el hombro de su dueño.

Sintió Ojeda cierto remordimiento ante este llanto. ¿Por qué lloraba?... Y ella, como si se avergonzase de su emoción, profería balbucientes excusas. No sabía por qué lloraba... Pero era tan feliz, ¡tan feliz!...

Un ruido de pasos despegó sus bocas instantáneamente, y cogiéndose del brazo, continuaron su paseo con afectada indiferencia. Alarma inútil: era un grumete que descendía por una escalera cercana.

—Volvamos al rincón de los besos—dijo él con impaciencia.

El «rincón de los besos» era la parte de proa que unía con su curva las dos calles de la cubierta. Y al volver de nuevo á este refugio, fué ella la que sin esperar los avances de Fernando descansó la cabeza en su hombro, elevando la cara en busca de su boca.

Intercalaba trémulas palabras entre beso y beso. «¡Verse en sus brazos!... Una noche había soñado lo que ahora le estaba ocurriendo. Fué á continuación de la primera tarde en que se hablaron junto al piano. Y había salido de su ensueño conmovida para siempre, con la convicción de que no se realizaría nunca, pero viéndolo á él como un hombre distinto á todos los otros del buque, sintiendo una turbación en su pecho y en sus ojos, un temblor en las piernas, una música lejana en los oídos cada vez que Fernando se aproximaba para hablarla... Luego, ¡qué de penas viéndole con aquella señora

tan elegante, tan altiva, que parecía burlarse de ella con los ojos!... El ensueño no se realizaría nunca; una ilusión imposible, como tantas otras de su pobre existencia... Y cuando había perdido toda esperanza, era él, ¡él! quien avanzaba en la noche con palabras de poesía, igual á un príncipe magnífico y clemente, y la estrechaba entre sus brazos y buscaba su boca, haciéndola estremecerse como una sierva de amor. ¿Qué había en su persona para merecer esta dicha, pobre, fea, mal vestida, entre tantas mujeres bellas y felices, y arrastrando además cual una cadena su pasado de miseria?...»

—¡Te amo!...—dijo Fernando, enardecido por tal humildad.

Y acompañó sus besos con un avance de las atrevidas manos en aquel cuerpo sumiso que parecía entregarse. Pero con gran asombro, la alemana se revolvió ante las caricias audaces, se despegó de sus brazos con una fuerza nerviosa que nada hacía sospechar en su cuerpo enfermizo. Parecieron surgir de pronto músculos ocultos, tendones de irresistible expansión en todos sus miembros.

—No quiero—gimió tristemente, como en presencia de algo que destruía sus ilusiones—. No quiero eso... No querré nunca.

Ojeda, ante la violencia de estos movimientos de protesta, comprendió que decía verdad. Su cuerpo se revolvía contra toda caricia que saliese de los límites del rostro, y esta repulsión vigorosa era tan brusca, que él se sintió empujado, vacilante sobre sus pies, teniendo que esforzarse para no caer.

Luego, como arrepentida de su defensa, le echó los brazos al cuello y volvió á su gesto de sumisión, descansando la cabeza en su hombro, gimiendo con un abandono de niña enferma.

—Me haría daño... ¡Jamás! Amarnos como ahora, eso es lo que yo quiero. Estar así... siempre jun-

tos... ¡siempre!... Seremos... ¿cómo se dice en español? Yo lo he oído muchas veces... Seremos...

Y después de largos titubeos y de fruncir las cejas con pensativo esfuerzo, encontraba la palabra.

—Seremos... novios. Eso es: novios los dos. La boca... la boca nada más... Y el alma también... novio mío.

Y al repetir con fruición la encontrada palabra, sonreía como un jardín abandonado bajo el primer sol de la primavera que llega.

Fernando, ensombrecido por esta negativa, hablaba y hablaba, sosteniendo las manos de la antigua artista entre las suyas, deseoso de inmovilizarla, de domar su resistencia, fijos los ojos en sus pupilas, cual si pretendiese vencerla con un poder de sugestión.

Su aventura con Maud había desvanecido todos los propósitos de cordura que le acompañaron al subir al buque. Sus nervios guardaban aún el recuerdo de recientes vibraciones; su carne mal dormida estremecíase al sentir el contacto de otra mujer. Aquella calma monacal que había reinado en el trasatlántico durante la primera semana de viaje ya no existía para él. Sabía lo que era el amor entre los blancos tabiques de un camarote, y quería continuar, fuese con quien fuese, los encuentros de pasión en una de estas cajas de madera, sonando á sus pies el abejorreo de la máquina, oyendo junto al tragaluz el chapoteo de la ola perezosa. Esta mujer venía á él, hermoseada por la noche, humilde y sumisa como una esclava de guerra... ¡tanto mejor!...

Y como si fuese su dueño, la apremiaba con mandatos, unas veces suplicantes, otras imperativos: «Ven... ven.» Hablaba de la hermosura de su «cabina» en el mismo piso de los camarotes de lujo,

de su techo alto, de la amplitud de su espacio, con profunda cama y anchuroso diván. Pretendía deslumbrar con estas comodidades del tugurio flotante á la pobre amiga, que iba instalada en las cámaras más profundas y oscuras, cerca de la línea de flotación. «Ven... ven.» Podrían hablarse allí sin temor de ser sorprendidos; cruzar sus besos tranquilamente. El la enseñaría libros interesantes; hablarían de sus poetas, de los grandes artistas.

Mina le escuchaba con ojos de adoración y una pálida sonrisa de miedosa incredulidad. «No... cabina, no.» Por no seguir el curso de sus peticiones trémulas de deseo, le interrumpía solicitando que le indicase en español la equivalencia de ciertas palabras. Ansiaba hablar la lengua de él.

—No, querido—suspiraba respondiendo á sus súplicas—. No, mi novio... Cabina, no... Boca... boca nada más.

Y al sentir en su cuerpo el avance atrevido de unas manos huroneantes, bastábale un empujón para librarse del encierro en que la tenían los brazos de Ojeda.

Se extendió por la cubierta un ruido de pasos y de voces. Acababa de terminar el baile y la gente subía al paseo, ansiosa de frescura. ¿Cuánto tiempo llevaban allí los dos?... Mina quiso marcharse. Ocupaba con su hijo un pequeño camarote en la cubierta más honda del castillo central. En otro inmediato vivía el maestro Eichelberger, que no se retiraba hasta cerca del amanecer.

Ella iba á dormir con sus recuerdos, á soñar con Fernando. Se llevaba á su profundo refugio la felicidad de la mejor noche de su vida. Lo juraba... «Y ahora, adiós.»

Todavía, aprovechando la ausencia del gentío, que al esparcirse por la cubierta no había llegado hasta ellos, se besaron por última vez con un beso

largo, que la alemana prolongó cerrando los ojos, abandonándose cual si fuese á morir.

Luego se salvó de un salto, para detenerse á corta distancia. Sonreía con expresión maliciosa; levantaba una mano con el índice erguido, como una maestra que lanza su última recomendación.

—Novios, sí... Boca, sí... ¡Cabina, nooo!... ¡Cabina, malo!

Y tras estos balbuceos en español, que revelaban un miedo cómico á la «cabina», huyó apresuradamente, volviendo por dos veces la cabeza para mirar á Fernando antes de desaparecer.

Este paseó algún tiempo por la cubierta. Sentíase al principio contento de su suerte. ¡Lástima que no estuviese allí Maud, para que se enterase de lo poco que le impresionaban sus desdenes!... Veía á la norteamericana muy lejos en sus recuerdos, casi sin corporalidad, como una imagen indecisa...

Pero al poco rato empezó á experimentar una sensación de inquietud. Su conducta reciente le molestaba lo mismo que un remordimiento. «Muy bien, don Fernando—se dijo con irónico reproche—. No tenía usted bastante con el desengaño ridículo de la otra, no le ha servido de escarmiento una aventura tan grotesca, y en el mismo día se lanza á perturbar la tranquilidad de una pobre mujer que acepta sus avances con una sensiblería de romanza y toma el amor como si estuviese en los quince años.» ¡Qué gusto de complicarse la vida!... ¡Qué cordura en un hombre que marchaba á la conquista de la riqueza!... ¡Y para meterse en tales aventuras había abandonado lo que tenía en Europa!... «Don Fernando, es usted un chiquillo; el bigote que lleva en la cara lo usurpa... Acabará usted consiguiendo que se rían de su persona todos los del buque...»

A pesar de estas recriminaciones mentales, no llegaba á entristecerse. La protesta removíase en

su cerebro, avergonzada é iracunda; pero el resto del cuerpo parecía satisfecho, con un regodeo de recuerdos y un estremecimiento de esperanza... Peor era la nada; pasar los días comiendo ó durmiendo en el sillón con un libro en las rodillas.

Al entrar en su camarote, después de media noche, sus ojos tropezaron con la imagen de Teri erguida sobre el tocador en el encierro de un marco dorado. ¡Pobre Teri! Por primera vez en todo el día pensaba en ella, sólo en ella, sin poner su recuerdo en parangón con la imagen real de otras mujeres. Este pensamiento tardío iba acompañado de remordimiento y miedo. ¡Qué diría Teri si pudiese verle!... Para evitar esta posibilidad, como si temiera que los ojos del retrato fuesen á adquirir el sentido visual, intentó volverlo de cara á la pared. ¡Lo mismo que Maud con mister Power!... Pero un escrúpulo supersticioso le contuvo. Ella estaba lejos... ¡Quién sabe lo que podría ocurrirle como un choque reflejo de este acto impío!...

Hizo sus preparativos para acostarse, huyendo la mirada del retrato. Al tenderse en el lecho y quedar en la sombra, sus temores y remordimientos se fueron aligerando, hasta no ser mas que tenues nubes que se llevaba el sueño por delante con la escoba del olvido. Vió en la incoherencia de su adormilado pensamiento á los parientes del obispo incitándolo á que entrase en el baile. «Monseñor: el mar... es el mar.» Vió á Maltrana apostrofando al Océano, el gran tentador: «Galeoto de mostachos de algas... Celestina de arrugas verdes.» Y lo mismo que él, repetía: «Seamos miserables. Ya nos purificaremos al bajar á tierra.»

Un dulce cinismo acompañó sus últimos pensamientos. La alemana... ¿por qué rehusarla?... La otra estaba lejos; nada sabría. El viaje era monótono, y había que aprovechar las ocasiones para

alegrarlo. Una vez en tierra, recobraría su cordura... Había que creer en la filosofía de Maltrana. La gran cuestión era... ¡pasar el rato!... Y Fernando se durmió.

A la mañana siguiente se encontró con Mina en la cubierta de los botes. Había dejado á su hijo en el gimnasio y fué hacia Ojeda, ruborosa y encogida, vacilando en su saludo, temiendo tal vez un cambio de carácter, un arrepentimiento, después de la noche anterior. Pero al ver que él sonreía, acariciándola con los ojos, estrechando su mano con tierna efusión, el rostro de la alemana se dilató, cual si la savia de su cuerpo se descongelase con el ardor de una nueva juventud.

Impulsada por esta alegría, quiso exteriorizar audazmente su agradecimiento. Estaban medio ocultos por el cilindro de una boca de ventilación. Mina, luego de mirar á un lado y á otro, avanzó sobre Fernando con los brazos abiertos. «Novio... novio mío.» Fué un beso rápido, pero vehemente, con acometividad, distinto de los prolongados y lánguidos de la noche anterior. Luego, como si este saludo matinal los hubiera saciado por el momento, buscaron la sombra de un toldo, y sentados en dos sillones, contemplaron el Océano en dulce quietismo, mirándose sin palabras.

Fernando la examinaba á la luz del sol, gozándose con extraña crueldad en su desencanto, cada vez mayor. La luz cruda hacía resaltar todos los detalles de una belleza marchita: el rostro con leves arrugas en plena juventud, el círculo de palidez amarillenta en torno de los ojos, el rosa anémico de los labios, el tinte verdoso de la tez, que no habían conseguido borrar los extraordinarios cuidados de tocador de esta mañana. Además, el niño que iba á presentarse de un momento á otro; el marido, que estaba en su camarote roncando la

cerveza de la noche; el vestidillo pobre, que ella había intentado realzar con unos encajes baratos y un ramo de violetas artificiales fijo en el talle... Todo esto daba á su nuevo amor cierto aire ridículo. Seguramente que si pasaba Mrs. Power ante ellos, no podría mantenerse en su altivez silenciosa y sonreiría irónicamente... Pero un egoísmo optimista protestaba en su interior contra tales escrúpulos.

—Podrá ser grotesca, ¿y qué?... Me divierte, y basta. El amor siempre es amor, por ridículo que parezca, y esta pobre mujer me quiere. Soy para ella la ilusión, el recuerdo de un mundo en el que vivió y al que no puede volver... Lo que importa es llevar las cosas adelante: sacar algo positivo.

Y con tortuosa astucia iba encaminando la conversación hacia donde era su deseo. Ella hablaba con los ojos perdidos en el infinito, queriendo prolongar el encanto de la noche anterior. Evitaba el mirarlo, para no sufrir una timidez que cortaba sus palabras. Hablaba como si estuviese sola, exteriorizando su pensamiento en un monólogo. ¡Dulce noche! ¡Vida fantástica de ensueños maravillosos desarrollados en la sombra!... Ella se había visto conviviendo con él en uno de aquellos países de América hacia los cuales marchaba el buque. Eichelberger no existía; había muerto, ó tal vez estaba de vuelta en Europa. Y los dos vivían unidos como esposos, en la libertad de un pueblo nuevo, teniendo con ellos á su hijo.

Fernando y Karl eran los dos únicos seres de este mundo que ella podía amar. Vivir para siempre entre el hombre adorado y su hijo, ¡qué inmensa dicha!... Pero no era mas que un ensueño; una ilusión del viaje oceánico. Cuando saliesen de la clausura del *Goethe*, cada uno se iría por su lado; y aunque por una bondad de la suerte llegasen á vivir juntos, Fernando no toleraría la presencia ca-

prichosa y enfermiza de aquel niño que no era suyo. Y ella no podía existir sin Karl.

Aceptó Ojeda con sonrisa bondadosa estos ensueños, mientras en su interior empezaba á latir la irritación de la protesta. ¿Por qué dar un ambiente de hogar burgués á un amor que todavía estaba empezando?... Para aquella walkyria de poéticos éxtasis y ojos nostálgicos, la pasión tomaba una seriedad vulgar, moldeándose con arreglo á los santos principios de la familia y el buen orden. Si continuaba en sus ensueños, iba á proponerle el amor en pantuflas al lado del fuego, ella mal peinada y con bata, cortando meticulosamente las tostadas, vigilando el hervor de la cafetera; él con una pipa enorme, leyendo gacetas y acariciando la cabeza estoposa de un niño que no era suyo... ¡Muchas gracias!

Pero se cuidó de ocultar estas impresiones internas, encaminando el diálogo amoroso hacia sus deseos. ¡Vivir juntos! También había soñado con esta felicidad en la noche anterior... Para él, la posesión era un compromiso sagrado, que le unía por siempre á una mujer, añadiendo la ternura de la gratitud al desinterés del amor. ¡El día que ella, de buena voluntad, se decidiese á hacerle feliz con algo más que sus besos...!

Mina, adivinando el término de esta fraseología, se ruborizó, echándose atrás con instintiva conservación. No; siempre diría no. En otros tiempos, tal vez; cuando ella era joven y hermosa; cuando tenía la certeza de que podía dar felicidad y orgullo con la limosna de su cuerpo. ¡Pero ahora!...

Se daba cuenta de su ruina. Era una sombra del pasado, y si llegaba á ceder en un momento de bondad, se arrepentiría luego, viendo en Ojeda un gesto de decepción, lo mismo que si acabase de sufrir un engaño. «No, novio mío, no.» Lo importante era

amarse. Lo otro habría de ocurrir forzosamente cuando viviesen juntos, pero no era de más valor que cualquiera de las funciones viles que entristecen nuestra existencia. ¡Quién sabe si traería como resultado el desvanecimiento de la ilusión!... «Vivamos así... Tal vez cuanto más tarde eso que tú deseas, más tiempo durará nuestro amor.»

De pronto, su conversación tuvo un testigo. Era Karl, que había abandonado el gimnasio y se mantenía de pie entre los dos, mirando á uno y á otro sin entender lo que hablaban. En su atenta inmovilidad notábase una expresión de niño viejo, un fruncimiento de cejas de persona mayor que sospecha y reflexiona. Su frente saliente, de testarudo, parecía hincharse y latir. Dejábase acariciar por la mano distraída de Fernando, pero de pronto huía de él y se arrojaba de cabeza en el regazo de la madre, permaneciendo con los brazos extendidos, cual si pretendiese ser para ella un escudo protector.

Creía olfatear un peligro, con ese instinto misterioso de los seres simples que ven en el aire cosas y amenazas completamente ocultas para las personas de razón; el sentido que hace aullar al perro en la casa donde se prepara una desgracia; el impulso que guía el revoloteo de ciertas aves sobre la vivienda á cuyas puertas llama la muerte.

Mina acariciaba la nuca de su hijo, y éste acogía la amorosa protección con un runruneo sordo, lo mismo que una bestezuela doméstica que siente disiparse su pavor. Pero el pensamiento de la madre estaba cada vez más lejos de Karl. Todo él era para Ojeda, que la devolvía á su pasado. Sus ilusiones de artista, su entusiasmo por la emoción estética, su veneración por el genio, habían reaparecido de golpe. En su amor había mucho de agradecimiento para aquel hombre, gracias al cual resurgían de entre las ruinas y los pesimismos de la decadencia

sus antiguos entusiasmos de cantante. Aún creía posible la continuación de su vida pasada; menos gloriosa que en otros tiempos, manteniéndose en segundo término, pero con iguales satisfacciones. El engaño de su matrimonio con un artista mediocre iba á ser un paréntesis de sombra nada más. Tal vez se cumpliese el soñado destino, acabando ella por ser la compañera de un grande hombre.

Aprendería el castellano para saborear las obras de Ojeda, que indudablemente era un genio. Se lo decía su amor. Cuando viviesen juntos, entraría de puntillas en su estudio, permaneciendo detrás de él en amorosa contemplación, como una esclava. Y cada vez que terminase un verso... un beso; á cada estrofa concluida, seis, doce... una lluvia; y cuando diese fin á la obra, él la leería con su voz de oro, y ella escucharía arrodillada á sus pies, adorándolo como un dios: «¡Oh, mi novio, mi Tannhauser!... ¡Poeta colosal!»

Así pasaron la mañana, fantaseando sobre el porvenir, sin poder cambiar otras caricias que algunos apretones de manos por encima de Karl, hundido entre las rodillas de la madre.

El niño sólo abandonó su enfurruñamiento al hablarle Mina en alemán de la fiesta de la tarde. Comenzaban los *Olympische Spiele* con que chicos y grandes iban á celebrar durante cuatro días el paso de la línea. Y estos juegos olímpicos consistían en tragar pasteles con rapidez, llenar un tanque de patatas, enhebrar agujas, batirse á golpes de almohada, correr metidos en sacos, saltar obstáculos, y otras suertes que se repetían en todos los viajes al pasar la línea equinoccial con la exactitud de ritos religiosos.

Por la tarde iban á ser los juegos de los niños. Ojeda hizo un gesto de cansancio: prefería quedarse en su camarote. Pero Mina le miró suplicante.

«Novio mío... ven.» Ella había de asistir para cuidar de Karl. ¡Si Fernando estuviese cerca!... No se hablarían, no se mirarían; pero ¡sentirlo junto á ella! ¡saber que podía verle con sólo volver la cabeza!...

Y Fernando fué por la tarde á la terraza del fumadero, adornada con banderas y guirnaldas. El capitán, asistido por los «señores de la comisión», dirigía los juegos. Maltrana, agregado á ella como representante de su amigo, había acabado por usurpar el primer puesto, gritando y moviéndose más que todos los otros juntos. El alineaba á los niños, y seguido de un marinero con una cesta, iba repartiendo entre ellos manzanas cocidas. ¡Atención! El que se la comiese antes, ganaba el premio. ¡Una... dos... tres! Y la gente reía de las grotescas contorsiones de los pequeños, abriendo las mandíbulas todo lo posible para tragar mayor cantidad de pulpa azucarada, moviendo las orejas apresuradamente con la velocidad de su masticación. Un estallido de aplausos saludaba al triunfador, mientras algunas madres corrían hacia sus hijos, inclinados en arco, para palmearles la nuca, ayudando de este modo el deglutido de la materia atragantada.

Luego, niños y niñas, cuchara en mano, corrían de un extremo á otro de la terraza para recoger sin rotura unos huevos depositados en el suelo. El ganador era el que regresaba más pronto al punto de partida. Después corrieron para recoger patatas esparcidas en la cubierta, y el que llenaba su tanque con mayor rapidez vencía á los otros.

Retiráronse los pequeños para dejar sitio á los grandes. Una fila de damas ocupó un banco, esperando cada una con una caja de fósforos en la mano. Venía corriendo hacia ellas otra fila de hombres con cigarrillos en la boca y las manos cruza-

das atrás. Crujían los fósforos al inflamarse, y una salva de aplausos acompañaba al primero que conseguía volver á su asiento con el cigarrillo encendido. Luego, las señoras sostenían en la mano una aguja, y los jugadores corrían para arrodillarse á sus pies, procurando con angustiosos titubeos enhebrar el hilo que llevaban en su diestra.

Comenzó á murmurar el público contra la monotonía de estos juegos.

—¡El chanco!—gritaron muchos—. ¡Que pinte el ojo al chanco!

Maltrana, como si resumiese en su persona á toda la comisión, se inclinó con el aire bondadoso de un buen príncipe. ¡Ya que el honorable Senado lo reclamaba con tanta insistencia!...

Pidió una tiza el primer oficial, y con la rapidez de una larga costumbre, dibujó en el suelo el contorno de un cerdo panzudo. Las señoras debían avanzar con los ojos vendados, trazando á tientas el ojo que faltaba en la cabeza del animal.

El «digno representante de la comisión», título que se daba á sí mismo Maltrana, se apresuró á encargarse de vendar los ojos de las jugadoras y dirigir sus pasos, disputando este honor á ciertos intrusos que intentaban despojarle del cargo, adivinando sus ventajas. Con una servilleta enrollada cubría los ojos de las señoras, indicábalas el número de pasos que las separaba del dibujo, y cogiéndolas luego de un brazo les hacía dar vueltas para desorientarlas. Avanzaban titubeantes las jugadoras, y al agacharse, trazando una cruz en el suelo, que equivalía al ojo, un estrépito de carcajadas y aplausos irónicos acogía su obra. El tal ojo quedaba á larga distancia de su sitio natural, ó, cuando más, caía grotescamente en el vientre ó el rabo.

Isidro seguía imperturbable, manoseando hermosos brazos con aire paternal, guiando los bustos

perfumados con protectora suavidad. Al sorprender la mirada de Fernando fija en él maliciosamente, le contestó con un leve guiño. «Sí; el cargo no era malo... Puramente platónico, pero algo es algo.»

Permaneció Ojeda toda la tarde cerca de Mina, contemplando estos juegos que parecían volverlos á todos á las alegrías de los primeros años. Ella le miraba con el rabillo de un ojo, agradeciendo su permanencia como una prueba de amor.

Mrs. Power, al aparecer por breve rato en esta parte del buque, no tardó en adivinar la oculta relación entre los dos, á pesar de su afectada indiferencia. Este descubrimiento pareció devolverle la tranquilidad. Ya no la molestaría su antiguo amigo. Y hasta se atrevió á sonreírle irónicamente, cual si le felicitase por su nueva conquista. Luego desapareció, siguiendo á los Lowe y á Munster, que la invitaban á continuar el *bridge*.

A la caída de la tarde se encontraron Ojeda y Mina en la última toldilla, sobre la cubierta de los botes. Ella quería ver á su lado la puesta del sol. Desde la línea equinoccial á las costas del Brasil, eran los atardeceres más hermosos de todo el viaje.

El cielo límpido tenía el color violeta del crepúsculo. A ras del agua aparecían esparcidas algunas nubes blancas de caprichosos perfiles. El sol se había hundido tras de ellas, coloreando el horizonte de un rojo cegador que poco á poco iba palideciendo. Sobre este fondo de oro se recortaban las nubes tomando el contorno de formas humanas.

Mina se extasiaba en su contemplación. Eran ángeles grandes, ángeles blancos que marchaban sobre un camino azul por un paisaje de oro. Uno llevaba en sus manos una arquilla, otro una copa, otro un lienzo. Los reflejos del sol en sus cimas tenían el brillo de luengas cabelleras rubias; los sueltos jirones de vapor eran ondulaciones de albas

túnicas removidas por el solemne paso. Y Ojeda, sugestionado por esta interpretación y por las raras formas que engendraba el crepúsculo, veía igualmente una teoría angélica sobre un fondo de oro, semejante á los desfiles de santos en los mosaicos bizantinos.

Iba extinguiéndose la luz, y con la sombra naciente y la disolución de los vapores desleídos en el crepúsculo se borraron poco á poco las celestiales figuras. Mina, dominada por la emoción del atardecer, sentía el pecho oprimido. En sus ojos había lágrimas. «¡Angeles, adiós!» Sólo se habían mostrado por unos instantes, como las visiones de felicidad que rasgan el lienzo gris de nuestra vida. Ellos se marchaban, se perdían en el infinito, lo mismo que ella desaparecería, tal vez muy pronto, tragada por la sombra. Apoyaba su pecho en el de Fernando, ponía la cabeza en su hombro, indiferente á que alguien pudiese sorprenderlos, creyéndose sola con él en medio del Océano. Suspiraba lacrimosamente, como si la noche que venía pudiese traerle la desgracia... Ojeda se impacientó. Muy hermosa la puesta del sol, pero él no podía comprender tanta sensibilidad.

Ella siguió suspirando. «¡Oh, novio! ¡Siempre!... ¡Vivir siempre juntos; más allá de la vida; más allá de la muerte!...» Recordaba el último abrazo del caballero Tristán y la hermosa reina Iseo; una caricia eterna, infinita, que el gran mago no había envuelto en el misterio de su música estremecedora. Luego de beber el filtro de amor, el encantamiento de ellos no duraba años, no duraba una existencia entera: su poder iba más allá de la muerte... Y cuando después del trágico fin quedaban acostados para siempre, cada uno en su tumba de piedra, á la sombra de un monasterio, un zarzal nacido de los restos de Tristán crecía en una sola noche, cubriéndose de

flores y de pájaros, y abarcaba las dos sepulturas con abrazo tenaz. Se engrosaba y retorció como una serpiente negra y nudosa, haciendo estallar el mármol, y al fin su empuje aproximaba y juntaba á los dos amantes, haciendo que sus cadáveres, separados por los escrúpulos de los hombres, se consumiesen unidos en un abrazo eterno que proclamaba la majestad del amor, más fuerte que la vida... más fuerte que la muerte...

Un grito infantil interrumpió á Mina. Era Karl que la buscaba por la cubierta de los botes. Hacía mucho tiempo que el clarín había lanzado la llamada al comedor, sin que ellos lo oyesen. El maestro Eichelberger, cansado de esperar, se había sentado á la mesa, enviando al niño en busca de su madre por todas las cubiertas. Mina huyó. «Hasta la noche... novio.»

Pero la entrevista de la noche fué menos cordial. Se mostró Ojeda malhumorado por la resistencia de Mina. En vano, aprovechando la escasez de paseantes después de terminado el concierto, iban los dos hacia «el rincón de los besos». Inútilmente permanecía ella con la cabeza en su hombro, prendida de su boca en una caricia prolongada, interminable, entornando los ojos. Él deseaba algo más. Creía ridícula esta situación. No encontraba sabor á unos transportes amorosos faltos ya de novedad.

Se separaron fríamente: ella cabizbaja, triste, cerrando los ojos, haciendo esfuerzos para no llorar; él enfurruñado, sardónico, como un hombre que se indigna al verse defraudado en sus esperanzas.

Antes de dormir, Ojeda exhaló toda su cólera.

—¡Si cree esa ilusa que voy perder el tiempo cerca de ella como un enamorado romántico!... «Boca, sí; cabina, no...» ¡Que vaya al diablo si no quiere pasar de eso!... De mí no se burla ya nadie á bordo... Bastante he dado que reír.

A la mañana siguiente se encontraron otra vez en la cubierta de los botes, pero su entrevista no fué de mejores resultados. Mina lloró. Lo que deseaba Fernando era imposible. ¿Por qué empeñarse en romper el encanto de sus relaciones con algo brutal que traería forzosamente una separación? En otros tiempos, ¡tal vez!... cuando era hermosa. Pero ahora se daba cuenta de lo lamentable que podía ser la impresión del hombre que la poseyese. Desengaño; sorda cólera al ver que la realidad era muy distinta de la ilusión; seguramente olvido. «No, no vio míó... no.»

Después del almuerzo, Fernando no quiso buscarla. En vano pasó Mina repetidas veces ante una ventana del jardín de invierno junto á la cual tomaban café Ojeda y su amigo. Mostraba él un visible deseo de no reparar en los paseantes. Luego, al reanudarse los juegos en la terraza del fumadero, la alemana lo encontró á corta distancia; pero fingía no verla, apartando los ojos cada vez que los suyos iban hacia él. «¡Dios míó! ¡y era posible que sus amores terminasen así!...» Hubo de hacer esfuerzos para no llorar... ¡Y todo por las negativas de ella, por la terquedad infantil de él, que ansiaba su posesión como si pidiese un juguete!...

Sopló una brisa helada del lado de popa que hizo estremecer á las damas, vestidas ligeramente. Mina tosió, llevándose las manos á los brazos y al pecho, casi desnudos, sin otro abrigo que el calado sutil de una blusa blanca. La súbita frescura le hizo imitar á algunas señoras que iban á sus camarotes en busca de un abrigo.

Cuando estuvo abajo en el corredor, iluminado en plena tarde como un pasillo subterráneo, experimentó la inquietud del que cree percibir á sus espaldas unos pasos invisibles.

No había nadie en esta calle profunda del bu-

que, envuelta á todas horas en densa penumbra. Adivinábase que todos los camarotes estaban desiertos. Hasta los criados debían andar por arriba viendo los juegos. ¡Si Fernando apareciese de pronto!... Esta idea la hizo temblar con estremecimientos de miedo y de dulce inquietud, segura de que si él se presentaba su caída era inevitable, convencida de antemano de la flojedad de su resistencia.

Y él apareció, sin que ella, avisada por su presentimiento, mostrase gran sorpresa. Giraba la llave bajo su mano, abríase la puerta de su camarote, cuando le vió avanzar con pasos quedos, que el tapiz del corredor hacía aún menos ruidosos.

Mina se detuvo, llevándose una mano al pecho, conmovida de pavor y de sorpresa. Pero esta impresión duró poco. Se acordaba de que minutos antes había dado por perdido el amor de Fernando. ¡No hablarle más!... ¡Ver sus ojos fijos en otra!...

—¡Mi novio!... ¡mi poeta!

Había caído en sus brazos, se colgaba de sus labios en un beso largo de ruidosa aspiración.

Luego se apartó bruscamente, como si la poseyese otra vez el miedo.

—Márchate... Podrían vernos.

Había entrado en su camarote, estaba al otro lado de la puerta, pero la mantenía á medio cerrar para verle un momento más, acariciándolo con su sonrisa y sus ojos.

Cuando quiso cerrar, no pudo. Una rodilla de Fernando, un codo, se apoyaban en la madera empujándola contra Mina, que oponía el obstáculo de todo su cuerpo. Y en esta situación, pugnando él por abrir y ella por cerrar, hablaron los dos en voz queda, temblona, cortada por estremecimientos de fiebre, como si estuviesen concertando algo penable en el obscuro misterio de este pasadizo á flor de agua.

El suplicaba... «Déjame entrar... déjame entrar.» Con la cobarde mentira del deseo llevábase una mano al corazón jurando la nobleza de sus intenciones. Podía estar tranquila; no pensaba hacer nada contra su voluntad: lo que ella quisiera y nada más... Deseaba penetrar en su camarote solamente para estrecharla en sus brazos sin miedo á verse sorprendidos por inoportunos transeuntes, para besarla hasta la hartura sin la zozobra que despiertan unos pasos que se aproximan. Debía tener fe en su palabra.

—No... no—gemía ella pugnando por cerrar, sin que la puerta obedeciese á la presión de sus manos y rodillas.

Ojeda insistió. «Déjame que entre...» Nada intentaría contra su voluntad. Daba su palabra de honor... Y en la confusión de su excitado deseo, sin saber ciertamente lo que decía, sin darse cuenta de lo grotesco de sus juramentos, buscó nuevos testigos, nuevos fiadores... Prometía respetarla por lo que amara ella más en el mundo, por todo lo que venerase él con mayor admiración.

—Te lo juro... ¡por Wágner! Te lo juro... ¡por Víctor Hugo!

Fué cediendo la puerta lentamente, como si estas palabras fuesen de un poder mágico. La presión exterior, cada vez más enérgica, la ayudó á girar sobre sus goznes, arrollando las últimas resistencias de Mina.

Y luego de quedar abierta se cerró de golpe, dejando en absoluta soledad la penumbra del corredor.

¡Pobre Wágner!... ¡Pobre Víctor Hugo!...



X

Después de la comida, Fernando se sentó en el paseo lejos de la música, que empezaba su concierto nocturno.

Estaba triste, y su tristeza era de engaño y arrepentimiento. Aquella pobre mujer había dicho la verdad: las ilusiones de él iban á morir de un golpe con la satisfacción del deseo. Mejor hubiese sido creerla. Todo el edificio fantástico elevado en el curso de sus diálogos se había venido abajo con un simple encontrón de la realidad. Y Ojeda salía de esta aventura con una gran inquietud de conciencia. ¿Qué hacer ahora?...

¡Pobre Mina! Ella había sido la primera en darse cuenta de la tristeza y el desaliento que habían seguido á su delirio amoroso. Al despertar y serenarse, un gesto suyo de resignación, un adiós humilde, habían dado á entender á Fernando que no se hacía ilusiones acerca del porvenir. Todo estaba concluido. Y cuanto él dijese por restablecer el pasado sería piadosa mentira, falsedad galante para enmascarar su decepción.

En el resto de la tarde habían evitado encontrarse otra vez: ella como arrepentida de su debilidad, él con remordimiento. Luego de la comida, mientras Fernando quedaba solo en el paseo, con

visible propósito de aislarse de todos, Mina emprendió con el pequeño Karl el descenso al camarote, para no volver á mostrarse hasta el día siguiente. Aquella noche ¡ay! no iba á ser de ensueños...

«Muy bien, señor Ojeda... Has hecho infeliz por unos días á una pobre mujer que no ha cometido otro delito que el de amarte un poco. Por un capricho de tu deseo, la has hecho convencerse una vez más de su miseria física, que ella tenía olvidada... Y de todo esto has sacado un remordimiento y la vergüenza de tener que mentir, de tener que ocultarte. No quisiste hacer caso de sus indicaciones y brusqueaste su resistencia. ¡Muy bien!... Te has portado como un caballero.»

Cuando estaba más ensimismado, formulando mentalmente estos reproches, oyó una voz de mujer junto á él y vió que un bulto se interponía entre sus ojos medio cerrados y las estrellas del cielo movable extendido sobre el borde de la baranda y el filo del techo.

—¡Siempre solito, siempre pensando!... Tal vez está usted haciendo algunos versos lindos.

Fernando se incorporó á impulsos de la sorpresa más aún que de la cortesía. Era Nélica la que le hablaba. Lo primero que alcanzó á ver fué su boca, de un rosa húmedo, con los dientes agudos, luminosos; la boca de tigresa admirada por Isidro, que le sonreía cual si pretendiese atraerlo.

Turbado por la inesperada presencia, no supo qué decir. Ella agradeció con una sonrisa esta confusión, considerándola como un homenaje á su bizarra hermosura, que hacía perder la calma á los hombres más graves.

—¡Siempre solito!—volvió á repetir—. Usted no quiere ser mi amigo... Le he mirado muchas veces, le he hablado... y nada.

Encogíase humildemente, como si esta preten-

dida indiferencia de Fernando—de la que él no se había percatado nunca—le causase gran dolor.

—Y el caso es que yo tengo que pedirle una cosa... Deseo que me escriba algo; dos versos nada más: su firma. Quiero conservar un recuerdo para que mis amigas sepan que he viajado con el señor Ojeda, un poeta de España. Todas las niñas tienen algo de usted: una postal, un verso lindo en el abanico. Y yo no tengo nada... Diga, señor, ¿es que le soy antipática?

Mientras hablaba se había sentado en un sillón al lado de Fernando. Al principio mantúvose erguida; pero lentamente se recostó, hasta quedar con las piernas horizontales, mostrando su adorable bulto á través de la angosta falda.

Ojeda acogió su petición con un apresuramiento galante, balbuceando aún por la sorpresa. Escribiría todo un poema, si esto podía darla placer... Sentíase muy honrado con su petición. ¿Tenía un álbum?... No; ella no había pensado en adquirir este volumen, que mostraban con orgullo muchas señoritas de á bordo. Pero le pediría al comisario del buque un cuadernillo en blanco de apuntaciones ó un simple pedazo de papel. Lo que le interesaba era el recuerdo. Y al mismo tiempo daba á entender ingenuamente con sus ojos que se había aproximado á él por entablar conversación más que por el interés que pudieran inspirarle los versos.

Continuó Fernando sus excusas. Nunca la había mirado con indiferencia. Ella era la alegría del buque; la mujer más hermosa é interesante: estaba dispuesto á declararlo en verso. Pero ¿cómo acercarse viéndola secuestrada por sus adoradores, defendida por aquella escolta feroz, que á su vez parecía fraccionada y enemistada por los celos?

—¡Ah, mis adoradores!—exclamó ella riendo—. No me hable de ellos: estoy harta... Le advierto,

señor, que yo detesto á los muchachos. ¡Gente egoísta é insufrible! Me gustan más los hombres serios y de cierta edad. Saben querer mejor; rodean á una mujer de mayores atenciones.

Y miraba audazmente á Fernando con ojos de provocación, para que no tuviese dudas sobre la persona á la que iban dirigidos tales elogios.

Se había incorporado Ojeda en su asiento para mirarla también con atrevida fijeza. Un perfume de carne joven, de frescura tentadora, parecía envolverla. No era la dulzura marchita de la alemana ni el esplendor de fruto maduro de Mrs. Power. Hasta la imagen de Teri, que se agitaba en su memoria como un remordimiento, perdió algo de su belleza al ser comparada con esta muchacha... Era un hermoso animal exuberante de vida, de fuerza voluptuosa, que iba derramando generosamente sus encantos primaverales. Algunas veces perdía el sonriente aplomo de su amoralidad; parecía dudar con cierto miedo, pero después seguía adelante con mayor ímpetu, guiada por sus impulsos.

Y esta criatura bella é inconsciente, sin más regla de voluntad que el instinto, venía de pronto hacia él por un capricho inexplicable. ¡Dulces sorpresas de la existencia!... No era posible dudar. Bastaba ver sus ojos fijos en él con un ardor de pasión, dilatándose cual si quisieran absorber su imagen; su boca de frescura insolente y esplendorosa escarlata estremeciéndose con un bostezo amoroso, sintiendo repentinos abrasamientos que hacían salir la lengua de su encierro para pasearse por los labios; sus dientes de devoradora que parecían temblar con el fulgor de un acero pronto á hundirse en la carne... No podía explicarse esta buena fortuna; pero era indiscutible que Nélide, abandonando á su tropa de adoradores, se aproximaba á él, que no había hecho esfuerzo alguno por atraerla. Y desper-

taba en Ojeda el orgullo sexual que duerme en el fondo de todo hombre; la fatuidad masculina, que se considera irresistible con sólo una mirada ó una palabra de femenino aprobación; la fe ciega en el propio valer, que acepta como naturales y lógicas todas las aproximaciones, por inverosímiles que sean.

Recordó cuanto había oído contar de las travesuras de Nélidea, disculpándolas por adelantado. Tal vez habría en ellas mucho de exageración. Las gentes de á bordo, siempre desocupadas, mentían grandemente. Y aunque todo lo que contaban fuese cierto... ¿qué había de censurable en que él marchase sin compromisos por el mismo camino que otros habían frecuentado antes? «El mar era... el mar.» Estaban aislados del mundo, en medio de la soledad, como si la vida hubiese concluído en el resto del planeta, olvidados de sus leyes y preocupaciones. Cuando volviese á tierra recobraría el fardo de sus compromisos y antiguos afectos. Esta juventud de carne primaveral, firme como la pulpa verde, y con un perfume semejante al de los jardines después del rocío, era un regalo de la buena suerte para compensarlo de su desilusión de aquella tarde. ¡A vivir!...

Se inclinó hacia ella como si no la oyese bien, y Nélidea, por su parte, descansó un brazo en el sillón de Fernando, gozosa de sentir su epidermis en casual contacto con una de sus manos. Hablaban sin mirar á los que transcurrían junto á ellos, sin reparar en sus ojeadas de sorpresa y sus cuchicheos de comentario. Algunas matronas se erguían dignas y austeras, volviendo los ojos por no verles, pero al llegar á la otra banda del paseo lanzaban la noticia, una gran noticia para la gente ansiosa de novedades.

—¿No saben ustedes?... Nélidea, esa loca, ha abandonado á su escolta y está con el doctor español, el amigo de Maltranita. ¡Pobre hombre!

Las niñas, que admiraban y temían á Nélide como la personificación del pecado, se tocaban con el codo al pasar ante ellos.

—Una nueva conquista... Ahora ha caído ese señor tan serio que hace versos... y no baila. ¡Qué Nélide!...

Ella, con su fina observación femenil, se daba cuenta del revoloteo de los curiosos y sentía orgullo por este escándalo, que pasaba inadvertido para Ojeda.

Lo único que notó éste fué la familiaridad cada vez más grande con que le trataba Nélide. No se habían cruzado entre ellos verdaderas palabras de amor. Sólo había osado él algunas galanterías de las que no comprometen, pero la joven le hablaba ya lo mismo que á un amante.

Tenía una confianza absoluta en su poder sobre los hombres. Le bastaba colocar la mirada en uno de ellos para considerarlo suyo, sin molestarse en consultar su aprobación. Era el centro de la vida en aquel pedazo de mundo que flotaba sobre el Océano, y todo el sexo masculino debía girar en torno de su persona. Aquel á quien ella hiciese un gesto, un leve llamamiento, tenía que venir forzosamente á arrodillarse á sus pies. Y satisfecha de este poder de seducción que nadie osaba resistir, seguía hablando con Fernando y se justificaba de las ligerezas de su pasado, de las cuales no le había pedido él cuenta alguna.

«Era muy desgraciada—y al decir esto acentuó con asombrosa facilidad el brillo lacrimoso de sus ojos—. Tenía un novio en Berlín que ansiaba casarse con ella, pero los negocios de papá habían roto de pronto su dicha obligándola á embarcarse. ¡Qué infortunio el suyo! ¡Y ella que amaba á este novio con toda su alma!...»

Ojeda arriesgó tímidamente algunas observacio-

nes. ¿Y el otro alemán que pasaba á bordo por pariente suyo? ¿Y el belga y los demás amigos?... Pero Nélide le contestó sin el más leve indicio de corteidad. Estos le servían para divertirse. Era joven: aún no había cumplido diez y ocho años. La vida es corta y hay que aprovecharla. Nada le importaban las murmuraciones; todo se arreglaría al fin casándose, y ella estaba segura de encontrar en América un marido tan pronto como lo creyese necesario. Un criollo no, porque todos en aquel país eran á la antigua, celosos, feroces, intratables en sus preocupaciones. Algún *gringo*, algún extranjero tentado por su belleza y la fortuna de papá. Y al decir esto sonreía de un modo cínico.

«Esta muchacha es loca—pensó el español, asombrado por la rapidez con que se sucedían en ella las impresiones y la franqueza con que exponía su amoralidad—. ¡Una loca adorable!»

Como si repentinamente se arrepintiese de su cinismo, tomó Nélide una expresión melancólica. No pensaba hablar más con aquellos jóvenes que la asediaban á todas horas. Estaba aburrida de sus peleas y rivalidades; no le inspiraban interés. Faltaba algo en su vida, sin que ella se diese cuenta de lo que pudiera ser. Tal vez por eso había cometido tantas ligerezas y travesuras en el buque. Pero aquella misma noche había adivinado de pronto cuál era su deseo, qué es lo que le faltaba para sentirse dichosa. Y al decir esto, envolvió á Fernando en una mirada hambrienta.

«¡Qué loca!», siguió pensando él, mientras experimentaba la satisfacción del orgullo.

Dudaba de la sinceridad de sus palabras y gestos. Tal vez el presente acercamiento no era mas que un capricho de su carácter tornadizo. Mas aun así, sentía halagada su vanidad, y no dudó un instante en aprovecharse de esta aproximación.

Nélida continuó explicando su pasado. Desde que vió á Fernando por primera vez, frente á Tenerife, no había podido olvidarle... Esperaba que se aproximase, pero él se mantenía siempre aparte, y la rutina social no permite que la mujer inicie ciertas cosas. Luego había sufrido mucho viéndole con ciertas mujeres—y la atrevida muchacha tomaba un aire pudibundo al recordar los amoríos de él en el buque—. Odiaba á la señora norteamericana, tan estirada y orgullosa, que nunca había contestado á sus saludos; odiaba también á aquella fea mal trajeada que iba con él en los últimos días. Esta amistad era indudablemente por reirse, ¿no es cierto?... ¡Un hombre como él exhibiéndose al lado de una pobre madre de familia!... Y al sufrir tales contrariedades había visto Nélida con claridad que era Fernando el hombre que ella deseaba.

Muchas veces había preguntado por él á su amigo Isidro, queriendo conocer detalles de su existencia anterior. Maltrana podía decirle el interés que le inspiraban todas sus cosas; cómo ella, que no ponía atención en la vida de los demás—pues bastante tenía con los asuntos propios—, había sido la primera en enterarse de su intriga con Mrs. Power, y cómo había protestado después al verle exhibiéndose junto á aquella verdosa mal pergeñada.

En este momento pasó Isidro junto á ellos por cuarta ó quinta vez, mirando, tosiendo, haciendo esfuerzos para que Ojeda reparase en él y le diese motivo de intervenir en la conversación. Nélida le llamó.

—Acérquese, Maltrana. ¿Cómo le va?... Diga si no es cierto que yo le he preguntado muchas veces por este señor... diga si no me he quejado porque su amigo me miraba con cierta antipatía y parecía huir de mí.

Isidro se inclinó con una gravedad cómica.

Exacto. El lo afirmaba con toda clase de juramentos. Y al decir esto, sus ojos iban hacia Fernando, gozándose en su asombro por esta aventura inesperada. ¡Ah, varón digno de envidia!...

—¡Nélida!... ¡Nélida!

Era un llamamiento imperioso de su madre, asomada á la puerta del fumadero. Como de costumbre, dejó que se repitiera muchas veces sin prestar atención; hasta que al fin abandonó, refunfuñando, su asiento.

—¡Señora odiosa!... De seguro que no es nada que valga la pena... Alguna intriga de esos para molestarme porque estoy con usted.

«Esos» eran los adoradores, que vagaban desorientados por la cubierta desde que Nélida había huído de su compañía. Les había visto pasar repetidas veces ante ella, hablando en alta voz para atraer su atención, fingiendo luego que contemplaban el mar mientras aguzaban el oído queriendo sorprender algunas palabras de su diálogo... Iba á decirles á estos importunos lo que merecían por sus tenaces persecuciones y por mezclar á mamá en sus asuntos. ¡Qué atrevimientos se permitían sin derecho alguno!...

Cuando empezaba á alejarse con aire belicoso, se detuvo, volviendo sobre sus pasos.

—Espéreme aquí, Ojeda... No se vaya; ahora mismo vuelvo... Piense que me dará un disgusto si no le encuentro. Ya lo sabe... ¡quietecito!

Y le amenazó sonriente, moviendo el índice de su diestra. Al quedar solos Fernando y Maltrana, éste rompió á reír.

—Muy bien, ilustre amigo. Flojo escándalo han dado ustedes esta noche. No se habla en el buque de otra cosa.

El aludido hizo un gesto de extrañeza y asombro. Escándalo, ¿por qué?... Una simple conversación,

como tantas otras que se desarrollaban en la cubierta á la hora del concierto.

—Es que la niña tiene su fama muy bien ganada. Y usted también empieza á gozar la suya, en vista de ciertos hechos recientes. Por eso al verles juntos de pronto, cuando hasta ahora no habían cruzado dos palabras, todos suponen un sinnúmero de cosas.

Y Maltrana imitó los gestos de escándalo de las señoras: «Un hombre tan serio y distinguido... siempre con sus libros ó escribiendo... y de pronto se lanzaba á «flirtear» sin recato alguno... ¡Hasta con Nélida, que casi podía ser hija suya!... Fíese usted de los hombres. ¡Todos iguales!»

Ojeda se excusó. El no había hecho nada para aproximarse á esta muchacha. Era ella la que lo había buscado de pronto, sin motivo visible.

—Así es—dijo Isidro—. Hace tiempo le predije lo que iba á ocurrir. Ya que usted no iba á ella, ella vendría á usted... Y ha venido: estaba yo seguro de ello.

Fernando hizo un gesto interrogante: «¿Y por qué?...»

—Vaya usted á saber... Ante todo, esa muchacha es medio loca: ya se habrá usted dado cuenta. Luego, la contrariedad de no verse buscada, su orgullo sublevado al notar que no conseguía su atención. A usted lo consideran buen mozo las matronas más austeras, y lo que es mejor aún, figura como el más «distinguido» entre los hombres serios de á bordo. Tiene también su poquito de leyenda misteriosa. Le suponen grandes amores en el viejo mundo, relaciones con duquesas, princesas ó ¡qué sé yo más!... En fin, con damas que llevan coronas bordadas hasta en las ropas más interiores, lo mismo que las heroínas de ciertas novelas. ¡Figúrese qué bocado magnífico y tentador para nuestra hermosa tigresa!

Fernando rió de este prestigio novelesco que le suponía su amigo.

—Además, usted ha empezado á distinguirse en los últimos días como un rival de Nélida en punto á escandalizar á las buenas gentes. Sus «flirteos» casi han llamado tanto la atención como los de esa muchacha. Ella y usted son los dos primeros amos de á bordo. Y Nélida no puede sufrir rivalidad alguna... ¡Un hombre que se distingue por sus amos y no se digna fijar los ojos en ella, que se considera la mujer más hermosa del buque!... No ha necesitado más para correr hacia usted.

Isidro había seguido de cerca la rápida transformación de Nélida. Hacía dos días que le hablaba á cada momento de su amigo con gran interés, preguntándole por su vida anterior. Aquella noche, después de la comida, se había peleado con los jóvenes de su banda en el jardín de invierno, sin saber por qué. Luego, en las cercanías del fumadero, nueva discusión, terminada con una ruptura insultante.

Los admiradores se habían alejado de ella, puestos de acuerdo con maligna solidaridad. Estaban seguros de que al verse sola, en el aislamiento en que la habían dejado las mujeres por sus travesuras anteriores, volvería á buscarlos forzosamente, por tedio y ansia de diversión. Pero Nélida había aprovechado este abandono para ir al encuentro de Ojeda; y ahora, los adoradores, chasqueados por el fracaso, no sabían qué inventar para atraérsela.

—Ellos, sin duda, han sugerido á la madre su reciente llamada. Le habrán hablado del escándalo que da Nélida al exhibirse al lado de usted, y la mulatona, que desea reducir á su hija, sin saber cómo, les ha hecho caso.

Mostrábase optimista Maltrana, felicitando á su

amigo por su buena suerte. ¡Cosa hecha! Aquella loca podía considerarla como suya. La familia no debía inspirarle inquietud; lo peligroso era la banda, todos aquellos jóvenes habituados al trato de Nélide, unos como amigos, en espera de algo mejor, otros en continua rivalidad, pero satisfechos de la parte de posesión que consideraban ahora en peligro.

Iban á indignarse al ver que un hombre serio, de mayor edad que ellos y que jamás había intervenido en sus fiestas, se llevaba el objeto de sus alegrías. ¡Ojo, Fernando! Había que mirar con cierto cuidado á esta juventud insolente, de varias nacionalidades, que no tenía motivo para guardarle respeto.

—La niña va á caer sobre usted como un fardo pesado. En tierra se resisten mejor estas cosas; aquí tendrá que aguantarla á todas horas. Ha perdido su trato con las mujeres; las más atrevidas sólo la saludan con un movimiento de labios, y al faltarle la sociedad de su banda, se refugiará en usted... ¡Afortunadamente, me tiene á mí, que puedo aligerarle de este peso!...

Apareció Nélide en la puerta del fumadero, mirando hacia el lugar donde estaban los dos amigos. Al ver á Ojeda inmóvil en su sillón, movió la cabeza con gesto aprobativo. Muy bien. Así le quería: obediente.

Mientras ella se aproximaba, Isidro se marchó.

—Hasta luego... Comprendo que estorbo. ¡Buena suerte!

Recobró su asiento Nélide vibrante y nerviosa, golpeando con el abanico un brazo del sillón. ¡Ah, su madre! ¡Aquella mulata antipática, á la que en nada se parecía! Siempre coartando su libertad, siempre con miedo á lo que diría la gente y hablando de virtud. ¡Y si ella repitiese lo que había



oído á ciertas criadas viejas traídas de América, que servían á su madre desde el principio de su matrimonio!... La insufrible señora abusaba de su silencio riñéndola en nombre de la moral: una cosa excelente para la edad de ella, pero falta de significación y de utilidad para los verdes años de Né-lida.

Se había peleado con su madre porque pretendía llevarla inmediatamente al camarote con el pretexto de que eran las once. Insultó luego en voz baja á los antiguos adoradores, que rondaban cerca de las dos para gozarse en su obra, y sin aguardar contestación había volado otra vez hacia Fernando.

—Si usted lo desea, me retiraré—dijo éste—. Yo no quiero que sufra molestias por mi culpa.

Ella se indignó, como si le propusiese algo contra su honor. Debía permanecer al lado suyo, ahora más que antes. Bastaba que le ordenasen una cosa, para ansiar con irresistible deseo todo lo contrario. ¡Ay, si no temiese estorbar á papá, que estaba jugando al *poker* con unos amigos! Sería suficiente una palabra suya para que interviniese con toda su autoridad, dejándola triunfante sobre la madre desesperada... Tendrían que separarse dentro de unos instantes.

—Verá usted cómo llega el zonzo de mi hermano con la orden de que me vaya á dormir... Y me veré obligada á obedecer á esa señora por no dar un escándalo. ¡Qué rabia!

Pensó Ojeda con cierta inquietud en las complicaciones y contrariedades que iban á alterar su placida existencia por obra de esta mujer. Habría de ganarse la simpatía de aquella señora cobriza, luchando además con la mala intención de los de su séquito... Y todo ello por un resultado problemático, pues no estaba seguro de que en adelante se

mostrase del mismo humor esta muchacha caprichosa y mudable.

Iba á arriesgar una proposición que significase algo positivo, á solicitar una promesa de verse al otro día en lugar menos público que la cubierta de paseo, cuando ella le miró imperiosamente y dijo en voz queda:

—A las doce... Le espero á las doce.

¿A las doce de qué?... ¿Dónde debía estar á las doce?... Nélide pareció impacientarse, al mismo tiempo que sonreía con cierta compasión. «¡Y afirmaban todos que Ojeda tenía talento!...» A las doce de aquella noche; y en cuanto á lugar para verse, su camarote. ¿Cuál otro podía ser? Ella le esperaría con la puerta entornada. ¡Qué torpes eran los hombres!...

Así, con sencillez, sin dar importancia alguna á sus indicaciones. Cuando él titubeaba antes de formular una proposición, rebuscando palabras para hacerla más suave, ella había salido á su encuentro, abriéndole el camino rudamente.

Fernando movió la cabeza con gravedad, lo mismo que si se tratase de un lance de honor. Muy bien; á las doce llegaría puntualmente. Nélide dió detalles de su instalación. Ocupaba sola un pequeño camarote; en otro inmediato estaba su hermano; más allá sus padres, en uno más grande. Vería luz en la puerta entreabierta. No tenía mas que llegar cautelosamente, arañar la madera... Pero se detuvo en sus indicaciones.

—¡Ya llega ese imbécil!... ¡La orden para ir á dormir!

El imbécil era el hermano, que se presentó saludando á Ojeda con voz balbuciente, mirándolo como á un personaje importante que inspira respeto y poca simpatía.

Nélide, al ponerse de pie, se desperezó voluptuo-

samente. Parecía más alta, como si su cuerpo se dilatase de los talones á la nuca con el serpenteo nervioso que corría por él.

—Buenas noches, señor... Encantada de las cosas lindas que me ha dicho. No olvide los versos.

La vió alejarse al lado del hermano, que trotaba, no pudiendo seguir sus pasos largos. La satisfacción de una nueva conquista, la inquietud de algo desconocido que iba á revelarse en breve, el orgullo de desobedecer á todos imponiendo su capricho, enardecían la briosa juventud de Nélide, dando nueva frescura á su animalidad triunfante y majestuosa.

Paseó Ojeda por la cubierta para entretenerse hasta la hora de la cita. ¿En qué día estaba?... Miércoles nada más. Era el mismo día en que había entrado por primera vez en el camarote de la Eichelberger. ¡Y él se imaginaba que iba transcurrido mucho tiempo, días y días, semanas, meses, desde esta aventura triste!

Las horas se deslizaban á bordo de un modo irregular, con una celeridad loca ó una monotonía interminable, según eran los sucesos. Sólo habían transcurrido unas pocas, y otra vez iba á bajar cautelosamente al interior del buque en busca de una mujer en la que no pensaba poco antes. Si alguien le hubiese anunciado esto por la mañana, al levantarse, habría reído incrédulamente. Contaba con los dedos, para reconstituir en su memoria los sucesos de los últimos días. El domingo, víspera del paso de la línea, Maud. El lunes, la derrota y la burla que le hacían odioso el recuerdo de Mrs. Power. Al otro día, Mina, la melancólica, que había prolongado su dulce encantamiento hasta la tarde del día presente. Y ahora, Nélide, que venía hacia él contra toda lógica, cuando menos podía esperarlo; Nélide, «la de la boca de tigresa—como decía Maltrana

en su afición á los apodos homéricos—, la de los ojos de antilope y la carne primavera».

En cuatro días tres amores... La vida de á bordo quería borrar con la rapidez de los hechos la monótona languidez de su ambiente. En tierra, donde las personas, por más que se busquen, pasan al día muchas horas sin verse, habría necesitado cuatro meses, ó tal vez más, para llegar á este resultado. Aquí todo era fácil, gracias al hacinamiento y el tedio de tantos seres distintos y contradictorios, obligados á convivir como las infinitas especies del arca diluviana.

Cerca de las doce cesó Ojeda en sus paseos. Deseaba bajar á la penúltima cubierta sin ser advertido. A estas horas podía llamar la atención verle en las profundidades del buque, á él, que tenía su camarote en el mismo piso del comedor. Las recomendaciones de Isidro le hicieron pensar con cierta inquietud en los jóvenes de la banda. Parecía disuelta esta noche al faltarle la presencia de la señorita Kasper, que era en ella el eje central, el polo de atracción. Algunos de sus individuos estaban diseminados en las mesas del fumadero, siguiendo las partidas de *poker*. Dos marchaban por la cubierta, y á Fernando le llamó la atención la frecuencia de sus encuentros, como si no le perdiesen de vista.

Aprovechó un momento en que estaba desierto el paseo para deslizarse por una escalera. Bajó dos pisos sin encontrar á nadie. Luego avanzó por un pasadizo, de puntillas sobre la tupida alfombra roja con grandes redondeles, en cuyo centro se ostentaba el nombre del buque. De algunas puertas surgían furiosos ronquidos. Creyó que sonaban detrás de él leves roces, como si alguien le siguiese. Se imaginó ver unas cabezas que le atisbaban asomadas á una esquina del corredor y que de pronto se

ocultaron. Pero ya no podía retroceder, y siguió adelante, mirando los números de los camarotes.

La puerta estaba entreabierta, y antes de que él llegase se marcó en su estrecho rectángulo de luz la arrogante figura de Nélide. Iba vestida simplemente con un kimono azul, el mismo que Fernando le había visto comprar en Tenerife. Unos brazos blancos y fuertes, completamente desnudos y que esparcían un perfume de carne fresca recién lavada, salieron al encuentro de él, agarrándose á su pecho como tentáculos irresistibles.

—¡Entra, tonto!—ordenó imperiosamente con voz enronquecida al notar su vacilación—. Esos andan por ahí... pero no importa. ¡Entra, no pierdas tiempo!

Y tiró de él rudamente, lo mismo que en las callejuelas de muchos puertos tiran de la marinería ebria brazos desnudos con adornos de latón surgiendo de ciertas casas.

Poco después de la salida del sol, despertó Ojeda en su lecho. Sonaba la música en el inmediato corredor, junto á la puerta del camarote. «Hoy es domingo», pensó, en la torpeza del despertar. Pero una extrañeza repentina disipó las últimas brumas de su sueño. Hizo un rápido cálculo de días. No, no era domingo. Además, la música sonaba alegremente una especie de diana de caballería que no podía confundirse con el solemne coral luterano. A continuación de esta diana, una polca saltona, con locas cabriolas de clarinete, y luego se retiraron los músicos. «Debe ser una alborada en honor de alguno de los alemanes vecinos míos. Cualquiera diría que era para mí.» Y Ojeda volvió á dormirse.

Dos horas después, mientras se vestía, quiso saber el motivo de esta música, preguntando al camarero que entraba con un jarro de agua caliente. El *steward* contestó rehuyendo sus ojos. Era un

obsequio al pasajero del lado, un alemán que pasaba las noches jugando en el café hasta que apagaban las luces. Sin duda, los amigos le habían dedicado esta alborada por ser su cumpleaños. Y vagó bajo su recortado bigote una sonrisa de servidor discreto que piensa en la hora de la propina y miente por no molestar al señor.

Arriba, en el paseo, el primero que le salió al encuentro fué Maltrana.

—¿Ha oído usted la música?—preguntó con cierto misterio.

Ojeda quiso mostrar que estaba bien enterado. Sí; era en honor de un vecino suyo que celebraba su cumpleaños.

—No, Fernando; la música era para usted... Cosas de esos chicos, que están furiosos por la traición de Nélide. Una ironía pesada y roma como sus zapatos.

Había sorprendido á primera hora las conversaciones de algunos de la banda, que comentaban con orgullo lo ingenioso de su burla. Al espiar á Ojeda en la noche anterior y enterarse de su buena suerte, habían tenido un conciliábulo en el fumadero, despertando después al jefe de la música para encargarle esta alborada. Era una felicitación que le dirigían los antiguos amigos de Nélide.

En el primer momento tuvo Fernando un arrebato de cólera. ¡A él con musiquitas!... Sentía deseos de insultar á todos aquellos jóvenes, con la temeridad que comunica á todo hombre un amor nuevo. Pero Isidro rió de su indignación. ¿Qué había de malo en aquello?... Podían seguir dedicándole obsequios de tal clase, si era su gusto, mientras él continuaba tranquilamente en el goce de su buena aventura. Con música, ciertas cosas resultan mejor... Y Fernando acabó por reir igualmente de una broma torpe que ridiculizaba á sus autores.

Maltrana le habló luego de Nélide. Debía sentir

impaciencia por encontrarse con él. Media hora antes la había visto en el paseo mirando á todas partes, como si lo buscase. Ni siquiera había hecho sus arreglos matinales.

—Iba como si se hubiese vestido á toda prisa, y con la melena alborotada. Debe haber vuelto á su camarote para adecentarse un poco. Tiene hambre de verle. Pero ¿qué diabólico secreto es el suyo, Ojeda, para obtener tales éxitos? Debía comunicarlo á los amigos...

La proximidad de Nélide le hizo callar. Venía ahora la joven muy distinta de como la había visto Isidro poco antes. Sus crenchas cortas aparecían rizadas; acababa de vestirse un traje nuevo; se movía con menudos pasos empinada sobre altos tacones; adivinábase en toda ella una preocupación por embellecerse y agradar. Su rostro, bajo una capa reciente de polvos, parecía alargado, con leves oquedades en las mejillas, rastros sin duda de emociones debilitantes. Un círculo de sombra orlaba sus ojos, agrandándolos.

Cuando tomó la mano de Fernando la retuvo largo rato, mientras fijaba en él una mirada interrogante... «¿Contento?» El sonrió con la gratitud de un buen recuerdo, satisfecho á la vez de esta ansiedad de la joven por conocer el estado de su ánimo.

Adivinando Isidro lo inoportuno de su presencia, alejóse sin despedirse de ellos. Nélide, al verse sola, se aproximó más á su amante con un impulso de entusiasmo.

—¡Mi rey! ¡Mi dios!... ¡Mi... hombre!

Y faltó poco para que lo besase en plena cubierta. El se dejaba adorar con un orgullo de varón satisfecho de su persona. Acordábase de Mrs. Power, comparándola con Nélide. Esta, al menos, conocía la gratitud.

Pasearon juntos con imperturbable tranquilidad. Mostraba ella un visible deseo de espantar á las gentes con su atrevimiento, de enterar á todos de esta nueva aventura, que parecía enorgullecerla. Pasaron ante «el banco de los pingüinos» y ante sus vecinas «las potencias hostiles», con repentino malestar de Ojeda, que deseaba retroceder, pero no se atrevía á decirlo. Afortunadamente, á aquella hora sólo había unas pocas señoras, que fingieron no verles, y luego, á sus espaldas, se miraron con el ceño fruncido y moviendo la cabeza. «¡Qué escándalo!...»

Luego pasaron ante Isidro, que hablaba con Zurita de espaldas al mar. El doctor los siguió con un gesto de cómica admiración.

—Compañero, ¡y qué valiente es su paisano! Cada día con una... ¡y á su edad! Porque él no es ningún mocito... ¡Ah, gallego tigre!...

En las inmediaciones del fumadero estaban sentados unos cuantos de la banda, y al verles venir cambiaron miradas y toses. Ojeda se irguió arrogante, cual si presintiera un peligro. Pasó mirándolos con ojos de provocación, pero todos parecieron ocupados de pronto en importantes reflexiones que les hacían bajar la frente, y no se fijaron en él. Nélica, con un ligero temblor, mezcla de miedo y de placer, se agarraba convulsivamente á su brazo.

Fernando sonrió: mejor era así. «¡Si alguien hubiese osado la menor burla!...» Y ella le escuchaba con asombro y satisfacción. «¿Habría sido capaz de pelearse por ella?... ¿Lo mismo que en las novelas ó en el teatro?»

Y como él contestase afirmativamente, sin jactancia, con sencillez, Nélica casi le saltó al cuello.

—¡Mi rey!... ¡Mi hombre!... ¡Lástima que estemos aquí! ¡Ay, qué beso te pierdes!

Encontráronse con el señor Kasper, que los aco-

gió con toda la bondad de su rostro patriarcal. «Papá... papá.» Su hija le besaba las barbas venerables, insistiendo en esta caricia con un runruneo de gata amorosa. El padre miró á Fernando con ojos dulces y protectores, como si un presentimiento le hiciese adivinar la realidad y lo considerase ya de la familia. El señor Kasper, que hasta entonces sólo había cambiado con Ojeda algunas palabras de cortesía, le habló con familiar confianza, haciendo elogios de su niña. «¡Esta Nélide!... Algo traviesa. No quiere obedecer á mamá... Pero es un ángel, un verdadero ángel.» Y acariciaba sus cortos cabellos con una mano temblona de emoción.

Se habían sentado en un banco, colocándose ella entre los dos. ¡Qué felicidad!... Su padre á un lado, y al otro su hombre. Así deseaba quedar para siempre, mirándose en los ojos de Fernando, oyendo la voz del señor Kasper, una voz de predicador evangélico, que, á impulsos de la costumbre, pasó de los afectos de familia á hablar de negocios.

Daba consejos á Ojeda, demostrando gran interés por su porvenir. Bastaba que fuese amigo de la niña para que él considerase sus asuntos como propios. Debía proceder con mucha cautela en el Nuevo Mundo. Los negocios buenos eran abundantes, pero también las gentes sin conciencia que estaban á la espera de los recién llegados para abusar de su ignorancia. El sabía que Fernando llevaba capitales para emprender allá algo importante. Maltrana le había hablado de esto. Y por afecto nada más, le ofrecía la ayuda de sus conocimientos para cuando llegasen á Buenos Aires... Porque él esperaba que su amistad no se limitaría á un simple conocimiento de viaje: tenía la esperanza de que en tierra aún serían más amigos.

—¡Quién sabe, señor, si llegaremos á hacer algo juntos! Yo tengo allá...

Y empezó la exposición de una de las muchas empresas que, según él, le habían arrancado de su tranquilo retiro de Europa, no porque necesitase trabajar, sino porque era lastimoso permitir que se perdiesen negocios tan estupendos.

Nélida no dejaba que Fernando oyese con atención á su padre. Fijos sus ojos en los de él, buscaba al mismo tiempo una de sus manos, y llevándola detrás de su talle, la oprimía con invisibles apretones. A ella no le interesaban los negocios; podía hablar papá con su voz reposada y musical todo lo que quisiera: no le oía; á ella sólo le interesaba lo suyo. Y movió los labios sin emitir la voz, indicando con marcadas contracciones el mudo silabeo. Ojeda la entendió.

—¡Dueño mío!... ¡Mi dios!... ¡Te amo!

La mano oculta apoyaba estas palabras con fuertes estrujamientos.

Un amigo de Kasper vino á sacarle de la infructuosa predicación, libertando á sus distraídos oyentes. Le esperaban en el fumadero para empezar la partida matinal de *poker*.

—Hasta luego, señor. Los amigos me reclaman. Tiempo nos queda para hablar de estas cosas.

Y sonrió por última vez á Ojeda, como si contemplase en él un socio futuro de las grandes empresas ofrecidas generosamente.

Al verse libres los dos amantes de su verbosidad serena é inagotable, huyeron del banco, continuando el paseo. Hablaban de subir á la cubierta de los botes, cuando una voz los detuvo sonando á sus espaldas. «Nélida... Nélida...» Ahora era la madre la que salía á su encuentro para hacerla varias recomendaciones sin importancia. Fernando adivinó un pretexto para aproximarse á él. «¡Buen día, señor!» Sus ojos brillantes y húmedos de llamanino acompañaron el saludo con una mirada de

atracción. Y sin saber cómo, se vió Ojeda otra vez formando parte de la familia Kasper bajo las miradas protectoras de la mestiza.

Se apoyaron en una barandilla frente al mar. Nélide mostrábase inquieta y displicente, como si para ella fuese un tormento permanecer al lado de su madre. Por detrás de la cabeza de ésta hacía señas á Fernando; le hablaba con el movimiento silencioso de sus labios. «Vámonos: déjala.» Pero él no podía obedecer, retenido por las palabras amables y las miradas de la señora, que se enfrascaba en un elogio de las cualidades de su hija.

—Es un poco loquilla y no hace caso del «qué dirán» de las gentes. Pero aparte de esto, muy hacendosa, ¿sabe, señor?... Y el día de mañana, cuando se case y sienta la cabeza, será una excelente madre de familia. Crea que el marido que se la lleve no se arrepentirá.

Y miró á Fernando con ojos interrogantes, cual si le ofreciese esta dicha perpetua, esperando ver en su rostro una sonrisa de agradecimiento.

Nélide, á espaldas de ella, continuaba su mímica. Estos elogios á sus facultades de dueña de casa y el deseo de verla madre de familia la hacían encogerse de hombros y contraer el rostro con gestos de repugnancia. «Vámonos—siguió diciendo mudamente—. No la oigas más.»

La madre los dejó en libertad, adivinando de pronto lo inoportuno de su presencia.

—Sigán ustedes su paseo. Las viejas estorbamos siempre á los jóvenes.

Dijo esto con un aire de madre benévola y cariñosa, como si bendijese con los ojos la unión que veía en lontananza.

Al alejarse, Nélide intentó excusarla, avergonzada de sus expansiones maternales.

—No hagas caso. Es una señora á la antigua;

una india. Todo lo arregla con matrimonio: todos sus pensamientos van á parar á lo mismo. Apenas me ve con un hombre, cree que debo casarme con él... Casarse, ¡qué vulgaridad! ¡qué grosería!... ¿Quién piensa en eso?...

Y su protesta contra el matrimonio era realmente ingenua, como si le propusiesen algo que le inspiraba escándalo y horror.

El único de la familia que se mantuvo lejos de ellos en toda la mañana fué el hermano. Ojeda le era antipático: prefería á los de la banda. Su seriedad y sus años le inspiraban respeto. Además, tenía la convicción de que aquel señor jamás le convidaría á champaña y cigarros, como los otros. Por esto, á pesar del ejemplo de sus padres, se mantuvo apartado del intruso que venía de repente á perturbar su existencia.

Después del almuerzo, cuando Fernando tomaba café con Maltrana en el jardín de invierno, pasó Mrs. Power, saludándolo con un ligero movimiento de cabeza, sin la más leve emoción. Ojeda la miró también con indiferencia. Su figura arrogante apenas despertaba en él remotas vibraciones. Era como un libro olvidado que se encuentra de pronto y evoca la memoria de una lectura que produjo deleite, pero cuyo texto apenas puede recordarse.

Vió ascender luego por la escalinata á Mina llevando al pequeño Karl de la mano. El niño le miró, extrañándose de que no fuese hacia ellos lo mismo que antes. Pero la madre siguió su camino tirando de él, sin volver la cabeza, con la mirada perdida para no tropezarse con los ojos de Fernando. Un ligero rubor coloreaba su palidez verdosa: rubor de timidez, de arrepentimiento, de malos recuerdos.

La noticia de su amistad con la señorita Kasper había circulado por el buque con la rapidez que

una vida ociosa y murmuradora comunicaba á todos las informaciones. Además, ella exhibía con orgullo su nueva conquista, y tal alarde tranquilizaba á Mrs. Power, que de este modo veía borrarse definitivamente todos los recuerdos. También alejaba á Mina, temerosa de la insolencia de Nélide. Unas cuantas horas de atrevida exhibición habían bastado para librar á Fernando de sus amorios anteriores. La muchacha establecía el vacío en torno de él. Todas las mujeres parecían temer la impetuosidad de este hermoso animal humano exuberante de fuerza y juventud.

No tardó Ojeda en verla aparecer. Había hecho poco antes una rápida aparición en el jardín de invierno, pero huyó al notar que su titulado pariente el alemán y el barón belga ocupaban la misma mesa de sus padres, con un visible deseo de aproximarse á ella. Después de breve eclipse asomó el rostro á una ventana inmediata al lugar donde estaban Fernando y su amigo. El mudo movimiento de sus labios fué para aquél un lenguaje claro. «Ven...» Y al salir la encontró en la curva del paseo que él llamaba «el rincón de los besos».

Nélide le habló con una expresión autoritaria. El era su dueño... su dios; pero debía obedecerla en todo. Aproximábase la hora de la siesta. En el jardín de invierno se abrían muchas bocas con bostezos de pereza. Las gentes deslizábanse discretamente hacia sus camarotes. Sonaban ronquidos en las sillas largas del paseo. Los duros varones, insensibles al voluptuoso aniquilamiento tropical, dirigíanse hacia la popa, en busca de las tertulias del fumadero, para reanimar su actividad. Sentíanse repelidos por el silencio y la calma que lentamente se iban esparciendo por la cubierta del buque, como si ésta fuese un claustro de convento á la hora de la siesta.

—Baja, dueño mío, ¿me oyes?... No tienes más que arañar la puerta. Yo abriré inmediatamente.

Le miraba con sus ojos enormes y ávidos, que parecían querer devorarlo. La punta de su lengua asomaba como un pétalo de rosa entre los labios súbitamente abrasados. Arremolinadas por la brisa aleteaban en torno de su frente las cortas melenas, dando á su cara un aspecto diabólico.

Ojeda experimentó cierto asombro. ¡Bajar al camarote!... ¡Tan pronto! Empezaba á inspirarle miedo esta lozanía esplendorosa y audaz de insaciables deseos. Pero tuvo buen cuidado de disimular su inquietud por orgullo sexual. «Dentro de media hora—repitió ella—. Mi dios... ya lo sabes.» Muy bien; no faltaría. Y ella se fué con la satisfacción de que dejaba á sus espaldas un hombre feliz.

Bajó Fernando con las mismas precauciones de la noche anterior, pero esta vez no pudo notar detrás de sus pasos el atisbo del espionaje. Y cuando llevaba mucho tiempo en el camarote de Nélide sobrevino la más penosa de sus aventuras de á bordo: una escena ridícula, de la que se acordaba luego con cierto malestar, temiendo que el burlón Maltrana llegase á enterarse de ella alguna vez.

Golpes repetidos en la puerta, y la voz gangosa del hermano de Nélide, una voz que balbuceaba más que de costumbre por el temblor de la cólera: «¡Abre... abre!» Empujaba la puerta como si quisiera echarla abajo. Por un resto de prudencia habló á través del ojo de la cerradura: «Abre: tienes un hombre en la cabina... Se lo voy á decir á papá.»

Nélide no se inmutó, como si estuviese acostumbrada á tales escenas. Su cólera fué más grande que su miedo. Mascullaba palabras de furia contra el hermano imbécil. ¿Y no habría una buena alma que lo matase, para quedar ella tranquila?... Adi-

vinó que eran sus antiguos amigos los que por despecho enviaban al hermano delator, luego de revelar la presencia de Ojeda en el camarote.

—Métete ahí—ordenó imperiosamente, mientras reparaba el desorden de sus ropas ligeras.

Vacilaba él, no pudiendo adivinar el lugar señalado. ¿Dónde quería que se escondiese en aquella pieza tan pequeña?... Pero la muchacha le empujó rudamente, mientras seguían los repiqueteos en la puerta y las voces temblonas y amenazantes.

El «doctor Ojeda», como lo llamaban para mayor honor muchos pasajeros, tuvo que agacharse y doblarse á impulsos de Nélide, y acabó por introducir su respetable personalidad debajo de un diván de exigua altura. Luego la joven colocó ante él, formando barricada, una maleta, un saco de ropa sucia y una gran caja de sombreros.

Fernando creyó morir entre la alfombra y los muelles del diván incrustados en su espalda. El calor era sofocante en este encierro, lejos del ventilador y de la brisa que entraba por el tragaluz. Apenas quedó acoplado en tal *in pace*, sintió que le dolían todas las articulaciones y que su pecho se aplastaba contra el entarimado como si fuese á romperse. Una cólera homicida se apoderó de él. ¡Ah, no! ¡No seguiría allí! Esto sólo podían resistirlo aquellos muchachos de la banda, á los que indudablemente habría escondido ella otras veces de igual modo. Iba á salir, aunque tuviese que matar al imbécil.

Pero no fué necesario. ¡Bueno estaba poniendo Nélide al hermanito!... Al abrir la puerta, lo agarró de un brazo, haciéndolo entrar á empellones. ¡Hasta cuándo se proponía molestarla con sus necedades!... Estaba en lo mejor de su sueño y venía á interrumpírselo con sus historias disparatadas. «Mira bien, zonzo... Abre los ojos, animal... ¿Dónde

está el hombre, idiota?...» Y lo zarandeaba, iracunda, mientras el muchacho abría desmesuradamente sus ojos mirando á todos lados, y especialmente al vacío debajo de la cama, como si sólo allí pudiera ocultarse un intruso.

La convicción de su derrota le hizo bajar la cabeza tristemente. Los amigos se habían burlado de él: era una broma de las suyas. Y cuando, confesándose vencido, quiso ganar la puerta, su buena hermana no le dejó partir con tanta facilidad. Primeramente, al abandonar su brazo, le soltó dos buenos pellizcos retorcidos, y luego, junto á la salida, una bofetada sonora: «Para que me molestes otra vez...» Quiso el muchacho devolver en igual forma este saludo de despedida, pero al bajar la mano sólo encontró la puerta que se cerraba de golpe y casi le aplastó los dedos.

Nélida deshizo con presteza la barricada de objetos, y otra vez salió á luz el «doctor Ojeda», pero despeinado, sudoroso, con la faz congestionada, parpadeando cual si no pudiese resistir la luz.

Ella rió al verle en esta facha, al mismo tiempo que arreglaba amorosamente el desorden de su traje y le sacudía el polvo del encierro.

—¡Mi hombre!... ¡Mi dios! ¡Tan desgraciadito que me lo han de ver!... El, tan buen mozo, metido en ese escondrijo... ¡Y todo por mí!

Fernando tuvo una mala sonrisa.

—Los otros eran más pequeños, ¿verdad?... Podían ocultarse mejor.

Se arrojó Nélida con impetu sobre él con los brazos abiertos.

—No digas eso, viejo mío... no lo repitas. ¡Por Dios te lo pido! Me hace mucho daño.

Y lo besaba con furia, lo aturdió con sus caricias, para disipar el mal recuerdo y recompensar al mismo tiempo la molestia reciente.

Hizo responsable á su hermano de esta cólera de Ojeda, evocadora de malos recuerdos. Aquel imbecil sólo había nacido para hacerle daño. Y esto la llevó á hablar del otro hermano, «el gaucho», como ella le llamaba, que vivía en la Argentina, y era el único hombre capaz de inspirarla miedo. La amenazaba el hermano menor frecuentemente con revelar al otro todas las aventuras de Berlín y las travesuras del viaje apenas hubiesen llegado á Buenos Aires. ¡Y «el gaucho» era temible! Ella sabía desde mucho tiempo antes cuál era la venganza con que intentaba castigarla.

—Pero no hablemos de esto, mi hombre. Di que no me guardas rencor por lo de mi hermano... Repite que me quieres como siempre.

Rencor no podía sentirlo Ojeda; era incompatible con el agradecimiento que le inspiraba esta mujer después del regalo de su belleza hecho liberalmente. Pero en la hora que todavía pasó allí, le fué imposible desechar el mal recuerdo del escondrijo y la torturante posición que había sufrido en él... No volvería al camarote de Nélica. Sentíase sin fuerzas para arrostrar una nueva sorpresa, desafiando el ridículo, considerado por él como el más temible de los peligros.

Ella asintió. Se verían en el camarote de Fernando; lo había pensado aquella misma tarde, pero esperaba su proposición. Tenía deseos de entrar en él. Era indudablemente mejor que el suyo: un camarote en la cubierta de lujo y con ventana grande en vez del tragaluz redondo de los de abajo.

—Convenido: esta noche iré, después de las doce. Deja abierta la puerta.

Esta vez dió á entender Ojeda claramente su contrariedad. Aquella muchacha no aguardaba invitaciones: se convidaba á sí misma, sin consultar el humor y los recursos del dueño de la casa.

Nélida le miró con ojos suplicantes. «¿No quieres que vaya?...» Si era por miedo á que la sorprendiesen, no debía tener cuidado. Sabría deslizarse sin que nadie la viese. Podía caminar de noche por todo el buque lo mismo que un fantasma, sin huella ni ruido.

Fernando no se atrevió á sacarla de su error. Sentía además cierto orgullo en arrostrar de nuevo el sacrificio tantas veces repetido. «Ven; te esperaré.» Y después de esto procedieron á la minuciosa empresa de abandonar el camarote sin que los enemigos pudiesen sorprender su salida.

Ella fué la primera en avanzar por el pasadizo, explorando sus ángulos y recovecos. Luego silbó suavemente, como un ojeador que indica el sendero, y Fernando abandonó el camarote apresuradamente, seguido en su fuga por los besos que le enviaba Nélida con las puntas de los dedos.

Más que el miedo á ser sorprendido, le había molestado lo ridículo de esta situación. ¡Qué cosas podía llegar á hacer un hombre serio influenciado por aquella vida de á bordo, que retrogradaba las gentes á la niñez!... El miedo al ridículo despertó su conciencia por una acción refleja, haciéndole ver la imagen de Teri que le contemplaba con ojos crueles y un rictus desesperado...

Pero no había que pensar en esto. Ya purificaría su alma cuando estuviese en tierra. Por el momento, su abyección resultaba irremediable, y cada vez iría en aumento mientras no abandonase este ambiente. Era esclavo del «gran tentador» de que hablaba Isidro. Sólo le faltaba arrastrarse como los impuros de las leyendas convertidos en bestias.

Durante la comida, el astuto Maltrana, que parecía adivinar sus pensamientos más recónditos, le abrumó con muestras de interés formuladas inocentemente.

—Tiene usted mala cara, Fernando. ¡Ni que hubiese visto ánimas durante la siesta!... ¡Qué color! ¡qué ojeras!... Coma mucho; la navegación es larga, y usted necesita tomar fuerzas.

Pero al ver que Ojeda se molestaba por estas amabilidades, adivinando su malicia, abandonó todo disimulo, añadiendo con admiración:

—Compañero: le envidio y le tengo lástima. Es usted un valiente, ¡pero lo que se ha echado encima!.. Antes del término del viaje deseará llegar á tierra, lo mismo que un náufrago que se ahoga.

La comida de esta noche era con banderas y guirnaldas. En el fondo del comedor brillaban unos transparentes iluminados con dos inscripciones en francés y alemán: *Au revoir! Auf Wiedersehen!* Era el banquete de adiós á los viajeros: una comida igual á todas, pero con un discurso del comandante y otro del «doktor», que en nombre de alemanes y extranjeros agradeció, con lenta fraseología semejante á un crujido de maderas, las grandes bondades que aquél habia tenido con el pasaje. Cuando la doctoresca elucubración llegó á su término, la gente, puesta de pie con la copa en la mano, lanzó los tres *¡hoch!* de costumbre, mientras la música atacaba la marcha de *Lohengrin*.

—No llegamos á Río Janeiro hasta pasado mañana—dijo Isidro, siempre bien enterado de la marcha del viaje—. Pero la despedida ha sido hoy, para que la gente que se queda en el Brasil pueda dedicar el día de mañana al arreglo y cierre de equipajes. Esta noche es la última de gran ceremonia, y las señoras van á guardar sus vestidos y joyas. La etiqueta del Océano sólo existe entre Lisboa y Río Janeiro. En los dos extremos del viaje se puede bajar al comedor con la indumentaria que uno quiera. El protocolo neptunesco no se ofende por ello.

Luego de la comida iba á efectuarse en el salón el reparto de premios á los triunfadores en los juegos olímpicos y á las señoritas que se habían presentado con mejores disfraces en la fiesta del paso de la línea. Después de esta ceremonia empezaría el concierto, para el cual venían haciéndose tantos preparativos desde una semana antes.

Maltrana hablaba de esta fiesta con orgullo, por creerse su principal organizador. Había vigilado los ensayos durante varios días, yendo del piano del salón, junto al cual probaba su voz Mrs. Lowe con toda la autoridad que le confería su estatura de dos metros, al piano del comedor de los niños, donde la señora viuda de Moruzaga hacía memoria de sus habilidades de soltera acompañando con un trémolo dramático los versos franceses recitados por una de sus hijas. Además, unas niñas brasileñas se preparaban para tocar á cuatro manos una sinfonía; las artistas de opereta contribuirían con varias romanzas; uno de los norteamericanos pensaba disfrazarse de negro para rugir su música con acompañamiento de ruidosos zapateados; y hasta *fraulein* Conchita, cediendo á los ruegos de varias señoras entusiastas de las cosas de España, había accedido á ponerse de mantilla blanca, cantando con su hilito de voz algunas canciones de la tierra. El maestro Eichelberger, gran pianista, improvisaría para ella un acompañamiento. Y si lo reclamaba el público, la muchacha se atrevería á bailar cierto «garrutín» de exportación aprendido en una academia de Madrid de las que preparan «estrellas danzantes» para el extranjero.

—Pero con recato y decencia, niña—había aconsejado Maltrana—. Comprímete aquí: échale agua á tu baile. Cuando llegues á tierra podrás lucirlo por entero.

Satisfecho de sus gestiones como organizador,

hablaba de otros artistas, talentos ignorados que había sabido descubrir entre la masa de los pasajeros. Y terminaba por declarar modestamente que él también «aportaría su concurso» inaugurando el concierto con un discursito en honor de las señoras, hermosa pieza de oratoria meliflua que llevaba aprendida de memoria y seguramente iba á afirmar su prestigio ante las nobles matronas.

—De ésta—declaró—desbanca Maltranita al abate de las conferencias. Usted lo verá, Ojeda.

No; Fernando no pensaba verlo. Sentíase sin energía para arrostrar el tormento de tanto piano-teo y tanto canto de aficionado en el estrecho salón, entre un público abaniqueante y sudoroso. Prefería dar un paseo por la parte alta del buque, contemplando el espectáculo de la noche.

Así lo hizo. Pero al circular por las dos últimas cubiertas volvía siempre á las inmediaciones del salón, confundiéndose con el público menudo de criadas y niños que miraba por las ventanas. Antes de principiar la velada, Nérida se había aproximado á él, con su vestido escotado color de sangre. Tenía que asistir á la fiesta con toda su familia: ¡un verdadero tormento! pero esperaba que Fernando ocuparía una silla cerca de ella. Y al saber que no entraba en el salón, casi lloró de contrariedad. «Al menos no te vayas lejos; asómate de vez en cuando. Que yo te vea; que yo sepa que estás cerca de mí...» Durante el concierto, los ojos de ella fueron de ventana á ventana, y al reconocer entre las cabezas del público exterior la cara de Fernando, enviábale por encima de su abanico sonrisas acariciadoras, besos apenas marcados con un leve avance de los labios, guiños malignos que comentaban la marcha del concierto y los errores de los ejecutantes.

De este modo vió Ojeda cómo se movía su amigo

en el salón con aire de autoridad, cual si fuese el héroe de aquella fiesta, abriéndose paso entre las sillas para ir en busca de las artistas, inclinándose ante ellas con su «saludo de tacones rojos», dándolas el brazo para conducir las al estrado y quedándose junto á la pianista ó la cantante, al cuidado de sus papeles, é iniciando las salvas de aplausos.

Era su noche. El discursito cuidadosamente preparado había obtenido un éxito enorme. Las miradas de todas las señoras que podían comprenderle iban hacia él con admiración y gratitud. «¡Qué monada el tal Maltranita!... ¡Qué hombre tan dije!... ¡Qué habiloso!...» Y él aceptaba con modestia estos elogios formulados por las damas según los términos admirativos de cada país. En su declamación dulzona las había abarcado á todas, jóvenes y viejas, alcanzando sus elogios hasta á las sotanas que figuraban entre ellas, lo que le dió motivo para ensalzar la religión, representada allí por sacerdotes de todo el latinismo. El obispo italiano dilataba su cara con un gesto de contento infantil; el abate francés sonreía inquieto, como si viese nacer un temible rival; don José agradecía la alusión, admirándolo con patriótico orgullo. «¡Qué don Isidro tan vivo!... ¡Si yo tuviese su labia para las señoras!»

Al terminar el concierto, la gente se esparció por la cubierta, ansiosa de respirar aire libre. Era cerca de media noche. Las niñas se quejaban del calor, intentando con este pretexto desobedecer á las madres, que proponían un descenso inmediato al camarote. Los pasajeros corteses iban saludando á las señoras que habían intervenido en el concierto, mezclando en su coro de alabanzas los más estúpidos embustes. Todas ellas aceptaban sin pestañear la afirmación de que en caso de pobreza podían ganarse la vida con su talento musical. Mrs. Lowe, escoltada por su marido, que llevaba bajo el brazo

un rintero de partituras, acogía estos elogios con foscas contracciones de su rostro caballuno. Sentíase ofendida por la falta de gusto de los oyentes: sólo la habían hecho repetir su canto dos veces, cuando ella traía ensayadas una docena de romanzas. El público se lo perdía.

Un grupo de señores viejos acosaba á Conchita con sus felicitaciones. Algunos, prudentes y calmados hasta entonces, parecían agitados por un cosquilleo eléctrico. Muy bonitas las canciones, aunque ellos no habían entendido gran cosa... ¡pero el baile! ¡aquella danza serpenteante, con unos brazos que parecían hablar!... Doña Zobeida sonreía, contenta del triunfo de «esta buena señorita», haciendo confidente de sus entusiasmos á don José el clérigo, que la escoltaba igualmente con toda la autoridad de su sotana.

—Pero ¿ha visto qué lindura, padrecito?... Nuestra niña es la que ha gustado más á los señores... Ya lo decía mi finado el doctor, que sabía de esto como de todo. Para bailar con gracia, las españolas.

Y perdiendo su timidez, ella misma presentaba á Conchita de grupo en grupo, aceptando como algo propio los requiebros interesados que los hombres dirigían á la bailarina.

Maltrana no se mostraba menos ufano por su triunfo oratorio. Al encontrarse con Fernando tuvo el gesto petulante de un cómico que sale de la escena... ¿Le había visto? ¿Qué opinión era la suya?...

—Yo creo que me los he metido en el bolsillo... Los amigos me miran como si fuese otro hombre. Parecen arrepentidos de haberme tratado hasta hace poco como un insignificante... Van á darme una fiesta en el fumadero: una fiesta íntima... en mi honor.

Era una despedida de los pasajeros alegres á los amigos que se quedaban en Río Janeiro; pero por el

éxito reciente de Maltrana, la dedicaban también á su persona.

—Va á ser famosa—continuó Isidro con entusiasmo—. Asistirán señoras, muchas señoras; todas las coristas de la opereta, que me han oído desde puertas y ventanas sin entenderme seguramente, pero ahora me contemplan con respeto y cuando paso junto á ellas murmuran algo que debe ser de admiración... Venga usted con nosotros.

Fernando se excusó: pensaba retirarse inmediatamente á su camarote. Maltrana frunció el entrecejo, como si recordase algo molesto, y aprobó su resolución. Hacía bien. Aquella fiesta era igualmente para despedir al barón belga y á otros amigos suyos que se quedaban en el Brasil. En el aturdimiento de su gloria había olvidado que los de la banda estaban furiosos contra Ojeda, y á última hora, con la insolencia que da el vino, eran capaces de provocar una escena violenta.

—Hasta mañana; le contaré lo que ocurra... No tema que esta noche vaya, como las otras, á golpear el camarote misterioso. Eso se acabó... Por cierto que el hombre lúgubre no se ha dejado ver en todo el día. Debe estar temblando con la idea de que pasado mañana llegamos á Río. Verá usted cómo lo primero que se presenta en el buque es la policía para echarle esposas en las manos... Yo no me equivoco.

Al entrar Fernando en su camarote experimentó una gran sorpresa viendo el retrato de Teri... Luego se avergonzó de la inconsciencia en que vivía, semejante á la del ebrio que recuerda los propios asuntos cual si fuesen de otra persona. Los hechos anteriores á su embarque eran para él como sucesos de una existencia distinta, ocurridos en otro planeta, y de los que sólo guardaba ya una débil memoria. Vivía ahora en un mundo nuevo, reducido, ais-

lado, que iba vagando por el infinito azul, y sólo le interesaban las inmediatas necesidades de su existencia oceánica...

Nélida iba á llegar: ¡y quién sabe con qué comentarios de juventud insolente y triunfadora saludaría la belleza de Teri, de un esplendor melancólico, fino y suave, como el de las primeras mañanas de otoño!...

Para evitar un sacrilegio llevó sus manos al retrato, ocultándolo entre las ropas del armario. Al hacer esto tembló con una inquietud supersticiosa. Temía que un poder inexorable y oculto, que él no llegaba á definir con claridad, le castigase por su cobardía... Tal vez perdiera á Teri para siempre, después de haber osado ocultar su imagen. ¡En amor hay tantas afinidades misteriosas, tantos choques inexplicables á través del tiempo y la distancia!... Pero estas preocupaciones de hombre imaginativo, trastornado por una vida de encierro, duraron muy poco. Un ruido de pasos en el inmediato corredor le hizo volver al presente. Era un vecino que se retiraba. Nélida no tardaría en presentarse, y era ridículo que él la recibiese vistiendo aún el *smoking* de la comida.

Luego de desnudarse se cubrió con un pyjama, tomó un libro, y esperó leyendo y fumando. El interés de la lectura se apoderó de él al poco rato. Nélida, con toda su gentileza, carecía del encanto de este libro: la novedad.

Transcurrió mucho tiempo, y cuando empezaba á dudar de que ella viniese, percibió un leve ruido en el inmediato corredor; menos que un ruido: un roce, las ondulaciones del aire por el desplazamiento de un cuerpo silencioso. Era ella que avanzaba cautelosamente.

No experimentó sorpresa al ver cómo giraba la puerta del camarote sin que apareciese alguien en

el espacio recién abierto. Luego, Nélica entró de golpe, ó más bien, saltó, con la alegría de un gimnasta que llega al final de una carrera de obstáculos. Sacudía en torno de la frente el manajo de sierpes de su cabellera; dejaba flotante sobre su cuerpo el sutil kimono, que había llevado recogido hasta entonces, como si quisiera replegarse, disminuirse en su marcha silenciosa.

—¡Cú... cú!—dijo al entrar, con risa triunfante—, ¡Aquí me tienes!

Se arrojó en brazos de Fernando con cierta emoción, como si éste fuese su primer abandono; luego se apartó rudamente, á impulsos de su movilidad caprichosa. Encendió todas las luces del camarote para examinarlo mejor. Tocaba los libros apilados en el diván, en la mesita y hasta en el lavabo; revolvía los papeles; mostraba una curiosidad infantil ante los objetos de tocador y las ropas de Ojeda. Su deseo de verlo todo adquirió un carácter alarmante.

—Tú debes tener retratos, cartas de amor. ¡A saber lo que traes de Europa guardado en tus maletas!... Enséñame tus conquistas, viejo mío. Muéstrame las... para que me ría.

Luego admiró el camarote. Era más grande que el suyo; el techo más alto, y sobre todo, en vez del tragaluz redondo, tenía ventana, una verdadera ventana como las de las construcciones terrestres. Saltó sobre el diván para sentarse en el alféizar de ella, sacando parte de su cuerpo fuera del buque. Un grato escalofrío hizo temblar su espalda: estremecimiento de frescura por el viento que levantaba el buque en su marcha y que corría sobre su piel, hinchando la tela del suelto kimono; estremecimiento de miedo al verse suspendida en el vacío y la noche, bastándole un leve movimiento de retroceso para caer en el mar.

Ojeda la sostuvo, agarrando sus piernas. Con esta atolondrada podía temerse todo. Y Nélida agradeció su miedo como una manifestación de amor, acariciándole la cabeza, hundiendo sus manos en sus cabellos, alborotándolos.

—Figúrate, negro, que yo me dejase caer así... ¡Ah... ah... ah!—y al lanzar esta exclamación, se echaba atrás, obligando á Ojeda á un esfuerzo violento para retenerla—. Por pronto que se enterasen en el buque é hicieran alto, pasaría mucho tiempo. Pero tú te echarías al agua detrás de mí, ¿no es cierto, mi viejo?... Vendrías á hacerle compañía á tu nena en medio del mar, y nadaríamos juntos hasta que nos buscasen... Y si no nos buscaban, nos ahogaríamos juntos... ¡así!... ¡bien juntitos!

Con la excitación del peligro se abrazaba á él fuertemente, tirando hacia afuera, como si en realidad desease caer de la ventana arrastrando á su amante.

Este se libró con rudeza del abrazo juguetón é imprudente. Estaban en medio del Océano, lejos de toda costa. Bastaba una leve falta de equilibrio, para que ella se desplomase en aquellas aguas negras que pasaban y pasaban junto al flanco de la nave. Sería un chapuzón en el misterio y el olvido: una caída sin esperanza. Nadie podía verla; la muerte era segura. Y aunque alguien la viese y el buque se detuviera, volviendo sobre su marcha, resultaría difícil encontrar un pequeño cuerpo flotante en esta lóbrega inmensidad que parecía de tinta.

—Nélida, ¡por Dios! baja de la ventana.

Pero ella reía de su miedo, segura al mismo tiempo de la fuerza con que la mantenían sus brazos. «¡Ah... ah... ah!» Y echaba el cuerpo atrás, en el vacío, con tal ímpetu, que Ojeda hubo de hacer grandes esfuerzos para sostenerla.

—Di que si yo cayese te echarías de cabeza para salvarme... Di que morirías por tu nena...

Aprobó Fernando todo cuanto ella quiso pedirle, y sólo así pudo conseguir que abandonase la ventana, estrechamente abrazada á él, contemplándolo con admiración.

—¿De veras que morirías por mí?... Repítelo, viejito rico, que yo lo oiga... Dilo otra vez, mi negro.

La gratitud perduró en Nélide gran parte de la noche. En la obscuridad, sin más luz que el tenue fulgor sideral que entraba por la ventana, volvió á llamar á Ojeda «viejito» y «negro», dos palabras amorosas del nuevo hemisferio á las que él no había podido habituarse todavía, y que en medio de los transportes pasionales le hacían sonreír.

Cuando brilló de nuevo la electricidad estaban los dos sentados en un diván. Nélide, por un brusco cambio de su carácter tornadizo, hablaba ahora con tristeza y miedo. Contaba los días que faltaban para la llegada á Buenos Aires. ¡Cuán pocos eran!... Recordaba á su hermano mayor, el rudo estanciero, que en las últimas cartas enviadas á Berlín prefería contra ella terribles amenazas, comentando las denuncias que le había dirigido el hermano pequeño.

—Y ese zonzo de seguro que apenas lleguemos le va á contar no sólo lo de Alemania, sino lo del buque; lo tuyo también. ¡Ay! ¿qué va á ser de mí?

Ella, que en su valerosa inconsciencia no temía á nadie de los que la rodeaban, temblaba con solo el recuerdo de este hermano, al que había podido apreciar en un breve viaje á la Argentina realizado tres años antes acompañando á su padre.

—Con él nadie bromea. Es un bárbaro... ¡Y si hablase sólo de matarme! La muerte no me da miedo; al fin, todos hemos de pasar por ella. Pero me amenaza con algo peor. Me quiere cortar la cara,

me la quiere quemar con vitriolo, para que los hombres huyan de mí y yo me consuma de desesperación. ¡Qué horror!...

Temblaba al pensar en este suplicio, más temible para ella que la muerte, no dudando un instante de que su hermano era capaz de cumplir tales amenazas.

Guardaba un vivo recuerdo de su gesto fosco, de su propensión á la violencia, de su mirada lúgubre. Ojeda, escuchándola, se imaginaba el tipo. Era un homicida, al que había faltado una ocasión para el desarrollo de sus facultades. ¡Interesante la familia Kasper con sus variados productos del cruzamiento de razas!...

—¡Ay! Si tú me amases de verdad...—continuó ella, implorándole con sus ojos—. Tú que estás dispuesto á echarte al mar por mí, podías hacerme feliz con mucho menos... Di, mi viejo, ¿quieres hacer algo que yo te pida?...

Fernando, acosado por sus ruegos, prometió obedecerla. ¿Qué deseaba?... Una cosa insignificante, que expuso ella con sencillez. No quería ir á América: marchaba hacia Buenos Aires como un animal que va al degolladero. Aún estaban á tiempo los dos para ser dichosos. Bajarían en Río Janeiro, se esconderían, dejando que partiese el vapor, y tomarían pasaje en otro buque de los que volvían á Europa... ¡Ah, el hermoso Berlín! En ninguna ciudad de la tierra se vivía con más felicidad.

Casi saltó Fernando de su asiento á impulsos de la sorpresa. ¿Volver á Europa, cuando aún no había llegado al término de su viaje? Sólo podía admitir esta proposición como una broma. ¿Y sus negocios?... ¿Qué iba á hacer él en Berlín?...

Nélida se sintió ofendida por la extrañeza que mostraba su amante.

—No me quieres, bien lo veo. Todos los hombres sois lo mismo. Muchas promesas, y luego retrocedéis ante el sacrificio más pequeño... ¡Egoístas!

Se quejaba como si acabase de descubrir una gran infidelidad, ella, á la que había visto Ojeda en trato amoroso con otros hombres y que dejaba á sus espaldas, en Europa, un pasado del que iba á pedirle cuentas «el gaucho» vengador. Sólo llevaban dos días de amores, y se extrañaba de verse desobedecida, como si los hombres no tuviesen otra obligación que seguirla en todos sus caprichos y su insolente juventud fuese el centro del mundo, en torno del cual debían girar personas y sucesos.

—Me mataré—dijo con energía—. Y si no me mato, me marcharé sola. Yo te juro que no llego á aquella tierra... ¡Qué horror!

Acordábase de los meses que había pasado en Argentina tres años antes. Era un país para mujeres como su madre. Buenos Aires aún podía tolerarse; pero ellos iban á vivir en una ciudad del interior, cerca de la estancia que dirigía su hermano.

—Por toda diversión una plaza en la que toca una música algunas noches. Las niñas se pasean por un lado, como manadas de pavos, y los hombres por otro; sin hablarse, dirigiéndose miradas, lo que allá llaman *afilar*, y sin atreverse á un saludo. Luego, el encierro en casa todo el día... la conversación con las amigas de mamá. No: ¡primero morir! Yo necesito ir á Berlín. ¡Si tú conocieses lo hermoso que es Berlín!...

Intentaba vencer la resistencia de Ojeda con los recuerdos de aquella capital, en la que había transcurrido lo mejor de su vida. Ella no conocía París. Su padre se había negado siempre á llevar su familia á esta ciudad. Se enfurecía el señor Kasper, como un profeta bíblico, al hablar de la moderna Babilonia, urbe corrompida, inventora de malas

costumbres... ¡Ay, Berlín! Tal vez las parisienses fuesen más elegantes, más finas que las otras; pero en Berlín todo era grande. Los cafés y los teatros, más enormes que los de París. Los establecimientos nocturnos copiaban los títulos de Montmartre; pero si en una sala parisién danzaban cincuenta parejas, en la de Berlín bailaban doscientas; si en una parte se destapaban diez botellas, en la otra eran cien; y si en los bulevares había batallones de mujeres sueltas, en la metrópoli germánica podían formarse cuerpos de ejército con las hembras en disponibilidad.

Todo era abultado, inmenso, colosal, en aquella urbe disciplinada; hasta la alegría y la licencia, que habían sobrevenido como resultados del triunfo de 1870. Y la mestiza de alemán y de criolla hablaba con nostalgia de la vida nocturna de Berlín, de todo lo que había conocido y gozado en su absoluta libertad de «señorita educada á la moderna».

—Tú sólo has visto aquello como viajero; además, conoces poco el idioma. No sabes lo que es la vida allá. ¡Si la conocieras!... ¡Si accedieses á venir conmigo!

Y en la inconsciencia de su entusiasmo, sin darse cuenta de la penosa impresión que causaba en Ojeda, empezó á hablarle de sus aventuras. Tenía una amiga, hija de alemán y de norteamericana, cuyos padres vivían en Berlín después de haber hecho fortuna en los Estados Unidos. Las dos se escapaban de sus casas por la noche para ir á los cafés más célebres en compañía de unos novios con los que nunca habían de casarse. Este acompañamiento no las impedía cenar con ricos señores de la industria y de la Banca. Los dueños de los establecimientos las atraían y las halagaban á ellas y á otras de su clase. Eran señoritas, con un encanto superior al de las otras mujeres. Sabían mantener

sus aventuras en un término prudente, con más bullicio y atrevimiento que las profesionales, pero sin permitir nunca el atentado irreparable. Mostrábanse expertas en la tentación que enardece al parroquiano y le hace volver otra noche. Y para asegurarse el auxilio de estas colaboradoras, los gerentes les daban primas sobre lo que hacían gastar á los señores, algunos centenares de marcos al mes, que eran una entrada supletoria para vestidos y sombreros, compensando de este modo el regateo económico de sus familias.

—Un gran país—continuó Nélide—. Allí únicamente se vive. ¿Y tú no quieres llevarme? ¡Tan dichosos que seríamos los dos!... Di, ¿por qué no quieres?

Fernando quedó indeciso. No sabía qué contestar á esta loca, de una amoralidad desconcertante. Era inútil exponer razones de honor, hablar de su dignidad, que no podía adaptarse á este género de existencia. Jamás llegaría á entenderle.

Para salir del paso aludió á las dificultades materiales que se oponían á su plan. ¿Qué iba á hacer él en Berlín? ¿De qué podían vivir? Para estas aventuras se necesita dinero, y él no lo tenía.

Nélide abrió los ojos con asombro. No podía comprender un hombre sin dinero. Todos los que ella había conocido hasta entonces lo tenían en abundancia, ó al menos jamás se preocupaban visiblemente de su carestía. ¡Un hombre sin dinero!... Le parecía inaudita esta revelación, y miró á Ojeda como si acabase de descubrir en él nuevos encantos y perfecciones.

Ella tenía dinero para los dos. Ignoraba cuánto: tal vez mil quinientos marcos. Y repitió varias veces la cifra, dándola gran importancia por ser dinero suyo: ahorros de la vida en Berlín... Además de esto, tenía sus pequeñas alhajas, regalos de amis-

tad, que llevaría con ella. No necesitaban de grandes cantidades para llegar á Berlín, y una vez allá, todo les sería fácil. Contaba con amigos, muchos amigos; una mujer sale fácilmente de apuros. Ojeda sólo tendría que ocuparse de los gastos de su persona, y si era necesario, ella ayudaría también á su viejito... á su negro.

—¡Nélida!—protestó Fernando.

Pero no quiso decir más. ¿Para qué?... Ni él aceptaba aquel viaje, ni ella, con la movilidad de sus fugaces impresiones, se acordaría tal vez de esto á la mañana siguiente.

Sonó un gran estrépito en las cubiertas superiores: ruido de voces, correteos. Luego las fuertes pisadas se alejaron hacia la popa, acompañando una violenta discusión. Debían ser los de la banda, que se peleaban entre ellos.

—Márchate—dijo Ojeda—. Son las tres. Esas gentes pasean por todo el buque antes de acostarse, y te pueden sorprender.

Aceptó el mandato Nélida, más por despecho que por obediencia amorosa. Sus besos de despedida fueron glaciales. Fruncía las cejas; brillaba en sus ojos un resplandor hostil.

—No me quieres, bien lo veo... Otro se consideraría feliz si yo le permitiese acompañarme en mi fuga, y tú parece que estás arrepentido de conocerme... Cualquiera diría que te he propuesto un crimen.

Fernando murmuró algunas excusas... Era un asunto que merecía ser pensado. Tal vez se decidiese al día siguiente. Pero ella, adivinando la falsedad de sus palabras, no quiso oírle. «¡Adiós!» Le empujó para ganar la puerta, cerrándola tras ella ruidosamente, como si ya no le importase guardar recato alguno.

«¡Adiós!», contestó Ojeda al quedar solo. Le-

vantaba los hombros, sonreía con una expresión de cansancio, le pareció más agradable su camarote sin otra presencia que la suya... ¡Muchacha loca, adorable por una hora é insufrible por toda una noche!... Reía francamente al recordar las extrañas proposiciones de Nélide. ¡A Berlín él!... ¿Qué se le había perdido allá?... Y todo porque la niña le tenía miedo al hermano medio salvaje. Era una solución digna de su cabeza destornillada.

Con estos comentarios fué desnudándose, y al apagar la luz experimentó entre las sábanas la voluptuosidad del que se ve solo después de haber sufrido una compañía enojosa. «¡Ah, las mujeres! ¡Lástima grande no poder vivir sin ellas!» Ojeda, que empezaba á dormirse, dió algunas vueltas en su nebuloso pensamiento á la vulgarizada frase del dramaturgo escandinavo. Siempre que una contrariedad amorosa le impulsaba á separarse de una mujer, se decía lo mismo: «El hombre aislado es el más fuerte...» ¡Ay! Fácil era aislarse cuando el organismo parece crujir de fatiga y la hartura quita todo encanto á las tentaciones. Pero transcurre el tiempo; la mujer despreciada adquiere mayor valorización á cada vuelta de sol; y el deseo, al renacer en las entrañas, las araña como un demonio implacable, diciendo burlonamente á cada zarpazo: «Toma, hombre aislado; toma y aguanta, ya que eres el más fuerte...»

Despertó Ojeda al día siguiente con los sonidos de la música, que daba su concierto matinal. Cuando subió á la cubierta era muy tarde. Muchos esperaban el toque de mediodía para entrar en el comedor. Adivinó Fernando en las miradas de algunos y en el secreto de ciertas conversaciones que un suceso extraordinario había ocurrido en el buque.

Vió venir hacia él á Maltrana con la majestad

sombria de un hombre cargado de secretos. Las miradas de algunos pasajeros tendidos en sus sillones le seguían con cierta admiración. Parecía haber crecido en una noche. Era otro, con la mirada grave, la frente pesada, los brazos cruzados sobre el pecho y un índice apoyado en la boca, lo mismo que si adoptase un gesto de pensador viéndose rodeado de máquinas fotográficas.

—Tengo que hablarle.

Dijo esto con tono de misterio, y se llevó á su amigo hacia el extremo de proa.

—¿Por casualidad trae usted una caja de pistolas de desafío?...

A pesar de que Ojeda, viendo el aspecto de su compañero, estaba preparado para las peticiones más absurdas, no pudo reprimir su sorpresa... ¿Pistolas de desafío?... ¿Es que «por casualidad» viajaban las gentes con una caja de ellas en el equipaje?... Maltrana se excusó. Recordaba que su compañero había tenido varios lances, y esto le hacía suponer que bien podría llevar con él esta clase de armas.

—Siento que usted no las tenga, Fernando, y no sé cómo salir del paso. Hay un duelo pendiente á bordo, y los adversarios, así como los otros testigos, me han hecho el honor de confiarse á mi pericia, encargándome la preparación del combate. Una misión difícil.

El desafío iba á realizarse á la mañana siguiente en tierra, con el mayor secreto, durante las pocas horas que el buque permanecería anclado, y él tenía que establecer las condiciones, para lo cual le era necesario, ante todo, encontrar las armas.

No faltaban éstas en el buque. Todos los pasajeros tenían la suya, y hasta algunas señoras ocultaban en sus camarotes el arma de fuego niquelada, brillante y graciosa como un juguete. Había

revólveres de todos los calibres, pistoletes automáticos de diversos mecanismos. Un argentino hasta le había ofrecido para el caso dos carabinas de repetición, con balas blindadas, que llevaba para su estancia. Pero todas eran armas vulgares, prosaicas, de última hora; armas sin tradición, que no podían servir por falta de títulos para que dos caballeros se matasen. El necesitaba espadas ó pistolas antiguas que se cargasen por la boca, como ordena el ceremonial del honor, armas poéticas consagradas por el teatro y la novela; y toda aquella gente sólo podía ofrecerle ferretería moderna, falta de nobleza, que funcionaba como un reloj y distribuía la muerte con mecánica exactitud. No había podido encontrar á bordo ni siquiera dos sables, arma híbrida, arma mestiza, que era como una transición entre las unas y las otras.

Ojeda interrumpió estas lamentaciones. Quería saber el motivo del duelo y quiénes eran los combatientes.

Se expresó Maltrana con triste dignidad. Había sido al final de la fiesta en su honor, cuando más contentos y fraternales se mostraban los amigos. Muchos se habían ido ya á dormir. Eran las tres de la madrugada. Al cerrarse el fumadero habían subido á la cubierta de los botes para terminar el jolgorio en el camarote del belga, que iba á separarse al día siguiente de la honorable sociedad. Llevaban á prevención algunas botellas, y al quedar vacías éstas, probaron á beber cierto alcohol de tocador, agua de Colonia ó algo semejante, riendo de las muecas y náuseas que el líquido perfumado provocaba en algunos.

—Cuando más contentos estábamos, surgió la pelea entre el belga y ese alemán pariente de Né-lida, los dos amigos más íntimos, siempre juntos desde que entraron en el buque. Yo creo que en el

fondo se odiaban sin saberlo. Inútil decir á usted quién es el verdadero culpable... ¿Quién ha de ser?... Nélide. Y lo más gracioso del caso es que ninguno de los dos la nombró, pero ambos la tenían en el pensamiento. Estaban furiosos desde hace días: desde que la muchacha se fijó en usted. Fué una suerte que no anduviese usted anoche por el buque. Hubiésemos tenido un disgusto.

Los dos rivales se hacían responsables del apartamiento de la joven. Cada uno de ellos se imaginaba que de haber quedado solo al lado de ella habría podido retenerla. Pero se estorbaron con su mutua presencia, acabando por cansar á Nélide en fuerza de rivalidades y celos. Y este odio silencioso que los dos llevaban en su pensamiento había estallado en la madrugada con la rapidez y la incoherencia de las querellas de borrachos. Unas cuantas palabras ofensivas, á las que no prestó atención el resto de la banda, y de pronto, botellas por el aire, bofetadas, lucha cuerpo á cuerpo.

—Algo muy triste, amigo Ojeda. Por voluntad del alemán, allí mismo hubiese terminado el incidente. El tiene un ojo hinchado y el otro lleva en un carrillo algo que parece un tumor. Los dos iguales. No se necesitaba más para volver á ser amigos... Pero el belga entiende las cosas de otro modo. Saca á colación su baronía, y además creo que ha sido subteniente de no sé qué guardia nacional ó reserva de su país. En fin, que ha arrastrado sable y tiene empeño en batirse con su amigote, para después estrecharle la mano con toda tranquilidad. Y los dos se han confiado á mí en esto del duelo.

Maltrana se excusó modestamente.

—No extrañe usted esta predilección. Se han enterado de que yo tuve en nuestra tierra algunos desafíos (porque con ellos me iba el pan), y me miran con tanto respeto como si fuese de la Tabla Re-

donda... Además, ha influido igualmente mi triunfo oratorio de anoche, el nuevo prestigio que me rodea. Uno que habla bien es sabido que sirve para todo... hasta para gobernar pueblos.

Y como Fernando no podía darle lo que necesitaba, se alejó en busca de las armas. Iba á hacer la misma pregunta á otros pasajeros de distinción, y si éstos no tenían «por casualidad» una caja de pistolas, arreglaría el encuentro á revólver, escogiendo dos completamente iguales entre los muchos que le habían ofrecido.

Al pasear Ojeda por la cubierta vió á los adversarios, uno en la terraza del fumadero y otro en el balconaje de proa, ostentando ambos en la cara, sin recato alguno, las huellas del choque nocturno. La banda se había dividido según sus opiniones y afectos, quedando un grupo en torno del alemán y otro junto al barón. Los dos se mantenían en actitud arrogante, como actores que vigilan sus movimientos sabiendo que todas las miradas están fijas en ellos.

De Nélide no se acordaba nadie. Este choque, que podía tener consecuencias trágicas, había quitado todo interés á la inquieta muchacha y sus insolentes veleidades. Ojeda la vió venir hacia él pasando ante el grupo que formaban el barón y sus amigos en la terraza del fumadero. Todos la consideraron con indiferencia, y ni siquiera volvieron los ojos para seguirla mientras se alejaba. La atención era para el héroe, que, con el carrillo hinchado, relataba por cuarta vez cierto desafío terrible en el que casi había matado á su rival.

Al reunirse Nélide con Fernando le habló con apresuramiento. Iba buscándole desde una hora antes por todo el buque... ¡Lo que le ocurría á ella por culpa del hermano!...

—Cuando veas á papá, dile que estuviste acompa-

ñándome hasta las tres de la mañana en el comedor y que me encontraste á la una. El te preguntará; pero aunque no te pregunte, dile eso de todos modos.

Había cometido una imprudencia la noche anterior al ir en busca de él, dejando olvidada la llave en la puerta de su camarote. El «zonzo», ó sea el hermano, ansioso de venganza por los golpes de la tarde, había cerrado la puerta al notar su salida, guardándose la llave. Inútiles los ruegos de Nélida cuando, al volver en la madrugada, intentó ablandar á su hermano llamando á la puerta de su camarote. Se fingía dormido. Y ella había pasado el resto de la noche en una silla del comedor, á obscuras, invisible para los de la banda, que andaban divididos de un lado á otro con la agitación de la pelea reciente.

Los criados que estaban de guardia podían atestiguar que había pasado la noche en el comedor. Simple asunto de cambiar las horas, asegurando que estaba allí desde mucho antes. Todos los criados del buque sonreían al verla y estaban prontos á afirmar lo que ella les pidiese...

Fué borrascosa la escena de familia cuando el digno señor Kasper y su mujer se levantaron y abrió el hijo la puerta del vacío camarote. «Nélida ha pasado la noche fuera.» Pero Nélida sobrevino como una fiera, y hubo que arrancar al «zonzo» de entre sus manos. Aquel bandido se había aprovechado de una corta salida suya por exigencias higiénicas para cerrar la puerta, dejándola fuera del camarote, obligada á vagar por el buque, expuesta á peligros y murmuraciones... todo por el deseo de calumniarla.

Ella había pasado la noche sentada en el comedor; tenía testigos: los criados que estaban de guardia. Aún podía ofrecer un testimonio más importante: el doctor Ojeda, que la había encontrado á la

una y media, cuando él se retiraba á su camarote, acompañándola hasta las tres. ¿Cuándo iba á terminar de martirizarla este malvado?...

La madre tomó partido por el hijo, mirándola á ella con ojos iracundos. Era la vergüenza de la familia: los iba á matar á disgustos. «Papá... papá», imploraba Nélica. Y el señor Kasper reflexionaba, como un rey justiciero, acariciándose las barbas. ¡Prudencia! Había que pesar bien las cosas para ser equitativo. La niña ofrecía pruebas, y el tonto únicamente sabía insistir en su acusación, sin añadir testimonio alguno. Y casi sentenció por adelantado, intentando dar un repelón al muchacho. «¡Raza maliciosa y vengativa! Nada bueno podía esperarse de su sangre mestiza.»

Nélica no tenía miedo al enojo de sus padres, pero necesitaba convencerlos de su inocencia para que le sirviesen de fiadores ante el hermano temible que la esperaba al término del viaje. ¿Y aún se resistía Fernando cuando ella le hablaba de huir, como si le propusiese algo disparatado? No, no iría á Buenos Aires: estaba resuelta á escaparse al día siguiente... Pero la inmediata realidad le hizo insistir en sus recomendaciones:

—Cuando papá te pregunte, ya sabes lo que debes contestar... Y si no te pregunta, háblale tú. Hazlo, mi viejo; sé buenito. Allí lo tienes, cerca del fumadero, hablando con el señor Pérez. El se alegra mucho de verte: dice que eres la mejor persona de á bordo.

Y le empujaba dulcemente, estremando los gestos y miradas de seducción. Ojeda, con su pasividad habitual ante el mandato de una mujer, siguió este impulso, dirigiéndose en busca del señor Kasper. ¡Qué de embustes y enredos con esta muchacha!... Afortunadamente, el día de la liberación estaba próximo; y una vez en tierra, no la vería más.

Sonrió el patriarca á Fernando, sin interrumpir por esto su conversación con Pérez. Hablaban de política, conviniendo los dos en un gran amor por los gobiernos fuertes y en la necesidad de fusilar á todos los enemigos de la autoridad. El señor Kasper odiaba las repúblicas, gobiernos de pelagatos con levita, de parlanchines hambrientos. Los pueblos debían ser regidos por hombres á caballo, con deslumbrantes uniformes. Y satisfecho de que á él le hubiese tocado esta suerte al nacer en Alemania, abrumaba con ironías y sarcasmos á la más célebre de las Repúblicas. Nunca había querido vivir en París. ¡Una nación gobernada por abogados y periodistas! ¡Un pueblo sin moralidad y casi sin familia! Todo el mundo sabía esto...

Ganoso de retener á Fernando, dejó que Pérez se marchase en busca del tercer aperitivo de la mañana, y al quedar solos, fué el patriarca el que inició la explicación deseada por Nélica.

Ya sabía él que el señor Ojeda había acompañado á la niña gran parte de la noche en el comedor. Le daba las gracias por su amabilidad. No podía haber encontrado mejor acompañante que él, un caballero distinguido y serio. Eran querellas entre muchachos; una genialidad de su hijo menor, que le proporcionaba muchos disgustos. La sangre de los abuelos criollos despertaba en sus venas... Su hijo mayor era más equilibrado; pero en cuanto á carácter, allá se iba con el otro. ¡Gente interesante y temible!... Nélica y él eran más tranquilos, más alemanes, de genio siempre igual.

Hacía elogios de la hija predilecta, olvidando por completo el incidente de la noche anterior, sin pedir nuevas aclaraciones, librando á Ojeda de la necesidad de mentir, diciéndolo él todo, como si estuviese mejor enterado que nadie por el solo testimonio de Nélica. Y acompañaba sus palabras con

tales sonrisas, que Fernando acabó por sentirse desconcertado. «Este señor es tonto—pensaba—, tonto como su hijo menor.» Pero luego parecía dudar. «O tal vez es un fresco. El mayor sinvergüenza que he conocido.»

Mientras tanto, el señor Kasper pasaba con suavidad del elogio de su hija á hablar de los negocios de América, tema en el que insistió hasta el toque de mediodía, que deshizo los grupos, empujando las gentes al comedor.

Después del almuerzo, muchos pasajeros, en vez de permanecer arrellanados en los asientos del jardín de invierno como gentes faltas de ocupación, tomaron rápidamente el café y salieron cual si fueran en busca de algo importante. Los pupitres de los salones y del fumadero estaban ocupados por hombres y mujeres que escribían y escribían, teniendo ante ellos un montón de cartas cerradas con las direcciones puestas. Por encima de sus cabezas pasaban manos rapaces, apoderándose con profusión de sobres y pliegos. Corrían los criados, no sabiendo cómo acudir á tan diversos llamamientos. Todos pedían lo mismo: papel y plumas.

Se interpelaban los viajeros para implorar el préstamo de un estilógrafo. Improvisábanse escritorios entre las tazas de café, así como en las mesas de la cubierta y sobre los pianos. Todos habían sentido de pronto la necesidad de escribir. Al día siguiente llegaba el *Goethe* á puerto, y las gentes despertaban de su ensueño azul que había durado diez días. Se acordaban de que existía el mundo, de que no estaban solos en el planeta, y había una vida más allá de la oceánica extensión, con la que iban á ponerse de nuevo en contacto.

Los hombres se apartaban de las señoras, á las que habían cortejado hasta entonces. Ceñudos y preocupados, buscaban un rincón y mordían el cabo

del palillero ante el pliego virgen, no sabiendo cómo reanudar sus ideas. Las mujeres parecían más graves y silenciosas, poseídas de súbito ascetismo. Rehuían las conversaciones, como si fuesen peligrosas para su virtud. Deseaban estar solas, y movían en este aislamiento su pluma lentamente, con vacilaciones entre línea y línea, cual si temieran decir poco ó decir demasiado.

Isidro, que no había de escribir á nadie—pues sólo pensaba enviar á su hijo una postal con grupos de negros al bajar á tierra—, contempló irónicamente esta fiebre grafománica. ¡Qué de embustes sobre el papel: historias fingidas á última hora para llenar pliegos, sin que se transparentase la verdad! ¡Qué de juramentos de eterno recuerdo, cuando los pobres recuerdos de tierra no habían salido de los equipajes y en ellos permanecían encogidos, como prendas sin uso, mientras el olvido y el afán de placer sin consecuencias se había enseñoreado del buque!... Maltrana pensó que si toda esta avalancha de mentiras se solidificase de repente, el pobre *Goethe* se iría á fondo no pudiendo resistir tan enorme peso.

Entre los que escribían estaba Ojeda. Inclinado sobre un velador del jardín de invierno, iba llenando pliegos, lo mismo que en la vispera de la llegada á Tenerife. Pero ¡ay! su carta era ahora un trabajo literario y reflexivo. Los recuerdos venían á interrumpir su escritura, como la otra vez; pero estos recuerdos no evocaban dulce melancolía, sino vergüenza y remordimiento.

Once días escasos habían transcurrido entre las dos cartas. ¡Qué de sucesos!... ¡Qué de traiciones y vilezas! Sentía dudas sobre su personalidad: creía que durante este tiempo se había verificado en él un prodigioso desdoble. Ya no era el mismo que de todo corazón lanzaba sobre el papel los apasionados

juramentos de la pareja wagneriana. «Alejados el uno del otro, ¿quién nos separará?...» Estas palabras hacían levantarse en su recuerdo, como testimonio de infidelidad, varias figuras de mujer: Maud Mina, aquella Nélide que rondaba por cerca de él, que asomaba á la ventana inmediata su rostro insolente y le hacía señas con los ojos, con los labios, para que saliese cuanto antes.

Afortunadamente, la proximidad de la tierra iba á desvanecer esta embriaguez voluptuosa del Océano que le había mantenido en amable inconsciencia.

El recuerdo de Teri, adormecido durante el viaje, resurgía más vigoroso, con mayor relieve abultado por la luz exageradora del remordimiento. Y este remordimiento parecía añadir un nuevo incentivo á su amor. Era algo semejante al sacrilegio ó al parentesco, que sazonan ciertas pasiones con el acre y atractivo perfume de lo prohibido y monstruoso.

Al sentir intranquila su conciencia, adoraba Teri mucho más que cuando podía contemplarla sin miedo frente á frente. «La quiero—pensó—como nunca la he querido nunca. La traición y la necesidad de hacerse perdonar dan un interés nuevo al amor. Son como salsas picantes que renuevan el gusto de un plato conocido...» ¡Ah, pobre Teri engañada, que tal vez no se enteraría nunca de estas infidelidades! El iba á expiar sus delitos adorándola con mayor vehemencia; iba á vivir en su imaginación una luna de miel ideal, rodeándola de todos los esplendores de un culto, como el pecador que se prosterna agradecido ante la imagen que perdona y le mira con ojos de misericordia.

Fortalecido por tales propósitos, siguió escribiendo con más soltura é ingenuidad, como si fuese el mismo hombre de diez días antes y esta carta igual á la que había enviado desde Tenerife. Pero

no era el mismo; veíase obligado á reconocerlo. Sus pecados le ligaban á aquel buque, y mientras no saliese de él, serían inútiles sus esfuerzos para volver al pasado.

Cada vez que huían sus ojos del papel, encontraban una sombra en la ventana. Era Nélidea que se aproximaba con su sonrisa audaz, sin miedo á la curiosidad de las gentes. Tosía para indicar su impaciencia; movía los labios, adivinándose en ellos las mudas palabras de admirativa pasión: «¡Dueño mío... viejo... mi negro!»

Inútiles estos llamamientos: él continuaba su carta con la memoria ocupada por el recuerdo de Teri. Mas no le impedía esto el contestar, por costumbre ó por «honradez profesional», á las caricias silenciosas de Nélidea con sonrisas y movimientos de cabeza.

Fatigada ésta de la inmovilidad de Ojeda, acabó por apartarse de la ventana, yendo hacia el avante del paseo, donde estaban Isidro y el doctor Zurita.

Miraban el horizonte como si esperasen ver tierra. «¡América! ¡Pronto verían América!...» El doctor hablaba de esto con cierta emoción. Hacia días que el buque costeaba su amado continente, pero de muy lejos. Ahora se aproximaba á él, pero no se veía tierra hasta muy entrada la noche... Y á la mañana siguiente, la bahía de Río Janeiro.

Nélidea, que se había aproximado á los dos hombres, saludándolos con un leve movimiento de cabeza, miraba al doctor. ¡Muy simpático el viejo! Para ella, todos los hombres eran simpáticos. Debía haber sido en su juventud un buen mozo. Su hijo mayor también lo era. Lástima grande que le gustasen tanto las coristas de la opereta y sólo supiera hablar de París, como si en el resto del mundo no existiesen mujeres.

Zurita saludó á la joven con un gesto de anti-

guo galán y no se ocupó más de ella. ¡Interesante la muchacha!... Pero él tenía su familia á bordo, sus niñas y cuñadas, y deseaba evitar á todas ellas relaciones de amistad que podían ser peligrosas.

Siguió hablando el doctor bajo la mirada vaga de Nélide, que no entendía gran cosa de la conversación de los dos hombres.

—Yo me imagino, *che*, lo que debieron sentir aquellos españoles al distinguir la primera isla... La alegría con que Rodrigo de Triana, el marinero de Colón, debió lanzar el grito de «¡Tierra!»

Maltrana intervino con cierto orgullo al poder lucir sus conocimientos delante de Nélide. Además, su triunfo oratorio había desarrollado en él un deseo vehemente de hacer sentir á todos la autoridad y el peso de sus palabras.

—Hay error en eso que dice usted, doctor, y que es lo que dice igualmente casi todo el mundo. Ni el que descubrió primero la tierra de América se llamó Rodrigo de Triana, ni fué marinero de Colón.

Con tal nombre no figuraba ningún tripulante en el primer viaje. Quien dió el grito del descubrimiento fué un tal Rodríguez Bermejo, natural de Sevilla, y sin duda el Almirante, al hablar de él, convirtió el Rodríguez en Rodrigo, y añadió el Triana por haber vivido en dicho barrio. Entre los marineros era muy frecuente la desfiguración de nombres por apodoso por el lugar del nacimiento. Además, Juan Rodríguez Bermejo no fué marinero de la nao *Santa María*, que montaba el Almirante, sino de la carabela *Pinta*, mandada por Pinzón, que iba siempre á la cabeza de la escuadrilla por ser la más velera.

—Fué la *Pinta* la que avistó, á las dos de la mañana, la isla de Guanahani, y Rodríguez Bermejo el que dió el grito de «¡Tierra!...» Pero Colón, al volver á España, dijo que era él mismo quien á las diez de la noche, ó sea cuatro horas antes, había

visto una luz «como una candelica subiendo y bajando», y que esta luz procedía de la isla. Hay que tener en cuenta que el Almirante estaba entonces á unas catorce leguas de la isla, y ésta es completamente baja, sin una colina. Imposible verla á una hora en que la *Pinta*, que iba navegando muy por delante, no había alcanzado todavía á distinguir tierra. La luz fué indudablemente la de la bitácora de la carabela de Pinzón, que avanzaba entre la nao del Almirante y la isla todavía lejana.

Calló un momento Isidro, gozándose en la curiosidad del doctor, que le escuchaba muy atento.

—El resultado de todo esto—continuó—fué una gran injusticia. Los reyes habían prometido un premio de diez mil maravedises al primero que descubriese tierra, y Colón, que no perdonaba provecho, se atribuyó dicha suma, fundándose en lo de «la candelica». Pinzón, que podía atestiguar la verdad, acababa de morir; y el pobre Rodríguez Bermejo, al verse injustamente despojado por el grande hombre, sin que nadie atendiese sus quejas, sintió tal desesperación que se pasó al Africa y renegó de la fe cristiana, haciéndose moro. Este fue el final del primero que con sus ojos vió la tierra americana.

El doctor Zurita estaba pensativo.

—De suerte, *che*—murmuró—, que la vida civilizada de nuestro hemisferio empieza por una injusticia, por un acto de favoritismo, por el abuso de un mandón.

Maltrana asintió: así era. Y el doctor sonrió maliciosamente, como si después de saber esto comprendiese mejor la historia del Nuevo Mundo.

XI

Al detenerse el trasatlántico, después de tantos días de marcha, una sensación de extrañeza pareció circular por todo él, desde la quilla á lo alto de los mástiles.

Fué poco después de la salida del sol, y todos los pasajeros, aun los menos madrugadores, despertaron casi á un tiempo, con el mismo sobresalto del que experimenta una dificultad repentina en sus órganos respiratorios.

Habituados al suave balanceo de la cama, al movimiento de péndulo de las ropas colgantes, al desnivel alternativo del piso, al escurrimiento de los objetos sobre mesas y sillas, como algo natural en esta existencia oceánica, sintieron todos cierta angustia viendo entrar cuanto les rodeaba en rígida inmovilidad. El oído, acostumbrado al roce incessante de las espumas en los costados del buque, al estremecimiento de la atmósfera cortada por el impulso de la marcha, al lejano zumbido de las máquinas extendiendo su vibración por los muros y tabiques del gigantesco vaso de acero, acogía ahora con extrañeza este silencio repentino, absoluto, abrumador, como si el buque flotase en la nada.

Adivinábase la presencia, más allá de los traga-

luces de los camarotes, de algo extraordinario. El aire era menos puro, sin emanaciones salinas, con bocanadas de agua en reposo que olían á marisco en descomposición, y junto con esto un lejano perfume de selva brava.

Corrió la gente á las cubiertas casi á medio vestir, y sus ojos, habituados al infinito azul, tropezaron rudamente con la visión de las tierras inmediatas, costas negras cubiertas hasta la cima de bosques lustrosos, de un verde tierno, como si acabase de lavarlos la lluvia.

A ambos lados del buque alzábanse las montañas que guardan la entrada de la bahía de Rio Janeiro. A popa, el mar libre quedaba casi oculto detrás de unas islas peñascosas con faros en sus cumbres. Frente á la proa, la bahía enorme estaba enmascarada por el avance de pequeños cabos que parecían cerrar el paso.

Contemplaba la gente el paisaje con la avidez de un descubridor que tras larga navegación alcanza una tierra desconocida, admirando la frondosidad de los bosques tropicales, la forma original de las montañas, todas ellas de bizarros contornos. Parecían bocetos de una estatuaria monstruosa derramados junto al Océano, restos del jugueteo de unas manos gigantescas que se hubiesen entretenido en amasar tierras y rocas. Unas alturas eran cónicas, de regular esbeltez; otras evocaban la imagen de una nariz colosal, de una frente con pestañas, de un mentón voluntarioso.

Estos perfiles se prestaban á diversas combinaciones imaginativas, como las nubes de una puesta de sol. Algunos pasajeros conocedores de la bahía enseñaban á los demás «el hombre que duerme»: una sucesión de cumbres y mesetas que en su conjunto imitan el contorno de un gigante entregado al sueño, con la cara en alto.

Semejantes por sus formas al titubeante ensayo de una Naturaleza en estado de infantilidad ó á las primeras intenciones artisticas de un cerebro primitivo, estas montañas eran de un basalto negruzco, que traía á la memoria la corteza rugosa de la higuera ó la dura piel del elefante. Entre los bloques, allí donde se había amontonado un poco de humus, elevábase triunfador el bosque tropical, compacta masa de intensa verdura—rayada de blanco por los troncos de los árboles—que invadía todas las pendientes, desde las riberas, en cuyas rocas peinaba el mar sus espumas, hasta las cumbres, rematadas por torres de vigia y muros de fortificación.

El cocotero y la palmera daban al paisaje un tono de exotismo para la mirada de los europeos. Acostumbrados al pino parasol de las bahías mediterráneas y á los abetos de los puertos del Norte, saludaban con entusiasmo esta vegetación exuberante, que evocaba en su memoria antiguas lecturas de viajes, hazañas de aventureros, chozas de bambú, saltos de fieras, bailes de negros. Era América tal como la habían soñado: al fin iban á sentar el pie en el nuevo continente... Y el plátano grácil, coronado por el amplio surtidor de sus hojas barnizadas, extendíase por todo el paisaje, formando grupos en torno de las blancas construcciones de la playa, remontando los caminos en doble fila, tendiéndose sobre las mesetas en apretados bosques, festoneando las cumbres con la esbeltez de su tallo, que le hacía destacarse sobre el cielo lo mismo que el estallido de un cohete verde.

El buque permaneció inmóvil algún tiempo, esperando la llegada del práctico. Nadie alcanzaba á ver la ciudad, oculta detrás de los repliegues del terreno. Una neblina roja flotando á ras del agua ensombrecía el último término de la enorme bahía,



comparable á un mar interior oprimido entre montañas.

Los que habían presenciado poco antes la salida del sol, recordaban admirados el espectáculo. Era un astro de monstruosas proporciones, hasta parecer distinto al del otro hemisferio, inflamado al rojo blanco y que lo incendió todo con su presencia: aguas, tierras y cielo. La aparición había sido rápida, fulminante, sin el anuncio de nubecillas rosadas ni gradaciones de luz, sin asomar poco á poco su esfera, como en los amaneceres del viejo mundo. Se había roto el horizonte en llamas lo mismo que en una explosión, surgiendo el astro cielo arriba, cual un proyectil inflamado, para no detenerse hasta que su reflejo trazó una ancha faja de resplandor sobre las aguas de la bahía. Y de esta faja, que ondulaba como el galope de un rebaño luminoso, venían fragmentos de oro al encuentro del buque, se deslizaban por sus flancos y huían entre las espumas de las hélices, puestas de nuevo en movimiento.

Brillaban los peñascos de basalto, como bloques de metal. Centelleaban, cual si fuesen proyectores eléctricos, los tejados y los vidrios de las casas de la playa. Los bosques despedían luz: cada hoja era un espejo. Los remates de las torres y los mástiles de los buques anclados en la bahía serpenteaban como espadas igneas por encima de la niebla.

Avanzó el *Goethe* con majestuosa lentitud, partiendo las aguas de fuego, deslizándose ante las pendientes boscosas, cuyo verdor estaba interrumpido á trechos por unas fortificaciones viejas, de teatral inutilidad. Las baterías modernas, ocultas en el suelo, apenas si se delataban por las gibas de sus cúpulas movibles.

Las magnificencias interiores de la bahía iban

desarrollándose ante la muchedumbre agolpada en las bordas del trasatlántico. Aparecían entre los cabos de basalto coronados de vegetación extensas playas con pueblecitos de color rosa y torres de iglesia blancas, rematadas por una cúpula de azulejos. Estas construcciones, que recordaban por sus formas la originaria arquitectura portuguesa, adquirirían un aspecto criollo con el adorno del cocotero, el banano y otras plantas tropicales formando bosques en torno de ellas.

Una ciudad flotante iba surgiendo del fondo de la bahía según avanzaba el *Goethe*, elevando sobre la inmensa copa azul las líneas oscuras de sus chimeneas, mástiles y cascos. Eran construcciones monstruosas erizadas de cañones, acorazados de color verdoso, ligeros avisos, buques mercantes de todas las banderas. Por las calles y encrucijadas de esta urbe flotante que descansaba sobre sus anclas pasaban y repasaban, diminutos y movedizos como insectos acuáticos, botes y lanchas de diversos colores, con penachos de humo, velas izadas, ó moviéndose solos, sin un propulsor visible.

Comenzaron á verse fragmentos de la gran ciudad. El núcleo principal ocultábanlo unas colinas, pero por detrás de ellas asomaron, cual blancos tentáculos, los bulevares vecinos al mar, las lenguas barriadas que la ponen en contacto con los pueblos inmediatos. Frente á Río Janeiro, en la ribera opuesta de la bahía, alzábase otra ciudad blanca, Nictheroy. Enviábanse las dos, por encima de la enorme extensión azul, el centelleo de sus techumbres y vidrieras, convertidas por el sol en placas de fuego. Unos vapores iguales á casas flotantes iban de una á otra orilla, estableciendo la comunicación entre ambas poblaciones.

Según avanzaba el trasatlántico, parecían despegarse de las costas jardines enteros con vistosas

construcciones; colinas que sustentaban cuarteles y fuertes; pedazos de roca lisa sobre cuyo lomo de elefante se redondeaban las cúpulas de una batería. Eran islas separadas de la tierra firme por estrechos canales. En otros sitios se introducía el mar tierra adentro, formando hermosas ensenadas con paseos frondosos y blancos palacios en sus bordes. Desde el buque alcanzábase á ver el paso veloz de los automóviles por estas riberas.

Los pasajeros conocedores de la ciudad iban señalando en las montañas más abruptas unos rosarios de hormigas que rampaban entre la obscura vegetación: tranvías funiculares, de una pendiente casi vertical; vagones colgantes que escalaban las cumbres de bizarras formas, puntiagudas como agujas, corcovadas cual una joroba gigantesca, enhietas y finas lo mismo que un minarete ó un hierro de lanza.

Iba aproximándose el *Goethe* á la ciudad. Apareció ésta detrás de dos islas coronadas de palmeras, avanzando sus primeras casas entre pequeñas colinas en forma de pan de azúcar. Las construcciones destacaban sus fachadas de un rojo veneciano ó amarillas sobre la masa obscura de los jardines. Navegaba el trasatlántico en aguas pobladas de reflejos. Los buques y los edificios se reproducían invertidos en su profundidad. Ondulaban en este espejo los mástiles y las arboledas, como serpientes de varios colores. El *Goethe*, al avanzar, rompía en mil pedazos este mundo fantástico, y los fragmentos de buques y casas alejábanse en los repliegues de las temblonas aguas, sobre las cuales aleteaban las gaviotas.

Rompió á tocar la música del trasatlántico una marcha de belicosos trompeteos. Los del castillo central admiraban los esplendores de la bahía. La muchedumbre emigrante, amontonada en la proa y

la popa, gritaba sin saber por qué, deseando exteriorizar su alegría, saludando con una explosión de vítores, bramidos y silbidos á los buques inmóviles que quedaban atrás del *Goethe*. En las cubiertas de estas naves, los tripulantes, arremangados, interrumpían las faenas de la limpieza para responder al popular saludo con un griterío idéntico. En torno al trasatlántico comenzó á evolucionar un enjambre de vaporcitos y lanchas automóviles con gentes ansiosas de subir á su cubierta. Cruzábanse entre ellas y los de arriba gritos de saludo, agitaciones de pañuelos.

Se despedían los compañeros de viaje con generosos ofrecimientos, á pesar de que unos y otros tenían la certeza de no verse más. Cambiábanse tarjetas con profusión. Los caballeros brasileños besaban las manos de las damas, inclinándose por última vez con solemne cortesía. Ofrecían sus casas en remotos lugares del interior, y los que continuaban el viaje sonreían agradecidos, cual si pensasen hacerles una visita dentro de breve plazo.

Todos habían vestido trajes de calle, lo mismo los que se quedaban en Río Janeiro que los que seguían la navegación. Estos últimos eran los más impacientes por bajar á tierra. Tenían las horas contadas para visitar la ciudad, y el retraso del buque en acercarse al muelle era acogido por algunas mujeres con pataleos de impaciencia, como si temiesen no desembarcar á tiempo y que la mágica urbe de belleza tropical se desvaneciese de pronto.

Al avanzar el trasatlántico tierra adentro, cada vez con mayor lentitud, haciase sentir un calor húmedo, asfixiante. Ya no soplaba la brisa del Océano libre, aumentada por la velocidad de la marcha. El buque, casi inmóvil, caldeábase con la temperatura de aquel pedazo de mar encerrado entre montañas.

Y todos pensaban en lo que sería este calor cuando bajasen á tierra. Los cuellos almidonados y brillantes empezaban á reblandecerse; las manos enguantadas sufrían el tormento del encierro. Muchos lamentaron su afán de acicalamiento, que les había hecho sustituir los blancos trajes de á bordo con otros más elegantes pero calurosos.

Encontró Ojeda á Nélide que venía en busca de él; pero una Nélide casi desconocida, con gran sombrero cargado de flores y un traje vistoso. Era la primera vez que la veía así. Le gustaba más la otra, la de la cabeza descubierta, la blusa blanca ó el kimono suelto. Encontraba ahora en ella un aire torpe de burguesilla endomingada.

Pero la joven, sin adivinar estos pensamientos, aprovechó el desorden de la cubierta para repetir una vez más su seducción. Si Fernando quería, aún era tiempo. Guardaba ella en un bolso pendiente de la diestra su dinero, sus alhajillas, todo lo de algún valor que podía servir para la fuga. El no tenía más que ordenar que echasen su equipaje á tierra: Nélide abandonaría gustosa el suyo. Les era fácil escabullirse en la confusión del desembarco.

Ojeda, en vez de contestar afirmativamente, parecía compadecerse de ella, con la misma conmiseración que si fuese una enferma. ¡Ah, cabeza loca!... Bastante la había hablado en la noche anterior para hacerla comprender lo absurdo de su proposición. Luego se había marchado cabizbaja, sin invitarle á que la siguiese á su camarote y sin mostrar deseos de ir al suyo, con visible mal humor, pero convencida en apariencia. Y ahora, después de una noche de reflexión, tornaba con las mismas proposiciones, como si en su pensamiento movedizo no pudiese abrir surco el consejo ajeno.

—Si tú no quieres—insistió ella con enfurruña-

miento—, si te niegas á acompañarme, huiré sola. No te necesito: empiezo á conocerte. Un egoísta... como todos.

Exaltándose con sus propias palabras, le miró hostilmente y aproximó su rostro á él, como si le costase trabajo emitir la voz, enronquecida de pronto.

—No me quieres. No me has querido nunca. Te has burlado de mí... ¡Y yo que te creía distinto á los demás!... ¡Ah, si estuviésemos solos!... ¡Si estuviésemos solos!

Oprimió convulsivamente el puño de la sombrilla en que se apoyaba, mientras un fulgor de acometividad pasaba por sus ojos. Resurgió en ella la educación de los primeros años. Era la niña de estancia, acostumbrada á presenciar las peleas de los peones y las crueles hazañas de su hermano.

Pero no tardó en arrepentirse de su cólera. Era demostrar tristeza y despecho por la negativa de aquel hombre. Prefirió reír, con una risa forzada, insolente, despectiva.

—Adiós. No me hables más; como si nunca nos hubiésemos conocido... La culpa la tengo yo, por haberte hecho caso.

El despecho la hizo olvidarse de quién había sido el primero en desear la aproximación. Ella sólo podía ver á los hombres marchando suplicantes tras de sus pasos y diciendo la palabra inicial. Se apartó de Ojeda con gesto pensativo, buscando un insulto que conocía de muchos años antes, tal vez desde que aprendió á hablar, pero del cual no podía acordarse. De pronto, sonrió con pueril expresión de venganza. «¡Gallego!...» Y le volvió la espalda, orgullosa de este saludo de despedida.

Fernando se encogió de hombros, satisfecho y molesto al mismo tiempo. Llegaba la deseada liquidación de su vida oceánica. Había bastado que el

buque se aproximase á tierra, para que se rompiesen por sí solas todas las relaciones establecidas en el curso de la navegación. Nélide huía; la pobre Mina se ocultaba, como si experimentase mayor vergüenza que él; Maud apenas era un vago recuerdo...

Pasó la norteamericana varias veces junto á él, sin reparar en su persona, y hasta lo empujó en una de estas evoluciones. Iba trémula, de un costado á otro del buque, erguida dentro de un elegante vestido de viaje, flotando sobre su espalda un largo velo y agitando un pañuelito en la diestra. Sonreía á un bote automóvil que evolucionaba en torno al trasatlántico. En la popa de dicha embarcación estaba sentado un buen mozo con pantalones de franela blanca, sombrero de paja y una flor en la solapa de su americana azul. Ojeda lo reconoció, recordando la fotografía entrevista una vez. Era mister Power.

Acababa de detenerse el buque, bajando su escala para recibir á los empleados del puerto encargados de revisar sus papeles. Aparecieron en las cubiertas varios marineros mulatos ó blancos, pero todos por igual de obscura tez y extremadamente enjutos de carnes. Eran la escolta de los funcionarios del puerto. Saludaron éstos á la oficialidad del buque con grandes curvas de sus chapeos de paja, y entraron luego en el comedor, donde estaban extendidos los documentos entre botellas de cerveza hamburguesa.

Con estos brasileños subieron muchos de los que esperaban en los botes. Ojeda vió que Maud se abalanzaba hacia la escalera de los salones. Mister Power entró al mismo tiempo en la cubierta, con toda la lozania de su atlética belleza, para recibir, conmovido y ruboroso, el abrazo violento de la señora, que casi se colgó de su cuello. Llovieron

besos sobre su bigote recortado, besos ruidosos que á Fernando le pareció que iban dedicados á su persona con una intención maligna. Fingía no verle; estaba de espaldas á él, pero no por esto ignoraba su presencia.

«¡Esta mujer!...—exclamaba Ojeda mentalmente—. ¿Qué mal le he hecho yo? ¿Por qué ese deseo de hacerme rabiar, como si quisiera vengarse de algo?...»

Sorprendió una rápida mirada de ella, pero no pudo ver más. Mrs. Power tiraba de su marido. ¡Ah, su grandote, su grandote adorado! ¡Las cosas que tenía que contarle!... Y desaparecieron en apretado grupo, con dirección al camarote, como si á ella le faltase el tiempo para dar sus noticias al hermoso hombrón que la seguía con ojos admirativos y sumisos.

Otra que se marchaba odiándole, pero sin quejas ni reclamaciones. ¡Adiós para siempre!... ¡Que fuese muy feliz!

La voz de Maltrana sonó detrás de él respondiendo á su pensamiento.

—No me negará usted que ha sido una escena tiernísima. ¡Qué manera de dar besos tiene esa señora!... Y el simpático *mister* tranquilo y dichoso, sin ocurrírsele que en uno de estos buques, en mitad del Océano, pueden suceder muchas cosas.

Vió iniciarse un gesto de desagrado en la cara de su amigo por la imprudencia de tales palabras, y se apresuró á cambiar de conversación, fijándose en «el hombre lúgubre», que estaba á pocos pasos de ellos contemplando la ciudad.

—Mírelo... tan tranquilo, como quien no teme nada. Pero toda su calma debe ser pura comedia; por dentro quisiera yo verle. Debe temer que le echen el guante de un momento á otro. Aquel bote de la Aduana con marineros y soldados viene se-

guramente por él... Siento mucho no presenciar la escena; resultará interesante la apertura del camarote misterioso... Pero el deber es el deber, y apenas toquemos en el muelle me lanzo á tierra con los míos.

Se contemplaba de los pies á los hombros, satisfecho de su aspecto, enfundado en un traje de lánilla negra, que le hacía sudar, ocultas las manos en guantes oscuros y sosteniendo en una de ellas un saquito de viaje.

No era este equipo el más cómodo para bajar á la calurosa ciudad de Río Janeiro; pero el honor, así como impone sus exigencias, tiene igualmente sus uniformes, y el juez supremo de un encuentro estaba obligado á presentarse con el ceremonial propio de su grave investidura. En el saquito de mano llevaba las dos armas que había podido juntar para el combate, después de largas rebuscas y comparaciones entre los revólveres de los pasajeros.

Los otros padrinos, que se veían mezclados en un duelo por vez primera, no le ayudaban en nada, alegando su ignorancia. Isidro, á última hora, dudaba de su trabajo. Tal vez resultase el encuentro algo en desacuerdo con las reglas; pero el tiempo apremiaba, sólo podían disponer de unas horas, y él había hecho todo lo que creía oportuno. La busca de lugar para el combate era lo que más le preocupaba en esta tierra desconocida. Unos muchachos argentinos, recordando sus paseos por Río Janeiro al ir á Europa, se ofrecían á guiarle á cambio de presenciar el duelo.

Algunos pasajeros, reparando en Maltrana y su fúnebre aspecto, le pedían noticias. ¿Pero decididamente iban á llevar adelante aquella locura?... La proximidad de la tierra parecía devolver el buen sentido á las gentes. Otros, que habían admirado el

día anterior estos preparativos de muerte, se reían ahora de ellos. La mayoría no se acordaba del suceso. Toda su atención se concentraba en el deseo de pisar cuanto antes aquella tierra maravillosa, para comprar flores, comer frutas frescas y tomar asiento en un café de la Avenida Central, viendo caras nuevas.

Uno de los testigos, comerciante alemán, sentíase influenciado de pronto por la opinión de los más, y apelaba al buen sentido de aquel señor que hablaba en público con tanto éxito. «Señor Maltrana: ¿no era absurdo que dos hombres de bien como ellos se prestasen á esta niñada peligrosa?... ¿No estaban á tiempo para que los adversarios escuchasen una buena palabra?...» A él le obedecería su compatriota, representante de una casa honorable, que no podía comprometer su prestigio y sus muestrarios en locuras impropias de la seriedad comercial. Que el orador, con su poderosa labia, se encargase de convencer al belicoso barón.

Debían bajar juntos, pero solamente para almorzar en un buen hotel, dándose explicaciones á los postres los dos rivales; y él, por amor á la buena amistad y la concordia, iría hasta el sacrificio, pagando el champaña á toda la compañía... Pero el señor Maltrana cerraba los oídos á tales intentos de seducción. Además, el belga no cejaba en su belicosa tenacidad.

Un joven argentino iba desde el día anterior detrás de Maltrana, participando con cierta admiración en sus preparativos, ayudándole en la busca de las armas, consultando á los camaradas que conocían los alrededores de Río Janeiro para escoger el lugar del combate. Nunca había presenciado duelos, y mostraba gran interés por ver uno de cerca.

Nacido en una provincia del interior, con la tez

algo cobriza, las cejas en ángulo y el pelo duro y espeso, «el amigo Gómez», como le llamaba Isidro con su fraternal exuberancia, mostraba un entusiasmo reconcentrado al hablar de armas y peleas. Aunque vestía á la última moda, con minuciosa corrección, repitiendo los gestos y frases aprendidos durante un año de gran vida europea, este *gentleman* de tez amarillenta se ponía de color de ladrillo y le brillaban los ojos siempre que giraba la conversación sobre actos de valor y escenas de muerte, como si resucitase en su sangre la acometividad de los abuelos españoles y de los abuelos indígenas, entreverados en luengos siglos de peleas.

Había oído muchos tiros y visto levantar algunos cadáveres. Por tradiciones de familia se mezclaba allá en su provincia en las cosas de la política. Cada elección era una batalla. Los peones iban á votar en cuadrilla detrás de él con el revólver ó el cuchillo al cinto. Insultaban los del gobierno: intervenía la policía en favor de éstos; descarga general de una parte y de otra; muertos que se desplomaban sobre la urna de la elección, balazos curados secretamente en un rancho apartado, sin intervención de médicos ni de jueces... ¡y hasta la otra!... El sabía con qué gestos mueren los hombres; pero desafío, tal como aparece en comedias y novelas, no había visto ninguno, y sentía impacientes deseos de presenciar esta ceremonia mortal, respetándola de avance como algo misterioso, de imponente liturgia, digno de asombro, cual todas las cosas extraordinarias que había admirado en Europa. Por esto agradecía los ademanes protectores de Maltrana, su promesa de llevarle con él para que presenciara el encuentro en lugar preferente, sin perder detalle.

Acabó el *Goethe* por detenerse junto á un amplio

muelle lleno de gentío. Entre las familias que esperaban á los pasajeros, vestidas todas de colores claros y con sombreros de paja, destacábanse algunos grupos de cargadores negros, que eran objeto de admiración para los niños y criadas de á bordo. El muelle estaba cerrado por una verja, detrás de la cual formábanse en filas los automóviles de alquiler esperando á los desembarcantes. La Avenida Central abría en último término su amplia perspectiva, con edificios de diversos estilos rematados por torres puntiagudas, y aceras de pedernales blancos y negros formando mosaico.

Empujáronse los viajeros en las inmediaciones de la escala, que descansaba ya sobre el muelle. Todos querían salir á un tiempo, como si á sus espaldas se desarrollase un peligro, y apenas pisaban tierra llamábanse unos á otros, formando grupos. Caminaban con lentitud, cual si extrañasen el suelo firme, aceptando inmediatamente las ofertas de los guías y los conductores de automóviles. Sentían un ansia de novedad, de verlo todo de una vez, como descubridores que acabasen de abordar á una tierra desconocida.

Disponían de poco tiempo. Junto á la escala, el mayordomo y los camareros repetían á los fugitivos que el buque iba á partir á las doce en punto: ni un minuto de retraso.

Ojeda se vió solo en el muelle. Casi todos los pasajeros estaban ya en la Avenida. Isidro había salido de los primeros, con la gravedad de un notario, vestido de negro, sin soltar el bolso, volviendo la cabeza para recontar su gente: los adversarios, los padrinos, «el amigo Gómez» en clase de protegido suyo y dos jóvenes argentinos agregados á la partida con el carácter de espectadores. Habían ocupado tres automóviles, saliendo en fila á toda velocidad, piloteados por Gómez, que señalaba el

rumbo desde el pescante del primer vehículo. ¡A morir los caballeros!...

Aceptó Fernando los ofrecimientos de un chófer mulato, y fiado á su capricho, emprendió una excursión por Río Janeiro. Casi tendido en el automóvil contempló el desfile de calles y paseos, que volvían ahora á su memoria como vagas imágenes de viajes anteriores, pero con grandes reformas.

Corrió la Avenida, poco concurrida á aquella hora matinal. Sus preocupaciones de europeo le hicieron sentir extrañeza al ver junto á los negros mal pergeñados y las negras hinchadas, de jeta monstruosa, con un pañuelo arrollado sobre la cabeza crespa, otros de la misma raza vestidos elegantemente, moviendo con petulancia su bastón y con una flor en la solapa. Damas de idéntico color ostentaban las últimas modas de París, balanceando con orgullo las caderas y sus enormes vecindades, avanzando el bello desdeñoso bajo el ala de un sombrero floreado.

Luego pasó por las avenidas de Bota Fuogo y Beira-Mar, viendo á un lado el terso azul de las ensenadas y al otro palacios y hoteles modernos con sus jardines de tropical vegetación, en los que predominaba la hoja ancha y abaniqueante. De vez en cuando abriáanse en estas masas de construcciones recientes calles angostas con una doble fila de palmeras. Extendían sus plumajes á una altura tres ó cuatro veces mayor que la de los edificios, rectas como los fusteles de una columnata, alineadas lo mismo que una tropa de soldados viejos, y ofreciendo en el fondo la rápida visión de un palacete de láctea blancura.

Otras veces era una iglesia la que aparecía igualmente blanca, de una alba intensidad, sólo comparable á la de la espuma, con caperuza de tejas ver-

des y azules, y en torno de ella gráciles palmeras y rosales gigantesos.

Fernando, ante estos vestigios de la época del Imperio, evocaba en su imaginación el típico caballero del Brasil tradicional, tal como lo había visto en libros y grabados: galante en sus maneras, sentimental y poético como un lusitano, la cara enjuta y pálida, con ancha perilla, sudando bajo la levita negra y el cilindro lustroso del sombrero de copa, un quitasol bajo el brazo y unos pantalones blancos de hilo por toda concesión al clima de su país esplendoroso.

El automóvil lo llevó hasta una playa á través de desfiladeros y túneles perforados en el basalto, después de los cuales reaparecía el caserío. Siguió caminos abiertos en cornisa entre la bahía luminosa y unas pendientes casi verticales cubiertas de bosques de un verde metálico. Atravesó suburbios poblados por gente de raza africana, en los cuales el sonido de la trompa hacía asomar á las puertas unas negras enormes, tetudas, encorvadas por el volumen de sus vientres colgantes, y hacía correr tras de las ruedas un sinnúmero de pequeños diablos desnudos, con la cabeza como una bola de estopa aceitosa, y ostentando en mitad de su abdomen el ombligo en relieve igual á un botón.

Pasó Ojeda mucho rato en el Jardín Botánico, admirando las gigantesas palmeras. Resquebrajadas por una larga vida, sonoras al golpe lo mismo que columnas huecas, iban saltando cual escamas de vejez los ramajes secos y las cortezas, con un estrépito agrandado por la altura del desplome. La proximidad de una montaña, cerrando el paso á toda brisa, hacía más intenso el calor.

Huyó sudoroso de este invernáculo, y otra vez le llevó el automóvil á la Avenida, como si diese por agotadas las novedades de la ciudad. El chófer

hablaba de los hermosos alrededores, se ofrecía para llevarle á Tijuca, ponderando la maravillosa frondosidad de sus bosques.

En la terraza de un café se agitó una sombrilla con movimientos de saludo. Luego, dos personas abandonaron una mesa, corriendo hacia el automóvil, que se detuvo instantáneamente. Eran Névida y su hermano.

Sonrió ella á Fernando, como si nada hubiese ocurrido entre los dos, acariciándole con sus ojos. El hermano experimentó una rápida simpatía por Ojeda al verle en automóvil, y sonrió igualmente, alabando el buen aspecto del vehículo. Se contenía para no saltar al pescante tomando asiento al lado del conductor.

Névida se lamentó de la pesadez de sus padres. Imposible ver nada con estos viejos. Habían dado un rápido paseo por la ciudad, y allí estaban, en la terraza del café, agobiados por el calor, hablando de volverse al buque, sin fuerzas para emprender una nueva excursión. Y ella y su hermano protestaban, ansiosos de verlo todo.

—Llévanos contigo—murmuró al oído de Fernando.

Y sin esperar su aprobación, dió algunos pasos hacia el café para hablar con sus padres, pero sin acercarse á ellos. «Papá, mamá: nos vamos con el doctor Ojeda.» Tampoco se tomó el trabajo de escuchar su respuesta. Dió un empujón al hermano. «Anda, zonzo; tréplate en el automóvil al lado del chófer.» Y mientras el «zonzo» la obedecía, ella se sentó junto á su amante. Partió el vehículo á toda velocidad, sin que ninguno de ellos pudiese oír las recomendaciones que hacía la madre, incorporada en su asiento.

Ojeda no sabía adónde ir, y consultó á Névida. «A un sitio lindo», repitió ésta varias veces. Y el

chófer, como si después de tales palabras fuese imposible una equivocación, emprendió el camino de Tijuca.

Ella tomó una mano del amante entre las suyas, y al recostarse en el asiento casi descansó la cabeza en su hombro. Mostrábase arrepentida de su escena en el buque pocas horas antes. «Fernando conocía su carácter; debía perdonarla.» Y con este deseo de perdón, faltó poco para que lo besase en plena calle.

Pasaban junto á ellos otros automóviles descubiertos con pasajeros del *Goethe*. Parecía haberse multiplicado su número prodigiosamente al fraccionarse en grupos. Casi todos los vehículos que rodaban á aquella hora por la ciudad estaban ocupados por ellos. Se les veía igualmente en los tranvías ó estacionados en las puertas de tiendas y cafés. Saludábanse con espontáneo gozo, manoteando y gritando cual si fuesen compatriotas que se tropezaban después de larga ausencia.

Alarmado Fernando por estos encuentros, recomendó á la joven cierta prudencia en su actitud. Podían verlos: después serían los comentarios en el buque. Además, señalaba al hermano, sentado á dos pasos de ellos, mostrándoles la espalda, mientras intentaba asombrar al chófer con su vasta erudición en marcas de automóviles. Pero Nélida levantó los hombros. ¡Lo que le importaba aquel tonto! ¡Ojalá arreglase Dios las cosas de modo que cayese del asiento y las ruedas lo convirtiesen en papilla!...

Luego apretaba la mano de Fernando con más fuerza, mirándose en sus ojos.

—Viejito mío, di que me perdonas... ¡Ay, si tú quisieras! ¡si tú quisieras!

Otra vez despertó en ella el deseo de la fuga. Hablaba de esto sin recato, como si el hermano no pudiese oirla. Aquel infeliz no existía para ella: lo

despreciaba. Y sin embargo, por una contradicción de su carácter, sentía á la vez gran miedo pensando en lo que podría decir cuando llegase á Buenos Aires.

Aún estaban á tiempo. Ella imploraba la conformidad de Fernando poniendo unos ojos suplicantes. Abandonarian al hermano con cualquier pretexto, y éste se volvería al buque con sus padres, cansado de esperar.

Pero Ojeda acogió tales proposiciones con una sonrisa de conmiseración. Era una loca: inútil todo esfuerzo para disuadirla. Ella apeló entonces á las lágrimas, último recurso femenino; y Fernando, para distraerla, comenzó á ensalzar la belleza del paisaje. Interrumpía sus desesperadas reflexiones con llamamientos para que fijase los ojos en la tupida arboleda y la maravillosa vista de la bahía. El remedio fué eficaz.

—¡No me quieres, me has engañado!—gemía Né-lida—. Me dejas ir al encuentro de mi hermano. Tú serás responsable de lo que ocurra.

Y cuando más afligida parecía, la vista de un arroyuelo entre las peñas, de un árbol enorme, ó del mar lejano ofreciéndose á través de la columnata de troncos, la hacían incorporarse en su asiento á impulsos del entusiasmo y sonreír, complacida, mientras unas lágrimas retrasadas se desplomaban de sus párpados, enrojeciendo su nariz.

El automóvil había dejado atrás los suburbios de Río Janeiro. Subía por un camino tortuoso, entre bosques, hacia el poblado de Boa Vista, y á cada revuelta agrandábase el panorama y era más fresco el viento.

A un lado de la pendiente extendía la montaña su rápido declive de rocas oscuras, de una rugosidad paquidérmica. El humus fecundo, la temperatura tropical, la humedad que manaba por todas

partes, habían cubierto estas laderas de prodigiosa vegetación.

Surgía de la tierra amontonada entre los bloques negros, de las grietas y oquedades de la piedra, como si ésta tuviese en aquel paisaje maravilloso un poder de fecundidad. Estos árboles, de un verde obscuro, eran de hojas charoladas, sin la más tenue veladura de polvo, cual si estuviesen recién lavados. Sus troncos no alcanzaban un diámetro grande, más bien parecían gráciles y débiles por su recta esbeltez y su altura enorme. La humedad que refrescaba continuamente sus raíces les hacía crecer apretados como los tallos de la hierba. El ansia de recibir la caricia del sol impulsábalos hacia arriba atropelladamente, pugnando por sobrepasarse unos á otros. Eran á modo de hebras de una inmensa cabellera verde.

La fuerza vital de cada árbol expandíase en línea recta, sin encontrar espacio suficiente para ensancharse en tal aglomeración. Los troncos, esbeltos y altísimos, tenían en su remate una copa reducida, pero su enorme cantidad formaba una compacta masa verde, una bóveda que mantenía al suelo en perpetua sombra. Al filtrarse los rayos de sol por el caparazón de hojas, llegaban á la tierra húmeda como varillas de oro atravesando oblicuamente la penumbra del subterráneo.

En esta semiobscuridad movíanse insectos de alas vistosas; correteaban escarabajos de colores; desarrollaban su serpenteo los hilos de agua rezumados por la piedra, uniéndose en arroyos que descendían rumorosos por los bordes del camino. Sobre la masa uniforme del bosque elevaban las palmeras sus alminares empenachados. Algunos troncos faltos de hojas cubríanse de colgantes pabellones de fibras, semejantes á vestiduras que cayesen en andrajos.

Al otro lado del camino, por entre la empalizada de los troncos y las copas de los árboles crecidos en la pendiente, mostrábase á cada revuelta la ciudad y la bahía. Las masas de techumbres rojas y pardas estaban igualadas por la distancia. Avenidas y calles formaban un entrecruzamiento regular de blancas cintas. Notábase en ellas el movimiento humano como un tenue hormigueo. A trechos lo cortaba el rápido deslizamiento de algunos puntos brillantes: automóviles y tranvías. Emergían muchas torres sobre este caserío: unas, albas ó rosadas, con caperuzas de tejas de colores; otras, de férreo y puntiagudo casquete, con paredes de cemento. Y sirviendo de fondo al panorama, la enorme y tranquila copa de la bahía, con su terso azul moteado de buques, orlada de blancos pueblecitos y encerrada entre montañas negras de perfiles casi humanos.

El chófer iba mostrando con patriótico orgullo las nuevas bellezas que ofrecía el paisaje á cada vuelta de su volante. Daba nombres á las aglomeraciones de caseríos y á los picos gibosos de las cumbres. Hablaba de las bellezas de Tijuca, que aún estaban por ver: la *Cascatinha*, una caída de agua más allá del *Alto de Boa Vista*; la Cascada Grande; la *Mesa do Imperador*, las Grutas de Agaziz, la «Gruta de Pablo y Virginia».

Nélida palmoteó de entusiasmo al oír el último nombre. Quería ver cuanto antes este lugar. Recordaba vagamente un libro que había leído con el mismo título. Era una historia de amor, y esto bastaba para excitar su curiosidad.

—Vamos á ver en seguida lo de Pablo y Virginia—exigió con su ímpetu de niña caprichosa—. Debe ser muy lindo... Yo no sabía que eran de este país.

Llegó el automóvil al Alto de Boa Vista, ex-

tensa plaza limitada por el bosque y unas casas bajas, con jardines en el centro y un kiosco de conciertos. Volvió el vehículo á sumirse en la penumbra de la arboleda por un camino estrecho y pendiente. La vegetación era más densa, más salvaje, aglomerándose en los declives de barrancos y precipicios. Pasaba el camino de una altura á otra sobre puentes de un solo arco. El ruido del automóvil hacía correr vertiginosamente sobre sus cuatro patas á extraños roedores que tomaban el sol junto á la ruta. En la maleza adivinábase un misterioso rebullimiento de animales ocultos que escapaban despavoridos, tronchando ramas secas y haciendo llover hojas.

Cerca de la Cascatinha, al pasar una revuelta del camino solitario, vieron tres automóviles parados, y cerca de ellos un ir y venir de hombres. Ojeda presintió inmediatamente quiénes eran éstos, al mismo tiempo que el hermano de Nélide creía reconocerlos, llamándolos por sus nombres.

Se habían tropezado con Maltrana y su tropa. Iban á caer en pleno desafío. Fernando se puso de pie, gritando imperiosamente al chófer para que retrocediese. Tuvo que imponer su voluntad á los dos acompañantes, que parecían entusiasmados por el encuentro. Los agarró del brazo para que no saltasen á tierra, mientras el chófer evolucionaba penosamente en el estrecho camino dando la vuelta.

El hermano quiso reunirse con sus amigos, como si en esta soledad pudiesen hacerle algún obsequio. Nélide miraba ansiosamente, temblándole de emoción las alillas de la nariz. ¡Qué interesante!... ¡Ver cómo se peleaban los hombres!... ¡Y tal vez alguno de los dos quedase herido!... Hablaba de esto como de un hermoso espectáculo que iba á perder por culpa de Ojeda. No se le ocurrió

por un momento que ella podía ser la causa original de este suceso.

Intentó hacer frente á Fernando. Protestaba de sus imposiciones, y le habló de usted, para dar mayor dureza á su protesta.

—Quiero ver todo Tijuca; quiero ir adonde vivieron Pablo y Virginia. Acuérdesese de su promesa: un hombre debe tener palabra.

El contestó que el buque partía á las doce, y la visita á todo el bosque necesitaba muchas horas. En cuanto á Pablo y Virginia, ni eran del Brasil ni la gruta tenía de ellos otra cosa que el nombre.

—Yo quiero verlos...—repitió Nélide—. Eso lo dice usted por engañarme. No me da la gana de volver á la ciudad.

Pero Ojeda se acordó oportunamente del mercado de Río Janeiro, donde estaban á la venta toda especie de animales de los que produce el trópico: monos de diverso pelaje, loros parleros, vistosos papagayos. La ofreció un regalo para someterla á la obediencia: podía escoger entre estas maravillas de la fauna brasileña. Y bastó tal promesa para que, olvidando á los que dejaba á su espalda, volviese al amoroso tuteo.

—¿De veras, mi viejo?... ¿Vas á regalarme un monito pequeño... así... así?—y achicando la distancia entre ambas manos, se imaginaba un simio de inverosímil pequeñez—. ¿No te parece mejor un loro de los que hablan?... ¿Dices que me regalarás las dos cosas?... ¡Ah, mi viejito rico... mi negro!

Y como estaban en pleno bosque, se fué sobre Ojeda, besándolo á espaldas del hermano.

La rápida aparición del automóvil en las inmediaciones de la Cascatinha había producido cierta alarma en Maltrana y sus compañeros. El testigo pacificador, que tanto había rogado á Isidro para

impedir el lance, sintió gran miedo y no menor contento al notar la llegada del automóvil. Sin duda era la policía, que, avisada por alguien del buque, venía á sorprenderlos. Y lo mismo pensaron los demás.

Por esto cuando el automóvil dió la vuelta, alejándose, desearon todos finalizar el acto cuanto antes, evitándose una sorpresa que consideraban inminente.

Llevaban dos horas de vagar por los alrededores de Río Janeiro. Los jóvenes argentinos que guiaban á la comitiva habían indicado varios lugares adecuados para el encuentro. Llegaban á ellos, y siempre les salían al paso transeuntes molestos, ó veían próximas algunas casas que parecían vomitar niños y perros atraídos por la presencia de los automóviles.

Un chófer, sin adivinar cuál era el propósito de los viajeros, había propuesto la excursión á Tijuca. Y después de pasado el Alto de Boa Vista, al rodar en pleno bosque, les había seducido el bello panorama de la Cascatinha.

—Aquí—ordenó Isidro con su autoridad indiscutible—. Jamás se habrá efectuado un desafío con tan hermoso telón de fondo. ¡Lástima que no venga con nosotros un operador cinematográfico! ¡Qué cinta pierde el mundo!...

Apartábase la ladera de la vecindad del camino, formando un exiguo valle. La roca aparecía entre los árboles cortada verticalmente, y desde lo más alto de ella desplomábase una masa de agua chocando con las puntas salientes del basalto. Hervía esta agua en varias caídas con blancos espumarrajos. El menudo polvo que levantaban sus burbujeos tomaba los reflejos del iris bajo la luz del sol. Ennegrecidas y sudorosas las piedras por la humedad, brillaban cual si fuesen bloques metálicos. La ve-

vegetación tropical movía las anchas manos de sus hojas goteantes.

Hundíase la cascada en una pequeña laguna, corriendo después, espumosa y susurrante, por los pendientes canalizos entre las peñas. La vegetación enmarañada y las rocas sueltas sólo dejaban descubierto y accesible un reducido espacio de suelo desigual.

Maltrana pensó en las dificultades que ofrecía este terreno para el combate, pero le sedujo su belleza y no quiso ir más lejos. ¿Dónde encontrar decoración más interesante para una muerte posible? Había que elevar la voz, pues el choque de las aguas dominaba todos los otros ruidos. Era á modo de los trémolos orquestales que dan en el teatro un realce conmovedor á palabras y gestos. Isidro se sintió más grande en este ambiente húmedo y sonoro. El bosque inmóvil parecía contemplarlo con sus mil ojos verdes, entre asombrado y curioso.

Empezó á dar órdenes á los otros padrinos, que lo seguían como los neófitos siguen al gran sacerdote de un culto nuevo. «¡Que se retirasen los automóviles un poco más allá de la cascada! No convenía que los conductores presenciasen el acto.»

Y Maltrana fué obedecido. Los chófers hicieron retroceder sus carruajes; pero luego, con las manos á la espalda, fingiendo distracción, volvieron socarronamente al mismo sitio, ganosos de saber en qué iba á parar este misterio.

Con el mismo éxito se libró de otro testigo importuno: un chicuelo obscuro de color, desnudo de piernas y con gran sombrero de paja, que al ver llegar la comitiva se apresuró á salir de un toldo de cañas, limpiando un vaso en un arroyo y ofreciéndolo después lleno de agua hasta los bordes.

Era el espíritu guardador de la cascada. Bajo su sombrero, sobre una mesita, tenía varios botes

de cristal con azucarillos y otros dulces, ennegrecidos y acartonados por el tiempo. Pasaba las horas en absoluta soledad, contemplando el revoloteo de los pájaros de colores en las frondosidades inmediatas, extrayendo melodías del monótono canturreo de las aguas, hablando tal vez con el pensamiento á las náyades de la Cascatinha, que le mostraban en su gracioso rebullir sus grupas de blanca espuma y aterciopelado iris.

—Toma, «menino», y márchate de aquí.

Maltrana hizo que uno de los testigos le diera unas monedas para que se fuese, y además le llamó «menino»—lo único que sabía de portugués—, con lo cual creyó halagarlo.

Pero el «menino» se guardó los cuartos, y en vez de marcharse se pegó á él, como si adivinase la importancia de su persona. Y ya no pudo moverse sin encontrar ante su paso al mulatillo con el sombrero echado atrás, elevando sus ojos hasta los de él, bebiendo con la mirada sus palabras y sus gestos, como si estuviese en presencia de un prestidigitador y no quisiera perder detalle.

Se resignó Isidro á estas desobediencias, vulgares tropiezos de la realidad... Pero había que proceder con rapidez. «¡Adelante!»

Midió á grandes zancadas un espacio de veinte metros, que era el convenido en un papel que llevaba en la mano. Un poco mayor resultaba la distancia marcada por sus pasos. Pero era él quien había propuesto los veinte metros, y con el mismo derecho podía medir treinta ó cuarenta si le daba la gana... Un detalle sin importancia. «¡Adelante también!»

Después de fijar con una rama el sitio de cada adversario, se hizo atrás, contemplando el terreno como un artista que abarca su obra en conjunto. Resultaba algo desigual. Uno de los dos iba á que-

dar muy en alto, con el vientre casi al nivel de la cabeza de su contrincante. Pero había de conformarse con los defectos del terreno: las circunstancias no permitían gran minuciosidad en los preparativos. Un detalle igualmente baladí. «¡Adelante otra vez!»

Sólo entonces volvió la cabeza, fijándose en sus compañeros. A un lado estaban los padrinos, que seguían sus operaciones con respetuoso silencio, no osando aportar á ellas su ignorancia perturbadora. Más allá, con discreta separación, los dos enemigos, que se volvían la espalda, muy ocupados en seguir la caída de las aguas ó el revoloteo de los pájaros sobre las copas de los árboles.

El amigo Gómez, con su curiosidad ávida de trágicos sucesos, le había seguido en estos preparativos. Tras de él iba el mulatillo, abriendo los ojos cada vez con mayor asombro al no comprender nada de tales brujerías. Los dos jóvenes argentinos agregados á la expedición se habían subido á la cumbre de una roca, y allí estaban sentados con las piernas colgantes. Abajo podían verlo todo igualmente, pero ellos se consideraban simples espectadores, y habían querido ocupar un lugar de preferencia, un palco, en vez de permanecer mezclados con los artistas.

Sorteó Maltrana, echando una moneda en alto, el lugar de cada uno de los combatientes. Luego los acompañó á sus respectivos sitios con una gravedad fúnebre. El los apreciaba mucho, «¡mis queridos amigos!» pero en lances tales desaparece el afecto, y sólo habla el deber, el terrible deber.

Al tener á cada uno en su puesto, lo palpaba minuciosamente, extrayendo de sus ropas la cartera, el monedero, las llaves, los papeles, todo lo que pudiera ser un obstáculo para la bala mortal. A continuación le abrochaba la chaqueta, le subía el

cuello, para que el blanco de la camisa no sirviese de punto de mira, los manoseaba á los dos cariñosamente, lo mismo que una madre manosea á sus niños antes de enviarlos al paseo. Pero su bondad no iba más allá del tacto. En cambio, ¡la mirada autoritaria y cruel!... ¡la voz, que parecía un esquilón fúnebre al formular sus pavorosas recomendaciones!...

El implacable director iba á poner las armas en sus manos dentro de breves momentos, pero antes dictó á uno y á otro los detalles del combate, para que no surgiesen errores. Cuando los dos estuvieran listos, él daría la voz de «¡Fuego!», añadiendo: «¡Uno... dos... tres!» En el espacio comprendido entre estos tres números debían disparar. El que hiciese fuego antes ó después, «quedaría descalificado... sería un felón, un miserable... y el menosprecio de todo el mundo que tiene honor caería sobre él, persiguiéndolo durante toda su existencia».

¡Terrible Maltrana! Revolvía los ojos con una expresión anonadadora al hablar de felonías y traiciones, como si dispusiera de horrorosos castigos para los culpables. Su voz adoptaba un tono pavoroso, y los dos contendientes ya no pensaron desde este momento en fijar bien su puntería ni en la posibilidad de ser heridos. Su única preocupación fué no incurrir en el enojo de aquel hombre que podía marcarlos con un estigma eterno ante el mundo del honor; seguir sus lecciones cual discípulos obedientes; disparar—fuese la bala adonde fuese—dentro del término marcado. «Fuego: uno, dos, tres.»

Luego de esto se decidió Maltrana á abrir la maletilla de mano que encerraba su arsenal. Extrajo de ella dos revólveres iguales recogidos en el buque, y con pausada solemnidad los abrió, para que todos los padrinos examinasen su interior. El amigo Gó-

mez, como experto en armas, presenciaba la ceremonia.

—¡No hay mas que una cápsula!—exclamó escandalizado, cual si acabase de descubrir una irregularidad.

Maltrana le miró severamente. Joven: las condiciones del combate habian sido establecidas de antemano por las personas serias allá presentes. Se cambiarían dos balas nada más.

—Pero en cada revólver no hay mas que una —protestó el señorito mestizo.

—Joven—volvió á decir Maltrana con una condescendencia protectora—: cambiar dos balas significa que cada combatiente sólo dispara una.

Y como sospechase cierto conato de gesto burión en la faz cobriza y los ojos estrechos de Gómez, añadió:

—No se necesita más para matar á un hombre. Todos los que yo he visto morir tuvieron bastante con una bala. No lo olvide usted, joven.

El joven se calló, arrepentido de su audacia, sintiendo respeto por aquel hombre extraordinario que había presenciado tantos combates y muertes.

Para borrar el mal efecto de sus objeciones, se prestó á ser portador de la maletilla de las armas hasta el lugar que ocupaban los adversarios. Los tres padrinos, dando por finalizado su trabajo preparatorio, que no podía ser más pasivo, se hicieron atrás instintivamente algunos pasos. Iba á hablar la pólvora.

Maltrana, extrayendo un revólver de su encierro, montó la llave y lo puso en la mano del barón, alejándose luego hacia el otro combatiente. Gómez dió un consejo rápido al belga, que quedaba en guardia con el arma en alto.

—Compañero, apunte á los pies. Yo conozco los revólveres; siempre envían la bala por arriba. Créa-

me: á los pies... siempre á los pies, y hará carne seguramente.

Luego, en el lado opuesto, dió el mismo consejo con voz queda y ojos relucientes de entusiasmo. «A los pies, compañero. Tirele á los pies, y le mete la bala en la barriga. Yo sé algo de esto...» Los dos le agradecieron su bondadosa indicación con un leve saludo. Pero tenían aspecto de preocupados; pensaban en otras cosas; aguzaban el oído para no sufrir las consecuencias de un retraso fatal: repetían mentalmente lo mismo: «Uno, dos, tres...»

Fué á colocarse Maltrana al margen de la línea de fuego, entre los dos combatientes, algo más cerca del alemán, que era el que ocupaba el lugar alto. Sospechó un instante que estaba demasiado cerca y podía alcanzarle una bala en su desvío. Pero él era el director, todo lo había organizado y todos le debían obediencia. Las armas estaban cargadas por él, y no era aceptable ni correcto que un proyectil se permitiese la insolencia de ir en su busca.

Gómez dudó también por un instante si se retiraría, pero al ver inmóvil al maestro se pegó á él. Donde estaba un hombre, bien podía estar otro. Además, creyó perder algo de este espectáculo nuevo, del que esperaba grandes emociones, si retrocedía algunos pasos.

Se dispuso Maltrana á dar principio al duelo, pero antes, como un actor que prepara la frase decisiva y mira al público, volvió los ojos en torno de él. Momento de emoción. Los otros padrinos se habían ido más lejos aún; los tres chófers, enterados al fin del objeto de la correría, se agrupaban al pie de un peñasco, avanzando las morenas cabezas, abriendo los ojos ávidamente, pero sin que éstos reflejasen emoción alguna. Los dos argentinos seguían en lo alto de la roca, con las piernas

colgantes, silenciosos y atentos, como espectadores que ven levantarse el telón. El chicuelo de la cascada había huído al ver los revólveres, con un trote de perro inquieto, refugiándose bajo el sombrero. Desde allí, cual si temiese por la integridad de aquellos bocales de dulces, que eran la fortuna de la familia, abarcándolos en sus brazos, avanzaba la jeta, mirándolo todo con ojos de antílope asustado.

Pareció reflejar el paisaje la emoción general. No graznaban los loros en las inmediatas espesuras; los monos habían cesado de saltar entre las ramas; pasó mucho tiempo sin que sonase la caída de una hoja ó de una corteza de árbol. Hasta la cascada parecía cantar con sordina, cual si estuviesen balbucientes y asustadas las blancas divinidades ocultas en sus linfas.

Se acordó Maltrana repentinamente de que era el primer orador á bordo del *Goethe*, y consideró oportuno hacer intervenir su elocuencia. Nunca encontraría mejor escenario para colocar un discurso. Y el primero en conmoverse con lo patético de sus palabras y el temblor de su voz, fué él mismo. Recordó la estrecha amistad que había unido á los dos adversarios, su viaje «arrostrando los peligros del mar». Un momento de olvido ó de error había provocado un incidente lamentable; pero los buenos caballeros, cuando llegan adonde ellos habían llegado, sin miedo y sin reproche, podían darse todavía una explicación leal, evitando el lance.

Un padrino aprobaba; otro torcía el gesto, poseído de súbita belicosidad. No habían ido hasta allí para oír sermones. Que disparasen pronto las armas, y á escapar, antes de que pudieran sorprenderles. Los dos argentinos se miraban en lo alto del peñasco.

—¡Pucha! ¡y qué bien habla el gallego!

El amigo Gómez murmuró, como si empezase á perder la fe en el maestro:

—¡Cuánta ceremonia para matarse dos hombres!... ¡Qué macana!...

Isidro estaba conmovido realmente, con una emoción algo parecida al miedo. Estos desafíos arreglados á la ligera, por salir del paso, resultaban muchas veces los más trágicos. Un pavoroso presentimiento le avisaba que los proyectiles no iban á perderse. A alguien iban á tocar.

Y como los adversarios permanecieran callados y era visible la impaciencia de los demás, Maltrana dió por fracasada su elocuencia. «Sea lo que el destino quiera...» Se quitó el sombrero con solemnidad teatral; inclinó la cabeza como si por delante de él pasase la fatalidad.

—Saludo á dos caballeros que van á morir.

Dijo esto con verdadera emoción, cual si la muerte de ambos fuese para él un suceso inevitable; y afirmando la garganta con largo carraspeo, lanzó los gritos de mando.

—¿Listos?... ¡Fuego! Uno... do...

No pudo terminar. Sonaron casi al mismo tiempo dos ruidos semejantes al golpe de unas tabletas, dos chasquidos de tralla con dos nubecillas de humo.

Ambos contendientes seguían en pie; se miraban como extrañados de que no hubiese ocurrido nada. De pronto, el barón echó á correr hacia su enemigo, éste avanzó á su encuentro, y chocaron ambos sus pechos, mientras los brazos se cruzaban espontáneamente en un estrujón amoroso.

Los argentinos se removieron en su altura con voces de extrañeza y protesta. ¿Ya no disparaban más? ¿Y aquello era todo?... Les habían robado el dinero.

—¡Tongo... tongo!—gritaron al mismo tiempo.

Uno de ellos, cogiendo un pedazo de roca suelta, quiso arrojarla á guisa de felicitación sobre los adversarios reconciliados. El otro fué á imitarle; pero ambos se detuvieron, sorprendidos, deslizándose luego peñón abajo... Había un herido. Maltrana se encorvaba con un pie entre ambas manos. Gómez pretendía sostenerlo; los padrinos corrían hacia él.

A continuación de los disparos había sentido un choque en el pie derecho, un choque violentísimo, mucho más doloroso que un pisotón, y que agitó con estremecimientos de suplicio toda la sensibilidad de esta parte de su cuerpo. Estaba herido, y su inquietud fué en aumento al mirarse el pie y no ver en él señal alguna de perforación ni goteo de sangre.

Gómez mostrábase indignado por la torpeza de uno de los dos tiradores.

—¡Hijo de una gran pulga!... ¡Si me llega á dar á mí!

Le brillaban los ojos de un modo alarmante sólo al pensar que aquella bala perdida hubiese podido tocarle. Llevábase instintivamente una mano á su cintura. El amigo Gómez había asistido al desafío llevando su revólver, por lo que pudiese ocurrir.

Todos rodearon á Isidro, manoseándolo, buscando en vano la herida que le arrancaba hondos suspiros. Ni rastro del proyectil. Sólo una leve depresión del cuero del zapato sobre el mismo lugar entumecido por el dolor.

Buscaba Gómez, mientras tanto, con la cabeza baja examinando el suelo. Su instinto de hombre de campo, habituado á estudiar los más pequeños accidentes de la inmensa llanura argentina, su trato con los maravillosos «rastreadores», adivinos de la Pampa, le hizo encontrar la explicación de este misterio. Señaló á algunos pasos un diminuto orificio abierto en el suelo. Allí estaba enterrada la

bala. Mostró después un guijarro partido recientemente, á juzgar por la blancura interior de sus fragmentos. Este era el causante de todo. El proyectil, antes de hundirse en la tierra, había chocado con una piedra junto á los pies de Maltrana, y los fragmentos de ésta eran los que le habían golpeado.

Isidro, al enterarse de que no estaba herido, sintió menos dolor. «No es nada, señores. Muchas gracias.»

El amigo Gómez, desencantado por el final pacífico del acto, y furioso al mismo tiempo por la posibilidad de que una bala le hubiese alcanzado á él estando junto al maestro, murmuraba tenazmente:

—¡Pucha!... ¡qué desgraciados son estos gringos! ¡Qué mal tiran!

Y sus dos compatriotas, á pesar de la distracción que les había producido el incidente de Maltrana, continuaron gritando con expresión burlona: «¡Tongo... tongo!»

Sintióse molestado Isidro por las murmuraciones de estos «queridos amigos» que habían asistido al encuentro por benevolencia suya. Ignoraba lo que pudiese significar la palabra *tongo*; pero por si equivalía á farsa ó engaño, se apresuró á decir con toda su autoridad:

—Esto ha sido un hermoso encuentro, ¿oyen ustedes, jóvenes?... Lo digo yo, que he presenciado muchos actos de igual clase... Y como nada queda por hacer, vámonos á tomar algo.

Los adversarios, con la alegría de su reconciliación, apenas se habían fijado en los demás. Se estrechaban las manos, se sonreían como amantes.

Todos experimentaron el regocijo de vivir que se siente después de un peligro; todos sufrieron de pronto el hambre que llega irremisiblemente á la zaga de la emoción.

Roncaron de nuevo los motores de los automó-

viles, el niño de la cascada abandonó su refugio con la esperanza ilusoria de que se fijasen en él y le diesen algo por despedida, y otra vez se vieron Maltrana y su séquito pasando á gran velocidad entre las frondosidades de Tijuca. Pero ahora no iban silenciosos y preocupados; el sol era más vivo, los árboles más verdes. Reparaban todos en la hermosura de los pájaros, que hacían vibrar en el aire sus plumajes de colores. La velocidad de los vehículos dejaba detrás de su estela de polvo y humo un temblor de árboles conmovidos, de hojas que caían, de ramas que se entrechocaban, con gritos y saltos de los inquietos simios refugiados en sus copas.

Al llegar á Boa Vista hicieron alto frente á una tienda de comestibles que era al mismo tiempo taberna y café: el único establecimiento que encontraron abierto.

Su entrada fué en tropel, lo mismo que una invasión famélica. Los preparativos del duelo les habían obligado á salir del buque sin almorzar. El dueño de la tienda, un español cachazudo, no sabía cómo atender tantas y tan diversas peticiones. Querían comer; indicaban platos á su gusto, y el tendero contestaba á todos afirmativamente, pero aplazando el cumplimiento de sus promesas por una ó dos horas, el tiempo necesario para ir y volver á Río Janeiro.

Se abalanzaron entonces á los comestibles que estaban á la vista: pastelillos y dulces de diversas épocas, artísticamente moteados con deyecciones de moscas á pesar de su encierro entre cristales. El dueño, detrás del mostrador, atendía al remedio de esta hambre general abriendo latas de sardinas y cortando lonchas de salchichón blanducho. Todo pasaba en extravagante mezcla por los ávidos esófagos: el salchichón revuelto con soda, los pasteles bañados en aceite de sardinas. Y cuando su famé-

lica nerviosidad empezó á calmarse, rompieron á hablar del desafío como de un suceso remoto, de un hecho histórico envuelto en las maravillosas nieblas de la lejanía, que todo lo agiganta. Los burlones que habían gritado «¡tongo!» modificaban su opinión al verse lejos del lugar del combate. Una bala podía haber tumbado á cualquiera de los dos adversarios con la misma facilidad que casi había dejado cojo á Maltrana. Y ahora que sentían en el estómago una grata pesadumbre, les pareció el asunto muy digno de respeto.

También Gómez empezaba á sentir cierto orgullo por haber presenciado el duelo. Un espectáculo interesante que podría relatar á sus amistades. Y poseído de súbita consideración por los combatientes, quería deslumbrar al alemán con el relato de las batallas políticas allá en su provincia, tenaces encuentros revólver en mano, sin otros testigos que los peones, que disparaban también; desafíos gauchescos, jamás terminados sin sangre.

El belga había acaparado á Maltrana en un rincón. Iban á separarse en Río Janeiro, pero él no podía quedar así, con buenas palabras nada más, sin un documento que atestiguase su conducta caballeresca. Necesitaba el acta del encuentro, para unirla á muchas otras en el archivo de su honor.

Otra vez el español de la tienda se vió apremiado por los llamamientos de aquellos señores, que pedían toda clase de artículos de escritorio, como si estuviesen en una oficina. Sólo pudo ofrecerles una ampolleta de tinta clarucha y una pluma roma. En cuanto á papel, Isidro, que deseaba hojas de pergamino con cantos dorados para este documento destinado á larga vida, tuvo que contentarse con un bloque de hojas comerciales llevando en un ángulo el membrete del establecimiento: «Frutos López. *Productos do paiz e estrangeiros.*» Pero el

honor ennoblece cuanto toca, y él se aplicó á redactar un documento, con pasajes de emoción dramática, ayudado por el barón, que le socorría en sus dudas sobre la sintaxis francesa. Porque el acta era en francés, para mayor solemnidad; el belga no la tenía por aceptable en otro idioma.

Empezó á impacientarse el resto de la comitiva por este trabajo laborioso. Nada quedaba en la tienda digno de ser devorado. Gómez y sus compatriotas se entretenían saltando los bancos de la plaza. Los padrinos pensaban con nostalgia en el comedor del buque. Eran las once en el reloj de la tienda, y el *Goethe* zarpaba á las doce. Tenían miedo de quedarse en tierra por culpa del tal documento, y por esto suspiraron de satisfacción al poner la firma apresuradamente, corriendo luego á los automóviles.

Cerca de mediodía lanzó el trasatlántico un rugido de aviso. Fueron acudiendo á esta primera llamada los pasajeros que estaban en los cafés de la Avenida, aburridos de la espera y del calor, sin saber qué hacer en la ciudad, deseando verse cuanto antes en pleno Océano bajo la brisa del mar libre.

Volvían á sus camarotes para recobrar las frescas ropas de viaje, despojándose de los vestidos trasudados. Paseaban por las cubiertas con la misma satisfacción del que paladea el regalo de la casa propia después de un viaje penoso. Entraban en el buque con una emoción de gratitud, lo mismo que si volviesen al pueblo natal. Experimentaban el bienestar del propietario que recobra las comodidades de su vivienda al volver á encontrar colgados y en orden en sus camarotes todos los objetos de uso personal que les recordaban una vida oceánica de diez días, equivalente á diez años.

Rugió por segunda vez la chimenea y se acodaron todos en las barandas para presenciar la llega-

da de los otros compañeros. Desembocaban los automóviles en el muelle á toda velocidad, viniendo á detenerse frente al buque, al otro lado de la verja. Juntos con los pasajeros subían al trasatlántico grandes ramos de flores, cestos de frutas tropicales, monos y loros que saltaban sobre los hombros de sus nuevos dueños pugnando por libertarse de las ataduras que los retenían.

Sonó el tercer rugido y se miraron los pasajeros, consultándose para saber cuántos permanecían en tierra. Faltaban muy pocos.

La gente se agolpó en las bordas, saludando con gritos y aplausos irónicos á los que llegaban retrasados. En la proa y la popa formaban los emigrantes dos masas oscuras, sobre las cuales se agitaban los pequeños redondeles blancos de las cabezas. Miraban de lejos aquella ciudad á la que no habían podido descender, como miran los presos en conducción paisajes y estaciones por las aberturas de un vehículo celular. Lo único que conocían de esta tierra eran las frutas que unos vendedores negros les arrojaban desde el muelle.

Muchos de los emigrantes, fatigados de admirar palmeras y caseríos blancos, acababan por volver las espaldas, refugiándose en los sitios más frescos y sombreados. Unicamente sentían verdadero interés por el país de su destino, la tierra de la esperanza, donde les aguardaba, según sus informes, la fortuna impaciente. Ellos iban á Buenos Aires.

Una explosión de gritos y aplausos saludó el automóvil en el que llegaba Nélica con su hermano y Ojeda. Los padres, que habían sido de los primeros en regresar al buque, aguardaban impacientes. Pero el señor Kasper cortó con una acogida cariñosa la belicosidad de su conyuge, irritada por esta tardanza. Juntos admiraron el pajarraco rojo y verde que sostenía Nélica en una mano. Lo llevaba

con frecuencia á sus mejillas, besándole el corvo pico. El afán de novedad le hacía reclamar luego un mono que ostentaba su hermano en un hombro, bestiecilla inquieta con ojos de diamante y una cola doble larga que su cuerpo. El muchacho intentó resistirse: entre el mono y él se había establecido desde el primer momento una dulce simpatía. Pero Nélide se lo arrebató, paseando sus labios frescos por la temblona cabecita del simio.

Los esposos Kasper se conmovieron al saber que los dos animales eran regalo del doctor Ojeda. Miraron en torno para darle las gracias por sus atenciones con la niña, pero hacía rato que se había retirado á su camarote, deseando librarse cuanto antes de la sociedad de Nélide.

Habían llegado al buque en franca enemistad. Hasta el último momento habló ella de la conveniencia de fugarse. Propuso nuevos paseos por el interior de Río Janeiro, se retardó en los cafés y las tiendas, con el visible propósito de que pasase el tiempo y el trasatlántico se marchara sin ellos. Al final, Ojeda se había irritado, imponiendo autoritariamente la vuelta inmediata al *Goethe*. Y Nélide, ofendida, sólo había tenido desde entonces palabras tiernas y caricias para los dos animales. En cuanto á él, lo detestaba.

Comenzó á zarpar el buque. Soltáronse los cabos que lo unían á tierra; la proa se apartó del muelle. Rugía la música la marcha de partida. Algunos pasajeros se mostraron inquietos recordando á los de la comitiva del desafío. Se iban á quedar en tierra. Indudablemente había ocurrido una desgracia.

Y cuando todos, con un pesimismo contagioso, daban por segura la catástrofe, se produjo un movimiento general hacia la borda que enfrentaba al muelle. ¡Ya llegaban!... Salieron de la Avenida los tres automóviles á toda velocidad, y una vez junto

á la verja, saltaron de sus asientos los pasajeros, yendo á todo correr hacia el buque. En aquel momento su costado se despegaba del muelle con lentitud. Hubo que bajar otra vez la escala. Un minuto más, y habrían tenido que alcanzar al *Goethe* en un bote en mitad de la bahía.

Maltrana subió el primero con su valija de mano, no queriendo contestar á las preguntas de los curiosos. Tenía prisa de ganar su camarote para cambiarse de ropa. La gente, al ver que volvía solo el alemán con los padrinos y acompañantes, dió por cierta la catástrofe, con la afición que muestran las masas por los finales trágicos. El barón belga estaba herido: tal vez había muerto á aquellas horas. La noticia dió la vuelta al paseo, despertando en las señoras un coro de lamentaciones: «¡Un mozo tan cumplido! ¡Qué desgracia!...»

Los amigos del alemán, viéndolo sano y triunfador, se lo llevaban al fumadero con abrazos y palmadas en la espalda. Sonaron los taponazos del champaña como prólogo de la descripción del combate. Algunos pasajeros volvían la espalda con indignación para no presenciar esta apología del homicidio. Mirando al muelle cada vez más lejano, con sus personas súbitamente empequeñecidas, fijáronse en un hombre que agitaba el sombrero y abría los brazos haciendo locos movimientos de despedida.

—¡Pero si está allí!... ¡Si es el belga, que nos dice adiós!...

La noticia hizo correr al pasaje en masa á un lado del buque. Sí; era él: todos le reconocían. Y á pesar de la distancia, gritaron los más, enviándole un saludo por encima del agua azul, entre el revoloteo de las gaviotas y las palmeras de una isla que parecía avanzar poco á poco enmascarando el muelle.

En el centro de la ciudad se había despedido el

belga de la comitiva para quedarse en su hotel. Pero luego se arrepintió. Su deber era ir á decir adiós á los demás compañeros de viaje. ¡Quién sabe qué mentiras contarían aquellos buenos amigos al relatar el desafío! Había que hacer constar que estaba incólume como el otro...

Corrió al puerto, agitándose con desesperación al ver que se alejaba el buque sin que nadie reparase en su persona. Y cuando al fin llegó hasta sus oídos el bramido de saludo, se creyó recompensado de todos sus sinsabores y penalidades de hombre de honor. ¡Adiós, *Goethe!* ¡Adiós, *Nélida!*... Tal vez la voz de ella se había unido á esta aclamación de despedida.

Se enfrió el entusiasmo de la gente al enterarse de que los dos adversarios estaban sanos y enteros. Los mismos que poco antes parecían indignados en nombre de la civilización y la dulzura de las costumbres, lamentando la muerte del belga, torcían ahora el gesto cual si fuesen víctimas de una broma de mal gusto. «¡Farsantes!... ¡Alarmar á personas respetables con un desafío de morondanga!...»

Sobre las ruinas de los dos adversarios, súbitamente caídos de la gloria, iba elevándose un nuevo héroe. Gómez y sus amigos, deseosos de hacer constar que ellos lo habían presenciado todo, hablaban de Maltrana, de sus palabras elocuentes, de la serenidad con que se había expuesto á la muerte, del balazo en un pie. El afán que siente todo cuentista de amplificar y abultar los sucesos, para tener en suspenso á sus oyentes, les hizo lanzarse de buena fe en las más absurdas exageraciones, ensalzando los méritos del director del combate. «¡Qué Maltrana tan corajudo!... ¡Qué tigre!»

Y mientras se formaba y consolidaba rápidamente en las cubiertas un prestigio de héroe para Isidro, éste, con toda calma, tomaba un baño y se

vestía de blanco, luego de repeler aquel traje de lanilla que le había atormentado con su peso lo mismo que una armadura.

Al salir del camarote se tropezó con «el hombre fúnebre».

«¡Y yo que me lo imaginaba á estas horas en la cárcel!...—pensó—. No habiendo sido aquí, será en Buenos Aires. La policía de allá debe estar mejor informada.»

Le produjo alguna sorpresa ver que «el hombre fúnebre» iniciaba un asomo de sonrisa y de saludo. «¡Ah, bellaco!» Ahora le miraba como si quisiera hacerse amigo suyo. Era sin duda á impulsos del miedo que acababa de sufrir... Y acogiendo esta muda amabilidad con desdeñosa altivez, siguió adelante, sin responder al saludo.

La gloria salió á su encuentro. Le rodearon las gentes en la cubierta, mostrando gran interés por su salud. Hasta las damas menos comunicativas le pedían noticias. Ahora sí que podía llamarlos á todos de verdad «mis queridos amigos». Sonreían algunas señoras, con el dulce reproche femenino que lamenta y celebra á un mismo tiempo las temeridades del valor, y le amenazaban cariñosamente moviendo una mano con el índice en alto. «¡Ah, calaverón!... ¡Mala persona!»

El doctor Zurita, enterado por sus hijos de lo ocurrido, se acercó á Maltrana con la irresistible simpatía que inspiran los actos de coraje á todos los de su país.

—¡Ah, gallego diablo!... Ya me lo han contado todo. Muy bien... Tome uno de hoja.

Y le dió el mejor de sus habanos como un tributo de admiración.

Todos le miraban los pies, fijándose en sus zapatos blancos de lona. Los otros los guardaba seguramente abajo como un recuerdo. Muchos querían

examinarlos para apreciar los destrozos del proyectil. Las mujeres, con súbita inquietud, le obligaban á sentarse al lado de ellas.

—No haga locuras, Maltranita; tenga cuidado. Las heridas en los pies, por insignificantes que parezcan, traen á veces malos resultados.

Y algunas se lanzaban á recordar heridas sufridas por individuos de su familia, accidentes de la vida en la Pampa, con cuyo relato se iban olvidando del héroe.

—No pasee, señor; ande lo menos posible. Es un consejo de la experiencia.

Esto lo dijo en francés una voz tímida y respetuosa; y al levantar los ojos, vió Maltrana al «hombre lúgubre». ¡También se unía éste á la general admiración!... ¡Un hombre que se hallaba bajo la amenaza del presidio dejaba en olvido su propia suerte para interesarse por su salud!... ¡Qué gran cosa el valor!

El último en aproximarse fué Ojeda, cuando ya se habían disuelto los grupos de admiradores. A la mirada interrogante de Fernando, que parecía asombrado, contestó con un guiño malicioso y un leve encogimiento de hombros. No había de qué asustarse.

—Todo mentira—murmuró con voz tenue—; «pura parada», como dicen los criollos. Pero deje usted que se hinche el entusiasmo. Con esto no se hace mal á nadie... Vamos á almorzar.

El buque había salido de la bahía. Deslizábase entre islotes de tupida vegetación y escollos que emergían sus negras cabezas con greñas verdes. Las montañas de forma humana parecían alejarse tierra adentro. La ciudad se había ocultado, dejando en la memoria de todos una visión de blancas construcciones, altas palmeras, ensenadas azules bordeadas de jardines, rostros congestionados

por el calor, ropas húmedas y sudorosas. La brisa del mar libre esparció su hálito vivificante por todo el buque.

Con los preparativos de salida se había retrasado el almuerzo, y esta tardanza, así como la variedad de flores sobre las mesas y los víveres adquiridos en tierra, dieron nuevo encanto á la general nutrición. Todos comían con apetito, celebrando la frescura del comedor luego de la pesadez caliginosa de la ciudad. Algunas mesas estaban libres, y los pasajeros esforzaban su memoria para recordar á los que se habían quedado en Río Janeiro. En otras se agrupaban los brasileños recién embarcados. Iban á Montevideo, y allí transbordarían á los vapores fluviales que, siguiendo el Paraná y el Paraguay, llegaban, tras veinticinco días de viaje, al corazón de su país.

Maltrana había realzado su triunfo manteniéndose en serena modestia, fingiendo no ver las miradas curiosas y admirativas. El señor Munster le hablaba ahora con respetuosa gravedad, no osando permitirse más bromas con un hombre que andaba á tiros y almorzaba luego tranquilamente sin acordarse del peligro. El doctor Rubau le contempló con melancólica conmiseración. «¡Ah, juventud, loca juventud!... ¡Tan apreciable que es la vida!» Lo afirmaba él, vestido siempre de negro, refractario al trato de las gentes, con una marcada tendencia al encierro y al llanto.

Después del almuerzo, Ojeda se encontró solo en el jardín de invierno. Su célebre amigo estaba acaparado por la atención general y no venía á sentarse á su lado cual otras veces. Pasaba de mesa en mesa; lo rodeaban los jóvenes, que acabaron por llevárselo al fumadero.

Notábanse grandes claros en la concurrencia. Las gentes no parecían las mismas de antes. Había

desaparecido la inconsciencia alegre de la vida oceánica. Todos, al pisar el muelle, habían sentido que pertenecían al suelo firme, recordando de pronto las preocupaciones de su existencia anterior. La tierra recobraba sus derechos sobre ellos, y al volver al buque eran otros. Ya no vivían la vida del presente, con olvido del resto del mundo, como si la humanidad hubiera muerto, los continentes se hubiesen hundido y no quedasen sobre el planeta otras personas que este puñado de seres flotando sobre un arca de acero, sin tener que preocuparse de la comida, que encontraban siempre pronta, sin miedo á los compromisos sociales de un mundo lejano, con los apetitos en libertad y la conciencia soñolienta.

Los negocios resurgían en la memoria de todos con mayor premura, como si en este período de olvido hubiese aumentado su interés. Cada uno pensaba en la causa que le había arrastrado á este hemisferio. Los residentes en América sentían los primeros asaltos de la inquietud. ¿Qué malas noticias saldrían á recibirles? ¿Cómo iban á encontrar los negocios después de su ausencia?... Los que iban á las tierras nuevas por primera vez sufrían la angustia de la incertidumbre, la duda del que va á arrostrar una prueba decisiva. Y todos, obsesionados por sus pensamientos, se apartaban y aislaban para reflexionar mejor.

Restablecíanse las distancias sociales, que en mitad del viaje parecían haberse suprimido. Las caras ya no sonreían. Todos, con gesto de preocupación, evitaban la familiaridad. Parecían tener miedo de que las relaciones amistosas de á bordo se prolongasen en tierra. Un intento de aproximación y de confianza se traducía como amenaza de inmediatas peticiones.

Los de menos fortuna, que hasta entonces habían

gastado pródigamente, con la facilidad que proporciona el crédito, comenzaban á restringir sus necesidades extraordinarias en el comedor y en el fumadero. Se acordaban de pronto de los numerosos vales que llevaban firmados: iba á llegar el momento de ajustar cuentas con el mayordomo. Un ambiente de tristeza y desasosiego se esparcía por el buque, velando las voces y haciendo languidecer las conversaciones. Los sitios vacíos inspiraban el melancólico recuerdo de los ausentes. El salón de invierno ofrecía el aspecto de una reunión de familia después de una desgracia.

Ojeda también estaba triste. La soledad favorecía el desarrollo de sus remordimientos. Pensaba con vergüenza en sus aventuras, y á la vez, por una contradicción bizarra, pensaba también en Nélide, extrañando su ausencia. Esperaba verla aparecer de un momento á otro en la ventana inmediata, lo mismo que en las tardes anteriores. Se habían separado con enojo al llegar al buque; pero estos enfados eran siempre en ella de corta duración, y horas después se aproximaba, anunciando con maliciosos guiños su propósito de bajar al camarote... Pero hoy transcurría el tiempo sin que Nélide apareciese.

Cansado de este abandono, salió Fernando á la cubierta, y al dirigirse hacia el lado de proa, lo primero que vió en «el rincón de los besos» fué á Nélide tendida en una silla larga, con los ojos entornados, dejando al descubierto una buena parte de sus piernas, cubriéndose la cara con una mano como si quisiera ocultar su rubor, mientras á través de los dedos brillaban sus ojos de malicia. Y sentado junto á ella estaba Maltrana, el heroico Maltrana, expresándose con vehementes gesticulaciones, echando el busto hacia adelante, cual si la muchacha tirase de él con magnética fuerza.

Al ver á su amigo, mostró Isidro cierta turbación, se cortó su verbosidad, lo mismo que si acabara de sorprenderle en algo vergonzoso. Ella, por el contrario, miró á Ojeda con expresión de reto, añadiendo en voz fuerte:

—Continúe usted, Isidro. Eso que dice es muy lindo, muy interesante.

Y acompañó sus palabras con un gesto exagerado de voluptuosidad y abandono, indicando el gran placer que le causaban las palabras del héroe.

Fernando siguió adelante, con más asombro que despecho por esta revelación... ¡Maltrana también! Había bastado que las gentes lo celebraran por una hora, para que aquella muchacha fuese en su busca á impulsos del insaciable y veleidoso deseo. El discurso de la fiesta y la aventura del tiro hacían de él un hombre interesante, un héroe apetecible, y allí estaba Nélide junto á él, con los ojos húmedos, una sonrisa de adoración y la lengua paseándose ávida sobre el rosa de los labios. Isidro iba á ser el heredero de todos.

Para evitarse las miradas de ella y su sonrisa vengativa, no quiso pasar otra vez por este rincón de la cubierta. Abajo, en la explanada de proa, sonaba una música pastoril, y por los intersticios del toldaje veíanse saltar las cabezas de varias personas con el ritmo de la danza.

Le había hablado Isidro algunas veces de los bailes de los árabes instalados en esta parte del buque, y no sabiendo adónde ir, quiso presenciarlos, bajando á la explanada. Aglomerábase la muchedumbre, dejando un reducido espacio á los danzarines. La llegada á América después del aislamiento en medio del mar había difundido una gran alegría en el rebaño ansioso de esperanza. Se aproximaban al término del viaje. ¡Buenos Aires!... Ya estaban casi tocándola. Cuatro ranchos y cuatro

sueños los separaban nada más de la ciudad-ilusión. Iban á llegar más pronto de lo que deseaban: cuando ya se habían familiarizado con la vida del Océano y su prisa era menos apremiante.

Un sirio, erguido sobre un rollo de cables, tañía una triple flauta fabricada con cañas, y al son del gangueo bucólico movíanse sus compatriotas. Eran hombres morenos, de luengos bigotes: corpulentos unos, hinchados de grasa, con la obesidad amarillenta y blanducha de los orientales; enjutos otros, angulosos, alargados y sueltos de miembros, lo mismo que los caballos de carrera. En recuerdo de la patria lejana, habíanse ceñido pañuelos á guisa de turbantes alrededor de sus purpúreos gorros, y otros más vistosos como fajas en torno á los riñones. Danzaban puestos en fila, con grandes contoneos de caderas y vientres. Sus hembras manteníanse aparte, como hijas de un pueblo en el que la mujer vive aislada, sin participación en los regocijos públicos.

A la cabeza de la fila, dirigiendo las evoluciones de la danza y acompañándola con patadas y gritos, destacábase un joven altísimo y enjuto de carnes, con nariz aguileña, fino bigote y ojos ardientes. Se cubría con un caftán sucio y magnífico de seda roja bordada de oro. Estos bordados habían tomado con los años un empañamiento verdoso. La seda, deshilachada en los sitios de mayor roce, dejaba escapar las vedijas de algodón de su acolchado. Pero á pesar de esta ruina y de los pantalones y botines de obrero europeo que dejaba ver por debajo de la vestidura oriental, el árabe de Siria ofrecía un hermoso aspecto.

Ojeda lo reconoció: era el Emir. Varias veces, al hablarle Isidro de las danzas de los árabes, había mencionado á este joven, alabando su apostura de caballero del desierto, que hacía recordar á los

héroes de las Orientales cantados por el romanticismo.

El imaginativo Maltrana no había vacilado en darle un nombre y una dignidad. Era, según él, un emir en desgracia. Como lo incluía en el número de sus «queridos amigos», estaba bien enterado de que marchaba por segunda vez á Buenos Aires, donde ejercía pequeñas industrias. Pero esta vulgar realidad desechábala Isidro, por no estar de acuerdo con los deseos de su imaginación, y el joven árabe era un emir, según él, y todos sus compañeros, con mujeres é hijos, fieles súbditos que seguían á su príncipe en el destierro.

A la cabeza de la fila formada por sus vasallos, el Emir balanceábase sobre las caderas, levantaba un pie y lanzaba relinchos bajo la mirada protectora de la *señá* Eufrasia, que, subida en un carmanchel, presidía la fiesta con toda la majestad de su busto corpulento. Al reparar la buena mujer en Ojeda, se atrevió á sonreírle. Sabía que era español por haberle visto algunas veces con don Isidro.

—¿Ha visto usted, señor, qué moritos graciosos? Y ahí donde usted los ve, con esas caras tan feotas, son unos infelices: más buenos que el pan. Los mejores de todos.

Su marido, el hombre del sombrero y la faja abultada, se aproximó al escuchar estas palabras. Se adivinaba que iba á decir, como de costumbre, ansioso de fingida autoridad: «Calla, Ufrasia, y no molestes á este caballero. Las mujeres no sabís na de na.» Pero no pudo decirlo.

El flautista lanzó unas notas en falso y calló después, como si se le hubiese atrancado algo en la garganta. Los bailarines quedaron inmóviles, agarrados del talle, una pierna en alto, mirando hacia el castillo central con ojos súbitamente congestionados.

Fernando miró también, influenciado por este silencio, y vió á Maltrana que acababa de descender por una escalerilla de hierro. En mitad de la escalera estaba Nélica mirando á la muchedumbre extendida á sus pies, orgullosa de la emoción que despertaba su presencia. La falda corta y estrecha se había subido impudicamente con el movimiento de descenso, dejando á la vista una pantorrilla larga, de curva armoniosa, enfundada en una media de seda gris con rayas caladas. En la parte más alta, entre la media y el pantalón, mostrábase un pedazo circular de carne desnuda, blanca y ligeramente sonrosada como el nácar húmedo.

Adivinó ella la causa de esta turbación colectiva, de este silencio repentino, pero quiso prolongar la situación con una coquetería cruel, sonriendo ante el popular homenaje. A Ojeda le pareció oír mentalmente un alarido general, un relincho inmenso que subía hasta el cielo; y no lo lanzaban las bocas, repentinamente secas: partía de los ojos extraviados, de las ropas estremecidas, de las narices palpitantes. La miraban lo mismo que los pueblos primitivos debieron mirar la primera revelación celeste.

Maltrana, al pie de la escalera, torció el gesto é hizo señas, con el enfado de un propietario futuro que ve prodigados sus bienes. Ella, al fin, quiso fijarse en sus extremidades, y sin emoción alguna arregló el desorden de la falda, borrándose la divina aparición como la luna entre nubes.

Sólo entonces volvió la flauta á lanzar sus pastoriles gorjeos y los danzarines reanudaron sus evoluciones. Por toda la explanada circuló inmediatamente una noticia, con la prontitud colectiva de las muchedumbres para inventar y aceptar embustes. Era don Isidro con su novia: una novia millonaria. Se iban á casar apenas llegasen á Buenos Aires.

La *señá* Eufrasia se aproximó á ellos con gesto admirativo: «¡Ah, don Isidro! ¡Y qué bien ha sabido usted escoger! Los hombres de talento tienen magnífico ojo para estas cosas. ¡Que sea para bien! ¡Que dure muchos años!...» Y las otras mujeres, árabes, italianas, españolas, se agrupaban en torno de Nélide admirando su hermosura, sorbiendo el aire cual si quisieran apropiarse algo de su perfume, empujándose para sentir el roce de sus miembros, conmovidas aún, á pesar de la identidad de sexos, por lo que habían visto aparecer en mitad de la escalera. Sentían cierto orgullo al estar próximas á una de aquellas señoritas que sólo habían visto de lejos, asomadas á los balconajes del castillo central.

La gente joven que Maltrana había encontrado algunas veces junto á la verja que cerraba el paso á los camarotes, espiando las idas y venidas de camareras y criadas, manteníase á cierta distancia, contemplando á Nélide con una admiración casi homicida. La devoraban todos con los ojos. Parecía que de un momento á otro iban á caer sobre ella, despedazándola.

Odiaban de pronto á don Isidro, admirándolo más que antes. Nunca les había parecido tan grandioso. ¡Ah, los ricos! Tenían la plata, tenían las comodidades, y además se llevaban las mejores mozas. A impulsos de la envidia hacían comparaciones, pasando su mirada de la fresca Nélide á las pobres hembras despechugadas, sucias y curtidas por el sol. Una porquería todas ellas. ¡Ah, miseria!...

El Emir se había despegado de sus compañeros para ejecutar un solo de danza. Acompañado por la flauta y agitando entre ambas manos un pañuelo rojo, bailó frente á Nélide, como si la dedicase todos sus gestos y contorsiones. Movía las caderas

con femenil vaivén, lo mismo que las almeas, provocando grandes risas por sus estremecimientos lascivos. Las nobles facciones del príncipe del desierto caído en la desgracia se borraban bajo el temblor de unos gestos simiescos. Sus negras pupilas parecían arder con un fuego azulado, mientras las córneas se estriaban de sangre. Miró á Névida con una fijeza desconcertante; pero ella, en vez de mostrar turbación, avanzaba el rostro y abría la fresca boca riendo con todo el esplendor de sus dientes, como si se burlase de las angustias del pobre Emir. Pero su imparcialidad de muchacha experta en la apreciación y descubrimiento de los méritos varoniles, por ocultos que estuviesen, hizo justicia al árabe.

—¡Qué lindo!—dijo volviéndose á Maltrana, mientras el otro seguía bailando—. ¡Qué hermoso pedazo de hombre!... Lástima que esté aquí.

Ojeda, que permanecía cerca de ellos, pensó que era una suerte para su amigo que los reglamentos del buque no permitiesen al Emir dar un paso fuera de la proa. De poder abandonar á la masa emigrante para ocultarse en los recovecos del castillo central, el infortunio de Maltrana era seguro.

Cuando el árabe cesó de bailar, jadeante y sudoroso, ella avanzó por la explanada con el aire de una princesa que visita á sus vasallos. Se reflejaba en su persona la popularidad de Isidro, y éste, por su parte, extremaba las sonrisas, las palmadas cariñosas, las palabras de falso afecto, lo mismo que un buen rey que desea mostrarse estrechamente unido con su pueblo.

Névida miró varias veces á Fernando, gozosa de que presenciase su triunfo. A su lado jamás había recibido tales homenajes. Sólo guardaba para ella contradicciones y negativas. Era más buen mozo que Maltrana: conforme; pero no era un héroe.



Como el baile había terminado, Fernando se volvió al castillo central. Quiso dejar á Nélide gozando de su gloria, acogiendo serena como un ídolo la curiosidad de las mujeres y el deseo vehemente de muchos hombres, que la seguían con paso de tigre. Tenían el mismo gesto de los antiguos corsarios berberiscos rondando sobre la cubierta de la galera en torno de una beldad recién conquistada. De estar solos habrían tirado de la muchacha todos á la vez, descuartizándola para hacerla suya.

Maltrana, separado de Nélide por unos instantes, hablaba con Juan Castillo y don Carmelo. Venía éste de la enfermería de ver á Pachín Muiños, el emigrante que preguntaba á todas horas cuándo llegaba el buque á Buenos Aires.

—Hombre perdido—dijo el de la comisaría—. El médico lo ha desahuciado; pero él sigue entre la vida y la muerte, y cuando habla, es para preguntar siempre lo mismo: «¡Buenos Aires!... ¿Cuándo llegamos á Buenos Aires?»

Por la mañana, en la bahía de Río Janeiro, habían tenido que hacer esfuerzos los enfermeros para sostenerle en la cama. Quiso huir apenas notó la inmovilidad del buque. ¡Ya habían llegado á Buenos Aires! Le engañaban; querían mantenerle en aquel encierro so pretexto de su salud. Y el panorama de la vecina ciudad entrevisto por un tragaluz al incorporarse en el lecho, había servido para aumentar su desesperación. Aún había sido ésta más grande al ponerse el buque en marcha. Se creía de regreso á su tierra, después de haber estado junto á la ciudad-esperanza, donde le aguardaban la salud y la riqueza.

—El pobrecito está en pleno delirio—continuó don Carmelo—. En vano le dicen que vamos á Buenos Aires y que llegaremos pronto. Cree que volvemos á su país; y si al fin duda, pide que lo llamen

á usted, señor Maltrana. «Que venga don Isidro. El lo sabe todo: él me dirá la verdad...» Podía usted verle. Su presencia le serviría de consuelo.

Pero Maltrana hizo un gesto evasivo. Tal vez más tarde lo visitase. Ahora tenía mucho que hacer: no podía dejar sola á esta señorita.

Don Carmelo, acordándose de las obligaciones de su empleo, se lamentó de la presencia de Muiños en el buque. Llevaba realizados varios viajes sin que ocurriese una defunción á bordo. Examinaban á las gentes antes de admitirlas, pero este hombre los había engañado con su aspecto de salud en el momento del embarque... La muerte es triste en todos los lugares, pero aún más en el mar... ¡Lo que él había visto!

Recordó un viaje que había hecho á Buenos Aires en otro buque conduciendo una gran masa de emigrantes del Norte de Europa. A los pocos días se declaraba una epidemia entre las gentes de tercera clase.

—Todas las noches echábamos al mar dos ó tres. Nuestra preocupación era que no se enterasen los pasajeros de primera. Jamás he visto un viaje con tantas fiestas. Casi todos los días banquete extraordinario; por las noches veladas musicales, bailes. Y mientras tocaba la música arriba y bailaba la gente, nosotros metiendo á los muertos en cajones, echándolos al mar y conservando á las familias en los sollados para que no escandalizasen con sus gritos. Cuando llegamos al término del viaje, la mayor parte de los pasajeros de primera ignoraban lo ocurrido, y protestaron al ver que los sometían á cuarentena. Treinta y ocho cadáveres al agua mientras ellos bailaban... ¡Qué cosa el mar, caballeros! ¡Qué secretos los suyos!

Resignado de antemano á toda clase de emociones, hablaba tranquilamente del próximo fin de este

compatriota. Podía haberse muerto la noche anterior, y lo habrían enterrado en Río Janeiro. Podía morir tres días después, y le darían sepultura en Montevideo ó Buenos Aires. Pero indudablemente iba á fallecer durante la travesía, tal vez en la misma noche, y lo echarían al agua. Había que desembarazarse prontamente de estos fardos, que únicamente sirven para entristecer á los demás. En los buques sólo pueden tolerarse los cadáveres de los ricos, porque van convenientemente embalsamados y sus herederos pagan bien. El carpintero de á bordo estaba haciendo en aquellos momentos el cajón para Pachín Muiños. El mismo don Carmelo acababa de comunicarle la orden.

Isidro no escuchó más. Nélide le hacía señas para marcharse. En medio de su entusiasmo por la popular recepción, experimentó la joven un sentimiento de menosprecio y asco hacia aquellas gentes. Las vió de pronto como si acabaran de rasgarse unos velos sonrosados interpuestos entre ellas y sus ojos. Los hombres le parecieron sucios y de una avidez amenazante. Las mujeres, con una humildad bestial ó francamente envidiosas, eran inferiores á las domésticas que la servían. Creyó percibir más abajo de su espalda roces insolentes, tocamientos de atrevida curiosidad, disimulados por la aglomeración. Hasta se imaginó sentir en los más recónditos secretos de su cuerpo un hormigueo de sangui-narios invasores, ansiosos de hartarse de carne nueva y rica, que tal vez acababan de abandonar el pellejo de aquellas comadres.

—Vámonos—dijo con angustia y miedo.

Y trepó por la escalera, sin importarle esta vez la delectación que proporcionaba á una gran parte del público con el divino espectáculo de sus faldas recogidas.

A media tarde empezó á acentuarse el movi-

miento del buque. El cabeceo suave de proa á popa, al que se habían acostumbrado todos y que pasaba inadvertido, como un movimiento necesario para la vida igual al de la respiración, se hizo por instantes más violento. El sol descendente estaba velado por una barrera de vapores; la luz era grisácea, lo mismo que la de una tarde invernal; el mar, azul obscuro, se plegaba en largas ondulaciones. Una brisa fresca y violenta, que parecía anunciar la tempestad, hizo correr á los grumetes para recoger los toldos y subir los gruesos cristales del balconaje de proa, dejando abrigada esta parte del paseo.

Las olas, de larga pendiente, silenciosas, dormidas, uniformes, sin el más leve penacho blanco, no eran de gran altura, y sin embargo el trasatlántico saltaba al encontrarse con ellas, elevándose á ambos lados de su proa dos surtidores de espuma. Veíase desde la mitad del paseo cómo se remontaba la popa cual si fuese á volar, hundiéndose después con una rapidez que angustiaba á muchos, produciendo en su diafragma una sensación de vacío.

Corrían las gentes al balconaje para presenciar detrás de los cristales los asaltos del mar en cólera, un espectáculo extraordinario después de tantos días de bonanza.

Maltrana, invisible hasta entonces, apareció por breves momentos al lado de Ojeda.

—Vamos á tener tormenta—dijo frotándose las manos con una expresión de contento—. Esto no podía continuar; tanta calma era para aburrir á cualquiera. Un viaje sin borrasca es deshonroso. Luego, al bajar á tierra, no habríamos tenido nada que decir. Es como si un autor escribiese una novela marítima, olvidándose de colocar en ella la obligada descripción de una tempestad.

Pero Ojeda movió la cabeza negativamente. No había tal tormenta: un poco de movimiento al pasar

el golfo de Santa Catalina; un simple incidente de viaje.

A pesar de las promesas de seguridad y las sonrisas de los oficiales del buque, muchos pasajeros contemplaban con un gesto de indignación el Océano, lo mismo que si se quejasen de la infidelidad de un amigo. Cuando todos vivían olvidados del mar, éste se hacía presente con una cólera insólita. Y las miradas dolorosas, los gestos de desagrado, parecían decir con su silencio de protesta: «Esto no es lo convenido.»

Los niños se aglomeraban en el balconaje subidos en sillas y bancos para ver la llegada de las olas. La superficie triangular del castillo de proa subía y bajaba al tropezarse con las arrugas azules é inmensas que venían á su encuentro. Descendía como si se la tragase el abismo, y luego disparábase hacia lo alto lo mismo que un animal que se encabrita, temblando sus flancos con el choque de las fuerzas ocultas. Dos montañas de espuma rematadas por sutiles cresterías asaltaban la proa, esparciendo una nube de polvo líquido. La espuma, al caer sobre la cubierta, convertíase en agua, corriendo en ondulante lámina por las pendientes del entarimado y escurriéndose luego por las canaletas. Estas rociadas incesantes llegaban hasta el balconaje, empañando los vidrios con el goteo de sus lágrimas.

Brillaba como metal la madera del combés y del castillo de proa bajo la continua inundación. Los emigrantes estaban ocultos en los sollados. De vez en cuando, un marinero con impermeable amarillo y casco encerado atravesaba el combés por alguna necesidad del servicio, recibiendo impasible las fuertes salpicaduras del Océano, hundiéndose sus botas altas en el río salado que cada ola hacía rodar de una banda á otra del buque.

Mezclado Ojeda con las gentes que presenciaban este espectáculo, fijó más su atención en las explosiones de la alegría infantil que en los asaltos del mar. Los niños se agitaban alborotando á la llegada de las olas. «¡Otra!... ¡otra!», gritaban con trémula alegría al ver desarrollarse ante la proa una nueva colina azul. Quedaban en suspenso, conteniendo la respiración, los ojos súbitamente agrandados. Sobrevenía el golpe, encabritábase la proa, remontábase en el espacio los dos fantasmas de espuma para desplomarse en cascadas, y un «¡ah!» de satisfacción descongestionaba los pechos. A veces, si el choque era mayor, la punta del *Goethe*, en gallarda rebeldía, alzábase por encima de las olas, sin que éstas llegasen á invadirla. La gente menuda pataleaba entonces de entusiasmo, prorrumpía en aclamaciones y saludaba la valentía del buque con una salva de aplausos. Algunas personas mayores contemplaban este regocijo con ojos lastimeros. «Ciega inocencia, desconocedora del peligro... ¡Siempre que aquella marejada no fuese en aumento!...» Muchos pasajeros no se atrevían á moverse de sus sillones y permanecían con la frente en una mano, pálidos, los ojos cerrados, cual si les hubiese acometido de pronto el sueño.

Pasando de un ventanal á otro para ver mejor la llegada de las olas, Ojeda se encontró al lado de Mina. La rubia cabeza de Karl, que se agitaba con sonoras risas á cada golpe de mar, le hizo fijarse en la mujer que estaba detrás sosteniéndolo entre sus brazos. Como si le avisase el magnetismo de una mirada fija en sus espaldas, la madre volvió la cabeza, palideciendo al reconocer á Fernando. Era la primera vez que se encontraban juntos después del paso de la línea. Se adivinó en su nerviosa inquietud un deseo de huir, de restablecer la indiferencia que los había mantenido apartados.

Intentó hablar Ojeda. Pasó una mano acariciante por la sedosa cabeza de Karl, pero apenas si éste se volvió á mirarle, ocupado como estaba en la contemplación del mar. Igual suerte tuvieron sus palabras á Mina. Ella sólo contestó con leves movimientos de cabeza, con forzados monosílabos, mientras su palidez iba tomando un ligero tinte de rubor. No ocultaba su vehemente deseo de huir. Parecía tener miedo, no de Fernando, sino de ella misma. Y prometiendo á su hijo que desde otro sitio vería mejor la llegada de las olas, lo puso en el suelo y le tomó una mano, alejándose después. «Buenas tardes, señor.»

Quedó desconcertado por esta fuga y experimentó al mismo tiempo cierta satisfacción. Ella no le había mirado con odio al marcharse. Sus ojos más bien eran de tristeza. Tenía miedo al recuerdo. Había sentido, al verle, la nostalgia del pasado, la melancolía de las antiguas ilusiones.

Paladeó Ojeda la amargura de los poderosos en desgracia, que miden con orgullo toda la grandeza de su caída. Días antes podía considerar como suyas tres mujeres en aquel mundo flotante. Se habían sucedido junto á él proporcionándole la dulce ilusión más ó menos verídica que acompaña al amor. Ahora se veía solo, completamente solo en este buque, que también parecía envejecer al llegar á la última parte de su viaje, encabritándose en mares oscuros y violentos después de haberse deslizado sobre azules y luminosas extensiones impregnadas de sol... La novela trasatlántica de Ojeda llegaba á su fin. Debía decir adiós á las ilusiones y refugiarse en la fidelidad de sus recuerdos, lamentablemente olvidados durante el viaje.

Este propósito de renunciación alegraba su conciencia, pero molestaba al mismo tiempo su orgullo de hombre, estableciendo en su interior una vio-

lenta dualidad. Le era muy dolorosa la indiferencia de las mujeres después de haberlas tenido á su merced, sumisas y adorantes. Y le dolía igualmente, á pesar de su afecto amistoso, que fuese un Maltrana el heredero de su buena suerte, el que iba á escribir con gestos de héroe el epílogo de una de sus novelas vividas.

Su vanidad se rebelaba contra este final. En buena hora si él hubiese roto con Nélida después de una escena dramática. Pero habían ocurrido las cosas de un modo tan confuso é ilógico, que no sabía Fernando ciertamente si era él quien había repelido á la joven ó ella la que le había abandonado á impulsos de un nuevo deseo.

Pasó el resto de la tarde hablando con unos brasileños que iban á transbordar en Montevideo, siguiendo ríos arriba hasta el interior de su país. Le distrajo como un libro de aventuras la conversación con aquellos hombres enjutos, huesosos, de una palidez enfermiza, cuya mirada parecía tener fulgores de fiebre. Eran ingenieros y altos empleados de ferrocarriles en construcción. Estas líneas audaces iban partiendo el silencio centenario de inmensas selvas que permanecían inexploradas desde el primer empuje del descubrimiento.

Habían de luchar con la maraña de la vegetación, la inmensidad del pantano, la ponzoña de insectos y reptiles y la maldad de los hombres. Con el revólver al cinto presidían el trabajo de centenares de peones de todas razas y nacionalidades. Les era forzoso vivir siempre en guardia contra las asechanzas del blanco, el más maligno de los bípedos, terrible residuo de todas las aventuras y desesperaciones de Europa. El combate con el microbio era también un gran peligro en esta guerra por la civilización de la tierra virgen. Bien lo indicaba el aspecto de aquellos hombres, decrepitos en plena

juventud, heridos para siempre por la frígida estocada de la fiebre. Y ellos, desconociendo sus propios males, hablaban con horror de las dolencias que asaltaban á los hombres en la penumbra de la selva al remover el humus secular y las vegetaciones dormidas: grandes abcesos de la piel que acababan por rebullir lo mismo que un hormiguero, avivándose la carne en gusanos; emponzoñamientos de la sangre que mataban en breve tiempo á un hercúleo jayán; rápidas consunciones, devoradoras de grasas y de músculos, que sólo respetaban el esqueleto, dejándolo flotante dentro de la piel, cual si ésta fuese un traje demasiado grande. Perecían á docenas los hombres junto á los rieles. La conquista de una laguna ó de un bosque por las cintas de acero era tan mortífera como la toma de un reducto artillado.

A la caída de la tarde vió Ojeda pasar á don Carmelo mirando á todas partes. Iba por el buque en busca de Maltrana sin poder encontrarlo.

—Ese pobre se muere—dijo en voz baja—. Está en las últimas. Tal vez no exista en estos momentos. Y el infeliz llama á don Isidro; quiere verlo para saber si realmente vamos á Buenos Aires. Una manía de moribundo... Yo he pensado que nada cuesta darle esta satisfacción, y voy en busca de Maltrana hace media hora. Es extraño que no lo encuentre. ¿Sabe usted dónde está?

Ojeda hizo una señal negativa... Y sin embargo, de querer él, lo hubiese podido encontrar en dos minutos. Nérida é Isidro habían desaparecido desde media tarde.

Al anochecer, cuando acababa de sonar el toque preparatorio de la comida, volvió á encontrarse con don Carmelo.

—Se acabó. El pobrecillo ha muerto. Voy á ver al carpintero para que lo tenga todo listo. Esta noche... ¡al agua!... ¡Pobre galleguito!

Maltrana se presentó en el comedor cuando los camareros servían el segundo plato. Tomó asiento junto á su amigo con cierta timidez, á pesar de la satisfacción y el contento de sí mismo que respiraba su persona. Fernando notó algo extraordinario en su aspecto. Lucía una flor en la solapa del *smoking*. De su cabeza surgía un perfume fuerte. Adivinábase que había hecho gastos extraordinarios en la peluquería. Emanaba de toda su persona un manifiesto deseo de embellecerse, de hacer olvidar el Maltrana de antes.

Apartó los ojos de los de su amigo, temiendo ver en éstos una expresión de reproche.

—El enfermo de que me habló usted muchas veces ha muerto hace poco rato.

«¡Ah!...» La exclamación de Isidro revelaba indiferencia. ¿Qué iba á remediar con su dolor? El tenía cosas más importantes en que pensar.

—Ha muerto llamándole—continuó Ojeda—. El pobre necesitaba consuelo y quería verle. Pero don Carmelo lo ha buscado á usted inútilmente por todo el buque.

Otra vez lanzó Maltrana la misma exclamación incolora. Y huyendo los ojos, hizo un gesto evasivo. El tenía mucho que hacer: había estado en su camarote hablando con Martorell del futuro Banco... Y no dijo más, como si temiera que Fernando le acusase de mentiroso por haber visto al catalán en algún otro sitio durante la tarde.

Acabaron de comer los dos silenciosamente. En vano pretendió Maltrana animar la conversación con sus palabras; su amigo se mostraba impasible. El también estaba preocupado, mirando á cada instante hacia la mesa donde tomaba asiento el señor Kasper con su familia.

Había amainado el oleaje después de cerrar la noche. Unas ondulaciones largas é irregulares con-

movían el buque de tarde en tarde, pero la proa las saltaba con facilidad.

En el comedor era menos numerosa la concurrencia. Muchos habían tomado su alimento sobre cubierta, temiendo marearse en el encierro de abajo. Luego de comer, la tranquilidad del mar serenó los ánimos y las digestiones, restableciéndose cierta alegría en el jardín de invierno. Unas pasajeras de Río teceleaban en el piano del salón y buscaban romanzas en los montones de partituras, ganosas de lucir sus habilidades ante las gentes que venían de Europa. Algunos jóvenes hablaban de improvisar un concierto, una fiesta íntima. El cielo se había aclarado; lucían las estrellas entre harapos de nubes en fuga; las rugosidades del Océano eran cada vez menos sensibles. Todos sentían un deseo de exteriorizar el regocijo de la calma.

Ojeda tomó su café solo. Isidro, que acababa de sentarse á su lado, huyó al ver asomar una cabeza sonriente en la ventana inmediata. ¡Lo mismo que él! La vida en este buque era semejante á las vueltas de una rueda.

Cuando salió á la cubierta, se detuvo en aquel lugar que en momentos de alegría había llamado «el rincón de los besos». A través de los vidrios del balconaje miró la proa, que oscilaba sobre el mar obscuro. Entre ella y el castillo central reflejábanse las luces eléctricas en el piso del combés, brillante aún por las rociadas de las olas. A aquella hora estaba desierto; la muchedumbre emigrante se aglomeraba en los sollados.

Vió Fernando en el rojo cuadro de una puerta del castillo de proa agitarse varias siluetas con furiosos manoteos; le pareció escuchar muy lejos voces dolorosas, un ruido de disputa. La curiosidad y el deseo de entretenerse con algo le impulsaron á descender hasta el combés. Volvió á oír allí los

lamentos: unos ayes histéricos de mujer llorosa, alaridos de muchachos, semejantes al aullar de perrillos abandonados. La familia de Pachín gritaba frente á la puerta de la enfermería, defendida por un marinero impasible.

Fernando vió á la mujer con los ojos rojizos de lágrimas y el pelo en desorden; vió á los hijos que gritaban, pero con los ojos en seco, haciendo coro á su madre. No sabían nada, pero el instinto les había avisado de repente la proximidad de la desgracia; el mismo instinto simple y misterioso que hace aullar á las bestias domésticas, como si olieren la presencia de la muerte.

Querían entrar en la enfermería para ver á Pachín y tranquilizarse. Acogían con incredulidad las palabras de un camarero español que, obedeciendo la consigna, les juraba por su salud que el enfermo estaba mejor. Chocaban sin éxito contra el marinero rubio que obstruía la puerta con su rudeza de roca. El médico había prohibido la entrada y era inútil insistir.

Un nuevo personaje se mezcló en esta escena violenta. Era el señor Antonio el *Morenito*, apiadado de los lamentos de aquellas gentes y furioso de la dureza de los alemanes.

—¡Por vía e Dió! Esto es pior que la Inquisición... Y esto quien lo arregla e un servior, aunque er buque se vaya á pique.

Con la magnanimidad de un caballero andante protector de la viuda y el huérfano, tomaba bajo el amparo de su brazo á esta mujer llorosa y sus pequeños aulladores.

—¿Qué queréis ustedes? ¿Ver ar enfermo?... Pues lo veréis, aunque tenga que echarle las tripas ajuera á ese rubio fachendoso que está en la puerta.

Prorrumpía en insultos y amenazas contra el marinero, que no podía entenderle. Hablaba con

vagas alusiones de la temible navaja, cuyo escondrijo nadie lograba encontrar. Iba á salir á luz de un momento á otro.

—Y si la saco, se acaba too... ¡too!

Sintió una mano en un hombro y volvió la cabeza. Era don Carmelo el de la comisaría: el hombre que le inspiraba más respeto en el buque; todo un caballero, y además paisano.

—Tú, *Morenito*, ya has acabado de armar escándalo, porque lo digo yo, ¡ea! Te vas abajo á dormir en seguida, ó te hago bajar de dos patás.

El bravo se encogió. Únicamente de su padre y de aquel señor aguantaba verse tratado así. Pero don Carmelo era un ángel, se portaba bien con los pobres, y él sabía distinguir á las personas buenas, obediéndolas. A pesar de esta sumisión, aún masculó protestas.

—¡Mardita sea! Pero lo que yo digo: ¡si esto es peor que la Inquisición! ¡Si esta pobre mujer quíe ver á su marío!

Don Carmelo intentó disuadir á la familia. Al día siguiente verían al enfermo... si es que estaba mejor. Por el momento era imposible. Les infundió tranquilidad y confianza, acostumbrado como estaba al trato de la muchedumbre emigrante. Y el *Morenito*, pasándose al lado suyo con un repentino cambio de humor, repetía todas sus palabras, apoyándolas con la autoridad de su braveza. Lo que dijese aquel caballero, paisano suyo, era la verdad. No más llantos ni alborotos; el enfermo estaba mejor, ya que don Carmelo lo afirmaba. Debían irse abajo á dormir.

Al desaparecer todos por la escalera del sollado, el de la comisaría habló á Ojeda en voz baja. Una hora después, cuando los emigrantes estuviesen encerrados, vendría el carpintero para meter el cadáver en el cajón. No había que esperar, como otras

veces, las horas reglamentarias. Cuanto más pronto saliesen de esto, sería mejor.

—El pobresillo está negro como un carbón. ¡Dálástima verle!... A las once, ¡al agua! Si usted quiere presensió esa cosa...

Al volver juntos hacia el castillo central, don Carmelo quedó un instante en suspenso, como si se le ocurriese una idea. ¿Por qué no llamaban á don José, aquel cura español? En los otros viajes, cuando había que echar al agua un muerto, el comandante ó el primer oficial suplía la falta de sacerdote. Recitaba una plegaria en alemán, con la gorra en la mano, ante el pesado féretro, y después la orden de costumbre: «Désele cristiana sepultura.» Y el cajón caía en el mar. Pero en este viaje podían disponer de un clérigo, y el muerto era católico. Ojeda debía decir algo á don José para que asistiese á la fúnebre ceremonia. Y aquél aceptó, yendo en busca del cura.

Estaba ya en su camarote preparándose para dormir, pero al saber lo que deseaban de él, se enfundó de nuevo en la sotana. Era un bracero de la Iglesia, siempre dispuesto al trabajo. De sermones, poca cosa; de problemas teológicos, menos; pero para confesar ocho horas seguidas y ayudar á un cristiano á bien morir, allí estaba él, insensible al cansancio, sin miedo á los contagios de la enfermedad, habituado á la agonía humana con un coraje profesional.

Quiso ir derechamente á la enfermería para recitar junto al cadáver todas las oraciones del caso que tenía en sus libros. ¿Por qué no le habían llamado antes, cuando aquel pobre vivía aún?... Fernando tuvo que contener su celo. No debían bajar hasta el último momento. Los del buque querían mantener el suceso en secreto. No convenía llamar la atención de los emigrantes.

Sentáronse los dos en el paseo, junto á las ventanas del salón. Había empezado en éste la improvisada fiesta. El piano sonaba incesantemente. Al principio del viaje nadie sabía tocar: el miedo al ridículo, la falta de trato, hacían fingir á todos una absoluta ignorancia musical. Ahora todos se mostraban ansiosos de lucir sus habilidades, y apenas se retiraban del teclado unas manos, caían otras sobre él vigorizadas por el descanso. Voces femeniles entonaban romanzas sentimentales en italiano, cancioncillas picarescas en francés y jotas de zarzuela española.

El buen don José sintió despertar en su pensamiento algo así como un embrión filosófico por la fuerza del contraste.

—Lo que es la vida, señor Ojeda—murmuró gravemente—. Estos cantando y riendo, y nosotros, á cuatro pasos de ellos, esperando la hora para echar al agua á un hombre. ¡Mundo de engaño!... ¡Mundo de trampa!

Fumaba incesantemente, aprovechando la generosidad de Ojeda, que le ofrecía cigarro tras cigarro. Su cabeza empezó á oscilar. Se entornaban sus ojos para abrirse de repente con un azoramiento de sorpresa, volviendo á cerrarse poco después. Al fin se durmió, y su respiración estuvo próxima á convertirse en sonoro ronquido. Tenía la costumbre de acostarse temprano. Además, la música ejercía sobre él una influencia letárgica.

Pasó Maltrana junto á ellos. Nélide estaba en el salón y él vagaba por la cubierta. Al saber que aguardaban para asistir á la fúnebre ceremonia, se le escapó un gesto de contrariedad. Formuló varias excusas para justificar su ausencia, pero en vista de que la ceremonia era á las once de la noche, se ofreció á ir con ellos. Esta hora no trastornaba sus planes.

Aparecieron don Carmelo y el primer oficial con cierto apresuramiento, como si desearan finalizar cuanto antes el lúgubre deber para irse á dormir.

—Cuando ustés gusten, cabayeros—dijo el de la comisaría.

Despertó don José con nervioso sobresalto, y bajaron todos á la explanada de proa. Cuatro marineros sacaban de la enfermería un cajón de madera blanca cepillada recientemente. Sus brazos desnudos lo sostenían con visible esfuerzo. El pobre Pachín, menudo en vida y debilitado por la enfermedad, pesaba mucho en la muerte. A lo grueso del cajón había que añadir varios lingotes de hierro depositados por el carpintero junto á su cuerpo.

Quedó el féretro sobre una gran tabla apoyada en la borda. El buque había aminorado su marcha. Desde lo alto del puente, alguien oculto en la obscuridad seguía la ceremonia.

—A usted le toca, padre—dijo don Carmelo.

Se quitó el birrete don José, y todos quedaron igualmente con la cabeza descubierta. Habíanse apagado las luces del combés para evitar que algún curioso pudiese ver la ceremonia desde las cubiertas del castillo central.

Estaban en la obscuridad, silenciosos, encogidos, lo mismo que si preparasen un crimen. Eran fantasmas negros en torno de un cajón blanco inclinado hacia el mar. No tenían más luz que la de las estrellas. Las nubes, sólidas como murallas al caer la tarde, se habían esponjado hasta convertirse en montones sueltos de transparente plumón, por cuyos intersticios asomaban los astros. El mar batía con sus últimos estremecimientos los costados del buque. Iba adormeciéndose según avanzaba la noche.

El sacerdote comenzó á murmurar sus oraciones entre aquellos hombres emocionados, con la

cabeza baja, puestos los pies sobre un vaso flotante de acero debajo del cual existía una profundidad de varios kilómetros verticales de agua, un mundo de misterio que iba á tragarse como insignificante molécula el despojo humano.

Rezaba el cura, y á lo lejos parecían contestarle las ventanas del salón, bocas de luz que lanzaban arpegios de piano y trinos de romanza. Las oraciones fúnebres hablaban de la tierra, materia original, del polvo al que retornamos, del gusano, compañero miserable de nuestro último sueño.

Ojeda se imaginaba el pobre cementerio de aldea donde habría podido descansar eternamente el mísero Pachín, bajo lágrimas de escarcha en el invierno, entre flores y revoloteos de insectos al llegar el verano. Aquí no volvería á la tierra madre. La oceánica aventura había trastornado el final de esta existencia. Los crustáceos iban á cubrir su último encierro con una capa pétrea; los escualos, lobos de la profundidad, golpearían con su morro y sus aletas la envoltura de madera husmeando la carne oculta; las algas trenzarían en torno sus verdes y ondeantes cabellos, hasta que la fúnebre cáscara se pudriese, confundiendo su contenido con la líquida inmensidad.

Calló don José, como si ya no recordase más oraciones. Bendijo el féretro, y entonces avanzó el primer oficial con aire militar, lo mismo que un jefe que ordena una descarga de fusilería en un entierro de soldado.

—Désele cristiana sepultura—dijo en alemán.

Los marineros que sostenían contra la borda el tablón lo levantaron como una palanca, y el féretro fué deslizándose, hasta que cayó bruscamente en el Océano. Fué un ruido semejante al de una de aquellas olas que sordamente venían á chocar con el navío.

¡Adiós, Pachín!... Ojeda creyó oír un lamento lejano, una voz imaginaria en este chapoteo de las aguas abiertas por el pesado ataúd y que volvieron á cerrarse sobre su remolino de proyectil: «¡Buenos Aires!... ¿Cuándo llegaremos á Buenos Aires?...»

El buque avanzó con más velocidad, recobrando su marcha normal. Maltrana había desaparecido. Ojeda y el cura volvieron á la cubierta de paseo.

Don José lamentó la suerte de aquel hombre que no conocía y sobre cuyo cadáver invisible había hecho descender su bendición. ¡Infeliz! ¡Sepultado en el mar!

Pero Fernando no participaba de sus lamentaciones. Todos que muriesen así. La vida es el deseo, la ilusión, la certeza de que el próximo mañana nos traerá la felicidad: un mañana que nunca llega. «¡Buenos Aires!... ¿Cuándo llegaremos á Buenos Aires?...» Y el infeliz había muerto sin llegar. Mejor era así: mejor que perecer en la tierra deseada poco tiempo después, sin otra visión que la cruda realidad.

Felices los que mueren abrazados á la quimera... Bienaventurados los que no ven cumplidos nunca sus deseos y viven en el engaño, alegría de nuestra existencia.

Y al subir por una escalerilla de hierro recibieron en la cara el soplo musical de las enrojecidas ventanas del salón. Una voz de mujer cantaba el amor, la única verdad y la mentira más grande de nuestra vida... ¡Pobre vida, que no puede marchar por sus propias fuerzas y necesita el apoyo de la ilusión!

XII

Dos días antes de llegar á Buenos Aires, el *Goethe* empezó á remozarse. Trabajaba la marinería de sol á sol bajo la mirada escrutadora de los oficiales. Era una agitación semejante á la de un navío de guerra en vísperas de combate.

La última cubierta se empequeñecía. Las balleneras pendientes sobre el mar eran retiradas al interior, descansando fijas en sus cuñas. Los paseantes veíanse obligados á moverse entre estas embarcaciones, que sólo dejaban accesibles estrechos pasadizos.

Una limpieza minuciosa y paciente retocaba el exterior de la nave desde la línea de flotación á los topes, dejándola como nueva. Por todas partes se encontraban marineros arremangados y despechugados, con un cubo de pintura en una mano y una brocha en la otra. Sosteníanse en peligroso equilibrio sobre mástiles y barandillas. Sentados en andamios y teniendo á sus pies el mar, pintaban los costados del buque balanceándose sobre el abismo.

Desaparecían rápidamente todos los ultrajes que las olas, el aire salino y los roces en las entradas de los puertos habían inferido al trasatlántico. La pintura se esparcía pródigamente, lo mismo que en el tocador de una coqueta vieja. El *Goethe* quería

llegar hermosado al término de su viaje, y un blanco de leche refrescaba los tabiques de las cubiertas y las cañerías interiores; un amarillo tierno de manteca abrillantaba los mástiles, la chimenea y los brazos de las grúas; un negro intenso ocultaba las desconchaduras del enorme casco, dando á éste un aspecto virginal, cual si acabase de deslizarse por la grada de un astillero.

Los empleados de la comisaría se mostraban más atareados aún que los oficiales de la navegación. Había subido en el último puerto el médico enviado de Buenos Aires para el examen de los emigrantes, y este funcionario, acompañado por aquéllos, iba inquiriendo la salud del rebaño humano acorralado en los extremos de la nave.

Funcionaba en la explanada de popa una estufa de desinfección, y pasaban por ella los trajes de los emigrantes que eran susceptibles aún de cierto uso á juicio de los empleados. Las piezas andrajosas, los gabanes de pieles de imposible despoblación, los calzados rotos, los arrojaban al mar, flotando en la estela del buque un rosario de míseros objetos.

Las personas eran sometidas á ruda limpieza. Desaparecían de golpe las hirsutas melenas y las barbas patriarcales. Cráneos redondos con la sombra azulada del pelo cortado al rape, mandíbulas salientes ostentando aún las erosiones de una afeitada rápida, mostrábanse en el mismo lugar ocupado antes por barbudos personajes de trágico aspecto. Desaparecían igualmente las altas botas oliendo á sebo, las camisas rojas ceñidas al talle por una cuerda, los gorros de piel, las sacerdotales hopalandas. Todos se mostraban unificados por el sombrero hongo y el terno de lanilla comprado previamente en un almacén de Europa.

Mujeres y chiquillos eran empujados casi á viva fuerza al baño obligatorio con rudos fregoteos de

jabón. Los dos extremos de la nave soltaban por sus caños la mugre líquida del populacho. Al chorro de agua cargada de cenizas y polvo de carbón que arrojaban en el mar los purgadores de las calderas, uníanse dos arroyos de líquido jabonoso y negruzco expelidos por la proa y la popa.

Velaban con interés egoísta los de la comisaría por la salud y la limpieza del rebaño humano. Temían á las oficinas de inmigración de Buenos Aires, prontas á rechazar las gentes enfermas ó de contagiosa suciedad, obligando al buque á repatriarlas gratuitamente.

En los «latinos» de proa verificábanse iguales transformaciones. Las comadres de Nápoles y de Castilla abrían sus arcas para extraer sayas y corpiños. La *señá* Eufrasia tronaba majestuosa con un pañolón de encendidas flores, admirado por todos, y que parecía agrandar su autoridad.

Los árabes, por el contrario, perdían su aspecto interesante. No más casquetes rojos ni pañuelos de colores á guisa de turbantes y fajas. El Emir se había despojado de su caftán de seda, é iba vestido como los demás, con un terno á cuadros y un sombrero tirolés. ¡Adiós poesía! El príncipe de ojos de brasa, que habían perturbado por unas horas á la sensible Nélide, era vendedor ambulante en Buenos Aires. Su comercio consistía en una larga batea llena de objetos baratos, que paseaba con un socio compatriota, alborotando juntos los suburbios de la ciudad con el pregón de su industria: «¡A veinte centavos! ¡Todo á veinte!»

Se había transfigurado también la cubierta de paseo. El espacio parecía mayor. Al disminuir el número de viajeros eran más escasos los sillones, y los paseantes podían caminar sin obstáculos. Además, la gente se ocultaba para hacer los preparativos de desembarco.

Permanecían las señoras en sus camarotes la mayor parte del día arreglando sus equipajes. Sólo después de las comidas se formaban tertulias en el jardín de invierno; tertulias amistosas, sin rivalidades en el traje ni en las joyas, vistiendo cada cual á su gusto, como gentes preocupadas por una tarea extraordinaria y faltas de tiempo para pensar en el propio adorno.

Sólo quedaban horas contadas de viaje: aquel día y parte del siguiente. Al anochecer tocarían en Montevideo, y antes de que amaneciese saldrían para Buenos Aires.

Mostrábanse las gentes poco comunicativas, con una creciente predisposición al aislamiento, agobiadas cada vez más por las preocupaciones que parecía sugerirles la proximidad de la tierra. Los socios fraternales de empresas ilusorias acariciadas durante el viaje se iban distanciando con cierta melancolía. Cosas más inmediatas y mediocres, realidades ineludibles, iban á asaltarlos tan pronto como descendiesen en el muelle terminal.

—De aquel negocio—se decían con mentida sonrisa—ya hablaremos en Buenos Aires. Tiempo nos queda... Habrá que pensarlo bien, porque tiene sus dificultades.

Estas dificultades, hasta entonces no sospechadas, surgían de pronto, como surgen los escollos al rasgarse la bruma cerca de una costa.

Un ambiente de duda, de timidez y mutismo se extendía por el buque según éste iba avanzando. Los emigrantes de popa, esquilados, rapados y vestidos de limpio, permanecían silenciosos, con visible indecisión. Parecían catecúmenos que luego de las abluciones y de vestir nuevas túnicas no saben qué otra ceremonia les aguarda más allá de la puerta cerrada. Miraban con inquietud la tierra que iba costeano la nave, una barrera amarilla,

ondulosa, de cumbres bajas. ¿Qué encontrarían en aquella América?... Ya no sonaba el acordeón; los rusos habían olvidado su danza gimnástica.

Los bulliciosos «latinos» de la proa también estaban silenciosos y preocupados, como los navegantes que avistan una tierra nueva. Unicamente el Emir y algunos españoles que llegaban á la Argentina por segunda vez parecían contentos. La gaita pastoril sonaba lo mismo que las otras tardes en el silencio del mar, pero su dulzura bucólica tenía cierto temblor de sonrisa. El tañedor era de los que regresaban á la tierra americana, saludándola con su música simple. En el muelle iba á encontrar los amigos de su pueblo, su familia, todos los atractivos de una nueva patria libremente escogida.

El *Morenito* callaba, como si se reconociese de pronto sin autoridad y sin fuerza para aleccionar á aquellos jóvenes cansados de admirarle. Lo que ellos veneraban ahora era la faja amarilla de la costa, que iba desarrollando ante el buque sus entrantes y salientes. Veíanse faros, de cuyos vidrios arrancaba el sol una flecha roja; pinceladas blancas que eran pueblos; líneas oscuras, largas, uniformes, que eran arboledas.

Comenzaba á dudar el valentón, sumido en el silencio. Avisábale un obscuro instinto lo quimérico de los planes heroicos concebidos en la soledad oceánica. La tierra cercana parecía repeler sus valerosas concepciones. Percibía en torno de él un ambiente de restricción y de orden más imperioso que el que había dejado á sus espaldas al embarcarse. Tenía menos fe en la posibilidad de una partida para hacerse rico y en todas las matanzas soñadas de indios bravos á tanto por cabeza. Ahora más que antes necesitaba la presencia y el consejo de don Isidro para que le infundiese ánimos con su sabiduría. Pero ¿dónde estaba don Isidro?...

Muchos, en el castillo central, podían haberse hecho la misma pregunta de no estar preocupados con los preparativos del desembarco. Maltrana, desde la salida de Río Janeiro, se dejaba ver muy poco, y más bien parecía huir de la popularidad que le había proporcionado su heroísmo. Esta fuga iba acompañada de un acicalamiento extraordinario de su persona. Se hermo­seaba por instantes, á impulsos de un firme deseo de parecer mejor.

«La juventud no es mas que una voluntad—pensaba Ojeda—. Cada hora que transcurre parece más joven. Bien se conoce que está enamorado. Nada rejuvenece á un hombre como el amor.

El fugitivo Maltrana evitaba igualmente el encuentro con su amigo. El día antes sólo le había visto Fernando dos veces: á las horas de comer. Irritado á causa de este apartamiento, acabó por hablarle con hostilidad. Era un Maltrana distinto al de los días anteriores. Né­lida le había influenciado, participaba de sus odios, y tal vez por esto huía de él como si fuese un enemigo.

Le felicitó Ojeda agresivamente por su buena fortuna, y Maltrana, con la ceguera del hombre amado, aceptó ingenuamente estos plácemes venenosos... Sí; estaba contento de la vida. Alguna vez le había de tocar á él.

—Bien sé que no soy gran cosa—dijo con falsa modestia—; pero así y todo, alguien se ha fijado en mí. A veces tiene éxito la fealdad. Además, me encuentran una cabeza de carácter; voy afeitado, y esto gusta á algunas personas más que los bigotes.

Había desaparecido para los dos amigos el afecto que los unía antes. Né­lida estaba entre ellos fomentando un sentimiento irresistible de rivalidad.

Creyó Fernando que debía romper para siempre con su compañero. Fué un movimiento del que se

arrepintió á los pocos instantes, cuando sus palabras ya no tenían remedio.

—Siga usted su buena suerte, Maltrana. Y como puede traerle perjuicios y disgustos el ser amigo mio, que cada cual eche por distinto lado... y como si no nos conociésemos.

Habían pasado sin hablarse la tarde y la noche del día anterior. Durante la comida buscó Isidro con sus ojos la mirada de Fernando, como un perro humilde que intenta volver á la gracia de su dueño. Pero un sentimiento de dignidad y el egoísmo de no perder sus buenas relaciones con Nélida le mantuvieron en silencio. El otro, por su parte, mostrábase fosco, huyendo su mirada de la de Isidro, pero compadeciéndole interiormente. ¡Pobre muchacho! La única culpable era aquella loca, que se había propuesto enemistarlos.

A la mañana siguiente, Maltrana no pudo resistir por más tiempo esta separación, y buscó á su amigo en la cubierta. Parecía desesperado. ¡Que unos hombres como ellos, que hacían el viaje lo mismo que hermanos, fuesen á pelearse al final!...

—No hay mujer que valga lo que una buena amistad... Es una simpleza reñir por esa loquilla, que no sabe ciertamente lo que quiere... Venga esa mano, Ojeda. Y si no quiere darme la mano, deme dos puntapiés: es lo mismo. Lo importante es que volvamos á ser lo que éramos antes.

Y se unió á él como al principio del viaje, permaneciendo á su lado más tiempo que junto á Nélida. Esta rondaba cerca de ellos, y sólo á fuerza de guiños y manoteos conseguía arrastrar á Isidro por algunos instantes. En vano lo increpaba viéndole con el otro. Manteníase firme en su amistad, y dispuesto á seguir á Ojeda y dejar á Nélida si ésta insistía en sus odios.

Acodados en la borda, contemplaban los dos

amigos el color del agua. Había cambiado de tono. Ya no tenía el azul grisáceo de los mares europeos, el azul dorado del trópico ni el azul profundo y luminoso de las costas brasileñas. Ahora su coloración era verde, un verde claro con reflejos amarillentos. Y según el buque iba avanzando, sobreponíase el amarillo al verde, hasta que las aguas tomaban un color terroso semejante al de los ríos desbordados, como si el Océano recibiera la avalancha de una enorme inundación.

El doctor Zurita se unió á ellos. Era por la tarde, después del almuerzo.

—¿Miran ustedes al agua?—preguntó—. Esa agua ya es nuestra, tiene más de dulce que de salada; viene del corazón de América. Es el río de la Plata, que, al desembocar, se extiende leguas y leguas mar adentro.

Alegrábase el doctor contemplando el color de las aguas, como si con ellas viniese á su encuentro algo de la patria. Aún estaban muy lejos de la desembocadura del río, y sin embargo enviaba hasta allí su corriente, modificando el sabor y el color del Océano.

—Es enorme nuestro río, ¿no?... ¿Qué le parece, *ché?*—preguntaba con orgullo patriótico, gozándose en la estupefacción de Maltrana.

Los dos amigos hablaron de la falsedad de su nombre. Gaboto lo había bautizado con el título de río de la Plata por varias planchuelas procedentes del alto Perú que le habían trocado las tribus, pero jamás en sus riberas se había encontrado una pepita de dicho metal. Era más justo su primer nombre de «Mar Dulce»: expresaba mejor su acuática inmensidad, sin orillas visibles.

Revivió en la memoria de los dos españoles la tragedia de su descubrimiento. Pocos años después de la muerte de Colón, ya navegaban por estas

latitudes los navíos españoles buscando un estrecho para pasar al otro Océano, al llamado mar del Sur, descubierto por Balboa. Deseaban llegar á las espaldas de Castilla del Oro, que así se titulaba entonces la parte conocida de la América Central.

Díaz de Solís, piloto mayor de Castilla, que mandaba estas naves, al avistar la enorme embocadura metíase por ella, creyendo haber encontrado el ansiado estrecho, pero la dulzura de las aguas le hacía abandonar su ilusión. Aquel mar de agitado y continuo oleaje, sin costas visibles, era simplemente un río. ¡Prodigios que reservaban las misteriosas Indias occidentales á los nautas del viejo mundo!...

Así quedaba descubierto el «Mar Dulce de Solís», pero el descubridor pagaba su hazaña con la vida. Gran marino, pero mediocre hombre de pelea, acostumbrado al tranquilo manejo de las cartas de navegar, al examen de los pilotos en la «Casa de Contratación» de Sevilla, y sin experiencia en los ardides de la guerra indiana, había bajado á tierra creyendo en los signos de paz de los indígenas, y éstos lo habían asesinado á la vista de sus gentes en las orillas del mismo río que acababa de descubrir, asando luego su cuerpo para devorarlo en sagrado banquete. Y la pequeña expedición, que sólo iba á la descubierta, sin haber hecho preparativos de guerra, huía río abajo despavorida por esta tragedia.

El duro Oviedo, historiador y hombre de combate, apenas se apiadaba del infortunio de Solís al hacer su relato. Le parecían naturales estas catástrofes siempre que se enviasen hombres de mar al descubrimiento de las nuevas tierras. Los nautas eran únicamente para el manejo de las naos, para conducir á los verdaderos conquistadores. Y éstos

debían ser hombres de coraza, hombres de á caballo, incapaces de confianzas y blanduras.

—¿Saben ustedes—preguntó Maltrana—qué recompensa pidió Solís al rey antes de embarcarse para hacer este descubrimiento?

Acordábase de lo que había leído años antes en los documentos del archivo de Simancas, cuando tomaba notas para una obra de encargo.

La monarquía andaba escasa de dinero en aquellos tiempos, y sus servidores, dando por inútiles las peticiones monetarias, solicitaban como premio concesiones y cargos. Solís, que era una autoridad científica de su época, el primer sabio oficial en las cosas del mar, explotaba su prestigio desde Sevilla, aprovechando todas las ocasiones favorables para formular una petición. Don Fernando el Católico, á su demanda, le concedía los bienes de un vecino que se había suicidado. En aquellos siglos, la fortuna del suicida pasaba á la corona. Luego, á la hora de embarcarse para su última expedición, el piloto mayor solicitaba un premio más extraordinario y raro como recompensa de sus futuros servicios.

—La noble ciudad de Segovia no tenía mancebía—continuó Maltrana—. A juzgar por un informe de Solís al rey, las mujeres de partido distribuían sus favores en unos corrales de ganado de las afueras, y él solicitó para sí y sus descendientes el privilegio de poder establecer una mancebía oficial dentro de los muros de la ciudad. Así se lo prometió el Rey Católico; pero el gran piloto acabó sus días en estas tierras, sin que pudiese montar su industria de Segovia.

Intervino Ojeda al ver el gesto escandalizado del doctor Zurita.

—Cada época tiene su moral y sus preocupaciones. Durante la Edad Media, lo mismo en España

que en otros países, el monopolio de las mancebías fué una de las mejores rentas de muchas casas nobles. Esta merced sólo la daban los reyes en pago de grandes servicios. Famosos monasterios gozaban de tal concesión, para aplicar sus productos á las necesidades del culto. Algunas veces eran conventos de mujeres los que disfrutaban dicho privilegio, y sus aristocráticas abadesas recibían sin escrúpulo el dinero de las pecadoras de «cinturón dorado».

Zurita hizo gestos afirmativos. Algo de eso lo había leído él, y no le causaba escándalo el premio solicitado. Lo que llamaba su atención era que en todo el descubrimiento de América únicamente se le hubiese ocurrido solicitar tal merced al primer explorador del río en cuyas riberas había de nacer años adelante la ciudad de Buenos Aires. Se acordó de las innobles industrias establecidas con profusión en la gran urbe inmigratoria por extranjeros ávidos de ganancia; de la trata de mujeres, que extendía desde allí su reclutamiento á diversos países de Europa. La antigua «madre» de la mancebía clásica había sido sustituida por hombres de negocios que comerciaban en carne humana.

—¡Qué casualidad!—continuó Zurita—. Cualquiera diría que Solís adivinaba el porvenir...

La atención de los tres se sintió atraída por los muchos buques que navegaban en dirección contraria al *Goethe*. Hasta entonces, el Océano se había mostrado con una soledad majestuosa. Sólo después de varios días asomaba en lontananza la nubecilla de un vapor ó la pincelada gris de un velero. Ahora se poblaba su extensión amarillenta con buques de todas clases: fragatas cabeceantes que hundían sus proas en la espuma á impulsos de los hinchados trapos; vapores negros que regresaban á Europa después de librar su cargamento de

carbón; goletas minúsculas inclinándose sobre las olas con una inestabilidad que arrancaba gritos de miedo á las mujeres agrupadas en las bordas del *Goethe*. Este tránsito de buques era semejante al de los vehículos y peatones que en pleno campo anuncia la cercanía de una enorme ciudad todavía oculta. Iba entrando el trasatlántico en la gran corriente de navegación que hace del río de la Plata una de las avenidas más frecuentadas del comercio mundial.

Empezó la gente á fijarse en una isla que desde mucho antes había aparecido ante la proa. El buque pasaba entre ella y la costa lejana.

—¡Los lobos! ¡los lobos!—gritaron de un extremo á otro del paseo.

Corrían los niños, sintiendo la emoción de los cuentos maravillosos que infunden pavor, y tras ellos las criadas, las madres, todas las mujeres, con una curiosidad igual á la de los pequeños.

Pasábanse los anteojos para ver los lobos marinos descansando en filas á lo largo de la isla y en torno á un faro. Algunos de estos animales parecían figuras yacentes sobre el pedestal de una roca. El sol de la tarde se reflejaba en sus húmedas envolturas, dándolas un reflejo de oro. Eran á modo de pellejos de aceite rematados por una cabeza de perro chato. Permanecían inmóviles, flácidos, torpes, bajo la caricia pálida de los rayos solares, rezumando grasa por sus poros. Muchos parecían dormir. Algunos más jóvenes, como si presintiesen un peligro al aproximarse el buque, se arrastraban sobre sus cortas nadaderas, arrojándose al agua con el estrepitoso chapoteo de un odre inflado. Luego reaparecían, asomando á flor de agua su cabeza semejante á una pelota negra con mostachos. Esta isla era el término de su avance desde los glaciales mares del Sur. Hasta allí llegaban, viniendo de los

bancos de hielo, para explorar la amplia boca del estuario del Plata.

Desapareció el sol tras una barrera de nubes. Esfumábase la costa con una bruma rojiza. El agua tomó de pronto el tono sombrío de un mar de invierno. Muchos se estremecieron de frío en sus trajes veraniegos. Maltrana creyó que el lejano Polo les enviaba su respiración antes de que lograsen introducirse en el abrigo del estuario.

—¡Con tal que no tengamos bruma!—dijo el doctor—. La niebla en el río es de lo más fregado. Hay necesidad de parar á cada momento, de hacer señales, para evitar un choque... ¡Cosa pesada!

Luego invitó á los dos amigos á que lo acompañasen en su visita á las máquinas del buque. No quería desembarcar sin conocer el alma de este hotel flotante en el que había vivido quince días. Deseaba hacer partícipes de sus emociones á las señoras de la familia, pero todas se habían negado: «¡Las máquinas! ¡Ay, no! ¡Qué suciedad!» Y el buen doctor, como si no pudiese realizar la visita sin un compañero que recibiese sus impresiones, insistió, hasta conseguir que los dos amigos le acompañasen por los tortuosos corredores de la cubierta baja.

El mayordomo hizo girar una puertecilla, y se vieron en una especie de patio interior semejante á los que se abren en mitad de los grandes edificios para darles aire y luz. Su altura era la del buque, desde la quilla á la última cubierta, y en sus cuatro paredes blancas y lisas no había otra comunicación con el resto del trasatlántico que la pequeña puerta de entrada. Varias galerías de hierro marcaban los diversos pisos de este departamento que ocupaba toda la parte central del navío.

Un emparrillado de acero dividía el gran pozo cuadrado y blanco en dos secciones. Pasaban á través de él los émbolos de las máquinas, subiendo y

bajando incesantemente en sus cilindros verticales. Más abajo de esta plataforma estaban las máquinas, y los tres visitantes llegaron á ellas descendiendo por varias escalerillas de acero. Llevaban en las manos pedazos de estopa para defenderse de la grasa que parecía sudar el metal de las barandas y paredes. Un calor pegajoso oprimía el pecho, al mismo tiempo que pinchaba el olfato con hedores de hulla y aceite mineral.

Al llegar á lo último de este amplio pozo, junto á la quilla, donde estaban las máquinas y sus servidores, el calor era menos denso. Sentíase un latigazo de aire glacial al pasar junto á las bocas de los grandes ventiladores.

Era un panorama de troncos metálicos animados por inquieta nerviosidad; una vegetación de acero que movía sus ramas, subía, bajaba y se entrechocaba, haciendo penetrar los diversos tentáculos unos en otros. El brillante metal lanzaba al moverse un resplandor blanco y viscoso.

Todo este organismo inquieto y vibrador, que parecía fabricado de plata y de grasa, no dormía á ninguna hora. Había empezado su movimiento en el mar del Norte y lo continuaba á través de medio planeta, indiferente al cansancio, lo mismo de día que de noche, á la hora en que los hombres viven, á la hora en que los hombres sueñan, bajo el sol y bajo las estrellas, como si el tiempo y la distancia careciesen de realidad ante su vigor sobrehumano. Las breves inmovilidades en los puertos no significaban para él inercia y descanso. Sus miembros férreos quedaban en corto reposo, pero el fuego vivificante seguía ardiendo en sus entrañas. La sangre blanca del vapor continuaba circulando por el sistema arterial de sus válvulas y tuberías.

Precedidos por un hombre rubio y flemático con galones plateados en las bocamangas y la gorra,

iban los tres visitantes por entre las máquinas enclavadas en el fondo de este espacio cuadrangular. Las paredes subían lisas, iguales, sin una ventana, sin el menor resquicio, unidas por las diversas galerías y la plataforma. Pero estos obstáculos únicos eran casi transparentes, con la sutilidad de los enrejados de metal, á través de los cuales pasa la mirada. En lo último, á catorce metros de altura, estaban alzadas las tapas de cristales sobre la cubierta de los botes, dejando ver dos fragmentos de cielo.

El doctor Zurita se enteró minuciosamente de las funciones de las diversas máquinas. Las dos más grandes, que ocupaban con sus majestuosas dimensiones la mayor parte del espacio, eran las generadoras del movimiento del buque, las propuloras de las hélices. A un lado una máquina más pequeña, productora de la luz; á otro lado la del frío, para los depósitos de alimentos y las necesidades de la vida á bordo, organismo potente y triunfador que en aquella atmósfera cálida, cerca de los hornos inflamados, mantenía sus tuberías y cilindros bajo el forro lagrimeante de una gruesa costra de hielo.

Avanzaron sobre un piso de placas de metal. En unos lugares sentían sus pies la frescura de la humedad; en otros aplastaban como arena crujiente el polvo diamantino de la hulla. De pronto, sentían en sus cabezas un torbellino glacial, inesperado, que cosquilleaba las narices con la picazón del estornudo y parecía querer arrebatárles las gorras. Mirando á lo alto, se encontraban con la boca de un tubo enorme que subía y subía, pulido y circular como el interior de un telescopio, con gran parte de su redondez de intestino sumida en la obscuridad y un débil resplandor de tragaluz allá en lo alto, junto á la boca curva é invisible. Era un ventilador de los que alzaban sus trombones amarillos

sobre las diversas cubiertas. Y estos tubos de ventilación, así como otros túneles verticales abiertos desde las máquinas á lo alto del navío, tenían en sus paredes estribos de acero que servían de peldaños; leves escaleras por las que podían trepar las gentes de las máquinas en momentos de peligro.

El guía de los galones plateados abrió una puerta de acero pequeña como una ventana y del espesor de un muro. Su cierre, instantáneo, hermético, absoluto, era semejante al de las piezas de artillería. Iba á enseñarles uno de los dos túneles por los que pasaban los árboles de las hélices. Entraron agachándose en una galería angosta de más de treinta metros de longitud, ocupada únicamente por una barra de acero que giraba y giraba tendida en sus ajustes, brillando como una espiral de mercurio. Un rosario de bombillas eléctricas alumbraba día y noche la continua rotación en el silencio y la soledad de esta alma metálica, señora absoluta del túnel submarino. El lado interior de la galería era vertical; el lado exterior abríase en ángulo hacia arriba, marcando el arranque del vientre de la nave. Una lluvia menuda y lubricadora caía sobre el árbol para facilitar y enfriar el frotamiento de su incesante rotación.

Zurita quiso saber á qué profundidad estaban en aquel sitio. Hallábanse siete metros más abajo de la superficie del Océano.

—¡Lo que nadará en estos momentos sobre nuestras cabezas!—dijo Maltrana—. ¡Los apreciables vecinos que tal vez coleán al otro lado de esta pared!

Y daba con los nudillos en el muro de acero, sordo, durísimo, semejante á un bloque inmenso, tras el cual era difícil imaginarse la más leve oquedad.

El extremo del árbol, que en sus incesantes vueltas se perdía al final del túnel, les inspiraba no menos admiración. Ni un ruido, ni el más leve roce.

Y sin embargo, la espiral de plata, atravesando la popa del buque, surgía en pleno Océano para levantar un torbellino espumoso con las revoluciones vertiginosas de sus uñas retorcidas. La idea de que estaban á siete metros bajo del agua, y que bastaría la más pequeña grieta en el túnel para morir instantáneamente, aislados por la puerta incommovible, produjo cierta angustia en Maltrana.

—Esto ya está visto. ¿Si fuésemos á visitar algo más interesante?...

Su pasaje por las calderas fué breve; las hornallas en fila expelían un calor infernal. Asomáronse á un departamento negro, en el cual se agitaban varios hombres medio desnudos, con un gorrito blanco en la cabeza. Eran de pelo rubio, flacos, como si el excesivo calor hubiese derretido su grasa, pero con gruesos tendones y robustas coyunturas, que al menor esfuerzo se marcaban vigorosamente. Cuando abrían la portezuela de un horno para echar en él paletadas de carbón, su resplandor lo iluminaba todo con reflejos de incendio, y los hombres blancos de ojos azules aparecían grotescos y terribles bajo el hollín que tiznaba sus caras y sus miembros. Al cerrar la portezuela volvía el departamento á sumirse en una penumbra saturada de polvo de carbón. Los pies se movían como en una playa crujiente sobre la hulla desmenuzada. Un sabor de humo y de grasa descendía por las gargantas.

Volvieron á las máquinas, y junto á ellas escucharon las explicaciones del guía. En las entradas y salidas de los puertos, en todo momento difícil, el primer ingeniero se colocaba en una galería alta, lo mismo que el comandante del buque toma su sitio en el puente. Los dos gobernantes de este mundo interoceánico vigilaban sus respectivas funciones: uno la dirección; otro el movimiento. Y el

telégrafo interno de señales unía las dos inteligencias con rápidas comunicaciones.

Junto al primer ingeniero se colocaba el segundo, encargado de recibir los avisos del puente y transmitirlos abajo á las máquinas. Dos maquinistas—que con la afición germánica á los títulos y jerarquías se titulaban ingenieros terceros—cuidaban, cada uno por separado, de los dos grandes motores que hacían marchar al buque. Otro ingeniero tercero vigilaba las máquinas auxiliares productoras de la luz y el frío.

Al terminar el viaje redondo, cuando el trasatlántico regresaba á Hamburgo, sus máquinas eran reparadas minuciosamente. Durante quince días recibía los mismos cuidados que un caballo de carrera que se prepara para una nueva corrida.

Los tres visitantes admiraron el silencio y la sumisión con que estos organismos enormes cumplían sus funciones, cual si tuvieran un alma y se sometiesen voluntariamente á una disciplina. Ni el más leve ruido alteraba el silencio del metal que se movía envuelto en la sordina de la grasa. Todos los organismos funcionaban con la suavidad discreta del lubricante.

El acero arrollado en tubos, extendido en placas, alargado en émbolos, redondeado en discos, permanecía callado é impasible, sin transpirar el misterio ruidoso de las potencias que se agitaban en sus entrañas. Su rigidez no dejaba adivinar con palpitaciones materiales el agua abrasadora, el vapor asfixiante, el fuego anonadador, á los que bastaba el más leve escape para atraer la catástrofe y la muerte. Las fuerzas ciegas y crueles estaban domadas, canalizadas, sumisas, dúctiles; se transformaban en silencio; realizaban sus transmutaciones de vida con religioso quietismo. Unicamente el calor espeso, pegajoso, húmedo, con su perfume

picante de hulla, denunciaba la presencia del gran misterio de los tiempos modernos: la engendración del movimiento en el seno del metal.

Isidro se maravillaba de la sencillez con que estas máquinas gigantesas cumplían su función.

—¡Quién diría que estamos en un buque!—exclamó—. Usted, Fernando, que es poeta, ú otro escritor profesional, si hubieran de describir esta parte del *Goethe*, ¡qué cosas tan hermosas dirían... y tan falsas! De seguro que el lugar donde estamos sería el templo del fuego y las máquinas los altares. El viejo dios Baal saldría á colación, y además un sinnúmero de imágenes interesantes sobre la lucha del buque, que lleva una hoguera en sus entrañas, con el ímpetu de las frías olas: el conflicto entre el fuego y el agua...

Tal vez este lugar del trasatlántico ofrecía un interés dramático en noches de tempestad, cuando los hombres alimentaban las inquietas máquinas, expuestos á quemarse, mientras arriba pasaban las olas sobre la cubierta, y todo el buque temblaba y se acostaba bajo los fieros golpes. ¡Pero ahora!...

—Es difícil imaginarse—continuó Maltrana— que estamos en el Océano y estas máquinas sirven para remover las aguas marchando sobre ellas. En nada se adivina la proximidad del mar. Lo mismo podrían ser las máquinas de una fábrica de zapatos ó de tejidos. Sólo falta el ruido de los talleres para que la ilusión sea completa.

Subieron las escalerillas, respirando con deleite al llegar á la cubierta. La tarde estaba cada vez más obscura, como si en mitad de ella fuese á caer la noche. No se veía la costa. Una muralla gris alzabase entre ella y el buque, y parecía avanzar con lentitud, devorando el verde polvoriento de las aguas.

—¡Pucha! ¡La niebla!—exclamó Zurita—. Tenemos para rato. A saber cuándo llegaremos á Montevideo.

Separáronse los tres, como si experimentasen la necesidad de hablar con otras personas después del mucho tiempo que llevaban juntos. El doctor se fué en busca de las damas de su familia, para contarles lo que había visto. Ojeda siguió adelante por la cubierta, en silencioso paseo. Maltrana le abandonó al pasar ante «el rincón de las cocotas». Le atrajo el verlas á casi todas con los sillones juntos, apretadas en torno de Madama Berta, la andariega veterana, cuyos consejos oían religiosamente en asuntos de América. El próximo término del viaje las hacía buscarse y apelotonarse con una solidaridad profesional, como si adivinasen peligros cercanos que debían arrostrar en común.

Las que hacían su primer viaje eran miradas por las otras con lástima y envidia. ¡Quién tuviese sus ilusiones!... Recordaban las esperanzas risueñas, las doradas mentiras que las habían acompañado en su llegada al río de la Plata. Y después, ¡habían visto tanto!...

Berta calló al notar que un hombre se había aproximado al grupo. Pero era Maltrana, un amigo de confianza, y siguió hablando á la joven Ernestina, la de la hermosa cabellera, á la que rodeaban todas con cierta predilección, cual si fuese una hermana menor, inocente y mimada. Sus gracias decadentes y artificiales parecían avivarse al contacto de esta juventud inconsciente y esplendorosa.

—Cuando yo llegué aquí, hace quince años—dijo Berta—, ¡qué cosas traía en la cabeza! Iba á poner el pie en el país del oro; tenía miedo de llegar tarde, de que otras se me adelantasen pillando lo mejor... Creía que el buque no avanzaba con bastante rapi-

dez por el río; contaba los números pintados en unas boyas que marcan el canal para los vapores grandes. Sesenta y cuatro... sesenta y tres; ya no faltaban mas que sesenta y tres kilómetros para llegar á Buenos Aires. ¡Bestia de mí! Siempre se llega demasiado pronto. ¡Para lo que se encuentra al final!...

Y una sonrisa de cansancio dejaba al descubierto su dentadura con engastes de oro.

Ernestina expuso sus ilusiones, acompañándolas con un gesto de humildad. Ella era artista y ansiaba la gloria. Su porvenir estaba en el teatro. Iba á hacer la vida alegre y tarifada en esta América, de la que le habían dicho maravillas, pero por escaso tiempo y con pretensiones modestas. Sólo aspiraba á reunir cincuenta mil francos. Con esta cantidad y su aspecto, que no era del todo malo, pensaba abrirse paso en París. Obligaría á un director de teatro á que la contratase, interesándose en su empresa con unos cuantos miles de francos; pagaría á los críticos. Lo importante era debutar, y luego... ¡luego!... Brillaba en sus ojos el resplandor de ilusión y de engaño que inflama á todos los visionarios de la gloria. ¡Cincuenta mil francos!... ¿No los encontraría en aquel país de ricos una mujercita como ella, amable, joven... y artista? Y su fe en el porvenir se apoyaba especialmente en esta última cualidad.

Las oyentes la escuchaban con expresiones contradictorias. Unas creían realizable su ilusión. Otras, fatalistas y melancólicas, torcían el gesto. Sabían lo que podía alcanzarse en aquella tierra. Vivir nada más... y gracias. Al principio, una gloria rápida, y luego, la miseria: una miseria peor que la de Europa.

—¡Cincuenta mil francos!—dijo Berta—. No es mucho. Todo depende de la suerte: del primer amigo

que encuentres. Tal vez los hagas en dos meses; tal vez tardes años; tal vez no los juntes nunca.

Y le daba consejos inspirados por su larga experiencia. El peligro era el hombre americano, el jovencito simpático y moreno, arrogante unas veces, como macho dominador, dulzón otras, con una suavidad de manteca, gran bailarín, que conquistaba á las mujeres meciéndolas en sus brazos al compás del tango, generoso y manirroto hasta el deslumbramiento en las primeras semanas de la iniciación, hábil después para recobrar lo suyo y llevarse algo más si era posible, con pretexto de pérdidas en el juego.

Berta iba indicando los remedios autoritariamente, como un sargento que lee á los reclutas los artículos de la ordenanza.

—Lo primero que debes hacer es dejarte el corazón en el barco y bajar á tierra sin él. Aquí no venimos á enamorarnos: venimos á hacer plata. Eso es... Luego, cuando recojas dinero, no lo guardes contigo, pues te lo sacarán. No, no muevas la cabeza: te lo sacarán. Tú no sabes qué gentes hay en Buenos Aires; lo mejorcito de cada país. Yo soy yo, y sin embargo me han engañado muchas veces. Las mujeres somos bestias cuando nos vemos solas en un país extranjero y sentimos la necesidad de un verdadero amigo... Todos los sábados irás al Banco Francés para depositar tus ahorros. O mejor aún, los giras directamente á Francia. Así no corres el peligro de que tu amigo se entere y te los haga sacar del Banco, convenciéndonote á fuerza de besos ó de bofetadas... Toma siempre dinero; no aceptes acciones ni papelotes de ninguna clase.

En esto último insistió mucho la veterana, como si aún estuviera latente en su memoria algún recuerdo penoso. Señores que pasaban por millonarios se dejaban adorar meses y meses sin soltar mas que

insignificantes obsequios, hasta que al fin la pobre mujer creía llegado el momento de realizar sus esperanzas formulando una petición. «Mi gringa linda —contestaba el otro—: no te puedo dar plata porque los negocios andan mal. Además, la plata la gastarías inmediatamente. Voy á darte algo mejor que asegure tu porvenir; voy á despojarme de un papel magnífico.» Y le entregaba un rimerero de acciones correspondientes á una de tantas empresas ilusorias que diariamente se iniciaban en el país. La mujer guardaba los papeles, creyendo poseer una fortuna. El negocio no daba producto todavía, ¡pero más adelante!... Fortalecíase su fe con el ejemplo de empresas salidas de la nada en esta tierra de milagros, que habían llegado á realizar las más fabulosas ganancias.

—Y la pobre—continuó Berta—sigue adorando al hombre que la ha hecho rica, y cuando intenta realizar su resma de títulos, se entera de que únicamente pueden servirle para empapelar su dormitorio.

Apiadábase la veterana de la suerte de muchas que habían llegado á Buenos Aires con el propósito de hacer dinero en pocos meses, regresando inmediatamente á París, y llevaban años y años encadenadas por la miseria, sin esperanza de volver á Europa.

La prudente Marcela, la que preguntaba á todos por la cosecha, asintió con movimientos afirmativos.

—Su esperanza—dijo—es la misma de los hombres, que siempre aguardan un buen negocio el día siguiente. Y así se les pasan los años; y como están solas, para alegrarse un poco se entregan á la morfina, á la cocaína, al opio, al éter.

Ignoraba la policía tales vicios. Como las gentes del país no gustaban de ellos, no constituían un peligro nacional. Eso era para las *gringas* nada más. Se vendían en la gran ciudad los venenos

consoladores profusamente, y las desesperadas, sin fuerzas para volver y sin esperanza en el porvenir, entregábanse á ellos, contrayendo horrorosas enfermedades.

Las más expertas del grupo convenían en sus apreciaciones. Buenos Aires, una buena plaza de negocios para la que supiera guardar franca la salida. Una ratonera mortal para la que se quedaba dentro.

—Nosotras somos «golondrinas»—dijo Marcela—, lo mismo que esos segadores de Italia que llegan todos los años en el momento de la cosecha, recogen sus jornales y se vuelven á su país. Es lo mejor.

Maltrana sonrió contemplando á esta banda de cocotas «golondrinas» que anualmente levantaban el vuelo desde París si las noticias de la cosecha eran buenas. Durante su permanencia en la ciudad de la esperanza, se apiadaban de las compañeras que habían quedado dentro del cerco con las alas rotas, sin fuerzas para saltar, ebrias de veneno que reavivaba falsamente las ilusiones de su primero y único viaje.

Un movimiento general de las gentes que ocupaban la cubierta interrumpió esta conversación, haciendo abandonar sus sillones á las francesas. Corrían todos al costado de estribor para ver en la tarde brumosa el bulto negro de un barco igual al *Goethe* que avanzaba sobre él como si fuese á embestirlo. Algunos empezaron á sentirse inquietos por esta aproximación; pero cuando los dos buques estuvieron próximos, se fué abriendo la distancia entre sus cascos. Era un trasatlántico de la misma Compañía de navegación, que acababa de salir de Montevideo con rumbo á Europa. Venía de los puertos del Pacífico, salvando los grandes oleajes de los mares del Sur y los canalizos tortuosos del estrecho de Magallanes bordeados de montañas de hielo.

Ambos buques se saludaron con los bramidos de

sus chimeneas y pasaron muy próximos, pudiendo verse los pasajeros de uno y otro. Las bordas estaban ocupadas por figurillas semejantes á muñecos que agitasen automáticamente los brazos con un punto blanco en su extremidad: el pañuelo ó la gorra. Habíase izado la bandera en las dos popas, y los alemanes la saludaron con un entusiasmo gritón: «¡Hoch!... ¡hoch!» La música del *Goethe* subió á la cubierta de los botes, y en los intermedios del bramar de la chimenea oíanse los golpes del bombo y el armónico mugido de los instrumentos de metal. En el buque de enfrente también se destacaba el brillo de los cobres y las figuritas de los músicos, puestos en círculo en la última cubierta. Cuatro trompetas larguísimas, cuatro tubos semejantes á los que guiaban la marcha de los legionarios romanos, abrían sus bocas doradas por encima de las cabezitas, y en los intervalos de silencio llegaba hasta el *Goethe* su lejano rugido.

Los chilenos se entusiasmaron al ver este buque que venía de su patria. Algunos habían corrido á la oficina telegráfica para conocer los nombres de los compatriotas que iban á Europa en el otro trasatlántico, y los repetían entre ellos. Sonaban en su conversación apellidos vascos y andaluces de arcaico eufonismo; apellidos de los que sólo se conservaba en la Península un recuerdo tradicional en crónicas y comedias de otros siglos. Acogían con el interés de un gran suceso la noticia de los que marchaban al viejo mundo. Todos eran amigos, todos eran algo parientes en aquella República de clases cerradas, donde el gobierno y la riqueza se mantienen en posesión de las antiguas familias coloniales, cada vez más unidas por los matrimonios dentro de la misma casta.

—¡Viva Chile!—gritaban enérgicamente saludando á las lejanas figuritas.

Miraban aquel buque lo mismo que si fuese suyo porque venía de su país; aclamaban á las pequeñas personas alineadas en sus bordas creyendo reconocerlas; acogían como una respuesta á estos vivas el rugido apagado que llegaba hasta ellos por encima del mar. Algunos, con el enardecimiento de su entusiasmo, daban el viva extravagante y heroico de las grandes batallas, el que acompaña al populacho armado y patriótico de los «rotos» en sus empresas hazañescas, la aclamación reveladora de un carácter testarudo, capaz de ir adelante por encima de todos los obstáculos.

—¡Viva Chile, m.....!

El buque se alejó con sus trompetitas brillantes en lo alto y la muchedumbre liliputiense alineada en los diversos pisos. Un rayo de sol pálido iluminó su popa durante algunos instantes con reflejos de oro antiguo. Luego, como si el Océano hubiese despertado únicamente para presenciar este encuentro, se restableció la sombra, y algo más denso que la sombra asaltó al *Goethe* á los pocos minutos.

Una muralla gris avanzaba sobre él, devorando el azul del cielo y el verde amarillento del mar. La niebla envolvió al buque cuando entraba en la embocadura del estuario. Empezó á navegar con lentitud. Algunas veces parecía detenerse, como si fluctuase indeciso, no sabiendo qué dirección seguir, y poco después reanudaba su marcha. Rasgaba la «sirena» de minuto en minuto con un aullido lúgubre esta noche blanca sobrevenida en plena tarde. A corta distancia de las bordas cerraba la bruma toda visualidad. Los que miraban abajo sólo veían unos cuantos palmos de superficie acuática. Más allá, el humo turbio y denso lo devoraba todo. El mástil de trinquete y la proa eran débiles sombras, siluetas borrosas, pálidos dibujos sobre un fondo gris.

Muchos pasajeros, especialmente las mujeres, mostraban inquietud. Excitaban sus nervios los rugidos de la chimenea, que parecían llamamientos de socorro. Irritábales no poder ver, marchar á ciegas por unos parajes de frecuente navegación. Pensaban en la posibilidad de un choque en esta atmósfera dormida y traidora. Hubiesen preferido la vida estrepitosa de una tempestad.

A los rugidos del trasatlántico contestaban, apagados por la distancia y la bruma, los de otros buques. Tal vez estaban próximos. La niebla atenúa los sonos. Para suplir la intermitencia de los bramidos de la chimenea, la campana del vapor tintineaba incesantemente, movida por un grumete. Este repiqueteo, semejante á un toque de misa, excitaba aún más la nerviosidad de las señoras. Criticaban muchos al capitán porque seguía adelante, exponiéndolos á un choque con otro buque ó á encallar en los bajos del río.

De pronto, un silbido en el puente, un estrépito en la proa de cabrestantes sueltos y cadenas escuiriéndose. El buque quedó inmóvil; acababa de anclar, en espera de que se aclarase la atmósfera.

Y entonces, por una de esas inconsecuencias propias de las muchedumbres, se reprodujo la protesta en los mismos que se habían quejado al ver el buque en marcha. ¡Estos alemanes cachazudos y prudentes! Un capitán de otro país hubiese seguido adelante.

Las mujeres golpeaban el suelo con el pie. ¿Cuándo entrarían en Montevideo? Tal vez pasasen la noche en el río, tal vez no llegarían á Buenos Aires en todo el día siguiente. El doctor Zurita hablaba de nieblas que habían durado tres días.

—Y aquí nos quedaremos, lo mismo que si estuviésemos en una isla... ¡Qué fregatina!

Pronto se cansaron los pasajeros de contemplar

la cortina de bruma. Muchos creían ver en su densa superficie bultos negros que surgían de pronto y se agrandaban, siluetas de buques viniendo sobre ellos á todo vapor. Acabaron por resignarse, mostrando un valor fatalista; lo que hubiese de ocurrir era inevitable. Además, el buque seguía lanzando cada medio minuto un bramido indicador de su presencia. Y paseaban por la cubierta con cierto entorpecimiento, con una sensación de extrañeza en los pies, que ya estaban acostumbrados á la movilidad del suelo. Se habían encendido todas las luces en el interior del buque; sonaba el piano del salón, y pasaban junto á las ventanas parejas de danzantes ganosos de aprovechar la inercia de la espera.

El fumadero no tenía un asiento libre. Muchos habían sentido la necesidad de beber, para quitarse el mal sabor que la niebla dejaba en las gargantas. Los artistas de opereta aparecían con sus mejores trajes. Se habían vestido á media tarde para bajar á tierra, creyendo que antes de una hora estarían en Montevideo. La inmovilidad del buque los colocaba en una situación algo ridícula: ellas oprimidas en sus vestidos flamantes, con grandes sombreros, sin atreverse á tomar asiento por miedo á ajar las faldas; ellos con el bastón en la mano, sufriendo el tormento del cuello alto entre las demás gentes que conservaban los cómodos trajes de viaje. ¡A saber cuándo podrían desembarcar!... Todos se lamentaban con gestos teatrales de este contratiempo de última hora.

Ojeda ocupó una mesa en la terraza del fumadero con su compatriota Conchita.

—Paisana, vamos á llegar—había dicho al verla—. Permítame que la invite á tomar algo. Celebraremos el buen viaje.

Ahora que se veía sin amistades femeniles gustábale conversar con la graciosa madrileña, á la

que apenas había prestado atención en los días anteriores. Y ella, adivinando que este acercamiento repentino sólo era por el deseo egoísta de no verse solo, burlábase de sus aventuras en el buque.

—A usted, paisano, únicamente le interesa lo extranjero. No tiene ni una mirada para lo de casa... ¡Claro! Las de la tierra somos poco distinguidas, no tenemos *chic*, como dicen esas señoras que hablan con Isidro.

Fernando la miró con interés creciente. Conchita estaba libre de la virtuosa presencia de doña Zobeida, que andaba por abajo en arreglos de equipaje. Los ojitos negros tenían una expresión maliciosa y prometedora. A él no le parecía mal la madrileña... ¡Pero en víspera de la llegada á Buenos Aires! ¡Cargar con un nuevo compromiso un hombre como él, que iba á la ventura!...

Su conversación giró al poco rato sobre el dinero y la nueva vida que les esperaba allá. ¿Qué pensaba hacer Concha al desembarcar? ¿Tenía algún amigo en aquella tierra?... Pero la muchacha rió con una inconsciencia valerosa. Nadie la esperaba, ni ella necesitaba apoyo alguno. Entraría en Buenos Aires como en su casa; lo mismo que si hubiese nacido allí.

—Y dinero, ¿sabe usted, paisano? ni una peseta, ni una perra gorda. Tengo el gusto de desembarcar con el bolsillo limpio. Quiero que conste así, para cuando yo vaya en automóvil, tenga collares de perlas y los periódicos publiquen mi biografía con retrato. Me quedaba un poco de dinero, ¡muy poco! al bajar en Río con doña Zobeida. La pobre señora me convidó y yo la convidé; luego volvió á obsequiarme, y yo, por no ser menos, le devolví el obsequio. Total, que en automóviles, refrescos, frutas del país y demás, se me fué todo. A lo último me quedaban diez pesetas, y me las gasté en sellos y

postales, enviando recuerdos á los amigos y amigas de España. No me queda ni una mota. ¡Limpia por completo! Así camina una más ligera.

Reía con cierta agresividad, como si desafiase al porvenir. Cuando llegase á Buenos Aires, subiría á un coche, el primero que le saliese al paso, ordenando al cochero que la llevara á un hotel español. En el hotel pagarían el importe de la carrera. Y luego, á vivir, á esperar... En peores trances se había visto. Una mujer como ella podía correr el mundo sin una peseta. No todos los hombres iban á ser tan adustos y distraídos como uno que ella conocía—aquí Ojeda saludó irónicamente, no sabiendo qué contestar—. Tenía antiguos amigos en Argentina: señores que había conocido durante su paso por Madrid; unos, americanos; otros, españoles establecidos en Buenos Aires. Ignoraba sus domicilios, pero ella averiguaría.

—Yo soy capaz de descubrir dónde se acuesta el diablo. Además, cuento con la suerte, con lo que una no espera. Me da el corazón que se presentará algo bueno.

Fernando la habló de las francesas que iban en el buque. Tal vez tuviese más suerte que ellas. ¡Quién sabe á lo que llegaría en Buenos Aires! Pero la española torció el gesto. Ella no ambicionaba joyas, ni pretendía llamar la atención por su elegancia. Vivir bien y nada más.

—Isidro dice que yo soy una mujer para la gente... clásica. No sé lo que será eso. A mí me gustan los hombres serios; nada de ruidos. Vivir con uno como en familia.

Pretendió Ojeda tentar su codicia de mujer, hablando de los diamantes que conquistaban en Argentina y Brasil las cortesanas viajeras. Pero Conchita torció otra vez el gesto con expresión de protesta.

—No; yo no quiero diamantes. ¡Para como los ganan muchas!... Yo soy clásica, como dice Isidro, y no me presto á ciertas cosas. A mí me gusta como Dios manda, ¿se entera usted?... como Dios manda.

Y no pudo dar explicaciones más claras sobre qué es lo que Dios manda, pues se presentó doña Zobeida, que, terminados sus quehaceres, iba por la cubierta en busca de «la buena señorita». Corrió la gente hacia el balconaje de proa, como si la atrajese una gran novedad. El buque se movía otra vez; iba avanzando lentamente. Persistía la bruma, pero era menos densa. Los ojos alcanzaban á ver á mayor distancia á través de su blanco humo.

Esta marcha devolvió el buen humor á los que se preparaban á bajar en Montevideo. Era un avance tímido pero continuo á través de la niebla, que se presentaba en oleadas densas, como si la atmósfera se solidificase á trechos. Deslizábase esta cortina río abajo y resurgía el *Goethe* á una bruma menos espesa, que transparentaba los perfiles lejanos como flúidas siluetas. Al poco tiempo, una nueva avalancha cegadora pasaba sobre el buque, y así iba avanzando éste, con rápidos tránsitos, de una obscuridad absoluta á una penumbra vaporosa y láctea.

La luz macilenta que había podido filtrar el día á través de estos cortinajes lóbregos acababa de extinguirse con la llegada de la noche. El buque se iluminó desde las cubiertas bajas á los topes. Sus costados estaban agujereados como negros panales por los ojos ígneos de los tragaluces. Los reverberos de las cubiertas daban á la niebla invasora un temblor irisado. En ciertos momentos, el trasatlántico parecía inmóvil, y únicamente al avanzar la cabeza fuera de la borda se convencían los pasajeros de que marthaba, oyendo el chapoteo invisible de sus flancos.

Ojeda vió pasar á Mina junto á él, una Mina dis-

tinta en su aspecto exterior á la que había conocido hasta entonces, siempre vestida de blanco y con la cabeza descubierta. Un gabán oscuro la envolvía del cuello á los pies. Su rostro estaba medio oculto por un ancho sombrero y un velo tupido. Ella, que en los días anteriores evitaba todo encuentro con Fernando, pasó repetidas veces junto á él. Hasta creyó adivinar á través del velo que sus ojos le miraban intencionadamente.

Al llegar en sus evoluciones cerca de una escalera de la cubierta de botes, volvió Mina la cabeza con muda invitación y subió rápidamente. Fernando, después de una espera prudente, fué tras de sus pasos.

Se encontraron arriba en una láctea penumbra atravesada por la flecha roja de las luces solitarias. Estaban solos. Mostraron los dos cierta indecisión al verse frente á frente, como si se arrepintieran de esta entrevista. A los pocos momentos chorreaba la humedad por sus ropas. Sentían las manos humedecidas, é instintivamente las guardaron en los bolsillos. Toda su vida se concentró en los ojos.

Ella fué la primera en romper el silencio.

No podía resignarse á dejar el buque sin hablar con él por última vez, sin decirle adiós. Y Fernando, emocionado por el tono de humildad con que hablaba esta mujer, sacó las manos de los bolsillos buscando las suyas. «¡Mina!... ¡Brunilda adorada!...» De su existencia en medio del Océano, ella iba á ser el único recuerdo que permanecería en pie.

La alemana habló al principio con timidez, en tercera persona, evitando el tuteo de la pasión; pero luego, con súbita familiaridad, se expresó libremente, lo mismo que cuando paseaban por la cubierta á altas horas de la noche.

—Me has hecho mucho daño. ¡Lo que yo he sufrido!... Quise odiarte, y no pude... Al verte con



otra, huía, huía, detestando á tu compañera; pero á ti no. Y ahora no he podido alejarme sin decirte adiós.

¡Ay! Si él no hubiese sentido la fatal curiosidad... Si se hubiera limitado á amarla como ella quería... ¡qué felicidad la de los dos!...

—No puedo censurarte. Tú eres hombre y necesitas la posesión; y yo soy una pobre enferma, sin otros encantos que los del alma, los que no se ven... Y ahora, adiós; tal vez para siempre, tal vez por algún tiempo nada más. ¡El mundo es tan pequeño!...

La compañía iba á desembarcar en Montevideo. Trabajaría tres semanas en esta ciudad, mientras quedaba libre un teatro de Buenos Aires.

—Pronto iré adonde tú estarás... pero ¡quién sabe! Aunque vivamos en el mismo sitio, no nos veremos. Somos de distintos mundos; tú no te acordarás de mí. ¿Qué soy yo?... Ni siquiera una buena memoria: una decepción, un recuerdo penoso.

El protestó con toda la vehemencia de su carácter, apasionado y elocuente cuando estaba en contacto con una mujer. Guardaría memoria de ella mientras viviese. Las otras no habían dejado en su recuerdo mas que una sensación de penosa hartura.

—No te creo—dijo ella—. Tú serás verdaderamente el mejor recuerdo de mi existencia... Me has hecho sufrir mucho. Tu fuga me hizo ver una decadencia y una miseria que tenía olvidadas. Pero aun así, ¡gracias, muchas gracias! Te debo la única felicidad que he conocido.

Vivía ella embrutecida por el desaliento, resignada á no conocer otra vez el amor, encanto de la existencia. Y llegaba él, para fijarse en su belleza marchita, inadvertida de los otros, y la despertaba misericordiosamente, tomándola en sus brazos, elevándola hasta su boca.

Esta felicidad había durado poco. Un pequeño

rayo de sol, una risa de oro en el limbo de su existencia: un relámpago de luz alegre, y luego la noche otra vez, la desesperación de reconocer su decadencia. Pero á pesar de esto, repetía sus palabras. ¡Gracias, muchas gracias! Se llevaba con ella algo que no le iban á quitar: la dulce melancolía del recuerdo, que puede embellecer la penumbra de una existencia resignada. Pensaría en él, como en un otoño suave, cuando sintiese el frío de la soledad.

—Aunque no me des más, ya has hecho bastante... Tal vez sea mejor que no volvamos á encontrarnos. Te veré en mi recuerdo cada vez más grande, más atractivo... Y ahora, adiós. Separémonos. Tengo que hacer abajo.

Fernando, que horas antes apenas se acordaba de ella, sintióse triste al abandonarla. Mostró la melancolía del actor que empieza á «entrar en su personaje» y ve que le arrebatan de pronto el papel. Había saltado atrás con el pensamiento, suprimiendo unos días, y se contemplaba en el silencio de la noche equinoccial paseando por «el rincón de los besos» sosteniendo con un brazo á la romántica alemana, próxima á desvanecerse de sentimentalismo. Las palabras de entonces volvían á sus labios: «¡Novia mía!... ¡Mi walkyria!»

Aquella mujer era la única en el buque que le había amado con desinterés. ¿Y quería separarse de él así, fríamente, sin añadir algo á sus palabras?...

Estaban cogidos de ambas manos, con los dedos entrecruzados. El tiró sin encontrar resistencia, y ella, sumisa, adivinando sus deseos, dejó caer la cabeza sobre un hombro de Fernando. Mina no habló, pero él creía escuchar su voz infantil y medrosa, tal como había sonado abajo noches antes: «Boca, sí... Cabina, no...»

Su beso fué triste, dificultoso. Sus caras, al jun-

tarse, estaban húmedas y chorreantes por la niebla. Ella besó como en la primera noche, de abajo arriba, entornando los ojos, palpitantes las alillas de la nariz, frunciendo los labios, como una flor que cierra sus pétalos. Pero Fernando sólo encontró en esta caricia una sensación lejana, semejante á la de un perfume desvanecido, á la de una música borrosa. Además, el ala del sombrero se clavó en su frente, el velo arremolinado le raspó una mejilla, la punta de un alfiler largo, que parecía animado de vida maligna, buscó traidoramente uno de sus ojos.

Ella se separó con rudo tirón. ¡Adiós! ¡adiós! Y al estar junto á la escalerilla, volvió aún el rostro hacia Ojeda para despedirse con voz trémula:

—¡Novio mío!... ¡mi poeta! Acuérdate alguna vez.

Al descender Fernando á la cubierta de paseo, vió á Mina hablando en alemán con otras de la compañía. Pasó junto á ella, y al encontrarse con sus ojos, éstos le miraron indiferentes, sin la más leve emoción, cual si fuese un desconocido.

Empezaron á marcarse á través de la niebla, cada vez más clara, varios puntos de luz: unos, fijos; otros, intermitentes, parpadeando como ojos de ciclope. Una nube rojiza se extendía frente á la proa sobre el perfil negro de la costa. Debía ser el reflejo de una ciudad iluminada... ¡Montevideo!

Y otra vez la inconstancia de la muchedumbre se puso de manifiesto con alabanzas al capitán por haber avanzado sin extravíos á pesar de la niebla.

Abriáanse grandes claros en el cielo al rasgarse la bruma. Eran lagos colgantes de intenso azul en los que flotaban enjambres de estrellas. Al poco rato, una brisa fresca barria los últimos jirones, que se amontonaron más allá de la popa, río abajo, formando una barrera blanca.

Quedaron completamente al descubierto, con la

limpieza de un cuadro recién lavado, la superficie del estuario y la costa negra con sus resplandores de faros y de pueblos. El oleaje rompía y entremezclaba los reflejos de los astros, haciendo danzar estas luces sin calor, lo mismo que fuegos fatuos.

Volvió á emitir sus bramidos el *Goethe* en la noche serena, manteniendo su marcha lenta, cual si no se atreviese á avanzar solo. Después de la comida se agolparon los pasajeros en las bordas, atraídos por una novedad. Una luz venía al encuentro del buque al ras de las aguas; una luz que se agitaba locamente en continuo balanceo, ocultándose con frecuencia al interponerse una ola entre ella y el navío.

Algunos pasajeros reconocieron esta luz. Era el vaporcito del práctico de Montevideo. Desde lo alto del *Goethe*, inmóvil como una isla, parecían insignificantes las ondulaciones que venían á chocar contra sus costados; pero al mirar la luz que se aproximaba titubeante, algunas mujeres daban gritos de angustia. El vaporcito, ancho y profundo, de robusta chimenea, navegaba, sin embargo, como un pedazo de corcho á merced de las olas, sacudido, retorcido, zarandeado por encontradas fuerzas. A veces desaparecía su luz, como si se la hubiesen tragado las aguas, y tras largo eclipse volvía á aparecer más allá, donde nadie esperaba verla.

—¡Qué río el de la Plata!—dijo con orgullo el doctor Zurita á Isidro—. Y lo que usted ve no es nada... Hay que pasarlo un día de tormenta... Algunos que no se marean yendo á Europa, echan hasta el alma en un vapor del río.

El buque del práctico entró en la zona iluminada del *Goethe*. Los pasajeros vieron abajo una ancha cubierta mojada por el oleaje, unos cuantos hombres con impermeables, la boca de una chi-

menea que cesó de arrojar humo, y las luces de varios faroles. Una escala de cuerda cayó desde el trasatlántico y un hombre gateó por sus travesaños. A los pocos minutos sonaron en lo alto del buque los timbres de señales para las máquinas. Se despegó el vaporcito, alejándose con violento y grotesco cabeceo, semejante á los traspiés de un beodo. El *Goethe*, con el práctico en el puente, aceleró su marcha, poniendo la proa rectamente á Montevideo.

Empezaron á surgir rosarios de luces entre las masas de sombra de la costa. Unas eran rojas y mortecinas; otras, blancas y erizadas de fulgores: una procesión cada vez más larga y de filas múltiples según el vapor iba avanzando. En lo alto del cielo, un astro poderoso centelleaba con intermitencias, rasgando la obscuridad. Los uruguayos saludaron esta faja parpadeante de luz con patriótico entusiasmo. Era el faro del Cerro; el monte que al ser visto por los primeros navegantes españoles dió, según la tradición, su nombre á Montevideo.

Las luces se iban extendiendo profusamente. Alineábanse en dobles filas, indicando el trazado de los bulevares exteriores; otras más débiles punteaban con rangos superpuestos la negra masa de los edificios. Junto al agua brillaban los focos eléctricos del muelle y las linternas multicolores de los buques.

Rompió á tocar la banda del *Goethe* la marcha triunfal con que saludaba el ingreso en los puertos. A un lado del buque surgió un murallón con espumas en su base. Era la escollera. Viéronse muelles con gente agolpada en sus bordes; edificios altos; arranques de calles que se perdían en lontananza entre una doble fila de árboles y faroles; luces móviles de tranvías y automóviles.

Algunos pasajeros se agitaban de un lado á otro

de la cubierta, como si les faltase el tiempo para desembarcar.

—¡Ya estamos!... ¡Ya hemos llegado!

Pasó el *Goethe* por entre buques tan enormes como él, trasatlánticos que iban con rumbo á Europa ó á los puertos del Pacífico, y sólo anclaban unas horas, cerca de la embocadura, para salir inmediatamente. Sus luces rojas, verdes y blancas reflejábanse con violento serpenteo en las aguas removidas por el paso continuo de lanchas y remolcadores.

Cuando la gente del *Goethe* creía que el buque iba á seguir avanzando, hasta pegarse á un muelle, se detuvo en mitad de la dársena, lo mismo que los otros trasatlánticos, y sonó en su proa el estrepitoso rodar de las cadenas de anclaje. «¡Fondo!...» Quedó inmóvil la nave, é inmediatamente la rodearon los pequeños vapores que evolucionaban en torno de ella. Aglomerábase el gentío en sus cubiertas agitando pañuelos, dando gritos para llamar la atención de los pasajeros del trasatlántico alineados en las bordas. Y muchos de éstos, al avanzar sus cabezas para ver mejor á la muchedumbre que llenaba los pequeños buques, reconocieron caras amigas, saludándolas con gritos de regocijo y preguntas sobre los ausentes.

Unos eran de Buenos Aires, y habían bajado el río para dar la bienvenida á las familias que regresaban de Europa; otros esperaban el momento de subir al trasatlántico, por curiosidad ó por exigencias del oficio.

El *Goethe* había encendido en sus costados poderosos focos de luz verde, que daba á los rostros un tono lívido, haciendo palidecer los faroles de las embarcaciones inmediatas. Después de larga espera quedaron francas las escalas del buque, lanzándose por ellas la muchedumbre como si subiera al asalto.

Los primeros en entrar fueron los vendedores de periódicos, pregonando los últimos diarios y revistas de Buenos Aires y de Montevideo. Arrebatábanse los viajeros el papel impreso, ansiosos de enterarse de las noticias de su país, como si temiesen que durante su aislamiento en el mar hubieran ocurrido los sucesos más extraordinarios. Después subieron corredores de los hoteles de Buenos Aires y agentes de empresas de transportes, ofreciendo sus servicios. Todos hablaban de la gran ciudad situada al final del estuario, como si ella existiese únicamente y la otra que estaba á la vista fuese una simple portería del río. Esparcíanse por el trasatlántico los que habían llegado de Buenos Aires para saludar á sus amigos. Gritos, llamadas, reconocimientos, abrazos, preguntas por los parientes que esperaban allá.

Los pasajeros con destino á Montevideo desfilaron por una escala especial hasta un vaporcito de amplia cubierta. Las damas de la opereta bajaron estos peldaños de madera con el gesto majestuoso de una reina de teatro que desciende por una escalinata de cartón. Las «estrellas» de la compañía avanzaban entorpecidas por los grandes ramos que les había enviado el empresario á guisa de saludo. Hasta las coristas parecían otras al descender á tierra. Contestaban á los saludos de Maltrana con una discreción de grandes señoras que abandonan su incógnito. Ya estaban en América. La fortuna, indudablemente, les reservaba gratas sorpresas. Había que hacerse valer, olvidando las promiscuidades del buque.

Fernando vió á Mina que bajaba la última, llevando el niño por delante y sosteniendo en sus brazos varias ropas y paquetes. Pasó junto á él como si no quisiera verle, contestando á su mirada de despedida con un ligero movimiento de cabeza.

«¡Adiós, Karl!...» La mano de Ojeda había acariciado al niño, y éste movió la cabeza, considerándolo un instante con la expresión del que recuerda de pronto á una persona olvidada. Luego se alejó de él sin un saludo, sin una sonrisa, con el enfurruñamiento de su gravedad precoz.

Miraba Isidro la ciudad, alabando su hermoso aspecto.

—Ya estamos en nuestra América, Ojeda. Crea usted que bajaría con gusto, pero no me place ver una ciudad de noche, y el buque saldrá antes del amanecer.

Ojeda había estado en Montevideo años antes, y guardaba un buen recuerdo.

—Algún día la veremos—dijo—. Vamos á ser vecinos de ella. Un viaje de una noche nada más... ¡Quién sabe cuántas veces tendremos que volver por aquí!...

Un estallido de aplausos, acompañado de vibrantes aclamaciones, sonó en la cubierta superior. El curioso Maltrana corrió escalera arriba, y Fernando tras él. Una muchedumbre llenaba el jardín de invierno y el salón. Algunas banderas tricolores desplegábase sobre las cabezas descubiertas.

—¡Los gringos! ¡Vamos á ver á los gringos!—decían los niños en el paseo, acudiendo curiosos, atraídos por los aplausos.

Varias comisiones de sociedades italianas de Montevideo habían venido á saludar á su compatriota el conferencista ilustre de paso para Buenos Aires. Todos se lamentaban de que no descendiese inmediatamente en su ciudad; le pedían que volviera cuanto antes á Montevideo. Isidro se fijó en los diversos aspectos de los comisionados: unos, bien vestidos, revelando en el empaque de sus personas la satisfacción de una fortuna recién conquistada; otros, más humildes, con el aspecto de obreros en-

domingados; pero todos rebosando un orgullo patriótico por esta visita, que les recordaba la tierra lejana y parecía aumentar su propia importancia en el país de adopción.

El conferencista, que había pasado casi inadvertido durante la travesía, se agigantaba ahora de golpe con este homenaje popular. Muchas señoras que apenas se habían fijado en él, sonreían y lo encontraban «muy distinguido de figura».

Un mocetón italiano, representante de una sociedad obrera, saludó al *professore* con un discursito aprendido de memoria. Lo recitó de buena fe, con la convicción de que estaba trabajando por la gloria de su país. Celebraba la llegada del grande hombre como la aparición del día, con enfático lenguaje: «*Egregio professore: Voi siete come la stella del mattino...*» Y mientras aplaudían los compatriotas, «la estrella de la mañana» acariciábase las barbas y se afirmaba los lentes pensando en su contestación.

—¿Y el abate?—dijo Maltrana—. ¿Dónde estará el otro conferencista?

Habían vuelto los dos amigos al paseo, huyendo del sudoroso calor y los empellones de la gente aglomerada. Cerca del café vieron al abate rodeado de tres jóvenes que habían venido de Buenos Aires para darle la bienvenida.

—Poco éxito—dijo Isidro—. El italiano lo aplasta con sus masas. Fíjese usted: tres jovencitos nada más, tres niños de buena familia, que indudablemente vienen enviados por sus mamás.

Ojeda movió la cabeza negativamente. Los recibimientos eran distintos, cierto; pero faltaba ver el final, el resultado positivo de las conferencias.

—Los dos vienen á ganar dinero, y eso es lo que en realidad les importa. Verá usted cómo el otro, á pesar de tantas aclamaciones, músicas y banderas, no se lleva lo que el abate.

Al seguir circulando por la cubierta, vieron nuevas personas que se habían agregado á los grupos de viajeros. Todas las familias argentinas rodeaban á alguien que había realizado el viaje á Montevideo para saludarlas. Y el recién llegado hablaba y hablaba, para satisfacer su curiosidad ansiosa de novedades.

En la terraza del fumadero encontraron á todos los Kasper sentados á una mesa gravemente, como si celebrasen un consejo de familia. Frente á Nérida estaba un mocetón alto, tostado por el sol y de mirada dura.

Maltrana pasó rápidamente mirando á otro lado, cual si quisiera evitarse saludos y presentaciones.

—¿Se ha fijado usted?—dijo á Ojeda algunos pasos más allá—. Es el hermano, el centauro de la Pampa, que ha venido á esperarlos; el vengador que amenaza á su hermana con desfigurarle el rostro... La pobrecita está desde esta tarde con un susto mortal. Un radiograma les hizo saber que el bárbaro los esperaba en Montevideo, y en seguida me rogó que no me acercase á ella. Veremos en qué para esto.

Al otro lado del paseo encontraron al «hombre misterioso». Maltrana, al verle, experimentó gran sorpresa. ¡Oh prodigio! El hombre lúgubre no estaba solo; tenía un amigo. Hablaba con él un joven que parecía por su aspecto un ayuda de cámara.

—Esto va poniéndose claro, Ojeda. Algún cómplice que viene á darle aviso. La policía lo espera indudablemente en Buenos Aires... Pero ese amigacho parece un criado de casa grande. ¿No estarán preparando juntos algún mal golpe?... De todos modos, vamos á saber la verdad mañana. Yo no me voy sin averiguar lo que encierra el camarote.

Fatigados de codearse con la gente de tierra que llenaba las cubiertas, se refugiaron en el fumadero.

También era extraordinaria la concurrencia en este salón. Casi todas las mesas estaban ocupadas. Los pasajeros obsequiaban á los amigos que habían venido á saludarles.

Miró Fernando con melancolía esta vasta pieza, en la que se había deslizado para algunos toda la vida trasatlántica.

—La última noche, Isidro. Puede usted decir adiós al buque. Mañana á estas horas, con las nuevas impresiones de tierra, tal vez nos habremos olvidado de él.

Acostumbrados los dos á la existencia de á bordo, experimentaron cierta tristeza al pensar que no verían más estos lugares, en los que habían transcurrido quince días de su vida, equivalentes á quince meses por sus largos tedios y sus rápidos sucesos. Ojeda sintió la necesidad de solemnizar con algo extraordinario esta última noche, y pidió champaña.

—Una botella para los dos, ¿le parece bien, Maltrana? Saludemos al río de la Plata; presentémonos alegremente ante la fortuna que nos espera... ¡Por nuestra suerte!

Y luego de chocar las copas quedaron silenciosos, mirando atentamente los adornos de aquel salón, como si lo viesan por vez primera y quisieran llevarse impresa su imagen en el recuerdo. No se habían fijado hasta entonces en los escudos que adornaban las paredes entre guirnaldas doradas de frutas y hojas. Eran los de todas las naciones en cuyos puertos tocaba el buque, añadiéndose á ellos los de Paraguay y Chile. Una cúpula de cristales de colores elevábase sobre el artesonado de oro obscuro. Profundos sillones de cuero se agrupaban en torno de las mesas de roble. En éstas, muchos ruedos de fieltro, indicadores de los *bocks* consumidos, y grandes fosforeras con receptáculos de níquel llenos de colillas de cigarro. Los ventiladores zumbaban

á todas horas, limpiando el ambiente de humo. El piso de mosaico ofrecía una nitidez propicia al resbalón.

En el fondo estaban, como siempre, los devotos del *poker*, ajenos á los sucesos exteriores, con los naipes en la mano, espiándose impasibles. Su número era menor. Unos se habían quedado en Río Janeiro, otros acababan de descender en Montevideo; pero estas deserciones no entibiaban la fe de los leales; antes bien, su fervor parecía recrudecerse. Era la última partida: al día siguiente iban á separarse. Y jugaban olvidados de todo, sin saber con certeza si el buque estaba inmóvil ó había reanudado su marcha.

Un gran retrato de Goethe adornaba el testero del salón. Presidia el poeta con su olímpica sonrisa el manejo de las barajas y el continuo beber de una parte del rebaño trasatlántico acorralado en el buque de su nombre. Una columna caída le servía de asiento y una campiña desolada de melancólico fondo. Sombreada sus facciones de helénico dios un amplio chambergo y cubría sus vestidos con una túnica blanca, á modo de gabán de viaje. Con este exterior un tanto grotesco lo había representado el artista, soñando sobre las ruinas del agro romano.

Maltrana lo miró con más atención que otras veces, como si se despidiese de él.

—Digamos adiós al noble amigo don Wolfgang, que ha visto con paciencia tantas necesidades nuestras... Este fué un hombre feliz. No se vió obligado, como nosotros, á correr el mundo en busca de dinero. La fortuna fué pródiga para él, como una de esas viejas apasionadas que gustan de proteger á los buenos mozos. Todo lo tuvo: genio, belleza, gloria y amor. Hasta conoció el orgullo de gobernar á los hombres... Pero á pesar de su egoísta felicidad, supo ver desde sus alturas, como nadie,

las inquietudes y las ambiciones de los pobres mortales. Acuérdesse de su héroe, amigo mío; haga memoria de cómo terminó su existencia... Fué un colega de usted, un colonizador.

Ojeda sonrió al recordar, por estas indicaciones de su amigo, el final del insaciable Fausto. Había gozado dos grandes amores, Margarita y Elena, y ni la ingenua burguesilla alemana ni la hija tentadora de los dioses le hicieron conocer la verdadera felicidad. La ciencia fué para él otro desengaño; y lo mismo el imperio sobre los hombres, la «potencia de dominación», con todas las satisfacciones del orgullo... Al final de su existencia creía encontrar la verdadera dicha dedicándose al progreso de sus semejantes, colonizando una isla, levantando en ella la ciudad futura, en la que todos serían iguales, regidos por la santa poesía... Y para la realización de esta empresa luchaba con la tierra salvaje y con las aguas, abriéndolas un enorme canal.

—Sí—continuó Fernando—; fué un colonizador, después de haber sido enamorado, sabio y monarca. Pero cuando consideraba su obra triunfante, Mefistófeles, el diabólico compañero, malvado y burlón, reía á sus espaldas. «Infeliz: cree estar abriendo un canal, y está abriendo su propia tumba.»

—Pero á usted no le ocurrirá eso. Usted es joven, y tiene más ilusiones que el famoso doctor.

Fernando hizo un gesto de indiferencia. No le inquietaba el porvenir. La muerte llegaría para él lo mismo que llega para los demás, inesperadamente, sin consultar las ambiciones y las necesidades de su víctima. Si los hombres pensasen en la muerte á todas horas, pocos querrian trabajar, convencidos de antemano de la inutilidad de sus esfuerzos.

—Creo lo mismo que usted—concluyó animosa-

mente—. Yo removeré la tierra y abriré canales, sin abrir por eso mi tumba... Mi sepultura está en Europa. Pero ¡quién sabe las cosas que nos aguardan antes de morir en ese país al que vamos llegando!

Después de media noche, se retiraron los dos amigos á sus camarotes. Había disminuido la gente en las cubiertas y salones. Los comisionados italianos, con sus banderas y sus vítores, estaban ya en tierra, y lo mismo que ellos, los demás habitantes de Montevideo venidos al trasatlántico para saludar á los amigos. No quedaba en torno del *Goethe* ningún vaporcillo de pasajeros. Ahora eran fuertes gabarras las que flotaban junto á la nave. Movíanse ruidosamente las maquinillas de descarga. Sus brazos amarillos pasaban enormes fardos de las bodegas de proa y de popa á las chatas embarcaciones. Esta operación iba á prolongarse hasta la madrugada. Además de las mercancías, había que echar á tierra el enorme bagaje de la compañía de opereta: cofres de vestuario, decoraciones, equipajes de los artistas.

Al entrar en su camarote, Ojeda experimentó la sorpresa de la inmovilidad. Estaba acostumbrado al zumbido remoto de la máquina, que comunicaba un ligero temblor á las paredes. Le hacía falta el crujido de las maderas, el ruido continuo de agua corriente debajo de la ventana. Creyó estar ahora en una casa de tierra firme. Todo inerte, como si el buque fuese de ladrillo con profundas raíces en el suelo. El silencio nocturno, cortado por relámpagos de ruido, era igual al de una fábrica. Cuando Fernando empezaba á dormirse, reanudábase de pronto el rodar de las maquinillas acompañado del griterio de los obreros ocupados en la descarga.

El buque no podía zarpar hasta después del amanecer. Aguardaba el capitán á que subiese la marea para remontar el río.

Despertó Ojeda, en la mañana siguiente, cuando entraba el sol por la ventana de su camarote. Su primera impresión fué de sobresalto. Algo extraordinario había retrasado la salida del buque. Este parecía inmóvil, como si aún permaneciese anclado frente á Montevideo. Mas al aproximarse á la ventana, no vió la ciudad ni los numerosos buques surtos en el puerto. Una extensión infinita de agua se abrió ante sus ojos; pero era un agua amarillenta á trechos, más allá rojiza, con el leve rizado de un oleaje corto é incesante.

Navegaba el buque como si avanzase entre algodones, sin un choque, sin el más leve balanceo. Su profunda quilla parecía resbalar sobre rieles invisibles. Las aguas, al partirse ante su vientre, eran sordas y no levantaban jaboneo de espumas. Los ojos, habituados al azul intenso del Océano, parpadeaban con cierta extrañeza ante la extensión amarilla, semejante por su color á una pradera seca.

En la cubierta de paseo encontró Fernando á los pasajeros vestidos con trajes de calle, como si les faltase tiempo para saltar á tierra. Muchos hombres llevaban ya guantes y bastón. Las señoras iban puestas de sombrero, con abrigos recientemente adquiridos en París. Tal vez eran demasiado gruesos para la temperatura reinante, pero ellas tenían prisa de exhibirlos al saltar á tierra, contando con la admiración ó la envidia sonriente de las amigas.

Faltaban aún varias horas para llegar á Buenos Aires. Las orillas, sin una colina, sin altos bosques, permanecían invisibles y el río desarrollábase inmenso y solitario como el mar. De vez en cuando, sobre las aguas rojas, que parecían de barro líquido, cabeceaba una boya con un farol en la cúspide y un número blanco en el vientre, indicador de los kiló-

metros entre Buenos Aires y Montevideo. El *Goethe* marchaba entre una doble fila de estas balizas, que marcaban el canal para los buques de gran calado. A los lados de este canal surgían inmóviles los barcos del dragado, como negras ballenas dormidas á flor de agua. Veíase el rosario oblicuo de sus enormes tanques entrando en el agua y saliendo con un chorreo de fango removido.

El trasatlántico avanzaba lentamente, como si su quilla mordiese en el fondo ocultos obstáculos. Estremeciase al remover un légamo secular, venciendo ocultas resistencias. En torno de su vientre se obscurecían las aguas con una nube negra que subía de la profundidad. Las espumas levantadas por las hélices tenían en su hervor manchas de detritus. Un viento á ráfagas, más violento que el del Océano, pasaba sobre esta superficie, levantando un oleaje encontrado que chocaba impotente en los flancos de la nave, sin producir en ella la menor conmoción. Media hora después, al cesar el viento, la superficie del río quedaba casi inmóvil.

Fuera de las líneas de balizamiento pasaban á todo vapor, ó con las velas desplegadas, numerosos buques. Eran fragatas que iban á descargar, Paraná arriba, en el puerto de Rosario; vapores de tres pisos, sin mástiles y de escaso fondo, parecidos á casas flotantes, que hacían el servicio diario entre Buenos Aires y Montevideo; reducidos paquebotes, iguales en su forma á los grandes trasatlánticos, que remontaban el estuario con rumbo al Paraguay y á las escalas fluviales del corazón del Brasil, en plena selva virgen.

Ojeda vió á Maltrana venir hacia él sonriente y amistoso, como si le faltara tiempo para comunicarle gratas noticias.

—Lo de la familia Kasper queda resuelto. Nélida acaba de presentarme á su temible hermano... En

cuanto al camarote misterioso, ya no tiene misterio... Hace un rato he estado hablando con «el hombre lúgubre».

Y como si gozase manteniendo latente la curiosidad de Fernando, empezó por hablar de Nélica y su familia. ¡Todos contentos! El hermano pequeño, atolondrado por las reprimendas de la madre y el enojo patriarcal del señor Kasper, parecía haber olvidado sus amenazas, absteniéndose de hacer revelaciones al hermano mayor. Nélica le cedía á perpetuidad el loro y la mona regalados por Ojeda, y esta merced generosa había acabado de extinguir sus antiguos rencores. Ocupado en sus caricias á estos compañeros, no se acordaba de nada.

El padre y su montaraz primogénito habían pasado varias horas en la noche anterior y en esta mañana hablando de negocios. Y Nélica aprovechaba la menor pausa para acariciar con gestos felinos y engañosos al sombrío centauro, que también parecía haber olvidado con la emoción sus celos y sus amenazas. Acababa de encontrarse Isidro con ellos en el fumadero, y Nélica le había presentado al hermano.

—Un bárbaro; créame, Ojeda. Mirada torva, dificultad en el hablar, como si no se acordase de las palabras, y un apretón de manos que aún me duele. Pero me dió las gracias como pudo al saber por Nélica que yo y otro señor compatriota mío habíamos tenido grandes atenciones con ella. Hasta me ha invitado á que vaya á pasar unos días en su estancia. ¡Qué vida esta del Océano! ¡Qué cosas ha visto el buque!...

—¿Y lo del camarote?—preguntó Fernando—. ¿Qué es lo que hay dentro de él?

Otra vez lanzó exclamaciones Maltrana ponderando las sorpresas de aquella vida sobre el mar, abundante en novedades y contrastes. Venían via-

jando sobre catorce millones en oro apilados en la bodega; y por si no bastaba tanta riqueza, él había dormido todas las noches junto á una señora millonaria, cuya presencia en el trasatlántico muy pocos conocían.

—¿La ha visto usted?—preguntó Ojeda, francamente interesado por esta noticia.

—No pienso verla: no me tienta la curiosidad. Ha perdido todo interés para mí... Porque le advertí, Fernando, que la tal señora, mi vecina de camarote, murió hace un mes en París, y es su cadáver el que viene con nosotros á Buenos Aires.

Acababa Isidro de enterarse. El mayordomo del buque le había revelado el secreto viendo próximo el término del viaje.

—La pobre señora tenía un nombre poético un tanto raro: doña Matutina Flores. Parece que en esta tierra bautizan á las gentes con nombres algo originales... ¡Los millones de la noble matrona! No sé cuántos: unos dicen treinta, otros cuarenta... En fin, muchas casas en Buenos Aires, leguas y leguas de campos, miles y miles de vacas, acciones de todos los Bancos serios. Vivía en París, como todo argentino rico que se respeta, rodeada de hijas, hijos, yernos, nueras y nietos. Una familia numerosa, una verdadera tribu, pero con víveres en abundancia. Y al morir doña Matutina la llevan á enterrar en Buenos Aires, según su póstuma voluntad. Los hijos y los yernos no han querido hacer el viaje con ella (esto les enternecería mucho), pero vienen en otro buque, para repartirse la herencia sobre el terreno.

—¿Y el hombre misterioso?...

—Es simplemente el mayordomo que tenía la difunta en su hotel de la Avenida del Bosque... Un majestuoso doméstico, que sabe guardar las distancias lo mismo que un diplomático, y por eso se

mantenía aparte, con un digno espíritu de clase. ¡Y yo que tomaba esta tiesura por orgullo!

El recuerdo de sus pasadas curiosidades surgió en Maltrana como un remordimiento.

—¡Pobre doña Matutina!... Que me perdone desde el cielo los escándalos que he dado ante su puerta... Ni la conozco ni me deja nada; pero la tengo cierta simpatía. Ya ve usted: ¡medio mes de dormir juntos, sin otra separación que un tabique de madera!... ¡Y tantas veces que la han recordado las señoras argentinas en sus tertulias de la cubierta, sin sospechar que la tenían debajo de sus pies!... Los herederos se han portado bien. En vez de meterla en la bodega, la han alquilado un camarote, como si fuese una persona viva. ¡Corazones generosos!... ¡Las atenciones y finezas que inspiran unas docenas de millones!...

Isidro no podía abandonar el recuerdo de este cadáver acompañándole invisible en su viaje.

—Reconocerá usted que han ocurrido muchas cosas en quince días. Las sesiones nocturnas en el fumadero, amoríos, golpes, el desafío de Río Janeiro, que por poco me cuesta un pie, millones en oro acuñado debajo de nuestras plantas, un cadáver de iluso echado al mar, quince noches pasadas junto á otro cadáver que también representa millones... ¡qué novela! ¡Y yo que he pasado en Madrid meses y meses de casa al café, del café á la redacción y de la redacción á otros sitios... sin que me ocurriese nada extraordinario!... El único remordimiento que siento después de tantos sucesos es el de mis insolencias involuntarias con la pobre doña Matutina y los sustos que he dado á su guardián. ¡Que ella me perdone! ¡Lástima no habernos conocido un poco antes, para que me hubiese dedicado un pequeño recuerdo en su testamento!...

A la hora del almuerzo, los pasajeros comieron

apresuradamente, deseando volver cuanto antes á la cubierta. Esperaban ver Buenos Aires de un momento á otro. Se iba aproximando el trasatlántico á la ribera argentina. No alcanzaba á distinguirse ésta por ser muy baja, pero sobre la línea del agua extendíanse algunos borrones horizontales, siluetas de lejanas arboledas.

El número de buques aumentaba considerablemente. Muchos permanecían inmóviles. Los veleros cabeceaban con los trapos caídos á lo largo de los mástiles, en espera de las irregulares palpitaciones del viento. Cuando éste llegaba, movía como un escalofrío las blancas superficies de las arboladuras. Otros, anclados y con los palos desnudos, aguardaban no se sabía qué.

Más allá, fué pasando el *Goethe* entre filas de vapores de diversas hechuras y capacidades. Formaban una ciudad flotante, una ciudad muerta, sin otro signo de vida que algún bote que se deslizaba de un buque á otro. Los cascos parecían envejecer en esta inmovilidad, cual si llevasen años y años de espera en medio de las aguas turbias, encallados para siempre, sin esperanza de volver á los azules horizontes del Océano. Aguardaban su turno para entrar en las dársenas de Buenos Aires, repletas por el tráfico mundial, y esta espera en medio del río, á algunas millas del puerto, prolongábase en ciertas épocas del año semanas y semanas.

Los pasajeros del *Goethe* se despedían previsivamente antes de avistar Buenos Aires. A última hora, la urgencia del desembarco, la necesidad de reunir los equipajes, la visita de la aduana, hacían olvidar á los amigos. Ofrecíanse unos á otros los respectivos domicilios, cruzábanse tarjetas. Las niñas se decían adiós con un conato de lagrimeo.

Iba á disolverse todo un mundo. Su historia no había alcanzado á durar un mes, ¡pero con vida tan

intensa!... La separación daba mayor relieve á los recuerdos. Gentes que se habían mirado al principio de la travesía con notoria hostilidad se lamentaban de esta separación. «¡Tanto como hemos simpatizado!... ¡Tan buenos ratos que hemos vivido juntos!...» Las damas, que en los primeros días del viaje se mantenían por orgullo nacional en diversos grupos enemigos, despedíanse ahora con una tristeza casi lacrimosa. Nadie se acordaba ya de las diplomáticas tirantezas entre los «pingüinos» y las «potencias hostiles».

El doctor Zurita dió tarjetas á Maltrana y Ojeda. Su cortesía era un tanto ruda, pero ingenua, verdadera. El no gustaba de palabras: ya sabían que era su amigo.

—Y usted, galleguito simpático—dijo á Isidro—, si necesita algo de mí, búsqueme. Buenos Aires es grande, cada uno va á lo suyo, pero alguna vez precisará á usted el arrimo de un compañero.

Despidiéronse de Maltrana todos sus «queridos amigos», los jóvenes de las fiestas nocturnas en el fumadero. Algunos le daban cita para aquella misma noche en restoranes frecuentados por personas alegres. Le presentarían á ciertos amigos muy simpáticos: todos «gente bien».

El grupo de chilenos dijo adiós á Isidro con francos ofrecimientos. Su tierra no podía compararse con Buenos Aires; había menos dinero, menos lujo, pero la vida era tal vez más alegre.

—Godito: cuando se canse de estar con los «cuyanos», venga á hacernos una visita. No hay mas que pasar los Andes. Verá mujeres con manto, como en su tierra; verá bailar la cueca. ¡Y qué remoliendas!... Véngase y no sea leso.

Ojeda, desde el mirador de proa, contemplaba la muchedumbre aglomerada en las bordas, ansiosa de ver cuanto antes la deseada ciudad.

Una mujer, alborotado el pelo y enrojecidos los ojos, gemía á un lado del combés. Cerca de ella, unos chicuelos gritaban lagrimeando también. De pronto parecían olvidarse de su dolor para mirar, como los demás, á la línea del horizonte, esperando la aparición de un prodigio. Eran la viuda y los hijos de Muiños. Hasta poco antes no habían conocido la noticia de su muerte. Le creían en la enfermería, aceptando los piadosos embustes de don Carmelo. «¡Pachín!», aullaba la viuda. Una preocupación única volvía continuamente como tema obligado de sus lamentaciones. «¡Lo han echado al mar!... ¡No lo veré más!» Y los pequeños la hacían coro, como una cría de perritos abandonados. «¡Padre!... ¡padre!» ¡Qué sería de ellos!...

La *señá* Eufrasia era la única que intentaba consolarlos con sus palabrotas enérgicas. Los demás, enardecidos y contentos por la proximidad de la tierra soñada, volvían la cabeza, huyendo de sus lamentaciones.

Subido en un caramanchel, un hombre tocaba la gaita, saludando á Buenos Aires con el mugido melancólico del inflado pellejo. En el castillo de proa sonaba la flauta pastoril de los árabes. Algunos niños, agarrados de la mano, daban vueltas siguiendo el ritmo de la música.

De pronto, un grito compuesto de numerosas exclamaciones, un alarido igual á los que debieron surgir de las proas de las primeras carabelas:

—¡Allí... allí! ¡Ya se ve!

Iba surgiendo del fondo del río una nube blanca con negros manchurriones; algo que subía y subía lenta y continuamente, como una aparición teatral por la boca de un escotillón. La parte blanca é irregular de la nube eran casas; lo negro, arboledas de jardines.

Alguien en la proa rompió á aplaudir con el irre-

sistible entusiasmo de las muchedumbres en las reuniones populares. Esta iniciativa fué contagiosa, y todos batieron las manos, extendiéndose sobre el río un estrépito semejante al del granizo chocando con el cristal. «¡Buenos Aires!... ¡Viva Buenos Aires!» Y cesaban de aplaudir, para echar en alto gorras y sombreros. Un enjambre de puntos negros subía y bajaba sobre la proa del *Goethe*. Al cesar por un momento las aclamaciones, percibiase el lloro de la gaita gallega, el gorjeo de las cañas árabes y el trágico aullido de la pobre hembra y su cría: «¡Pachín! ¡Lo echaron al agua!... ¡Padre! ¡padre! ¡Qué será de nosotros!...»

El entusiasmo popular se comunicó á los pasajeros del castillo central. La música se había colocado en el avante del paseo y rompió á tocar la consabida marcha, aunque el buque estaba lejos de la ciudad. Muchos pasajeros caminaban marcando el paso á compás de la música, lo mismo que los chicuelos que desfilan delante de un regimiento. Algunas parejas bailaban, esforzándose por ajustar sus saltos al ritmo de la marcha.

Fernando torcía el gesto ante la desmesurada explosión de entusiasmo.

«Es demasiado—pensó—. ¡Cuánta dicha habría de contener ese país para dar gusto á tanta gente!...»

Percibiase con toda claridad sobre el cielo azul la blanca silueta de Buenos Aires. Fernando, que la había visto años antes y guardaba el recuerdo de una ciudad inmensa, pero chata, casi á ras de tierra, sin otros salientes que las torres exiguas de sus iglesias, quedó sorprendido al distinguir construcciones altísimas, rascacielos como los de las metrópolis norteamericanas, edificios rematados por minaretes y cúpulas, que brillaban lo mismo que fanales con el reflejo del sol. Comenzaba á ser

una ciudad tentacular, distinta exteriormente de la que él había conocido.

Un remolcador ancho, corto, profundo, que recordaba por sus formas la forzuda robustez del toro, vino al encuentro del trasatlántico, pegándose á sus costados para echar á bordo al práctico. Otro remolcador del mismo aspecto se colocó junto á la proa, marchando aparejado con el *Goethe*, como un perrillo trotador al lado de un elefante.

Los pasajeros olvidaron la ciudad para atender á sus equipajes de mano. Los *stewards* iban sacándolos de los camarotes y los alineaban en cubiertas y pasillos.

Crecía Buenos Aires con rapidez prodigiosa. No era su aparición igual á la de las ciudades situadas en altas costas, que se dejan ver horas antes de llegar á ellas. Situada en una ribera baja, los buques la distinguían cuando ya estaban junto á ella. Su presencia era casi instantánea y se ensanchaba como una gota de agua en un papel secante, cubriendo las riberas con su dilatación, extendiendo sus irradiaciones lo mismo que si las casas corriesen, queriendo ocupar cuanto antes los terrenos vecinos.

Los emigrantes callaban, con los ojos dilatados por la curiosidad. Adivinó Fernando los pensamientos de estas gentes, muchas de las cuales venían en derechura de la soledad de los campos.

«¡Qué grande!... ¡qué grande!»

Maltrana buscó con sus ojos al señor Antonio el *Morenito*. De seguro que había olvidado por el momento sus planes originales para hacerse rico. Tal vez sentía un poco de duda, de miedo, y pensaba como los otros: «¡Qué grande!»

—Y sin embargo, esto no tiene nada de grandioso —dijo Isidro—. Es una ciudad vulgar. Si no fuese por el río, la fachada resultaría fea... Pero se pre-

siente que detrás de la fila de edificios que distinguimos, y que es como el testero de la ciudad, existen kilómetros y kilómetros de tierra cubiertos de viviendas. No se ve la grandeza, pero se adivina. Sentimos lo mismo que en presencia de un muro detrás del cual se mueve una muchedumbre invisible.

Los dos amigos volvieron la cabeza al notar que Conchita se apoyaba en la baranda junto á ellos. Habíase despedido repetidas veces de doña Zobeida, pero ésta iba luego en su busca para hacerle nuevas recomendaciones. La buena señora pensaba salir aquella noche para su amada Salta. Le daban miedo el ruido y el movimiento de Buenos Aires, á pesar de que venía de Europa. Eran las impresiones de la niñez que persistían en ella. Se apiadaba de su compañera de viaje; ¡pobre niña! ¡sola en aquella tierra de perdición llena de extranjeros!...

Miró Conchita la ciudad con el ceño fruncido y apretando los labios.

—Es grande, ¿eh, paisana?—dijo Isidro.

—Sí... grande es. Más de lo que yo creía—contestó la joven.

Se adivinaba en ella cierta desorientación. Tal vez sentía miedo al pensar en su entrada audaz, sin una moneda en el bolsillo. Pero no tardó en reponerse de estas vacilaciones. Brillaron sus ojos con un fulgor hostil, lo mismo que si fuese á entrar en pelea, y tendió una mano hacia la ciudad, como invitándola á que la esperase:

—¡Yo te arreglaré... marica!

No le daba miedo con toda su grandeza. Y mientras los dos amigos reían de este ex abrupto, la muchacha huyó, llamada una vez más por doña Zobeida.

Los remolcadores tiraban del *Goethe*, que había quedado con las hélices inmóviles, confiándose á su

dirección. Estaban ya en la embocadura de una de sus múltiples dársenas, gigantescos rectángulos de agua encuadrados de muelles y *docks*.

Veíase la orilla cubierta de edificios todos iguales, enormes construcciones que ocupaban en fila muchos kilómetros. Arrastrábase el ferrocarril á lo largo de este cordón de depósitos, barrera interminable á la simple vista entre el río y la ciudad. Los tranvías y automóviles brillaban veloces por unos instantes en los intermedios entre unos edificios y otros.

Apareció á estribor la arboleda de una punta de muelle, con un edificio empavesado de banderas de señales.

El agua tenía la suciedad de los espacios cerrados. Las espumas eran negruzcas. La proa del buque partía islotes de basura, que al abrirse enviaban sus fragmentos hasta los muelles. Sobre los maderos flotantes destacábanse el lomo verdoso y los ojos saltones de unas ranas enormes. Algunos pájaros acuáticos nadaban en torno del navío, irguiendo sus largos cuellos.

A espaldas del *Goethe* quedaba el río libre, amarillo, rizado, lo mismo que una llanura de hierba seca. Los buques veleros, con sus trapos al viento, parecían molinos enclavados en esta falsa pradera. Al pasar el trasatlántico entre los buques inmóviles, corrían las tripulaciones á las bordas para saludarlo con gritos y agitación de gorras. Flotaban en las aguas, como harapos blancos, muchos pescados muertos, tendidos sobre el lomo, sacando el hinchado vientre.

Maltrana, acostumbrado á ver anclar los buques en mitad de los puertos ó amarrarse á un muelle en el espacio anchuroso de una bahía, extrañábase ante los poderosos trasatlánticos alineados como bestias en unas dársenas cuadradas semejantes á

corrales acuáticos, y pasando de una á otra, sumisos al tirón de los remolcadores. Al quedar sin movimiento, parecían los buques mucho más grandes, oprimidos entre muelles y edificios, cual si estuviesen encallados.

El desembarcadero atrajo igualmente su curiosidad. Era á modo de una estación de ferrocarril, con férrea cubierta, salones de espera, depósitos de equipajes y largas verjas, detrás de las cuales se agolpaba la muchedumbre. Venía el trasatlántico á acoplarse al muelle lo mismo que un vagón se junta con el andén, y los pasajeros no tenían mas que avanzar por una corta rampa para verse en tierra.

Llegó el *Goethe* hasta el desembarcadero, después de varias maniobras de los remolcadores. Un vapor italiano acababa de despegarse de aquél y se retiraba á otra dársena, luego de soltar su cargamento humano. Más allá, un vapor con bandera española echaba también gente á tierra.

En el fondo del desembarcadero, una muchedumbre obscura se apretaba contra las verjas. Ondeaban banderas tricolores sobre este mar de cabezas. Un estrépito de músicas lejanas contestaba á la banda del *Goethe* cuando ésta hacía una breve pausa en sus marchas incesantes.

—Los italianos que esperan á su grande hombre —dijo Ojeda—. Nos conviene salir antes de que organicen su manifestación.

Sobre el andén del muelle, una fila de marineros, llevando machete en el cinto, contenía á los grupos que habían penetrado con permiso: comisiones que aguardaban á los dos conferencistas, familias ansiosas de saludar á sus parientes y amigos que agitaban pañuelos, sombreros y bastones, preguntando de lejos con gritos estentóreos cómo les había ido por Europa.

Y mientras los marineros procedían diligente-

mente al amarre del buque, continuaban sonando las músicas, los lejanos vivas, y un griterío de saludo cruzábase entre las gentes aglomeradas en las bordas y el negro hormiguero humano.

—¿A usted le espera alguien?—preguntó Isidro, como si le doliese que ellos dos fuesen los únicos que no tuvieran un amigo en el muelle.

Fernando no supo qué decir. Miró á las gentes de buen aspecto que ocupaban el andén, sin alcanzar á ver al tío de su cuñado.

Hubo un empujón general en las cubiertas. ¡A tierra! La salida estaba libre. Y los dos amigos, pasando un pequeño puente, sintieron bajo sus pies la estabilidad del suelo firme, marchando entre los grupos que avanzaban al encuentro de los pasajeros con las manos tendidas ó los brazos en alto, prontos al estrujón cariñoso.

Un joven con acento español abordó á Fernando. «¿El señor Ojeda?...» Venía de parte del tío de su cuñado.

—Mi principal ha tenido que ir á su estancia: negocio urgente; volverá mañana. Pero todo está listo... Tiene usted habitación en un hotel de la Avenida de Mayo.

Los guió entre los grupos que se abalanzaban hacia el trasatlántico. Casi se vieron solos en la sala de equipajes, y el registro de sus maletas de mano se efectuó con rapidez. El joven empleado se quedaba allí para ocuparse en el pronto despacho del equipaje grande.

Salió con ellos del edificio á una explanada llena de muchedumbre, donde estaban las banderas y las músicas. La manifestación italiana voceaba con prematuro entusiasmo, creyendo que iba á aparecer de un momento á otro el grande hombre esperado: «¡*Eviva il professore! ¡Eviva!*»

Ojeda y Maltrana avanzaron entre el gentío casi

tambaleándose, como embriagados por la sensación del suelo firme bajo sus plantas y el vaho que despedía caldeado por el sol. Un reloj señalaba las cuatro de la tarde. Junto á sus ojos revolotearon unas moscas pesadas y pegajosas, las primeras que salían á su encuentro en la nueva tierra.

Respiraron con delicia al verse sentados en un automóvil descubierto, con sus pequeñas maletas entre los pies, corriendo velozmente á lo largo de los muelles. A un lado, la ciudad; al otro, la interminable fila de depósitos, cortada por callejones, al extremo de los cuales se veían cascos de buque, chimeneas, arboladuras, pabellones ondeantes de todos los países.

Las calles de la ciudad que desembocaban en la ancha ribera eran todas de breve y pronunciada pendiente.

—Es la antigua barranca—explicó Ojeda—sobre la que construyeron los españoles la ciudad. Más allá todo es llanura igual, uniforme. Esta pendiente es la única que existe en Buenos Aires. Antes, el agua llegaba hasta ella. Las tierras por las que marchamos fueron ganadas al Plata.

Atravesó el automóvil varias líneas de ferrocarril tendidas á lo largo del río. Pasaba entre largas filas de carros enormemente cargados, que hacían temblar el suelo. De los depósitos surgían los más diversos olores, revelando el movimiento y la vida de un gran puerto.

Luego, los vehículos mercantiles fueron más escasos, y aumentó el número de automóviles y tranvías. Pasaron á lo largo de un jardín. A un lado, frente al río, grandes edificios y aceras con arcadas, bajo las cuales hormigueaba la muchedumbre jornalera.

Subieron una cuesta, y en lo alto de ella vieron extenderse un palacio con los muros de color de

rosa. Más allá se abría una plaza blanca con un jardín en el centro.

—Aquí se fundó Buenos Aires—dijo Ojeda—. Ese caserón es el palacio del Gobierno, lo que llaman «la Casa Rosada». La plaza es la de Mayo. Aquel templo griego, la catedral; ese obelisco blanco, la pirámide de la Independencia.

Remontaban la cuesta algunos grupos de hombres de campo llevando á la espalda fardos de ropas. Sus mujeres marchaban junto á ellos, mirándolo todo con ojos de asombro. Los pequeños trotaban delante, con la boca abierta por la misma impresión de sorpresa. Eran emigrantes que acababan de desembarcar de los buques llegados antes que el *Goethe*, y se metían ciudad adentro, en compañía de los amigos que les habían esperado en el puerto.

—Todos somos unos—dijo Ojeda alegremente—. Todos venimos á lo mismo. Sólo que ellos entran á pie y nosotros en automóvil.

La Avenida de Mayo abrió ante ellos su larga perspectiva: dos filas de altos edificios y dos líneas de aceras orladas de árboles, con grandes escaparates y numerosos cafés y hoteles, que esparcían fuera de sus puertas mesas y sillas. En mitad de la calle una hilera de candelabros eléctricos, y en último término, algo esfumado por la lejanía, un palacio blanco, el Congreso, con una cúpula esbelta que ocupaba gran parte del cielo visible entre la doble fila de casas.

Maltrana, á impulsos de una alegría pueril, empezó á empujar á su amigo juguetonamente.

—¡Buenos Aires!... ¡Ya estamos en Buenos Aires!

Luego miró obstinadamente al fondo de la Avenida, fijándose en la cúpula esbelta, que parecía irradiar luz sobre el cielo, teñido de rojo por el sol decadente de la tarde.

Volvía á su memoria el recuerdo de los argo-

nautas y sus aventuras por alcanzar el Vellochino de oro.

—Nosotros, argonautas modernos y vulgares, no tenemos que esforzarnos por ir en su busca. Nos sale al encuentro. Ahí está. ¡Mírelo cómo brilla!

Y señaló la cúpula, que reflejaba los rayos solares en sus aristas y en los focos de cristal incrustados en sus curvas. El celeste azul que le servía de fondo tomaba igualmente un resplandor de oro. ¡Presagio feliz! Maltrana no pudo contener su entusiasmo.

—Sonría usted, Fernando. El cielo se viste de gala para recibirnos. Cualquiera diría que llueve oro. Fijese bien. Es un chaparrón de libras esterlinas. ¡Tierra prodigiosa!

Ojeda sonrió con dulce lástima ante el entusiasmo de su amigo.

—Sí; sobre esta tierra llueven libras, pero en su pesadez se meten hondas... ¡muy hondas! Prepárese, Maltrana; tome fuerzas. Hay que agacharse en posturas dolorosas para alcanzarlas... hay que sudar mucho para llegar hasta ellas.

FIN

Buenos Aires-París
1913-1914

EDITORIAL PROMETEO.—VALENCIA



OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ, director literario de esta Editorial.—NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. 5 ptas. vol.—Los argonautas (2 tomos). 8 ptas.—CUENTOS: La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—VIAJES: En el país del arte. Oriente. 5 ptas. vol.—ARTÍCULOS: El militarismo mejicano. 5 ptas.

V. BLASCO IBAÑEZ, SUS NOVELAS Y LA NOVELA DE SU VIDA, por Camilo Pitollot.—Profusa ilustración con retratos, estancias, actos, etc., de Blasco Ibañez, desde su época de estudiante hasta el presente. 5 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914, por V. BLASCO IBAÑEZ. Ilustrada con millares de grabados y láminas.—Esta obra es á la vez un libro y un panorama. El eminente escritor, que vive en Francia y vió de cerca la guerra y sus efectos, la describe con su pluma de novelista, dándonos la sensación de algo vivido, de algo que el lector creerá haber presenciado por sí mismo. Sólo un evocador colorista como Blasco Ibañez ha podido hacer las descripciones del entusiasmo de París, de la vida de campamento, del dolor trágico de los hospitales, de los horrores de la lucha, las grandes batallas, la guerra en el mar y en los aires, el heroísmo. Sólo un novelista de la realidad ha podido trazar retratos literarios como los de los principales personajes de la gran tragedia. Este libro quedará además, para las futuras generaciones, como el mejor resumen gráfico de la guerra. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se podrá formar idea de lo que fué la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—La obra consta de nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 20 pesetas.—También se vende por cuadernos á 50 céntimos.

LIBROS DE LA GUERRA.—HAMÓN: Lecciones de la guerra mundial. 2 ptas.—UTRILLA: Comentarios á los tres ideales del señor Vázquez de Mella. 1'50 ptas.—CAPITAN HANGUILLART: Guía práctica para una compañía. 50 cént.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL, dirigida por LAVISSE & RAMBAUD. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por ERNESTO LAVISSE, de la Academia Francesa, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesores de la Universidad de París.—Más de 20.000 retratos, cuadros, armas, monedas, monumentos, etc. Historia gráfica del Arte. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al XIII. En prensa el XIV.—Precio de cada tomo, *10 pesetas* lujosamente encuadernado en tela.

HISTORIA SOCIAL DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, dirigida por JUAN JAURÉS.—Obra de crítica y de amplio examen moderno. Cuatro tomos, ilustrados, *40 pesetas*.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, por ONÉSIMO y ELÍSEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.º, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—*6 ptas.* el tomo en rústica y *7'50* encuadernado en tela.

PAÍSES DE AMÉRICA.—ESTRADA: Uruguay contemporáneo. *3 ptas.*—SEXTO: El México de Porfirio Díaz.—Hombres y cosas. *5 ptas.*—UGARTE: El porvenir de la América española. *3 ptas.*—CASTILLO: Dos Américas (Estados Unidos). *1'50 ptas.*—CASTILLO MÁRQUEZ: Bajo otros cielos. (Viaje á Santo Domingo y Cuba). *1'50 ptas.*—Europa vista por una gran escritora americana: *Viaje de recreo*, por CLORINDA MATTO DE TURNER: Profusas ilustraciones. *5 pesetas*.

BIBLIOTECA CIENTÍFICA.—HÆCKEL: Historia de la creación de los seres. 2 t.—INGEGNIBROS: Histeria y Sugestión.—A. DIDE: El fin de las religiones.—R. ALTAMIRA: España en América.—Volúmenes en 4.º á *4 pesetas*.

LA CIENCIA PARA TODOS.—Historia de Europa. Agricultura científica. El mundo de los microbios. El Polo Arctico y sus misterios. La vida íntima de los griegos y los romanos.—Tomos ilustrados y encuadernados en cartón.—*1'50 ptas. volumen.*

CULTURA CONTEMPORANEA.—El arte de leer, por E. FAGUET.—La risa, por E. BERGSON.—La nueva libertad, por W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos.—*3 pesetas vol.*—Socialismo y movimiento social, por W. SOMBART, profesor de la Universidad de Jena. *4 pesetas*.

BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA.—Altamira, Büchner Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—*1'50 ptas.*

LIBROS CÉLEBRES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS.—
HOMBRE: *Iliada*. 2 t. *Odisea*. 2 t.—ESQUILO: *Tragedias*. 1 t.—
SÓFOCLES: *Tragedias*. 2 t.—HESÍODO. 1 t.—EURÍPIDES: *Obras
completas*. 4 t.—TEÓCRITO. 1 t.—Traducciones nuevas del
griego por el gran poeta francés Leconte de Lisle.—ARISTÓ-
FANES: *Comedias*. 3 t.—JENOFONTE: *La vida y las doctrinas
de Sócrates*. 1 t.—PLAUTO: *Comedias*. 3 t.—PEDRO: *Fábulas*.
SYRO: *Sentencias*, 1 t.—*La canción de Roldán*. 1 t.—2 pese-
tas volumen.

EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE.—Tra-
ducción directa y literal del árabe por el doctor J. C. MAR-
DRUS. Versión española de Vicente Blasco Ibáñez. Prólogo de
E. Gómez Carrillo.—La gran obra de los cuentistas árabes
permanecía ignorada, pues sólo se conocían tímidas é in-
completas adaptaciones, hasta que ahora la ha traducido y
recopilado en las propias fuentes el doctor Mardrus, dedi-
cando años á esta labor inmensa.—23 tomos á 2 ptas. uno.

SHAKESPEARE: *Obras completas*.—No existía traduc-
ción española de las obras completas de este dramaturgo
genial, el más grande del mundo.—12 t. á 2 ptas. en rústica.

LA NOVELA LITERARIA.—Amplia y selecta colección
dirigida por Blasco Ibáñez, que cuenta con el apoyo de los
novelistas de todos los países para esta obra de difusión lite-
raria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico del
autor de la obra escrito por Blasco Ibáñez.—Novelas de Paul
Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Fra-
pié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys,
Margueritte, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros
muchos maestros de la novela contemporánea.—4 ptas. vol.

NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS.—JOSÉ
FRANCÉS: *La danza del corazón*. 3'50 ptas.—Teatro de amor.
3 ptas.—G. GÓMEZ DE LA MATA: *La que llegó tarde*. 4 ptas.—
CARMEN DE BURGOS: *Cuentos de Colombine*. 3 ptas.—Los in-
adaptados. 3 ptas.—CIGES APARICIO: *La romería*. 2 ptas.

NUOVA BIBLIOTECA DE LITERATURA.—Annunzio, Dau-
det, France (A.), Gorki, Mirbeau, Pöe, Rodó, etc.—1'50 ptas.

BIBLIOTECA DE LA MUJER Y DEL HOGAR.—Conoci-
mientos indispensables, útiles y prácticos para la mujer en
la dirección de la casa, en la vida de sociedad, visitas, via-
jes, correspondencia, higiene, modas, etc.—Consta de los si-
guientes volúmenes: *La mujer en el hogar*. *Vademécum
femenino*. *Las artes de la mujer*. *Arte de saber vivir*. *Mo-
delos de cartas*. *La cocina moderna*. *Arte de la elegancia*.
Salud y belleza. *El tocador práctico*. *El arte de ser amada*.
La mujer jardinero.—1'50 ptas. volumen.

ARTE.—OBRAS COMPLETAS DE RUSKIN: Las piedras de Venecia. Las mañanas de Florencia. Las siete lámparas de la Arquitectura. Los pintores modernos. El reposo de San Marcos. La biblia de Amiens. La corona de olivo silvestre.— Cada volumen, *1'50 pesetas*.

NOVELAS Y TEATRO.—Obras de gran amenidad, interés y emoción novelesca.—*1'25 pesetas*.

LOS CLASICOS DEL AMOR.—Aspecto nuevo de los grandes autores del clasicismo, que siempre artistas supieron decir todas las cosas y decir las bien, por escabrosas que sean.—Van publicados: LONGO, Dáfnis y Cloe.—APULYIO, El asno de oro.—PETRONIO, Satiricón.—MARCIAL, Epigramas eróticos.—ARRETINO, Vida de las casadas y de las cortesanas.—VOLTAIRE, La Doncella.—CASANOVA, Amores y aventuras.—CUENTISTAS ITALIANOS, Obras galantes.—*1'50 pesetas volumen*.

LA NOVELA DE AVENTURAS.—Obras de acción y de gran trama episódica.—GUITTON Y ROUGE: La conspiración de los millonarios. El batallón de los hombres de hierro. El regimiento de los hipnotizadores. El desquite del viejo mundo.—SANTERO: Don Juan de Austria.—RIBAUD: Jerónimo Paturot.—BELOT: El crimen de la calle de la Paz.—PONSON DU TERRAIL: El diamante del comendador.—Volúmenes en cartoné, á *1'50 pesetas*.

AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES, por ARTURO CONAN-DOYLE.—Esta serie de novelas, la más interesante de cuantas se han publicado, consta de los siguientes volúmenes: Un crimen extraño. La marca de los cuatro. El perro de Baskerville. Policía fina. Triunfos de Sherlock Holmes. Nuevos triunfos de Sherlock Holmes.—*1'50 ptas. volumen*.

LO QUE CANTAN LOS NIÑOS.—Canciones de cuna, de corro, coplillas, adivinanzas, relaciones, juegos y otras cosas infantiles, anotadas y recopiladas por FERNANDO LLORCA.—Profusamente ilustrado y en cartoné con tapa á todo color.—Precio, *2 pesetas*.

COLECCION POPULAR.—Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—*1 peseta*.

LOS GRANDES NOVELISTAS.—Obras de Víctor Hugo, Dickens, Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, Mayne-Reid, Fernández y González, Ortega y Frías, etc. Colección Rocambole (la traducción más completa). Clásicos españoles. Volúmenes á *35 céntimos*. Edición de *La Novela Ilustrada*.







D. CHULIA

V. BLASCO IBÁÑIZA

LOS
ARGONAUTAS
2

brisa sobre el pescuezo sudoroso, en torno del cual se arrugaba el cuello de la camisa como un trapo mojado. Sonaban penosos ronquidos, respiraciones jadeantes, cortando con su estertor animal el augusto silencio de la tarde.

Parecía recogerse el mar, adormecido igualmente, sin otro rumor que el del roce de sus espumas en los flancos del navio. Un crujir de pasos sobre la madera hacía entreabrir algunos ojos, que tornaban á cerrarse apenas se alejaba el paseante oportuno. Los gritos de los niños en la cubierta alta, jugando insensibles al sol y al calor, sonaban con extraordinario eco, recordando el vocerío de la chiquillería en la plaza blanca de un pueblo meridional á la hora de la siesta.

Todos los habitantes del buque sentían después del almuerzo una tendencia al sueño, abrumados por el caliginoso ambiente, entorpecidos por una elaboración pesada, anonadados y felices al mismo tiempo por las voluptuosas contracciones del tubo digestivo en plena tarea asimilatoria. Era el momento—según Maltrana—de la gran pureza. Los que en otras horas del día rondaban por cerca de las faldas, con miradas invitadoras y palabras insinuantes, permanecían tendidos en las cubiertas. Los que á la caída de la tarde parecían reanimarse con la brisa y se estiraban impulsivamente, lo mismo que fieras carnívoras que despiertan, quedábanse ahora hundidos en los sillones del fumadero con la inconsciencia de la boa enrollada, siguiendo vagamente las espirales de humo del cigarro.

Parejas amigas, de cuyas intimidades se ocupaban con deleite los murmuradores, permanecían en los asientos de la cubierta, sin verse, sin conocerse, volviéndose la espalda, faltos de fuerzas para cambiar una palabra, deseando tranquilidad y olvido. El bienestar animal de la digestión y la atmósfera

ardiente rechazaban el amor á su lado durante unas horas, como algo momentáneo. Las pasiones anteriores enmudecían, insinuando una petición por miedo á ser denegada, temiendo que descendiendo á la cubierta del camarote removida por el viento del lado.

Y fué en esta hora cuando comenzó la cuarta conversación con Mina. Los dos habían cruzado la palabra por vez primera. Anterior, al avistar el buque las islas, y Fernando la hablaba con absoluta confianza de los retrocesos que inspiraría la larga travesía de años hubiese desahogado todas las angulosidades de la prisa. La vida sobre el Océano en un espacio de algunos centenares de metros, de moverse sin tropezarse, hacía moverse á los dos vivamente.

Cuando el buque estuvo frente á las montañas los pasajeros contemplaron las montañas y los cerros se ocultaba el sol ensangrentado. Los dos se hablaban ya con rapidez. Sus manos sentían un estremecimiento al encontrarse entre las hojas de las páginas. Los dos solos en el salón, olvidados de los otros, afluido á los costados del buque, hablando á media voz, súbitamente ruborosa, cuando estaba de pie detrás de él, mirando sobre su nuca y sus espaldas, se zambulló tal vez, con súbita coquetería, en su trajeada y sin ningún adorno de las manos permanecían inertes sobre los sillones. Los célebres maestros, del gran mundo—nombres que Ojeda daba

X-rite ColorChecker® Color Rendition Chart

